EL RUMOR DEL ORIGEN

Antología General de la Literatura Japonesa

(SEGUNDA EDICION)

Selección y Notas de Javier Sologuren

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993

http://arveja.awardspace.com

Primera edición: marzo de 1993
Segunda edición: noviembre de 1993

Cubierta: Chikamatsu Monzaemon
(1653 -1724). Anónimo

Ilustraciones:

Entre páginas 14 y 15
Ideograma "Shu" (= todo) caligrafiado por Ikkyu
Entre las páginas 60 y 61
Ilustración del *Genji Monogatari*
Entre las páginas 184 y 185
Máscara de Noh
Entre las páginas 274 y 275
Tokonoma

Diseño: TANTUM Diseños

El rumor del origen

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú. Telfs. 626390 y 622540 Anexo 220

Derechos reservados

ISBN 84 - 89309 - 31 - 0

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Selección y notas de Javier Sologuren

Traducciones de:

Akira SUGIYAMA

Satoko TAMURA

Hitoshi OSHIMA

Ilia SOLOGUREN

Javier SOLOGUREN

INDICE

13 Nota preliminar

POESIA
15 (Nota)

19 Un manojo de tankas
25 Renga
30 Algunos haikus
36 Poemas Zen
39 Seis poetas contemporáneos
56 Tres poetas japonesas de hoy

NARRATIVA
61 (Nota)

63 Cuento del cortador de bambúes (parte final)
70 Cuentos de Ise (episodios IV, LXIII y LXIX)
74 Murasaki Shikibu. Yugao (capítulo IV del *Genji monogatari*)
107 Cuento de los Heike (episodios del libro undécimo)
115 Ichien Muju XIV. Historias concernientes a las acciones caritativas de Yakushi y de Kanon
119 Saikaku. Ihara Historia de Osán y Moemón

137 Ueda Akinari. Carpas como soñadas
142 Soseki Natsume. Un sueño
145 Tanizaki Junichiro. La madre del Capitán Shigemoto
155 Akutagawa Ryonosuke. Rashomon
162 Kawabata Yasunari. El lunar
173 Mishima Yukio. El tumulto de las olas (parte del Cap. VIII)

TEATRO
185 (Nota)

190 Zeami Motokiyo. Yugao (Noh)
204 Zeami Motokiyo. Izutsu (Noh)
213 Zeami Motokiyo. Hagoromo (Noh)
223 Zeami Motokiyo. Sanemori (Noh)
242 Komparu Zenchiku. Teika (Noh)
257 Sensuke Suga. Gappo y su hija Tsuji (Kabuki)
270 El pajarero en el infierno (Kyogen)

ENSAYO
275 (Nota)

277 Murasaki Shikibu. Diario (Fragmentos)
281 Sei Shonagon. El libro de cabecera (fragmentos)
289 Kamo no Chomei. Notas de mi cabaña de monje (fragmentos)
292 Urabe Kenko. El libro del ocio (fragmentos)
296 Tanizaki Junichiro. Elogio de la sombra
338 Kawabata Yasunari. La existencia y el descubrimiento de la belleza
370 Kawabata Yasunari. El Japón, su belleza y yo
384 Mishima Yukio. Los cuatro ríos
387 Glosario
390 Bibliografía sumaria

Nada le es ajeno al espíritu humano porque todo ya está dado en él, e invento y creación no son sino recuerdos.

NOTA PRELIMINAR

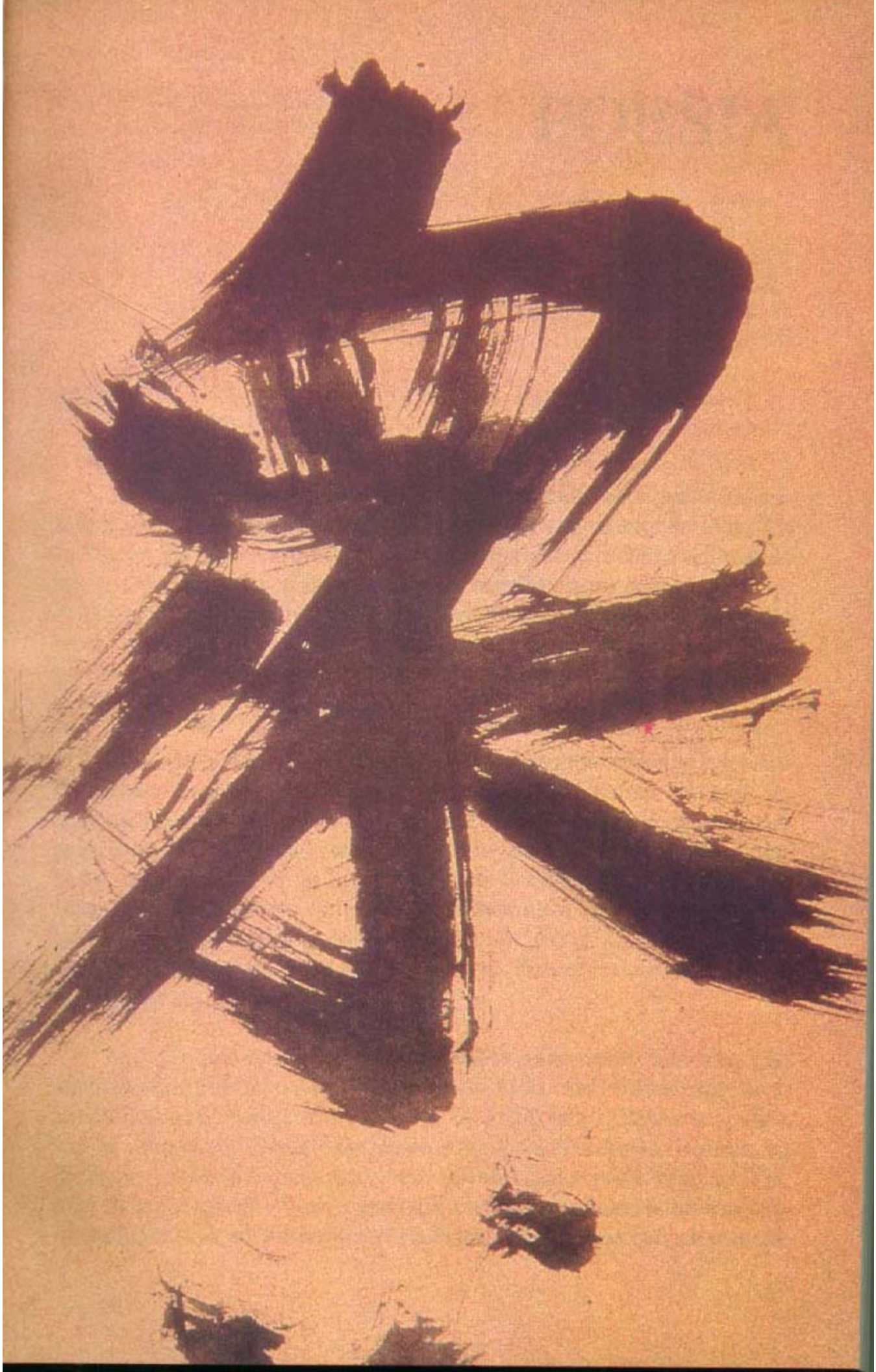
HASTA DONDE alcanzamos a saber, no existe en España ni en Hispanoamérica una compilación que muestre algo de lo mejor de la creación literaria japonesa, desde sus orígenes a nuestros días, y en la que estén representados todos sus géneros. Ante esta carencia, hemos ido conformando, a lo largo de varios años, la presente antología que tiene, por consiguiente, un carácter supletorio. Es, en este sentido, un primer intento –con todas las limitaciones que tal hecho implica– a la vez que una incitación a futuras selecciones panorámicas basadas, ya en su totalidad, en traducciones directas del japonés.

Creemos que a favor de la que proponemos abona el hecho de que tanto las textos escogidos como su traducción al español se basan en la más solventes obras llevadas a cabo por japonólogos de reconocido prestigio internacional.

A fin de facilitar su lectura, hemos redactado breves notas introductorias a cada género, a la par que ofrecemos una bibliografía sumaria y un glosario de todas las palabras japonesas cuyos significados no explican ni se deducen de los textos.

¿Por qué la hemos titulado así? La razón estriba en que consideramos la forma artística, hasta el límite que la condición humana puede permitirlo, una realidad imperecedora. Hace que oigamos, incesantemente, el rumor del origen.

No concluiremos estas palabras sin antes expresar nuestro sincero agradecimiento a los profesores José León Herrera y Oscar Mavila –directores del Centro de Estudios Orientales de la Pontificia Universidad Católica– sí como a su Vicerrector el profesor Salomón Lerner, por su generoso y decidido apoyo a la publicación de este libro.



POESIA

NOTA

El sentimiento poético, nutrido de un profundo amor por la naturaleza y sus revelaciones, es una constante viva subyacente en todas las formas en las que se articula la expresión literaria y artística del pueblo nipón. Géneros como el dramático y el narrativo; artes como la pintura, el dibujo y el grabado, reciben el soplo vivificante de ese sentimiento. Ya en el siglo X escribía Kino Tsurayuki, poeta de los más célebres de su tiempo, en el prefacio al Kokinshu, antología de la que fue su principal compilador:

«La poesía del *Yamato* tiene por raíz el corazón humano y por hojas millares de palabras. En este mundo donde los hombres van bajo las ocupaciones más frondosas, la poesía está en dejar que su corazón se exprese a través de las cosas que se ven y se oyen. Está en las flores el canto del ruiseñor; está en las aguas la voz de la rana; al oírlos, ¿está vivo quien vive sin cantar su canto? Lo que conmueve cielo y tierra sin esfuerzo, suscita la piedad en los demonios y los dioses invisibles, impregna de dulzura los lazos entre hombre y mujer, distrae el corazón del áspero guerrero: he aquí nuestra poesía...».

Los orígenes del Japón están entrañablemente unidos a la poesía en sus testimonios míticos y legendarios, pero esta, como forma específica, se concreta en el poema llamado tanka (o waka) que se remonta al siglo VIII de nuestra era. Desde esos remotos tiempos, el tanka se convierte en inmutable vehículo de expresión, en el poema clásico por excelencia. Fue fruto de un proceso evolutivo que pasó por diversas fases hasta alcanzar su configuración definitiva consistente en cinco versos con un total de

treinta y una sílabas distribuidas según el esquema invariable de 5,7,5;7 y 7 sílabas, versos desprovistos de rima y correspondencias acentuales. Citemos algunas tankas:

«Saliéndome al paso/ ¿acaso la he visto?/ Y ni apenas la había distinguido/ que ya se ocultaba/ entre las nubes/ ¡ay/ luna de medianoche!» (Murasaki Shikibu S.X). «El color de las flores, ¡ay de mí!, se ha desvanecido;/ en tanto que, perdida la mirada,/ pienso en mis días huidizos/ por la noche en que llueve sin cesar». (Ono-no Komachi, S.IX).

Ambos poemas son buenos ejemplos de lo que los japoneses llaman «mono no aware», pues están íntimamente embebidos de él, del sentimiento de la precariedad de las cosas y el hombre y por el que las primeras resuenan con humano y triste acento. El bonzo Dogen, en el siglo XIII, escribió estas tankas (que tan admirablemente glosó Yasunari Kawabata en su ensayo El Japón, su belleza y yo):

«En primavera, flores de cerezo:/en verano el cuclillo./ La luna en otoño, y en invierno/ la nieve clara, fría».

La segunda tanka:

«Mi corazón resplandece, pura/ expansión de la luz;/ y sin duda la luna/ piensa que la luz es suya.»

Acordándose con la naturaleza, el corazón no se cansa de sentirse lastimado, herido noblemente. Así, a través de los innumerables poemas del género, ciertos aspectos de la naturaleza, por su depurada selección y uso reiterado, devienen en claros emblemas de sus estados espirituales o emotivos. La tradición gravita, pues, con fuerza inusitada en un país que vivió muy largo tiempo sin tener relaciones ni contactos con los países occidentales. Muchos y muy variados pudieron ser los sentimientos que la contemplación de las estaciones despertara en el poeta, pero estas se cristalizaban siempre dentro de una serie temática tan llena de prestigios como de limitaciones. El otoño, para concretar el ejemplo, se asociaba a su mágica luna, al grito lamentoso del ciervo en la montaña, a la caída de las encendidas hojas del arce; y el paso de las estaciones, a la vida efímera del hombre.

Al abrirse al mundo exterior, el Japón indudablemente empezó a recibir influencias en todo orden (las literarias y artísticas, entre ellas) y, en forma paralela, los severos moldes clásicos comenzaron a acoger las motivaciones del hombre en vías de realizaciones pluralistas y nuevas. Respetándose las forma de la tanka en su integridad, nuevos contenidos - productos de las vivencias propias de una nueva sensibilidad- irían a verterse en este. Así, Sinishi Ishikawa (1885-1912), cuyo lírico nombre de pluma fue Takuboku (es decir, árbol susurrante), escribió:

«Para mí, como un padre/ el otoño es recio:/ como una madre/el otoño es dulce./ Y, ay, hogar no tengo».

Al lado de este muy breve poema de treinta y una sílabas, surgió una especie nueva a fines del siglo XV, el haiku (más conocido en lengua española por haikai), poema de solo diecisiete sílabas repartidas en tres versos de 5, 7 y 5, respectivamente, y cuya escritura es más libre, pues no tiene las exigencias de la tanka, en especial por lo que respecta a las estrictas normas de selección de vocablos. Con sus cinco siglos de incesante cultivo, el haiku parece no resentir la menor fatiga y sus cultivadores, poetas o simplemente aficionados, que son multitud, alcanzan a ver impresos anualmente nada menos que un millón de sus poemas. Matsuo Basho (1644-1694)es, sin disputa, el gran maestro del género. Considerado como el más célebre de sus haikus, citamos el siguiente:

«El viejo estanque.
Salta una rana.
El ruido del agua».

Para el lector occidental, es probable que un poema como este no le diga nada; es probable que vea en él tan solo una observación trivial, algo en consecuencia desprovisto de significado y hondura poéticos. En todo caso, no cabe duda de que se requiere de una previa acomodación espiritual y de una correspondiente agudización de la sensibilidad. Por otra parte, su misma concisión y carácter elemental hace posible la diversidad de lecturas, a condición, imprescindible, de que estas estén siempre próximas a restituir en parte el sentimiento que la experiencia (la unidad vivencial) provocó inicialmente en el poeta. En el haiku citado, al saltar la rana, al hendir las aguas del estanque (no visitadas sino por los acontecimientos naturales; la caída de hojas y flores, el soplo del viento, la

inmersión de la rana), estas pierden, tan solo por un instante, su quietud, su denso ensimismamiento (aguas dormidas). Ese instante del impacto y la ruptura de su espejo (aguas despiertas) es la sustancia temporal del poema. Su esencia.

Mínimas, delicadas, sugestivas impresiones. Instantáneas en las que de pronto puede revelársenos un resplandor de eternidad. El *satori* -la iluminación súbita- del Zen no puede ser ajeno a la inspiración que ha llevado a fijar las palabras de la tanka y el haiku cuando han sido dichas por poetas de verdad. Tan breves poemas gozan de sorprendente vitalidad, pues hasta hoy siguen componiéndose.

El mundo amurallado del Japón medieval fue forzado a abrirse y al producirse la restauración imperial de Meiji (1868) se inició una era de acelerada modernización del país en todos los aspectos. La creación poética, literaria y artística se vio fecundamente expuesta a la influencia occidental. La modernidad poética europea - surgida con la obra de Charles Baudelaire y enriquecida luego con los aportes del simbolismo y de las múltiples corrientes de la vanguardia- trajo nuevas concepciones y técnicas nuevas que los escritores japoneses supieron asimilar, dando origen a su vez a una extensa floración cuyos temas y formas son ya de cuño universal sin que por ello abdiquen a los dones igualmente reconocidos de su propia sensibilidad estética.

UN MANOJO DE TANKAS *

(5) !Oh, cuánto más triste es el otoño,
al oir el grito lamentoso del ciervo
que huella las hojas caídas del arce
en la profundidad de la montaña!

Sarumaru-Tayu (s. VIII)

(9) El color de las flores,
!ay de mí! se ha desvanecido;
en tanto que sin meta
he contemplado
mi paso por el mundo.

Ono-no-Komachi (834-880)

(12) !Oh viento del cielo,
detén con tu soplo
las nubes en camino!
Quisiera por un instante
detener sus formas virginales.

Sojo Henjo (816-890)

(13) Como el río Minamo
que desciende de la cima

---

* En: Fujiwara Teika (1162-1241). La Centuria Poética (Hyaku-nin is-shu). Traduzione dal giapponese, introduzione e commento de Marcello Muccioli. G.C. Sansoni, editore, Firenze, 1950.

del monte Sukuba,
así, acrecentándose,
mi amor se ha hecho
agua profunda.

Yozei-no-In (877-959)

[17] Ni en la época de los dioses
se sabía
que el río Tatsuta
en sus aguas dibuja
con las hojas purpúreas del arce.

Ariwara-no-Narihira (825-880)

[23] Al contemplar la luna,
mi corazón se va colmando
de tristeza;
aun cuando el otoño
no solo a mí me pertenece.

Oé-no-Chisato (s. IX)

[28] !Oh cuánto más tristes
se verán en invierno
las aldeas de montaña,
con las yerbas muertas
sin nadie que las visite!

Minato-no-Muneyuki Ason (m.939)

[30] Desde aquella despedida
tan indiferente
como la luna del alba,
nada me es más doloroso
que el amanecer.

Mibu-no-Tadamine (867-965)

[31] Al despertar el día
como si fuese el resplandor
de la luna del alba,
en la aldea de Yoshino
cae la blanca nieve.

Sakanoue-no-Korenori (ss. IX-X)

[33] En un día primaveral,
de luz sosegada
¿por qué con tanto revuelo
caen las flores del cerezo?

Ki-no-Tomonori (845-905?)

[35] Vuestro corazón, quién sabe,
tal vez haya cambiado,
mas en esta vieja aldea,
las flores, ellas sí,
su aroma de antaño conservan.

Ki-no-Tsurayuki (868-945)

[44] Si jamás
la hubiese yo encontrado,
sin duda
ni de mí ni de ella
dolerme ahora debería.

Chunagon Asatada (s. X)

[47] En la tristeza de mi morada
cubierta densamente de vilanos
nadie viene, cierto,
sólo el otoño.

Egyo Hoshi (s.X)

[56] Pronto dejaré de existir...
!Oh, si pudiese
verte una vez más,
como recuerdo
del más allá de esta vida!

Izumi Shikibu (h. 970- h.1030)

[57] Saliéndome al paso,
¿ acaso la he visto ?
Y ni apenas la había distinguido
que ya se ocultaba
entre las nubes,
!ay, luna de medianoche!

Murasaki Shikibu (978-?)

[69] Al soplo del viento,
las hojas del arce
del monte Mimuro
sobre el río Tatsuta
se esparcen en brocado.

Noin Hoshi (998-1050)

[77] Rápida como es, la corriente
de un torrente al que las rocas obstruyen
sepárase, mas al fin se reúne:
tal será nuestro destino.

Sutoko Noin (s.XII)

[81] Oh cuclillo,
cuando miro hacia
donde has cantado

no queda sino
la luna del alba.

Go-Tokudaiji Sadaijin (1139-1191)

[83] En este mundo, en verdad,
no existe refugio alguno,
aun en la montaña profunda,
donde este pensamiento me absorbe,
oigo el lamento de los ciervos.

Kotaigogu-no-Daibu Toshinari
(1114-1204).

[84] Si por largos años
todavía viviese,
aun estos días se convertirían
en gratos recuerdos:
tal como aquellos tiempos tristes
que ahora recuerdo con nostalgia.

Fujiwara-no-Kiyosuke Ason
(1104-1177)

[85] La noche entera,
mientras triste pienso en ella,
tarda el alba;
hasta las rendijas de mi alcoba
conmigo son crueles.

Shun-e Hoshi (h. 1160-1180)

[87] Aún no se ha enjugado
el rocío del aguacero
en las hojas de *maki*, y ya

en el crepúsculo de otoño
la niebla se alza.

Jakurén Hoshi (? - 1201)

[96] No es solo la nieve
del jardín,
donde el viento de la montaña
arranca las flores
!el que cae y pasa
yo mismo soy!

Nyudo Saki-no-Dajo-daijin
(1171-1244).

(Traducido del japonés por Akira Sugiyama en colaboración con Javier Sologuren.)

BIBLORED
RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS PUBLICAS

TRES POETAS EN YUYAMA (Compuesto en la cálida primavera del vigésimo día del décimo mes de 1491 por Botange Shohaku, Saiokuken Socho e Iio Sogi).

Cubiertas con delgada nieve, las hojas lucen más	*Shohaku*
brillantes a lo largo de este sendero montañoso	
el césped de la landa, cerca de los pedregones	*Socho*
sería más grato en invierno	
atraído por tres grillos, dejé mi hogar temprano	*Sogi*
debe ser tarde en la noche, en mis mangas el viento	
de otoño	*Shohaku*
rocío tan frío que la luna parece cambiar su luz	*Socho*
mientras caminas a través de campos desconocidos	*Sogi*
alquien a quien hablas, no por mucho tiempo tu	*Shohaku*
acompañante bajo el cielo cuando estás viajando	
las nubes la señal, las colinas tan distantes	*Socho*
deprime el que yo deba envidiar a los pájaros	*Sogi*
esos son capullos	
si solo pudiera convertirme en primavera, las	*Shohaku*
mañanas y las tardes	
habiendo visto desaparecer en mi aldea los últimos	*Socho*
rastros de la nieve	
espero que aparezca un camino para el mundo	*Sogi*
¿por qué debo resentirme con alguien, ahora que a	*Shohaku*
mis mangas les crece el musgo?	
la forma en que vivo, soy un rústico. No vengas a	*Socho*
visitarme	
no sé el nombre de las plantas y los árboles, aquí	*Sogi*
donde me he asentado	
mis sentimientos van más hacia la luna	*Shohaku*

* En: From the Country of Eight Islands. Edited and Translated by Hiroaki Sato and Burton Watson, and with an Introduction by Thomas Rimer. Anchor Press Doubleday, Garden City, New York, 1981

esta noche otoñal, mientras compartimos la almohada y conversamos, se tornará en amanecer — *Socho*

!qué fastidio!, he dado una gota de mi corazón — *Sogi*

contando desesperadamente con el saludo inútil que nadie ha hecho — *Shohaku*

este ermitaño se halla deprimido esperando un mensaje — *Socho*

tan lejos de las cosas, ahora mi lugar está en las nubes — *Sogi*

me he refugiado en las montañas,¿por qué me he de sentir solo? — *Shohaku*

no es visible un nítido color del viento entre los pinos — *Socho*

luciérnagas flotan en el cielo, permanezco hasta tarde en la veranda — *Shohaku*

perdido en mis pensamientos, no hay lugar para que mi alma descanse — *Socho*

pretende no saber, mi corazón, lo que la almohada sabe — *Sogi*

aun las lágrimas serán mi solaz — *Shohaku*

hoy me quité el luto, con mucho pesar — *Socho*

tristemente, en mitad del otoño, dejo el templo de la montaña — *Sogi*

un ciervo reclamando detrás de mí, la cumbre de los cerros en el crepúsculo de la tarde — *Shohaku*

fue un día tormentoso, qué conmovedoras las brumas — *Socho*

mientras tañe la campana quietamente, veo una aldea esperando la luna — *Sogi*

es deprimente ir ahora y perturbar su corazón — *Shohaku*

no solo yo sino otra persona debe visitar secretamente — *Socho*

este antiguo camino hacia la capital abandonada — *Sogi*

¿no pensarán también estas flores lozanas que esto es solo un sueño de primavera? — *Shohaku*

porque son capullos de cerezo, sopla el viento de la montaña — *Socho*

cuando el rocío matutino permanece sosegado en el brumoso campo — *Sogi*

míralo atentamente, qué inmisericorde es este mundo — *Shohaku*

aun esta hora tardía no podrá apartarme de la deprimente luna	*Socho*
odio hasta ahora pensar en la oscuridad de la larga noche	*Sogi*
la vista de las antorchas en esas barcas mar adentro me hace estremecer	*Shohaku*
olas agitadas de la tarde, sonoras en la playa rocosa	*Socho*
el llamado absorto del cuclillo, ¿ quién puede decir que llamó?	*Sogi*
regresaré de este viaje, no me olvidéis	*Shohaku*
solo estoy viendo si me canso de vivir en esta aldea montañosa	*Socho*
una vez gastado, no me importa marchitarme, pero la tormenta es deprimente	*Sogi*
cruel: la helada ha matado los campos, pero no mi semilla de amor	*Shohaku*
¿ alguna vez se ha visto un desfallecimiento del corazón tal como este?	*Socho*
en la bahía Waka me he escondido en un abra, indeciso	*Sogi*
la marea sube, como si añorara a alguien	*Shohaku*
una barca abandonada y rota, pero no íntegramente podrida	*Socho*
hojas bermejas bajo los árboles, sin nadie que las visite	*Sogi*
apenas se forma el rocío en mi jardín; acaba el otoño	*Shohaku*
los insectos chirrían agudamente, cualquier día caerá la helada	*Socho*
sin importarme cómo me siento esta noche insomne, la luna está clara	*Sogi*
nada sucede en mi camino, si solo pudiera dejar de pensar	*Shohaku*
'con estas expectativas, este mundo es aún más deprimente	*Socho*
una vez llegada la ancianidad, las cosas deberían ser más fáciles	*Sogi*
trata de no transgedirla, y la norma se torna un camino	*Shohaku*
doloroso mi semental, hollando la nieve, fatiga sus patas en esta montaña	*Socho*
las mangas se sintieron frías con los chubascos de anoche; dejé mi hogar en la mañana	*Sogi*
cómo sentirme agraviado, esos vientos entre los pinos	*Shohaku*
mientras admiro los capullos, la luna se torna nebulosa	*Socho*

en el cielo, en el crepúsculo, tiempo para que la glicina florezca *Sogi*
se va la primavera, ¿ por qué no puedo dejar mi corazón aquí? *Shohaku*
en lo profundo de la montaña, el gorjeo llama al ocio *Socho*
en el momento en que llega el otoño se elevan brumas solitarias *Sogi*
esta mañana, cuán penetrante el viento del Río del Cielo *Shohaku*
ha llegado de una posada donde ellos están completamente vestidos mientras yazgo *Socho*
no quedan rastros de sueños en estos frescos campos *Sogi*
claro de luna blanco por almohada, en el césped de las landas *Shohaku*
¿ cuándo veré a mi amor todo el tiempo? *Socho*
esparciéndose aquí y allá, el humo de la tarde de Asama *Sogi*
una vez desvanecida, ¿quién sabrá qué nube? *Shohaku*
cuán inseguro estar en una choza preocupándose del Nirvana *Socho*
antes de envejecer, ¿ en qué estuve pensando? *Sogi*
los placeres del ojo y del oído se han hecho remotos *Shohaku*
en la floresta invernal, el sonido del agua congelándose *Socho*
cuervos del atardecer vuelan a dormir en la montaña donde la nieve se ha detenido *Sogi*
sobre los techos inclinados, una luna fría *Shohaku*
¿quién está haciendo ruido al abrigo de la campana a esta hora de la noche? *Socho*
debe ser algún anciano, tosiendo adentro *Sogi*
en el terreno de la ajea, agarrándose de un visitante, ella se está quejando *Shohaku*
recientemente, cada vez más césped en el sendero *Socho*
los cálidos rayos del sol se debilitan en los frescos vientos otoñales *Sogi*
las mangas se aligeran; chirrían las cigarras del atardecer *Shohaku*
a través de las montañas coloridas flotan las nubes blancas *Socho*
los pinos de las colinas muestran su orgullo *Sogi*
aunque viviendo en una choza de yerba, aún cuento con el que hizo el voto *Shohaku*
¿ cómo puede ser atractivo alguien indiferente? *Socho*
irracional: haber llegado al frente de la Barrera «No acercarse» *Sogi*
llamando a alquien, un cuclillo vuela más allá *Shohaku*

decidiéndose, los gansos se elevan hacia el sendero de las nubes brumosas en el cielo	*Socho*
naturalmente: se dejan los capullos por este lado de la montaña	*Sogi*
aún bastante apegado al mundo, él renuncia al mismo	*Shohaku*
a punto de partir, el hogar no parece tan «temporal»	*Socho*
tan perdurable como el rocío, no pienses que tu aldea sea deprimente.	*Sogi*
un chubasco y la luna vacila	*Shohaku*

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren).

*ALGUNOS HAIKUS**

Ciertos pueblos no saben
de doradas ni flores,
mas esta noche gozan de la luna.

Ihara Saikaku (1642-1693)

Bajo la clara luna,
vuelvo a casa en compañía
de mi sombra.

Yamaguchi Sodo (1642-1716)

El viejo estanque,
Salta una rana,
El ruido del agua.

Pronto van a morir
las cigarras; no cabe duda
al escucharlas.

Un relámpago;
se dilata en lo oscuro
el grito de una garza.

En una rama muerta
un cuervo se ha posado,
atardecer de otoño.

Sin aceite mi lámpara,
me acosté, la luna
entra por la ventana.

---

* En: Anthologie de la poésie japonaise classique. Traduction, préface et commentaires de G. Renondeau. Connaissance del'Orient, Collection UNESCO d'oeuvres représentatives. Gallimard, Paris, 1971.

Cristalina cascada.
Luces en las olas sin mancha,
la luna de estío.

Choza de pescadores.
!Entremezclados
grillos y camarones!

Despiértate, despiértate,
habrás de ser mi amiga,
mariposa que duermes.

Día a día aborrecido,
!cuán bello el cuervo
las mañanas nevadas!

De vez en vez, las nubes
nos hacen descansar
de ver tanto la luna.

De viaje, enfermo,
mis sueños yerran
sobre un llano desnudo.

Matsuo Basho (1644-1694)

!Pase! !Pase, pues! yo gritaba,
pero seguían tocando
el portón todo nieve.

Mukai Kyorai (1651-1704)

Los pececillos blancos,
¿ no se diría el alma
del agua que corre?

Konishi Raizan (1654-1716)

Suficiente dulzura
para que, una tras otra,
se le abra una flor al ciruelo.

Hattori Ransetsu (1654-1707)

Ha llegado el invierno;
en los espantapájaros
se encaraman los cuervos.

Enomoto Kikaku (1661-1707)

¿ Habrá alguien me pregunto
sin pincel en la mano?
!La luna esta noche!

Uejima Onitsura (1661-1738)

!Oh, la hermosa aurora
donde la niebla esposa
a la nieve y la luna!

Suzuki Michihiko (1715-1819)

Para cantar
el ruiseñor tan solo
abre un pequeño pico.

Bajo el aguacero primaveral
van, charlando,
la capa de paja y el paraguas.

!Qué divertido
soltar luciérnagas
bajo el mosquitero!

Aquí y allá se oye
el ruido de las cascadas
a través del joven follaje.

Yosa Buson (1716-1783)

Perseguidas,
las luciérnagas se ocultan
en los rayos de la luna.

Oshima Ryota (1718-1787)

Una espléndida cometa
se ha elevado
en la choza del mendigo.

El niño quería
coger entre sus dedos
las gotas de rocío.

Venid conmigo
para jugar,
gorriones ya sin padres.

Un cuervo lacónico
pasa volando
en la lluvia de otoño.

El gran cielo oscurece
espléndidamente
mientras está caliente.

Debe ser un buen día,
!danzando y saltando
están las pulgas!

Despierto al oir que alguien
rechina los dientes;
frío nocturno.

En el viento de otoño
un mendigo
se compara conmigo.

Solo un mosquito alborota
el día entero
cerca de mi almohada.

Hermoso el cielo
después del reclamo
de las alondras.

Despierto por el pedo
de un caballo, veo una
luciérnaga en el aire.

El mundo del rocío
es un mundo de rocío,
sin embargo...

Kobayashi Issa (1763-1828)

Pelando peras,
gotea el jugo dulce
de la hoja del cuchillo.

Larga es la noche
cuando hace la cascada
toda suerte de ruidos.

Púrpura tan profunda
que es casi negra:
las uvas.

Diles que yo era
un comedor de caquis
a quien gustaba el haiku.

Creo que he de morir
comiendo manzanas
ante las peonías.

Cigarras del crepúsculo.
La sombra del árbol
se imprime en mi escritorio.

Masaoka Shiki (1867-1902)

(Traducido del francés por Javier Sologuren).

Para cortar de parte a parte
budas, patriarcas,
cogí mi pulida espada.
Una vislumbre de mi maestría;
el vacío mordió sus colmillos.

Daito (1282-1333)

!Me enferman los secuaces del satori!
Aquellos que lo hallaron se engañaron.
La vieja barrena de la Montaña del Buitre: risible.
Sobre mis hombros vuela el cucharón roto.

*

He atravesado el mar en pos de la verdad.
El conocimiento - esa trampa - debe ser combatido.
Por doquier, he gastado rimeros de sandalias.
Ahora, la luz lunar se diluye en el claro abismo.

*

Olvidando la mente y sus complicaciones,
mi mano es libre. El Todo aparece.
Me valgo de disfraces, simultáneamente.
Mira: un halo penetra el vacío.

Kakuo *(s.XII)*

Allí en el agua de medianoche,
sin olas, sin viento,

---

* En: Zen poems es of China and Japan. The Crane's Bill Translated by Lucien Stryk, Takashi Ikemoto and Taigan Takayama Anchor Press Doubleday, Garden City, New York, 1973.

la vieja barca está inundada
de luz de la luna.

*

Uno puede tocar o ver
lo no sólido de la mente:
rocío, escarcha.

*

¿ El mundo? Gotas
de luz de luna
que el pico de la grulla agita.

*

Cincuenta y cuatro años
colgué del cielo estrellado.
Ahora lo atravieso de un salto:
!qué destrozo!

Dogen (1200-1253)

Allí entre las ramitas del ciruelo
secas pero a la vez florecientes,
!el canto, silencioso, del ruiseñor!

Anónimo

!Cuidado! Aun gotas de rocío
iluminadas por la luna,
si te ves atraído por ellas,
son muros frente a la verdad.

Sogyo (1667-1731)

Ochenta años, jornada de una día.
He vivido por doquier, y ahora
la brisa primaveral no tantea mi puerta.
Sobre mi cabeza, yace grávida la nieve.

Guan (s. XVIII)

La Ley: desencadena
la mente de todo.
Aun así, la mente
encadenada está a la Ley.

Bunan (1602-1676)

(Traducido del inglés por Akira Sugiyama y Javier Sologuren).

Seis poetas contemporáneos *

ANZAI HITOSHI (1919)

FLORERIA

En una noche de tristeza una calle relucía de no sé qué suavemente
Era una florería desbordante de flores que hablaban con elocuencia
!Qué bueno comprarte flores estando triste!
Pero mejor sería regalarlas estando sonriente
Pero sería aún mejor tan sólo contemplarlas sin ningún pensamiento
sin ninguna intención de comprarlas o regalarlas
!Ah, cómo mis palabras se multiplican, se enriquecen en la florería!
!Al igual que las flores mismas se hacen elocuentes!
Saliendo de esa calle nocturna, de nuevo encuentro mi corazón callado,reducido a un pequeño corazón
Este corazón que se hunde en la tristeza y que ve todo en la tristeza.

MERCADO EN LA MAÑANA

Una mañana de color de uvas llamada Alejandría
En la hora en que la luz brillante corre por el mercado celestial
Vendo trozo por trozo mi alma
A los desconocidos
Como un novio me dejé apresar por su mano tierna
Como un amante caprichoso bañé sus labios con una gota deliciosa
!Ah, como un futuro que no promete nada, vi una sustancia, escupí en la calle!
Alejandría, bello momento de una mañana color de uvas.

---

* En: Hueso Húmero, nos. 23-24, Lima, Julio 1988.

LA LLUVIA DE NOCHE

!Oh, triste Tokio!
!La capital de techos de lata!
Aunque no está Jacques Prévert aquí
Puedo mojar con lágrimas
las pestañas de neón de la torre
en esa torre alta de la publicidad
También puedo entretener los cangrejos
que están sufriendo de polio
haciéndoles unos charcos
al lado del terreno ganado al mar
Lavaré monedas de cobre caídas en los callejones oscuros
y apagaré más rápido que cualquier bombero
los incendios de los barrios.

ABRIGO

Aunque apagues la luz, sigue oyéndose el ruido del mar
Aunque cierres la ventana, sigue nevando sobre el techo
Tus cabellos que me invitan al rincón más escondido de mí mismo
acarician mis hombros como un abrigo.

HELADERIA

En una heladería a orillas del mar en una ciudad
bombardeada,
sentado un rato en una silla incómoda de madera
estoy sorbiendo arrepentimientos fríos y efímeros
que me hacen arder la garganta cada vez que los trago.

La persona que espero no parece llegar
aunque el viento de no se sabe dónde hace aparecer
repentinamente a los gorriones
hasta entonces escondidos entre las yerbas
que el viento levanta en ruidosas oleadas.

Quizás ella se haya perdido entre las calles
sin encontrarme, sin encontrar mi sentimiento
Quizás esté perdida ahora en un callejón desierto sin salida
o en ruinas donde ya no hay ni una sola casa.

Pronto va a aparecer la luna llena desde el mar
y yo me levanto dejando la silla de madera, la silla
«incómoda» de mi juventud
Así rompo una promesa secreta
sin hacer ningún ruido
como un helado que se deja derretir silenciosamente.

EN UN PUEBLO LEJANO

Más que la Irlanda cubierta de nieblas que huele a nueces y
arenques
más que la península Escandinava que se extiende como
sierra de leñador
están lejanos de mí aquellos tres o cuatro pueblos donde
viven aquellas mujeres
esas mujeres que adornaban la casa con mandarinas al
festejar el año nuevo
¿ Estarán este invierno libres de la gripe?
¿Pudieron comprar un nuevo abrigo suave después de
haber preparado
las coles adobadas o después de haber almacenado un montón
de leña?
!Mujeres! No les hace falta uno de última moda con hombros
redondos
Les va mejor uno que pueda durar más de dos años
Son pequeñas mujeres tiernas de aquellos días, aunque cortos
de mi pasado
¿ Cuántos niños estarán criando ahora?
Cada una de ellas debe parecerse por lo menos a la mitad
de ustedes
Con la otra mitad que no se les parece, no sé cómo se las
arreglarán cada día.
En aquellos días, mujeres, tenían de todo un poco más

que yo
sea los cabellos, sea el pasado, sea el dinero, los broches o
los amantes
Además aparte de un brazo desnudo que me acariciaba
tenían otro maravilloso brazo.

KIYOOKA TAKUYUKI (1922)

SUEÑO LIGERO

No debes despertarte en el ocaso. No debes perseguir esa imagen fugitiva de la tristeza, vago residuo del sueño. No debes buscarla en la oscuridad suave donde todo se mezcla, se anula y se aleja.

LA MEDIANOCHE

Hay un hombre que no puede dormir
preocupándose solo de que le
salga una cola vigorosa y repentinamente
una cola tan robusta
como la del cocodrilo
desde su rabadilla diminuta
pero inquieta.
Si me saliera de verdad...
—se imagina él—,
¿ se extenderá sin límites
y dará una vuelta al planeta?
Si fuera así, !qué divertido!
Como el emballenado de la falda
que una vez le cortó el vientre a una bailarina,
cortaría yo envolviéndola fuertemente con mi cola
en dos a la tierra?
No, no.
¿ Por qué pienso
así tan exageradamente?
Más verosímil es que me salga

una cola diminuta y vellosa
y aún más graciosa que
la de una ardilla.
Entonces, nadie se daría cuenta,
discretamente me enorgullecería.
Y aquella mujer con mil pezones
que me ama con delirio
al acariciarme todo entero
ya fuera de sí
me cogerá la cola con su mano
!Qué risa!
Se desmayará por un instante.
Ahora, ¿ quién es ese hombre
que no puede dormir
preocupándose solo
de que le salga una cola inesperada
y extraña desde su rabadilla?

LUZ LUNAR

¿ Cuántas veces me eligieron para preguntarme por una dirección?
El insoportable papel de personaje amable que tuve que
representar durante el día.
Pero ahora en la misma encrucijada, ya es la una de la madrugada.
llena de luz lunar.
Y yo de repente pierdo el sentido de la orientación.

EL MAR DE LOS REPATRIADOS

La estación del deshielo que retorna en un continente
Las filas de los repatriados desde el campo, en un instante
comienzan a caminar hacia el mar lejano, paso a paso
comienzan a andar a tientas el camino del pecado en
sentido opuesto
-¿ Por qué estabas tú allí?
Desde el cielo nocturno que pronto se va lejos
la multitud de manos agitadas sin cesar con destino

a un país extranjero
Desde la corriente marina en torno del barco
la multitud de pupilas dirigidas hacia el pasado.
Si bien el mar no se iba en realidad
Si lo que se fue fueron los que duermen en el fondo del mar
Si lo que están llevando sin cesar desde sus años de vida en colonia
hacia unas ruinas desconocidas de la vida futura
hacia las trampas escondidas
quizá fuera la muerte
—¿Por qué aún quedas tú en tu desnudez tan brillante?
El espejo oscuro, mudo y espumoso
que rodea a los repatriados privados de tiempo
Sus días soberbios ya perdidos a lo lejos
se transfiguran de vez en cuando entre cielo y mar
El horizonte desconocido y apátrida
de repente los ataca formando un círculo
—Y para los hombres olvidados y vacíos y atropellados
—¿Por qué te convertiste en el sol ascendiendo desde el mar?

EL CALCO

En mi sueño estaba colgada
una estatua desnuda de un blanco glacial
La huella del cincel grabada en su superficie
estaba temblando en el viento de mi sueño
Mis ojos rebosando tristeza
reconocieron su cara
Ah,
qué extraño que seas de carne y hueso
En tus labios daltónicamente rojos
las voces vacilan por primera vez
En tus pupilas idiotamente límpidas
las siluetas flotan por primera vez
En la hora infinitamente lejana
suena la campana que anuncia tu nacimiento
Tus curvas heladas de yeso
La agonía de la multitud de los muertos que se agitan
Te avergonzarás orgullosa de la frigidez que asciende

dentro de ti discretamente?
¿ Lamentaría yo
que el tiempo empiece a animar tu presencia?
Por un beso en el ojo del tifón que nos amenaza
o en nuestra mirada aguda y transparente
desesperadamente cristalizada.
La inundación de sangre que rompe la piel del yeso
El fresco olor podrido brota del espejo quebrado con la
punta de la aguja.
Circulación de la llama que viola el equilibrio del yeso
Las puras lágrimas oscuras que lamen las estrellas con su
lengua bestial
La primera e infinita noche que nos une a ti y al universo
en la ronda de muchedumbre de muertos murmurantes.

INUZUKA GYO (1924)

UN DIA, DE NUEVO

Un día, de nuevo, acuchillaré a un hombre con el mismo corte
al igual que lo hice apretando la garganta de ese hombre de
naríz corta
Un invierno hace milenios
Incluso hoy al ver entre la muchedumbre un hombre que se
le parezca tengo miedo
desde entonces la sombra de dos en disputa sigue girando
en torno de la tierra
Y un día, otra vez, un día nevado
¿ no caerá la misma sombra sobre la tierra?
Un día, por ejemplo, después de milenios
aparece un hombre de traje verde por la ventana
y si tomara mi nombre
también amara como yo
con la misma voz, con el mismo tartamudeo
ya que aquí existe un loro ahora, allá también existirá
entre las camelias soplará el viento antiguo
la mujer alzará el mentón un poco

y él sin darse cuenta
de repente llamará a esa mujer con el nombre de milenios
atrás.

TORO

Persigue al toro
a esta visión de solidez agachándose aquí y allá
Una mañana en la ciudad, al topetarse las cabezas en la calle
¿ No te asustaste con sus cuernos?
¿No viste al toro que se llama «el último toro»
bajar las escaleras de la estación entre la multitud de viajeros?
Persigue al toro
a la multitud de toros que huyen en fila por la alameda
Si buscamos allí al toro caliente
es porque nos atrae su sexo inacabado y crudo
sus ganas se desbordan en las calles
y vuelve sus ojos de fuego
Por ejemplo, en un parque lejano
al levantarse una pareja con los brazos entrelazados
No oíste nunca a la mujer mugir de repente?
¿ Como una vaca en su plenitud colgándole la lengua caliente?
A ti que caminas con el diccionario y el frasco de droga
ya es inútil decirte que no eres cazador
Porque las flechas que ustedes habían disparado
se detienen ante cada semáforo
siguen volando luego de calle en calle
Cada vez que matamos un toro
lo que ve nuestra pasión acrecentada
es el nuevo toro que se yergue cuando otro toro ha caído
es esta parte del toro que se concentra en una única idea
para formar una verdad.
Esta ciudad casi ha fracasado
La naturaleza para realizarse de nuevo
de vez en cuando empuja hacia arriba la tierra y el cielo
las estaciones giran para comunicarse.
Persigue al toro, al toro inalterable
a ese toro ahogado por las plazas
al mensaje del toro apareciendo entre las nubes de la noche.

SI LO ENCUENTRAS EN LAS CALLES

De vez en cuando pasa un hombre paleolítico por las calles
hay gente que lo ha visto realmente
Cuando estuve contigo en la esquina de la calle
aquel hombre que nos echó su sombra por detrás era él
si tus ojos se encuentran con sus ojos
en la ciudad reconstruida muchas veces
no te asustes ni te lamentes
pues él se introduce por casualidad entre la gente
obediente a tradiciones y costumbres
y manteniendo aún la memoria prehistórica
Así al pasar cree atravesar por un bosque cubierto de rascacielos
y cruzar por un pantano antiguo
Pasa delante de la escuela y del puesto de policia
Un día me encontré justamente a su lado
y ambos miramos un sol arriba
Y ahora tú te detienes y miras tu reloj
y dices que es hora de comer
Estamos ya en el restaurante usando los cuchillos
que cortan hasta el corazón del cordero
Contemplo fluir el tiempo de muchos milenios
incluso en tu hermosa cara
La mesa se está moviendo lentamente al ritmo del planeta
de nuevo salimos a la calle
si ahora lo encuentras
con un ciervo o algo así cargado sobre sus espaldas
no te asustes ni te lamentes
en tanto que sus penas y las nuestras son comunes
en tanto que su honradez es la nuestra
y en tanto que la ciudad no pierde su orgullo antiguo y su reverencia
lo encontraremos siempre en algún lugar, sin falta.

EL SIMBOLO DE LA INMORTALIDAD

Cuando regresé, ya había concluido la buena moda
o más bien todas las épocas habían concluido
los pájaros desaparecieron más allá del cielo duro

acaba de caer el último perro al frente de la puerta
Observando las cosas que concluyen
entre el jardín palidecido
Sin embargo, si volviera otra vez la época se llamará la inmortalidad
y si surgiera el agua desde la hondura,
ascenderán los peces detenidos por el alba
y seguirá lloviendo sobre las berenjenas martirizadas
vagamente surgiría un mercado.
En los orígenes del mundo, hay un arquetipo malo
sin saber nada sobre las alas
nace una mosca sin veneno
mientras que nadie sepa algo sobre la belleza
ya florecen bajo las rocas
sin conocer el trabajo del día
ya alcanza la luz a penetrar las raíces
y ordena que coseche los trigos precoces

EL REO Y LA TIERRA

Conspiro en cualquier intento criminal
me reconozco en cualquier asesinato
la noche hundiéndose en la tierra es mi refugio
corro siempre de puerta en puerta
Con arma o sin arma
con dinero o sin dinero
yo cruzaba las puertas de cualquier ciudad
Los días que yo oía rebuznar, me emborrachaba
Ninguna garita existe que no me haya descubierto
Ningún guante que yo no haya dejado en lugares sangrientos
Durante el día respiraba con el labio leporino
durante la noche me cubría con las flores iracundas
Temo al fiscal que viene bajando por la escalera
temo sus asociaciones de ideas
respondo a todas sus apelaciones.
En tales momentos
mis huesos y mi carne se hallan discordantes
al padecer la tortura, comienzan a llorar lágrimas mis ancestros
nada de lo que he hecho es indefendible

Aunque me liberen, me presento ante el tribunal
me resigno a cualquier sentencia
Veo mi cuello colgado de cualquier soga del mundo
y entraré en cualquier crematorio.

YOSHINO HIROSHI (1926)

PARA MI PRIMOGENITA

Poco después del día en que naciste

Como buitres
unas personas vinieron
y abrieron y cerraron
sus maletines de piel.

Eran agentes de seguros de vida.
(!Qué agudos ojos tienen!)
Como me mostré asustado
me dijeron sonriendo:
«Porque nos llega el olor»
¿A qué parte de tu cuerpo blando
—que ni siquiera define la forma de una cara—
le di
una pequeña muerte?
Dicen ellos que
ya
despedías la fragancia flotante.

I WAS BORN *

Posiblemente fue poco después de empezar a estudiar inglés.
Un atardecer de verano, Al pasear con mi padre por el recinto del tem-

* En inglés, en el texto.

plo, venía una mujer de blanco como relevada desde la profundidad de la niebla azul de la tarde. Melancólica y lentamente.
La mujer parecía encinta. Aunque la presencia de mi padre me retuvo, yo no quitaba los ojos de su vientre. Imaginé los blandos movimientos del embrión cabeza abajo alrededor del vientre, y me emocionaba ante el misterio de lo que luego iba a llegar al mundo.
La mujer pasó.
Las ideas de un muchacho suelen volar. Entonces, de repente, comprendí por qué en inglés «nacer» es de voz pasiva. Emocionado, le dije a mi padre:
—Es verdad, en inglés se dice I was born.
Mi padre me miró extrañado. Le repetí: Se dice I was born. Hablando con propiedad, los hombres somos dados a luz. No decidimos nuestro nacimiento. En aquel momento, ¿ con qué sorpresa escucharía mi padre mis palabras?
¿ Fue inocente mi expresión a los ojos de mi padre? Para percibirlo era demasiado niño. Para mí, este asunto no fue sino un simple descubrimiento gramatical.
Después de caminar sin decirnos palabra, mi padre comenzó a contarme una historia inesperada.
—El insecto llamado efímera, se dice que muere a pocos días de nacido. Entonces, por un tiempo me preguntaba para qué vienen al mundo.
Miré a mi padre. Mi padre continuó.
—Consulté con un amigo, y un día este me mostró algo bajo la lupa diciéndome que era una hembra de la efímera. Según su explicación: «La degeneración de su boca le impide tomar el alimento». Le abrió el estómago, sólo se hallaba aire. Su vientre, curiosamente, estaba repleto de huevos que avanzaban hasta su pecho enjuto, como si la triste repetición de vida y muerte estuviera desbordándole la garganta. Eran granitos relucientes de tristeza. Al volverme a mi amigo, dije: «Huevos»; entonces afirmé con la cabeza y me contestó: «Me es penoso verlos». Poco después de esta experiencia, tu madre murió al darte a luz.
No recuerdo lo que mi padre me dijo luego. Lo único que se grabó en mi mente como un dolor fue la imagen de mi cuerpo blanco sofocándola dentro hasta el pecho de mi delgada madre.

ARREBOLES

Como de costumbre siempre

el tren estaba lleno.
Y como de costumbre
estaban sentados jóvenes y muchachas
mientras los ancianos iban de pie.
Una muchacha cabizbaja se levantó
y le cedió el asiento a un anciano.
El anciano se sentó de inmediato
sin agradecérselo, se bajó en la estación siguiente.
La muchacha se sentó.
Otro anciano presionado
se vio delante de ella.
La muchacha bajó la cabeza
pero
otra vez se levantó
y le cedió su asiento.
El anciano bajó, agradeciéndole, en la estación siguiente.
La muchacha de nuevo se sentó.
Como dice el refrán:
«no hay primera sin segunda».
Otro anciano también fue empujado
frente a ella.
Pobre,
la muchacha se quedó cabizbaja
y no se levantó esta vez.
Permaneció así en la próxima
y en la siguiente estación,
mordiéndose el labio inferior firmemente,
manteniendo rígido el cuerpo...
Bajé del tren.
¿Hasta dónde habrá ido
tiesa y cabizbaja?
El dueño de un corazón tierno
se convierte en mártir sin quererlo,
en cualquier momento y lugar.
¿Por qué?
Porque el dueño de un corazón tierno
siente como suyo el dolor del otro.
Siendo torturada por su corazón tierno,
¿hasta dónde habrá podido ir

mordiéndose el labio inferior
y con el corazón apesadumbrado,
sin siquiera percibir los hermosos arreboles?

EN UN DIA NEVADO

«Quiero ser sincero».
¿De dónde sacaste tal esperanza?
Si esa ilusión
no es más que engaño.
Sobre
la triste nieve que lo comprendió repentinamente
se acumula silenciosa
la nueva nieve.
Una vez que la nieve ha cubierto el mundo
deberá seguir cayendo sin cesar.
Si no se sobrepone la blanca pureza una tras otra,
no podría ocultarse la nieve ya sucia.
¿Cómo no podría engañar una sinceridad
a otra sinceridad?
Como si fuera inevitable tal engaño
nada puede hacer la sinceridad,
la nieve sigue cayendo también hoy.
Nieve sobre nieve,
nieve encima de nieve
con pesantez ineluctable,
va silenciosa acumulándose,
sigue siendo acumulada.

SIGNO INGENUO DE INTERROGACION

Me dirigí a un pajarito,
el pajarito ladeó el cuello con extrañeza.
Como no entendió
lo que no tenía por qué entender
es que ladeó tan ingenuamente la cabeza.
Este es el movimiento más natural del mundo,

el signo de interrogación más simple y hermoso.
Al recibir visitas absurdas
que murmuran a veces en torno a mis oídos
como el viento
yo también quisiera ese cuello del pajarito
ladeándose ingenuamente.

TANIKAWA SHUNTARO (1931)

POEM-EYE *

Froté con poemas la superficie del vientre redondo de mi mujer y la pulí bien con poemas que huelen a yerbas dulces. Entonces no sé cómo se adelgazó extremadamente. Pero gracias a eso llegó ella a ser tan hermosa como una línea de un poema muy retocado. Mi esposa desesperadamente me suplicaba algo, pero ya que tenía la boca llena de paja y agua que le había yo embutido, no la pude oir salvo su gemir sin sentido.
Sin embargo, a medida que miraba la desnudez, blanca como una vela, de mi mujer, llegué un momento a darme cuenta del cambio de mis ojos. Mi pupila se dilató como la de un muerto y el cristalino enfocó el infinito. En un instante, lo entendí todo. Contemplar todo con la mirada del poema, !es el poem-eye! Ya no hace falta frotar nada con poemas. Desde ese momento mi mujer empezó a engordar y el color de su piel empezó a ser tan negro como el de un tiburón. Pero qué importa. Cada noche abrazo a mi mujer y ella comienza a parir uno tras otro. A todos sin excepción los ato a un sauce para enseñarles a latigazos todas las suertes acrobáticas.
!Poem-eye! El amor y la gentileza, !el deber ridículo! Me resulta así que soy participante en el juego de enigmas universales.

UN HOMBRE-POEMA EXTRAÑO

Vi a un hombre alto. El hombre alto era delgado y estaba desnudo. Tenía la piel llena de arrugas como la de un elefante, y su pene señalaba la tie-

---

* En inglés, en el original.

rra como la señal de una flecha. Su cara no tenía ojos sino dos nueces. Parecía que con ellas miraba a las mujeres, las rocas y los árboles. Su mirada tenía el sabor del viento seco y yo, de pie entre el bosque y él, bebí a fondo su mirada. El hombre alto me dijo en voz baja, casi cansada; —»Te confieso que soy el hombre-poema». Al volverse, el hombre alto me mostró su espalda gris llena de signos. Parecía que todos los signos eran pequeñas heridas de aguja, pero no pude descifrarlos. Sólo pude lamer la escasa sangre que brotaba hacia las nalgas de unos pocos signos recientes.

EL MAR

Cuando escribo «el mar», todos los mares del planeta hasta las puntas sin nombre, pequeñas como dedos de una criatura, se desbordan en las bocas sea de hombres, mujeres, niños y ancianos.Ellos se mojan íntegramente, vomitan los huevos podridos de peces desde sus entrañas, tiran los cabellos de los piratas muertos desde los bocamangas y acaban por tener brotes de actinias en las pantorrillas. A ellos no les preocupa nada de esto y siguen leyendo artículos periodísticos sobre las grandes exploraciones abisales, pero mientras tanto el mar sigue tragándose montañas, ciudades, pueblos y familias, y no para de avanzar. Yo nunca soporto el mar tan ambiguo sin pudor. Por eso, decidí escribir simplemente «el mar». Así el mar podría mojarme solo a mí. En efecto, el mar empieza a llenar mi boca implacablemente, y gracias a su olor a pescado he podido vomitar todos mis recuerdos sin faltar uno desde hace veintisiete años,a pesar de que un caracol marino me mordió el ombligo, sin embargo el mar sigue sofocándome y no quiere extenderse fuera de mí. Canté en voz alta lanzando el mar hacia el cielo desde mi boca como aquel león de la fuente en medio del parque. Pero ellos siguen absortos en la lectura de los artículos de viajes cósmicos y ni siquiera me miran. Tal vez cada uno de ellos tenga en su bolsillo una piscina del tamaño de una caja de fósforos. Me reí de mí mismo por mi ingenuidad al intentar escribir «el mar» cuando debía expresar «el mar».
Desde ahora, si quiero expresar «el mar», dejaré la hoja en blanco, iré a la playa, haré que la pluma chupe agua marina en vez de tinta y dejaré pequeñas manchas en la hoja. Y luego olvidaré todo eso y nadaré. Pues quizá esta sea la única manera de que el mar no sea ambiguo.

MAMA

El globo terráqueo intenta abrazar al jet
apretándolo en su pecho.
El globo terráqueo intenta arrastrar el submarino hacia
adentro
y devolverlo al útero del mar.
Mama qué terca
que tienes tantos celos del universo.
El globo terráqueo sigue
tirando de nuestros pies hacia él.
!Ah! no entiendes que estamos llegando ya a la adolescencia
que ya estamos a punto de tocar la luna.

LA TARDE DE MOZART

En el mediodía del alma
una niña nace
pero muere de pronto
Los trinos de los pajaritos
luchan para no caer en la trampa del silencio.
En el mediodía del alma
los obispos insultan
y los reyes son incompetentes
El collar de semicorcheas
acaricia la hermosa nuca del sueño

En el mediodía del alma
el cielo está declinando
y comenzando
Los peces de los oídos
resucitan desde la trampa del clamor.

(Selección de Satoko Tamura y traducción del japonés por la misma en colaboración con Hitoshi Oshima. Versión final de Javier Sologuren).

Tres poetas japonesas de hoy *

TAMURA SATOKO
Entierro

La superficie del río Duero aún no congelado
fluye, tiembla bajo la nieve en polvo
el reflejo del convento de San Juan.

Las yerbas secas, como tus pestañas largas,
de las que acabo de separarme,
bordean las orillas.

Por la tierra helada y árida en la orilla opuesta
corre una liebre.

Necesitaba el frío,
el frío que hasta el enamoramiento puede helar.
Cayendo por el Moncayo,
el viento concebido en la nieve
me pegaba soplando
a través de las mallas de bufanda y guantes.

Aunque circule la primavera tardía
en la tierra estéril de Soria,
para no florecer una vez más
enterré mis pensamientos hondamente, hondamente.

(Versión final de Javier Sologuren).

Mañana en el pueblo del puerto

La mañana en el pueblo del puerto de Almería
comienza
en las mujeres, que van de prisa al mercado

---

* En: El Observador. Lima, 31 de enero de 1982.

cargando sobre la cabeza
los canastos desbordantes de mangos.
Las caderas poderosas
envolviendo el mundo,
surgen de la oscuridad abriendo el alba.

Los estorninos dormidos en las ramas
repentinamente se despiertan
y el árbol es ya una bóveda de trinos.

El pueblo del puerto
es ya un cielo inmenso donde resuena
la voz del Dios solar.

Ahora
ya no encuentro
el trino de los pájaros
ni el poder de las caderas femeninas
que tanto sacudieron mis sueños.

(Versión final de Javier Sologuren).

Norte de Otoño III

En el día
he aprendido a oír el sonido de la niebla,
me arrodillo en el sendero y tiro de un cardo.
Se contempla
su apacible presencia
por entre las alas
de una libélula.
En el puente de la ría
está sentada la sirena
esparciendo la brillantez del viento
con olas de su mano.
Veo su blanca mano,
es la espiral de gaviotas,
y el verde del pinar

me aprieta.
El arrullo lejano
en ti se apaga,
despierta ahora.
En el mustio limonero
el amor crece con ojos abatidos.

SHINKAWA KAZUE

A la Tierra

Aunque cantan desde millones de años,
los pájaros no han completado aún sus cantos.
Aunque crecen desde millones de años,
los árboles no han hallado aún el cabo de su cielo.
!Oh, la tierra, la tierra!
¿Cómo puedes extinguir el fuego de tu horno?
Alegremente alzan sus manos y voces,
los niños están en clase.

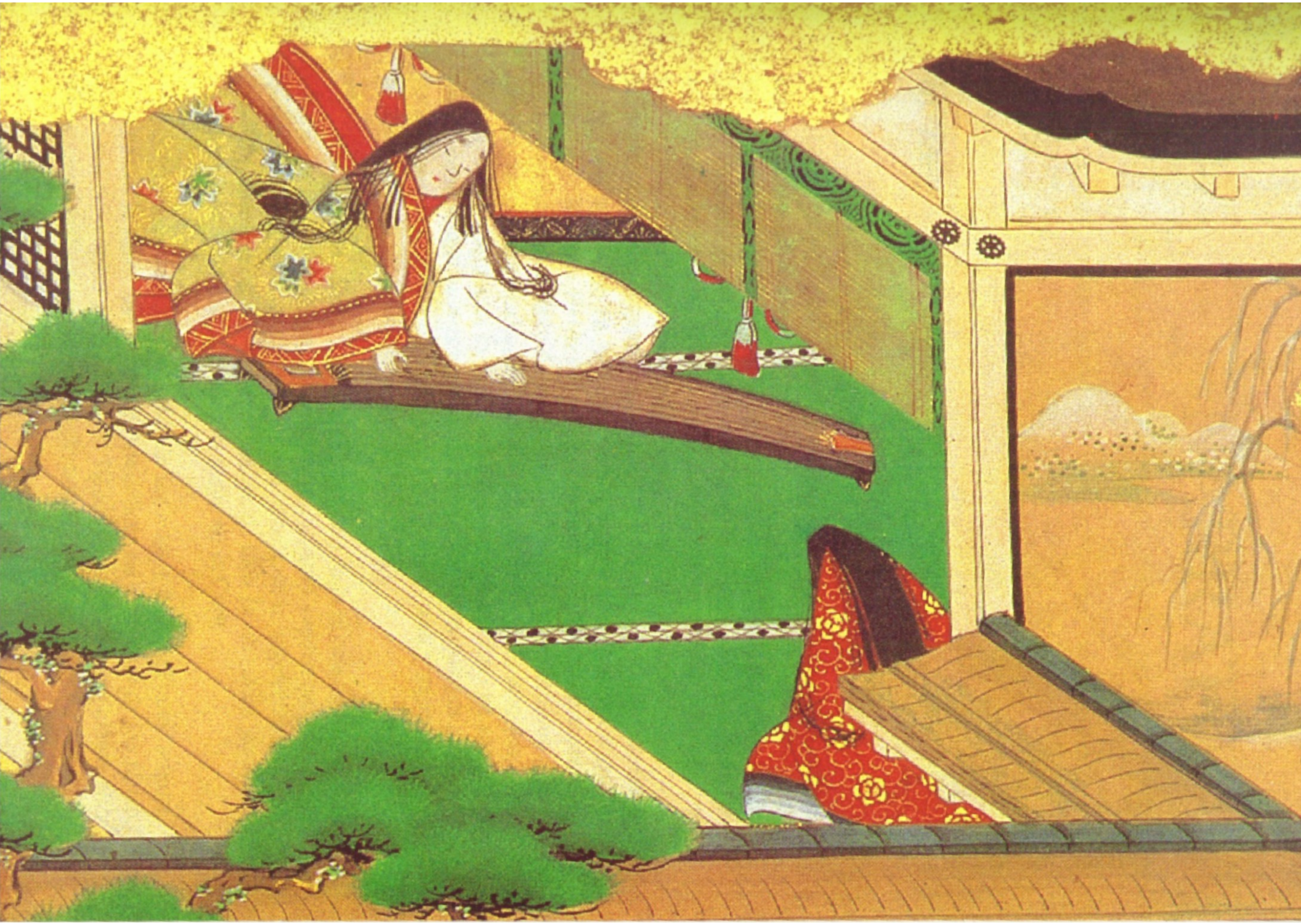
KOYANAGUI REIKO

Solsticio de verano

Noche de solsticio de verano: col, cebolla, lechuga,
las cosas que inesperadamente se muestran aquí y
allá en mi cocina.
Las cuezo todas.
Dentro de la olla transparente sin cesar
ruidosamente clamorean, de cerca las observo,
qué son, una cierta gente muy menuda
al canto de brillante oscuridad.
Una de ellas es una gris anciana esfumada
que hace rechinar un molinillo de pimienta,
diciéndole a un esfumado niño: Búscame
mi cucharita de estaño.
El niño camina por el oscuro piso,

con los ojos saltones.
No hay cuchara.
Una aún más delgada y esfumada tía
desliza un cuchillo
sobre el lomo de un pescado.
Una cara de pescado gotea en el fondo de una cuba.
Se desvanece.
No hay cara, murmura la tía; no puedo ver una cara
en parte alguna.
Sirvo en los platos la ruidosa sopa de la noche
de solsticio estival.
El cuento, dejado a medias, ha concluido.
Ya no hay nadie aquí. Juntos se han ido por
el extractor de aire.
Se ha ido a algún sitio diferente, digo,
a una cocina cerca del amanecer a encontrar
una cara y una cuchara.

(Traducido del japonés por Akira Sugiyama en colaboración con Javier Sologuren).



NARRATIVA

NOTA

La narrativa japonesa se inicia con los *monogatari* - es decir, relatos o cuentos- de los que el más antiguo es el «Cuento del cortador de bambúes», obra anónima progenitora de todas las demás del género y en las que el sentimiento poético resplandece por entero. Aunque ya lo hemos apuntado en la anterior nota introductoria, conviene destacar que esta presencia del lirismo es una constante característica del conjunto de la literatura nipona, en particular en los *Cuentos de Ise* y en el *Cuento de Genji* que, al lado de su ya mencionado predecesor, surgen en los comienzos de la época Heian (794-1192), período de gran riqueza creadora y de singular refinamiento de la que el Genji ofrece un testimonio seductor a la par que idealizado. En ambas obras, la prosa y el verso (en forma de tanka) se esposan con exquisita y sutil oportunidad. Pero ya sea que el poema condense la sustancia de los hechos narrados o que por el contrario esté ausente, lo cierto es que un soplo poético orea y anima siempre el cuerpo entero del relato.

El *Cuento de Genji* (hacia 1008) no solo es la primera novela en el tiempo de la que se tenga conocimiento, no solo supera en páginas al Quijote, no solo teoriza por primera vez acerca de la naturaleza y alcances de la novela en sí. Es la obra cumbre de toda la literatura japonesa. Su autora, Murasaki Shikibu, fue una dama de la Corte.

Siglos más tarde, hacia 1240, de los relatos donde el amor imperaba se pasa a la narración de los hechos bélicos en el *Cuento de los Heike*, dentro del ciclo épico de los Taira (o Heike) y los Minamoto, clanes enemigos, que concluye con el triunfo de estos últimos.

Luego, nuestra selección entra al dominio budista con la *Colección de arena y de piedras* del bonzo Ichien Mujo, libro que es (como todos los del género *Setsuwa*) una miscelánea de anécdotas búdicas, en las que estas se revisten de notables valores históricos y literarios.

Creador del *ukiyo-zoshi*, o sea del cuento realista, con una fuerte dosis de erotismo, Ihara Saikaku se cuenta entre los más grandes novelistas del Japón y cuyo mérito extraordinario -según la crítica más autorizada- estriba en haber dotado a la prosa popular de su país con relevantes calidades literarias. Ihara, cuya existencia transcurrió en la segunda mitad del siglo XVII, perteneció a la clase social comerciante los -chonin- ya en pleno ascenso.

Un paso más, en el siglo XVIII, tenemos a Ueda Akinari, autor de los *Cuentos de lluvia y de luna*, libro que revela su sapiencia tanto en fuentes como en procedimientos, y de una impecable y fascinante factura.

A caballo entre los siglos XIX y XX, con Natsume Soseki la narrativa prosigue su brillante desenvolvimiento, el mismo que, en los términos del presente siglo, se centra en las magníficas creaciones de Tanizaki Junichiro, Kawabata Yasunari y Mishima Yukio, ya en la condición de clásicos. Estos maestros, cada cual a su manera, establecen logrados equilibrios entre la tradición vernácula, las influencias foráneas y sus propios e intransferibles aportes. Todos ellos exploran el amor carnal en sus manifestaciones más oscuras y, en ciertos casos, aberrantes; las devastaciones que aquel inflige, las extrañas obsesiones, las frustraciones, la crueldad. Nada parece faltar en esa perturbadora temática.

A cada uno de ellos, finalmente, los encontraremos, en la última sección de la presente antología, como notables exponentes del ensayo literario.

ANONIMO

EL CUENTO DEL CORTADOR DE BAMBÚES
(segunda mitad del s. IX)
(Fragmento final)

El manto celestial de plumas

A principios de la siguiente primavera, Kaguyahime estaba más pensativa que de costumbre al contemplar la aparición de la Luna en todo su esplendor. Alguien, que se encontraba cerca, le advirtió: «La gente debería evitar ver la faz de la Luna». Pero cuando no había nadie cerca, Kaguyahime contemplaba la Luna a menudo y lloraba amargamente. En la época de luna llena del sétimo mes, se sentó afuera aparentemente perdida en sus pensamientos. Sus criadas informaron al Cortador de Bambúes: «Kaguyahime siempre ha mirado la Luna con profunda emoción, pero últimamente se le nota bastante rara. Debe estar terriblemente perturbada por algo. Por favor, no la perdáis de vista».

El viejo preguntó a Kaguyahime: «¿Qué os hace contemplar la Luna tan abstraídamente?. Contestó: «Cuando miro la Luna, el mundo parece solitario y triste. ¿Qué más podría preocuparme?

El viejo se acercó a Kaguyahime y examinó su rostro. Definitivamente se le veía melancólica. Preguntó: «Querida mía, ¿en qué estáis pensando? ¿Qué os preocupa?

«No me preocupa nada. Pero todo parece tan deprimente».

«No debéis mirar la Luna», dijo el viejo. «Cada vez que lo hacéis, siempre os perturba».

¿Cómo podría seguir viviendo si no mirara la Luna? Cada noche, al aparecer la Luna, se sentaba afuera inmersa en sus pensamientos. En las oscuras noches sin luna parecía salir de su arrobamiento, pero con la reaparición de esta, a veces suspiraba y lloraba. Sus criadas susurraban entre ellas: «Realmente parece que algo la perturba», pero nadie, ni sus padres podían saber qué era.

Una noche de luna, hacia mediados del octavo mes, Kaguyahime, que estaba sentada afuera, súbitamente estalló en un mar de lágrimas. Ahora lloraba sin importarle que la gente la viera. Al notarlo, sus padres le preguntaron alarmados qué le sucedía. Kaguyahime respondió llorando: «Hace mucho tiempo que tenía la intención de contároslo, pero estaba tan segura de que os haría infelices que he guardado silencio desde entonces. Pero ya no puedo permanecer callada. Os contaré todo. No soy una criatura de este mundo. Vine del palacio de la Luna debido a una obligación contraída en una vida anterior. Ahora ha llegado el momento de mi regreso. La noche de luna llena, gente de mi antiguo país vendrá por mí y yo no tendré otra alternativa que partir. Me acongojaba pensar lo infelices que os haría esta noticia y por eso he estado afligida desde esta primavera.» Lloró copiosamente.

El viejo gritó: «¿Qué es lo que decís? Os encontré en una caña de bambú cuando no erais más grande que una semilla de amapola y os he criado hasta hoy que sois tan alta como yo. ¿Quién va a quitarme a mi niña? ¿Pensáis que lo voy a permitir?» Añadió: «Si lo hacen, eso me matará.» Su enloquecido llanto era realmente insoportable a la vista.

Kaguyahime dijo: «Tengo padre y madre que viven en la ciudad de la Luna. Cuando vine de mi país, dije que solo sería por corto tiempo, mas he permanecido muchos años en esta tierra. Me he quedado entre ustedes sin pensar en mis padres de la Luna, y me he habituado a vuestras costumbres. Ahora que estoy a punto de regresar, no siento gran alegría sino más bien una terrible tristeza. Y, sin embargo, no lo hago por propia elección. Debo regresar.»

Ambos lloraron incontrolablemente. Sus criadas, que habían estado a su servicio durante años, pensaban qué atroz sería su partida y cuánto extrañarían su carácter noble y vivaz que les había llegado a ser tan familiar. Rechazaron todo alimento y se afligieron no menos que los demás. Cuando el Emperador se enteró de lo ocurrido, envió un mensajero a la

casa del Cortador de Bambúes. El viejo salió a recibirlo, llorando profusamente. La barba se le había vuelto blanca de dolor, tenía encorvada la espalda y los ojos hinchados. Acababa de cumplir cincuenta años, pero la preocupación parecía haberlo envejecido súbitamente. El mensajero imperial trasmitió las palabras del Emperador: «Estoy informado de que habéis sido afectado por una gran desgracia, ¿es verdad?»

El Cortador de Bambúes contestó al mensajero llorando: «La noche de luna llena vendrán hombres de la Ciudad de la Luna en busca de Kaguyahime. Me siento profundamente honrado por la amable pregunta de su Majestad y le ruego que envíe soldados aquí esa noche para atrapar a cualquiera que llegue de la Luna».

El mensajero partió y, después de informar al Emperador sobre la condición del viejo, repitió su solicitud. El Emperador dijo: «Si yo, que apenas eché una mirada a Kaguyahime no puedo apartarla de mis pensamientos, ¿cómo será perderla para sus padres que están acostumbrados a verla día y noche?»

El decimoquinto día de luna llena, el Emperador dio órdenes a los diferentes cuarteles de guardias y designó como enviado oficial a Takano no Okuni, Comandante Subalterno de la Guardia de Palacio, y envió un contingente de unos dos mil hombres de los Seis Cuarteles Generales a la casa del Cortador de Bambúes.

No bien hubieron llegado, mil hombres se situaron en la pared y mil en el techo. Junto con los numerosos miembros de la familia formaron una muralla que no dejaba resquicio. Los defensores estaban equipados con arcos y flechas y, dentro de la casa principal, las mujeres se hallaban apostadas protegiéndola.

La vieja estaba sentada en la bóveda de seguridad de la casa, sosteniendo a Kaguyahime en sus brazos. El viejo, una vez firmemente trancada la puerta, mantenía la guardia en la entrada. Manifestó: ¿Pensáis que alguien, aunque venga de la Luna, va a abrirse paso por nuestras defensas?» Gritó hacia el techo: «¡Disparad a matar si veis cualquier cosa volando en el cielo, no importa cuán pequeña sea!».

Los guardias contestaron: «Con defensas tan fuertes como las nuestras, estamos seguros de que podemos abatir hasta un mosquito. Expon-

dremos su cuerpo como una advertencia para los demás». Sus palabras tranquilizaron mucho al viejo.

Kaguyahime dijo: «Por más que me encierren y traten de vigilarme, no podréis resistir a los hombres de la Luna. No podréis utilizar vuestras armas con ellos. Aunque me encerréis en este aposento, cuando lleguen todo se abrirá ante ellos. Aunque les ofrezcan resistencia, hasta el más valiente se desanimará».

«¡Si alguien viene en su busca, le arrancaré los ojos con mis largas uñas!», gritó el viejo. «¡Lo cogeré de los cabellos y lo arrojaré al suelo. Lo humillaré exponiendo su trasero para que todos los oficiales lo vean!», gritó colérico.

«No habléis en voz tan alta» , le advirtió Kaguyahime. «Sería chocante que los hombres del techo os escucharan. Siento mucho dejaros sin haber podido nunca expresar mi gratitud por toda vuestra bondad. Me entristece pensar que el destino no nos ha permitido permanecer juntos largo tiempo, y debo partir pronto. Ciertamente, sabéis que no será fácil para mi partir sin haber nunca mostrado en lo más mínimo mi devoción a vosotros, mis padres. Al salir y al sentarme a contemplar la Luna, siempre he rogado se me permita estar tan solo un año más con vosotros, pero mi deseo ha sido rechazado. Eso era lo que me hacía tan infeliz. Me parte el corazón dejaros después de haberos causado tanto pesar.

La gente de la Luna es sumamente bella y nunca envejece. Tampoco tienen ninguna preocupación. Sin embargo, no me siento de ningún modo feliz de regresar. Sé que os extrañaré y sigo deseando poder cuidaros cuando estéis viejos y desvalidos», dijo llorosa.

«¡No habléis de cosas tan desconsoladoras!», exclamó el viejo. «Por más que esa gente sea bella, no les permitiré cruzarse en mi camino». Su tono era amargo. Para entonces, la noche había transcurrido. A eso de media noche, el lugar donde se hallaba la casa fue súbitamente iluminado por una luz más deslumbrante que la del pleno mediodía, una luz tan brillante como la de diez lunas juntas, tan luminosa que se podían ver los poros de la piel de un hombre. Luego bajaron del cielo hombres que cabalgaban en las nubes y que se colocaron a una altura de cinco pies sobre el suelo.

Los guardias de dentro y fuera de la casa, aparentemente víctimas de un hechizo sobrenatural, perdieron totalmente su poder de resistencia. Al fin, recobraron el ánimo y trataron de alistar sus arcos y flechas, pero habían perdido la fuerza de las manos y sus cuerpos estaban desmadejados. Algunos valientes entre ellos trataron de disparar sus flechas, pero estas se desviaban inofensivas en toda dirección. Incapaces de luchar arrojadamente como soldados, solo podían mirar estupefactos.

Las palabras no pueden describir la belleza de la indumentaria de los hombres que flotaban en el aire. Con ellos, traían un carro volador cubierto por una sombrilla de diáfana seda. Uno de ellos, en apariencia su rey, llamó: «¡Miyakko-maro, venid aquí!» El viejo que había asumido tal aire de desafío, se prosternó ante el extraño, sintiéndose como si una súbita embriaguez lo hubiera dejado atónito. El rey dijo: «¡Vos, viejo pueril!. Enviamos a la joven al mundo por un corto tiempo a cambio de algunas insignificantes buenas acciones vuestras, y durante muchos años os hemos otorgado riquezas, al punto de que hoy sois un hombre diferente. Kaguyahime fue obligada a vivir por un tiempo en este ambiente humilde a causa de un pecado que había cometido antaño. Su castigo ha llegado a término, y hemos venido, como veis, para escoltarla de vuelta al hogar. ¡Por más que lloréis y gimáis, viejo, no podréis retenerla. ¡Traedla enseguida!».

«He velado por Kaguyahime durante más de veinte años», contestó el viejo. «Vos decís que ella ha bajado a este mundo por un corto tiempo. Me pregunto si no se trata de alguna otra Kaguyahime que vive en otro lugar». Añadió: «Además, la Kaguyahime que está aquí sufre de una grave enfermedad y no pude dejar su alcoba».

Sus palabras no obtuvieron respuesta. Mas bien, el rey condujo el carro volador al techo, de donde llamó: «¡Kaguyahime!» ¿Por qué os habéis quedado tanto tiempo en este asqueroso lugar?» La puerta del cuarto se abrió repentinamente y las persianas de celosía se abrieron por sí solas. La vieja tenía en sus brazos a Kaguyahime pero ahora la joven se libró de ellos y salió. La vieja, incapaz de sujetarla, sólo pudo mirar al cielo y llorar.

Kaguyahime se acercó al Cortador de Bambúes que estaba prosternado, mudo de estupefacción. «No ha sido mi intención dejaros ahora», dijo. «Por favor, al menos miradme mientras asciendo al cielo».

«¿Cómo podré miraros ir si eso me entristece tanto? Me abandonáis para iros al Cielo sin preocuparos por lo que me suceda. ¡Llevadme con vos!» Se arrojó al suelo presa del llanto.

Kaguyahime estaba perpleja sin saber qué hacer. Dijo: «Antes de irme, os escribiré una carta. Si alguna vez me extrañáis, sacad la carta y leedla». Llorando escribió estas palabras: «Si al menos hubiera nacido en este mundo, me habría quedado con vosotros y nunca os hubiera causado ningún pesar. Dejar este mundo y alejarme de vosotros es completamente contrario a mis deseos. Por favor, considerad este manto que os dejo como un recuerdo mío. En las noches en que la Luna brilla en el cielo, miradla fijamente. Ahora que estoy a punto de abandonaros, me siento como si me fuera a caer del cielo, atraída a este mundo por mi añoranza de vosotros».

Algunos de los seres celestiales habían traído unas cajas. Una contenía un manto de plumas, otra el elixir de la inmortalidad. «Por favor, tomad un poco de elixir de este frasco», dijo uno de ellos a Kaguyahime. Vos debéis sentiros mal debido a lo que habéis tenido que comer en este sucio lugar». Le ofreció el elixir y Kaguyahime probó un poco. Luego, pensando que podría dejar una pequeña cantidad como recuerdo, comenzó a envolver el frasco del elixir con el manto que había desechado; en ese momento, uno de los seres celestiales le impidió hacerlo. Tomó el manto de plumas de la caja y trató de ponérselo sobre los hombros, pero Kaguyahime gritó: «¡Esperad un momento! Dicen que no bien se pone uno este manto ya el corazón no es el mismo y todavía hay unas cuantas palabras que debo decir». Escribió otra carta.

Los seres celestiales gritaron impacientes: «¡Es tarde!» «No habléis tan irracionalmente», exclamó Kaguyahime con absoluta serenidad, dió la carta a alguien para que se la entregara al Emperador. No mostraba signos de agitación. La carta decía: «Aunque graciosamente os dignasteis enviar aquí mucha gente para retenerme, mis acompañantes han venido y no se les podrá oponer resistencia. Ahora me llevarán con ellos, no obstante mi amargo pesar y dolor.

«Estoy segura de que encontraréis esto totalmente incomprensible pero me es más duro pensar que vos podáis considerar mi obstinado rechazo a obedecer vuestras órdenes como falta de respeto a vuestra persona». A lo anterior, añadió el verso: *«Ahora que ha llegado el momento*

de cubrirme con el manto de plumas, ¡con qué añoranza recuerdo a mi señor!». Kaguyahime envió, junto con la carta, un poco de elíxir de la inmortalidad y llamó al comandante de la guardia para indicarle que se lo ofreciera al Emperador. Un ser celestial tomó el obsequio en sus manos y se lo entregó al comandante. Ni bien este aceptó el elíxir, el ser celestial le puso el manto de plumas a Kaguyahime. De inmediato, esta olvidó por completo la piedad y el pesar que había sentido por el viejo. Ningún dolor aflige a una persona una vez que se ha puesto el manto y Kaguyahime subió tranquila a su carro y ascendió al cielo, acompañada de una comitiva de centenas de seres celestiales.

El viejo y la vieja derramaron amargas lágrimas en vano, cuando se les leyó la carta se lamentaron: «¿Por qué habremos de aferrarnos a la vida?» «¿Por el bien de quién? Nada tiene sentido ahora». Se negaron a tomar las medicinas y nunca más se levantaron de sus lechos de enfermos.

El comandante retornó al Palacio con sus hombres. Informó detalladamente al Emperador por qué habían fallado las armas que él y sus hombres utilizaron para impedir la partida de Kaguyahime. También le presentó el frasco del elíxir junto con la carta. El Emperador se sintió muy afligido al abrir la carta y leer las palabras de Kaguyahime. Rechazó todo alimento y prohibió todo entretenimiento en su presencia.

Más tarde, el Emperador convocó a sus ministros y a los principales nobles y les preguntó qué montaña estaba más cerca del cielo. Un hombre contestó: «La montaña situada en la provincia de Suruga. Está tan cerca de la capital como del cielo». Luego, el Emperador escribió el siguiente poema: *¿De qué le sirve este elíxir de inmortalidad a alguien que se aniega en lágrimas porque no puede verla nuevamente?»*.

El Emperador entregó el poema y el frasco que contenía el elíxir a un mensajero con la orden de que los llevara a la cima de la montaña de Suruga. Indicó que pusieran la carta al lado del frasco, se les prendiera fuego y se les dejara consumirse con las llamas. Los hombres obedecieron la orden, escalaron la montaña acompañados de innumerables soldados. Desde el día en que quemaron el elíxir de la inmortalidad la gente bautizó la montaña con el nombre de Fuji, que significaba inmortal. Se dice que hasta ahora el humo se eleva hacia las nubes.

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren).

ARIWARA NO NARIHIRA (823-880)

CUENTOS DE ISE *

Antaño, vivía una dama en el Pabellón del Oeste del palacio de la Emperatriz Viuda. Narihira la visitaba allí, al principio sin ninguna intención especial, pero más tarde ya presa de un loco amor. Sin embargo, cerca del décimo día del primer mes, la dama se escondió en otro lugar. Aunque Narihira se enteró del sitio donde se hallaba, le era imposible visitarla y esto lo deprimía cada vez más. El primer mes del año siguiente, cuando los brotes del ciruelo estaban en plena floración, se dirigió nuevamente al Pabellón del Oeste, recordando con añoranza los acontecimientos del año pasado. Permaneció de pie mirando y, luego, ya sentado, mirándose a sí mismo, ¡pero todo le parecía tan diferente! Llorando lágrimas amargas, se echó sobre el desnudo y desierto piso de madera hasta que la luna se hundió en el cielo. Remembrando la felicidad del año anterior, compuso este poema:

¿No es esa la luna?
¿Y la primavera, no es la misma
de los días de antaño?
Mi cuerpo es el mismo:
mas ahora todo parece diferente.

(IV)

---

* En: Anthology of Japanese Literature, earliest era to Mid-nineteenth Century, compiled and edited by Donald Keene. Tuttle. Rutland, Vermont and Tokyo, Japan. Eighteenth printing, 1982

Antaño, cierta mujer lasciva pensó: «¡Cómo quisiera encontrar a un hombre que me amara! «sin embargo, le era imposible expresar este deseo abiertamente. En consecuencia, inventó un sueño inverosímil, reunió a sus tres hijos y se los relató. Dos de ellos lo descartaron con respuestas lacónicas, pero el más joven dijo que significaba que un buen hombre se presentaría sin lugar a dudas, con lo cual la añosa mujer quedó encantada.

El hijo pensó: «Otros hombres son insensibles, cómo quisiera que se uniera al Capitán Narihira». Un día encontró al Capitán que a la sazón se encontraba cazando. Tomó las riendas de su caballo y le expuso su demanda. El Capitán se apiadó de la anciana, la visitó y durmió con ella. No volvió más y la mujer se fue a su casa para verlo furtivamente por un resquicio de la cerca. Al verla, el Capitán recitó:

Un año le falta
para centenaria,
canas desgreñadas
y, al parecer, de mí prendada,
¡vaya aparición!

Cuando la mujer lo vió ensillar su caballo preparándose a partir, corrió precipitadamente en tal confusión que ni se percataba cómo la arañaban las plantas y arbustos espinosos. Regresó a su hogar, se acostó y esperó la llegada de Narihira.

Mientras que el Capitán permanecía afuera observándola en secreto, tal como ella lo había hecho en su casa, la mujer recitó:

¿Tendré que dormir sola,
otra vez esta noche,
sobre mi estrecho futon
sin poder ver nuevamente
al hombre que añoro?

Es regla general en este mundo que los hombres amen a unas y no a otras mujeres. Narihira no hacía esas distinciones.

(LXIII)

Antaño, existía un noble llamado Narihira. Una vez fue enviado por el Emperador como representante imperial al Gran Santuario de Ise. En esta ocasión, la Princesa Imperial, que servía en el Santuario como Virgen Sacerdotisa, recibió de su madre, que se hallaba en la capital el siguiente mensaje: «Debéis tratar al enviado imperial con mayor consideración que la usual». Ya que su madre lo había ordenado así, la Princesa se esmeró: en la mañana ella misma dirigió los preparativos para la ceremonia de cetrería y en la tarde, al retornar Narihira, lo hospedó en su propio palacio. Lo atendió con la mayor solicitud.

La tarde del segundo día, Narihira sugirió que se reunieran en mayor intimidad que la que habían observado anteriormente. A la Princesa no le desagradó la idea, pero como estaba rodeada de mucha gente, no fue posible hacerlo en esa ocasión. Sin embargo, en su calidad de enviado imperial, Narihira se hospedaba en el ala del palacio que correspondía a la Princesa, cerca de sus aposentos, de lo que esta aprovechó para dirigirse secretamente a la alcoba de Narihira a medianoche, cuando todos dormían.

Narihira, igualmente, no había podido dormir y reclinado en la cama había estado mirando con atención por la ventana. Justamente cuando las nubes ocultaban la luna, apareció la Princesa acompañada de una doncellita a su servicio. Narihira se llenó de alegría. Condujo a la Princesa a su lecho y ella permaneció con él hasta la hora tercia de la mañana. Antes de tener tiempo de revelarse mutuamente sus sentimientos, ella se vio obligada a retornar a sus propios aposentos.

Desbordando melancolía, Narihira no podía dormir. Añoraba verla otra vez, pero como sería muy notorio que enviara a su propio emisario, nada podía hacer sino esperar que le llegara alguna noticia de la Princesa.

Mas después del amanecer llegó, por fin, un mensajero portando no una carta sino los siguientes versos:

No sé si yo fui
o si vos vinisteis a mí:
¿Fue sueño o realidad?
¿es que yo dormía
o estaba despierta?

Narihira se sintió muy conmovido y llorando escribió su respuesta:

Anoche yo también
vagué perdido en lo oscuro
de un corazón conturbado.
Si fue sueño o realidad,
decidámoslo esta noche.

Luego de enviarle este poema, se dispuso a realizar sus deberes oficiales del día. Sin embargo, hasta cuando viajaba por el páramo no pensaba sino en ella y anhelaba que llegase la noche cuanto antes para volver a encontrarse. Desafortunadamente, el gobernador de la provincia que era también guardián de la Sacerdotisa, al enterarse de que el enviado imperial había llegado, insistió en pasar la noche celebrando su visita. Narihira, atado entonces por esta forzosa hospitalidad, no encontraba manera de ver a la Princesa. Como debía partir para Owari la mañana siguiente, derramó, sin que nadie se percatara, amargas lágrimas, pero le fue imposible verla.

Al despuntar el alba, un criado de la Princesa llegó portando una copa de despedida. En ella estaba escrito lo siguiente:

Poco profunda es el abra
si el viajero vadea
sin siquiera mojarse.

El poema no estaba completo.
Narihira tomó la copa de sake en sus manos y con el carbón de una antorcha de pino añadió los últimos versos al poema:

Cruzaré de nuevo
la Barrera del Encuentro
para llegar a vos.

Al clarear el día, partió hacia la Provincia de Owari.

(LXIX)

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren).

MURASAKI-SHIKIBU (c.975-c.1014)

YUGAO *
(Capítulo IV del Genji monogatari)

A la vez que discretamente frecuentaba (el Príncipe Genji) los alrededores de la Sexta Avenida, para hacer una pausa en el camino que lo conducía del Palacio, y deseando saludar a su nodriza Daini quien, muy enferma, se había hecho monja, se dirigió a su residencia, en las cercanía de la Quinta avenida. Como el pórtico por donde su carro podía entrar se hallaba cerrado, hizo que su gente llamara a Koremitsu, y mientras aguardaba, recorría con la mirada la sórdida calle, cuando advirtió, al lado de esta casa, una empalizada de las que se llaman seto de cipreses, reconstruida, coronada de semipostigos de listones levantados a cuatro o cinco toesas con cortinas muy blancas y de fresca apariencia, que dejaban ver por transparencia varias agradables caritas que lo espiaban. Ellas iban y venían, al parecer, y al imaginar la parte baja de sus cuerpos, se tenía el sentimiento de que todas eran de talla desmesurada. Qué clase de gente podía hallarse reunidad allí, se decía, intrigado por esta manera de vivir que le era insólita. Su carro era muy modesto, y él carecía de mensajeros. Cómo iban a saber quién era él, se dijo, y eso lo animó a intentar un vistazo: la puerta, hecha de una especie de lata, estaba abierta, pero la mirada no llevaba muy lejos, y esta estrecha vivienda evocaba de modo punzante el verso: «donde puedo decididamente» que, bien considerado, se aplica así mismo a las «terrazas de jade». En una empalizada con claraboya, los tallos verdeantes de una planta trepadora se enganchaban

---

* En: Murasaki-Shikibu. Le dit du Genji. Première partie.Tome I. Traduction intégrale por René Sieffert. Publications orientalistes de France, Paris, 1978.

agradablemente y sus mismas flores blancas se expandían así como las cejas en una sonrisa.

-«Hola, tú, el hombre de allá, es a ti a quien me dirijo...», murmuró para sí, a lo cual el guardia que lo escoltaba, se prosternó y dijo:

-Lo que allá florece blanco, es lo que se llama yugao. Este nombre de flor convendría a una mujer, ¡ved cómo se extiende sobre este miserable cerco!

Y en verdad, en este sórdido barrio, donde dominaban las pequeñas casas, aquí y allí, al borde de cada uno de los techos mezquinos y vacilantes que amenazaban ruina, tendía la red de sus tallos rastreros:

-¡Ah, triste suerte la de estas flores! ¡Ve, cógeme un ramo ordenó, y el guardia, entrando por la puerta abierta, lo cogió.

En el vano de una puerta corrediza de un buen gusto sorprendente, vestida con una falda larga de seda cruda amarilla, una muchachita de buen aspecto apareció y le hizo señas con la mano. Le tendió un abanico blanco impregnado de un perfume intenso:

-¡Puestas sobre esto, os las ofrece! ¡A estas flores las perjudican sus tallos!, dijo entregándoselas, al abrirse el pórtico Koremitsu no Ason apareció, y con él el guardia le remitió las flores al Príncipe.

-¡Se había extraviado la llave, muy inoportunamente! ¡No hay por cierto nadie que pueda haberos reconocido en este barrio, pero que hayáis tenido que esperar en esta sucia calle..., dijo inclinándose.

Se hizo entrar el carro, y el Principe descendió. El Abate, hermano mayor de Koremitsu, su cuñado el Gobernador de Mikawa, su hermana y otros se hallaban reunidos allí: teniendo su visita como un honor sin par, lo saludaron con respeto. La dama monja se incorporó en su lecho:

-No tenía ciertamente nada que lamentar, pero si he experimentado tanta pena en renunciar al mundo, es solo porque me costaba que debiéseis verme cambiada así, y he dudado largo tiempo, ¡pero heme aquí, por efecto de mi renunciación, vuelta a la vida, y ya que me es

dado veros venir aquí, podré en adelante, con un corazón impoluto, aguardar la Santa Luz de Buda Amida! Tales eran las palabras que le hizo oir con voz débil y llorosa.

-En estos últimos tiempos, estaba yo presa de una irrefrenable inquietud y sentía gran pena de que vuestro mal no amenguara, he aquí ahora que os hallo así alejada del mundo por lo que experimento gran aflicción y disgusto. ¡Larga sea vuestra vida, que podáis aún verme acceder a los rangos más eminentes! Y es entonces que podréis, libre de obstáculos, renacer en el noveno círculo del paraíso. Pues conservar de este mundo, por poco que sea, algún desvelo, es, se nos dice, un molestoso impedimento a la salvación -dijo- con voz teñida de lágrimas.

El niño más desheredado, para quien lo ama así como lo hacen las nodrizas por extraño que sea, parecerá siempre perfecto: ésta con mayor razón, a quien había sido dado servir familiarmente a un ser tal como aquel, qué orgullo y qué gratitud debía sentir, al punto de estar, pese a ello, conmovida hasta las lágrimas.

Sus hijos -juzgando su actitud fuera de lugar, contrariados a causa de que le presentara un rostro descompuesto como si le afligiera separarse de un mundo del cual se había apartado- se daban con los codos y le hacían señas con los ojos. El Príncipe sin embargo, profundamente conmovido:

-En tiempos de mi primera infancia, en el abandono en que me habían dejado quienes debieron cuidarme tiernamente, contaba yo en verdad, parece, con mucha gente para ocuparse de mí, pero me parecía que nadie al igual que vos me era tan querida ni más cercana. Ya mayor, tuve mis obligaciones, de modo que me fue imposible en adelante veros mañana y tarde. Y aunque no me hubiera sido lícito visitaros a mi guisa, cuando me sucedía no poder veros largo tiempo, sentía el corazón apretado, y me decía: ¡Ah, si fuera posible que no hubiera separación ineluctable!

Tales eran las expresiones que de corazón sincero le manifestaba; los olores de su manga, al secarse los ojos, llenaron la pieza con intenso perfume; entonces en verdad juzgando mejor, y dándose cuenta de lo excepcional que había sido el destino de esta mujer, sus hijos, que primero

habían encontrado chocante la actitud de la dama monja, se deshicieron todos en lágrimas.

Dio sus órdenes a fin de que las deprecaciones fuesen renovadas, y al instante de salir, se hizo traer una antorcha con Koremitsu para examinar el mencionado abanico: un perfume comunicado por un largo uso lo impregnaba profundamente, evocador, y una mano agradable y suelta había allí trazado:

He adivinado
pues he creído reconocerla
bajo el blanco rocío
que avivaba su fulgor
la flor de yugao.

La escritura, en su desenvoltura afectada, poseía estilo y gracia, y fue gratamente sorprendido. Al decirle a Koremitsu;

-Esta casa, al oeste, ¿quién pues la habita? ¿Te has informado al respecto?, este pensó: ¡He aquí que su manía lo vuelve a tomar!, pero se guardó de decirlo.

-¡He permanecido aquí cinco a seis días, pero he estado absorbido por mis inquietudes concernientes a la enferma, de modo que no he podido enterarme de los asuntos de los vecinos!

Había dicho eso como para desanimarlo, así:

-¡Me vas a hallar importuno! Sin embargo, a propósito de este abanico, existe un punto que me gustaría aclarar ¡haz, pues, llamar a alguien que sepa lo que sucede en el barrio, y pregúntale! dijo el Príncipe, y Koremitsu entró, llamó al guardián de la casa y lo interrogó:

- Es la casa de un Lugarteniente Gobernador Honorario. El hombre ha viajado a provincias, la mujer es joven y le gusta distraerse; sus hermanas, que sirven en Palacio, a menudo vienen a verla. He aquí lo que dijo, pero, comentó, es poco probable que un hombre de baja condición sepa nada de preciso. Informó.

¡Conque era pues, una de las damas de Palacio! ¡Esa se engalla y nos interpela sin embarazo! ¡Bien puede que sea de linaje como para haceros cambiar de tono, pensó el Príncipe. Sin embargo, el sentimiento que lo había llevado a dirigirle el poema no lo disgustaba y no podía seguir su camino sin responder a ello: ¡Allí estaba su frivolidad habitual en semejante materia! En un papel plegado. disfrazando su escritura de suerte que fuera irreconocible, escribió esto:

Si os acercáis
seguramente la reconoceréis
aquella que en la sombra
del atardecer habéis entrevisto
flor de yugao.

Y con el guardia que lo escoltaba, envió el mensaje. Aunque ella no lo había visto jamás, había adivinado justo, y no queriendo contentarse con ver su perfil, había pensado intrigarlo: ahora bien, el tiempo transcurría sin que él se dignase contestar, tanto que no sabía qué pensar cuando la sorprendió esta atención; halagada, sin duda discutía con sus mujeres lo que debía replicar, pero el guardia, cansado, retornó.

Precedido por un criado portador de una antorcha que arrojaba un vago resplandor, el Príncipe salió discretamente. Los semipostigos estaban bajos. La luz de las lámparas que se filtraba por las rendijas, más oscura que fuegos de luciérnagas, era algo emocionante.

*

El lugar de su destino, bosquecillos y terrazas, incomparables en su hermosa disposición, testimoniaban del refinamiento de quien allí habitaba. Sus modales sin abandono, la distinción de su talante le impedían que se acordase aún de la cerca de hace un instante. En la madrugada, se había demorado un poco en dormir, y es en la hora cuando el sol lanza sus primeros rayos que él la dejó. Tal como él se mostraba en la mañana, su prestancia, en verdad, justificaba los murmullos de admiración. Aún ese día, pasó por delante del cerco de cañas. Más de una vez había debido ya atravesar esos parajes, y sin embargo bastó un insignificante incidente para llamarle la atención, y preguntándose quién podía vivir allí, tanto a

la ida como a la vuelta su mirada se detenía en ese lugar.

Koremitsu, días más tarde, se presentó.

-Nuestra enferma se ha debilitado aún más, de modo que me he ocupado en cuidarla -declaró-, luego acercándose comenzó a relatar:

-Después de haber recibido vuestras órdenes, he hecho llamar a alguien que sabe acerca de nuestros vecinos, y lo he hecho interrogar, pero nada ha dicho de seguro. Hay allí, cierto, una mujer que vive por completo oculta desde aproximadamente la quinta luna, pero quién es, aun a la misma gente de la casa no se lo ha dado a conocer, afirmó. Me ha sucedido mirar por las rendijas de la empalizada que nos separa de ella, y en efecto he podido distinguir unas siluetas de jóvenes mujeres. Llevan, más bien por la forma, el delantal corto, y bien parece que hay una mujer a quien ellas sirven. Ayer, el sol poniente penetraba en la pieza sin dejar nada en la sombra, y la que he visto sentada allí escribiendo una carta era ciertamente muy bella. Parecía preocupada, y las mujeres que la acompañaban tenían aire de llorar ocultándose; todo eso lo he distinguido claramente.

Dijo, y el Príncipe se sonrió, decidido a saber más del asunto. Si su posición le imponía el cuidado de su reputación, habida cuenta no obstante de su edad y del favor que gozaba en el espíritu de las mujeres, Koremitsu consideraba que sería impropio y aflictivo el hecho de no tener alguna intriga, y pues nadie le guardaría rencor, ya que todo estaba yendo, pues, a pedir de boca, por poco que se tratara de una persona de rango conveniente.

-Preguntándome si por azar pudiera ser que la viese, bajo un pretexto insignificante que inventé, le he enviado un mensaje. Con mano habituada a escribir, me ha contestado enseguida. ¡Debe ser una persona joven nada desdeñable! dijo el Príncipe.

-¡Prosigue tus indagaciones! ¡Sería penoso que no puedas enterarte de algo más!

La morada de esta mujer era de las que él había descartado como las «últimas de las últimas» y, sin embargo, pensaba en ella com-

placientemente, diciéndose que tal vez había descubierto entre aquellas una que por extraordinaria no era de desdeñarse.

(...)

Pero bien considerado, nuestro Koremitsu había venido a hacer un informe muy puntual de la investigación que se le había encargado.

-Quién es la dama, aún no lo he podido determinar. Tiene aparentemente el más grande cuidado de ocultarse a todos. Cuando se hallan desocupadas, las jovenes personas van a la galería del sur, la de los semipostigos, y al escuchar un ruido de carro, espían, al parecer, la calle, y a veces sin duda se mezcla allí la que parece ser el ama. Aunque solo la he entrevisto, la creo de una extrema belleza. Un día, viendo un carro que pasaba, precedido de mensajeros, se precipitó una muchachita: «Señora Ukon -exclamó- ¡Pronto, venid a ver! ¡He aquí que pasa el Señor Comandante!» A estas palabras, una persona de una cierta edad salió a su vez:

«¡Vamos, calma!», dijo, haciendo un gesto con la mano, luego: «¿Cómo sabes que es él? Bueno, ¡voy a ver!» y se dirigió a la galería. Una suerte de pasarela móvil la unía a la casa. En su prisa, se le enganchó el borde de su vestido y dio un traspié: sin duda se había caído de la pasarela, pues se molestó: «Vamos, pues! ¡es un cepo lo que ha construido ese *dios de Kazuraki!». Y parecía habérsele pasado las ganas de espiar la calle.* El señor estaba vestido con una casaca y dos domésticos lo seguían. Las muchachitas enumeraban sus nombres, y eran los de los criados y pajes del Comandante Jefe del Secretariado que ellas citaban así para probar sus afirmaciones.

-¡Hubiera deseado ver ese carro para asegurarme! declaró el Príncipe, que se preguntaba si no era la mujer que no alcanzaba a olvidar; viéndole en sus ademanes que ardía por saber más al respecto, Koremitsu añadió:

-He conducido mi propia intriga con tal habilidad que ahora conozco las galerías en detalle; no obstante, he fingido ignorar que allí había una joven mujer que por su modo de hablar quiere hacer creer que todas ellas son de semejante condición, y voy y vengo como si fuera un tonto. Se imaginan estar bien escondidas de mí, y cuando una u otra muchachi-

ta deja escapar una palabra embozada, hablan de otra cosa y se esfuerzan en crear la impresión de que ninguna de ellas es el ama.

He aquí lo que contó riendo.

- Cuando yo vaya a visitar a la dama monja, arréglatelas para hacérmela ver a hurtadillas, dijo el Príncipe.

A juzgar por la naturaleza de la casa donde vivía, así fuese por un tiempo solamente, esta mujer debería pertenecer a esa clase inferior que el Capitán de las Caballerizas había tratado con desprecio. ¿Y si alguna vez, con una de aquellas, se presentará, con toda la previsión, una grata aventura? pensaba. Koremitsu, atento a no disgustarlo en la menor cosa, y que por lo demás era muy experto en la materia, desplegó un tesoro de ingeniosidad, y se movió tanto y tan bien que logró introducirlo en casa de ella. Describir semejantes pasos en detalle sería fastidioso, así, según nuestro uso, nos abstendremos de ello.

Como el Príncipe no había podido saber precisamente quién era la mujer, pensó no darse a conocer tampoco y, contrariando sus hábitos, dirigirse a pie a casa de ella, con un traje de los más ajados; Koremitsu sin embargo había estimado que no podía hacer tan poco caso de él, así que puso a su disposición su propio caballo, y él mismo lo escoltó marchando a su lado. Se había defendido por cierto, diciendo:

-¡Me sería amargo que se pudiera creer allá que el bello amante no era sino un miserable lacayo!

Pero el Príncipe, en su afan de no ser reconocido, no llevaba consigo sino al guardia que había servido de trujamán a las flores de yugao, así como un solo paje cuyo rostro no podía conocerlo. Temiendo que por ventura ella no propiciara un acercamiento, evitó aun detenerse en la casa vecina.

La mujer, por su lado, muy intrigada e impaciente por no comprender nada de esto, hizo seguir a su mensajero, y que lo espiaran en el camino de vuelta al alba, y trató de saber dónde vivía, pero si él supo confundir las pistas, no estaba menos prendado de ella al punto de no poder pasarse sin verla, de tal suerte que, a la vez que se reprimía y se repro-

chaba por una conducta que tenía por ligereza indigna de su rango, iba allá cada vez más a menudo.

En tal materia, en la que el hombre más ponderado a veces pierde la cordura, él había sabido dominarse siempre sin demasiada pena, y jamás se había conducido de un modo que pudiera censurársele, pero esta vez se atormentaba de extraña manera, impaciente desde la mañana por estar lejos de ella durante el día; estaba por lo demás perfectamente conciente, y se decía que era locura, que en ella no había nada que debiera a tal punto ocupar su espíritu. Ella se mostraba con una indolencia a la par superficial y dócil, desprovista de profundidad y seriedad, y pese a sus aires de extrema juventud, no era ajena a una cierta experiencia de las cosas de este mundo. No debía ser de muy alta alcurnia. ¿Qué tenía pues para obsederlo hasta ese grado? se preguntaba una y otra vez. En cuanto a él, parecía poner el mayor cuidado en su ajado traje de caza, en disfrazar su apariencia, y ni siquiera le dejaba entrever su rostro; y como llegaba y partía en el corazón de la noche, cuando todo el mundo descansaba, parecido a esos seres sobrenaturales que se encuentran en las viejas leyendas, ella no podía defenderse de una sorda inquietud, pero el comportamiento de este hombre traicionaba, pese a todo, así fuese al tacto, una evidente distinción, de suerte que, preguntándose quién podría ser, dirigió sus sospechas a Koremitsu, diciéndose que esto debería ser alguna jugada de ese libertino, pero este adoptaba aires inocentes, y como si ignorase todo del asunto, proseguía imperturbable, sus propias intrigas; y he aquí cómo esta mujer, no pudiendo comprender lo que le sucedía, se libraba a inquietudes de extraña suerte.

El Príncipe, por lo que le tocaba, se decía que si le diera a la mujer por engañar su atención y desaparecer, ningún indicio le permitiría saber donde buscarla; que era claro que su retiro era transitorio y que podía un buen día, imposible de saber, trasladarse a cualquier lugar; que si hubiera estado seguro de poder renunciar alegremente a ella si perdiera sus huellas, habría sabido contentarse con su felicidad presente; ¿pero podría en adelante contentarse con eso? No lo pensaba. Las noches que, temiendo indiscretos, pasaba lejos de ella, le eran insoportables al punto de sufrir por ello; entonces, le vino la idea de llevarla, en el mayor secreto, a la Segunda Avenida; que ni por ventura el rumor se extendía, que aun si resultaran disgustos, entonces ¡venga lo que viniere! Nunca jamás había estado enamorado hasta ese punto, ¡allí debía haber algún encadenamiento del destino!

-¡Vamos a departir a nuestras anchas, en un lugar más agradable! dijo, pero a esta propuesta:

-¡Es extraño! ¡Hablaís así, pero vuestras maneras no son las de todo el mundo, me daís miedo!, respondió, como una niña.

-¡En verdad!, dijo él sonriendo. Uno de nosotros debe ser un zorro. ¡Qué decís, aceptad ser mi víctima!

Había hablado con un tono tan tierno que la mujer, enteramente subyugada, se dijo que eso, depués de todo, se podía realizar. Que estuviera presta a seguirlo sin más ni más en una aventura dudosa a más no poder, le pareció conmovedor, y otra vez presa de sospechas, pensó en lo que el Comandante Jefe del Secretariado había dicho del carácter de la dama del clavel, pero pensando que debía tener sus razones para ocultar su nombre, renunció a interrogarla para asegurarse de ello. No parecía que fuera capaz de fingir con él, para retirarse ocultamente y de improviso, pero, se dijo sin embargo, si debiera espaciar sus visitas, no sería imposible que cambiara de opinión como con la otra; llegó, en su presunción, hasta pensar que si pudiera, por poco que fuese, llevar su afecto a otra parte, aquella no le sería sino más querida.

La decimoquinta noche del octavo mes, los rayos de una luna sin nubes, filtrándose por innumerables intersticios del techo de tablillas, iluminaba el aposento en sus menores rincones; el aspecto insólito de esta morada que no se parecía en nada a las que conocía, le agradó por su novedad; pero el alba debía estar próxima, pues de las casas vecinas se elevaban voces groseras de palurdos que se despertaban:

- ¡Ay, el frio que hace!

-Este año no hay gran cosa que esperar de los negocios, y el comercio en el campo no marchará muy bien tampoco, ¡me lo temo!

-Señor vecino. ¿Me escucháis?

Tales eran las expresiones que les oía intercambiar. Producían todo ese alboroto cuando se levantaban para dirigirse cada quien a su miserable tarea, y la mujer debía hallarse muy humillada por esta promiscuidad.

Alguien que se picara de elegancia y que hubiera estado deseoso de mostrarse bajo una luz favorable, jamás habría soportado vivir en semejante sitio. Ella sin embargo guardaba un aire distante, y no parecía preocuparse excesivamente de lo que su situación tenía de cruel, de molesto o despreciable; su talante sus actitudes conservaban su ingenua dignidad, y por su modo de ignorar deliberadamente la naturaleza misma de la grosería de un vecindario tumultuoso, le parecía más inocente que si ella se hubiese ruborizado de falsa vergüenza.

Más fuerte que el retumbar del trueno, se alzaba un ruido de un mortero que estremecía el suelo, al extremo que él creyó oírlo en su cabecera. «¡Oh, nos rompen los oídos!» se dijo, fastidiado.

Para él, que no conocía el origen de ese estruendo, era simplemente un ruido extraño y desagradable. Todo lo contrariaba en ese lugar. Aun el ruido de mazos para golpear el lienzo blanco, que por doquier resonaba indistintamente, y al que se mezclaban los gritos de una bandada de ocas salvajes, le era realmente insoportable. Como la pieza donde se hallaba estaba cerca del borde de la casa, abrió la puerta corrediza, y juntos miraron afuera.

En el jardín sin profundidad, el rocío sobre los graciosos bambúes de China tenía en este sitio el mismo centelleo en suma que en su residencia. Pero los ruidos discordantes de los insectos, hasta los grillos en el interior de los tabiques, para sus oídos acostumbrados a escucharlos a la distancia, no eran más que estridencia confusa y agresiva, al punto de parecerle irreconocibles, y sin embargo por la sola virtud de un sentimiento que no era superficial, todas las faltas de gusto le parecían perdonables. Sobre un vestido blanco, ella se había puesto otro de color rosa pálido, y esta silueta desprovista de brillo tenía para él una gracia y una seducción infinita no había en ella ninguna perfección sublime, pero su fragilidad, su delicadeza y las actitudes que adoptaba al hablarle, poseían un encanto que le llegaba al corazón. La observaba, diciéndose que le faltaba precisamente algo de fuerza de alma, y le volvieron las ganas de verla más libremente:

¡Venid! ¡Conozco un sitio muy cerca de aquí donde pasaremos noches más tranquilas! Me es demasiado penoso dejaros en un lugar, así le dijo.

-¡Cómo fuera posible! ¡Me tomáis de improviso! respondió con su aire plácido.

El le juró que sus lazos no eran de los que se acaban en esta vida, y la confianza sin reserva con la que acogía ella sus promesas era tan sorprendente tan diverso de todo lo que había conocido, que no podía creer que ella tuviera experiencia de la vida: así, sin mayor cuidado de la opinión ajena, llamó a Ukon, a quien ordenó llamar a su guardia y hacer que entrase su carro. Las mujeres de ella comprendieron en la actitud del Príncipe que sus intenciones no eran vulgares, de suerte que, pese a sus aprensiones, se pusieron a sus órdenes.

El alba ahora estaba cercana. No se oía el canto del gallo: el silencio solo era turbado por la voz cascada de un anciano que rogaba inclinando la frente hasta el suelo. Se levantaba y se sentaba con una aplicación casi insostenible. Con viva emoción, el Príncipe lo escuchaba, preguntándose qué podía esperar de sus plegarias en este mundo semejante al rocío matinal, cuando se prosternó y salmodió, pues sin duda se preparaba a la ascención de la Montaña Santa:

-¡Salve oh Guía del Mundo por Venir!

¡Escúchenlo! ¡No se preocupa sólo de esta vida! dijo el Príncipe, profundamente conmovido.

Por la vía que sigue
este asceta dejáos guiar
también vos, y para la vida futura
no quebréis lazos tan fuertes.

Recordando el funesto precedente del Palacio de Larga Vida, había preferido la alusión al reinado de Miroku a la promesa de «prestarse sus alas», y como le prodigaba seguridades para el porvenir:

Los lazos del pasado
en mi triste suerte presente
cómo pues me fiaría
en lo que prepara el porvenir.

Así sus poemas mismos traducían sus incertidumbres. La luna se demoraba en el horizonte, y la mujer dudaba aún en dejarse arrastrar por esta aventura improvisada, y mientras que discurría, de súbito una nube ocultó el astro, y el cielo, que paulatinamente se aclaraba, revistió una patética belleza. Su prisa habitual se apoderó de él, le hacía dejar esos lugares mientras no había peligro de ser sorprendido; abreviando, la hizo subir en su carro, y Ukon subió con ella. Llegado a una cierta residencia muy próxima, fueron a buscar al guardián, y en la espera, pudieron ver la «yerba de olvido» que invadía el techo del pórtico arruinado, y la sombra tenebrosa de los árboles. La neblina era densa, y el aire tan húmedo que sólo por haber levantado las cortinas sus mangas estaban mojadas.

-¡No tengo experiencia en esta suerte de aventuras, que bien lo veo, no carecen de inconvenientes!

Otros antes que yo
en tiempos ya lejanos
así han errado
por las rutas de la aurora
que yo aún ignoraba.

- Pero vos misma, ¿habéis tenido esa experiencia? dijo. La mujer tímidamente respondió:

De la cresta de los montes
ignorando el sentimiento
la luna que va
muy arriba en el cielo
tal vez se extinguirá.

El corazón apretado de angustia...

Dijo, y como parecía asustada y molesta y no a su gusto, lo atribuyó a su costumbre de vivir en barrios populosos.

Hizo entrar el carro y, mientras en el ala occidental le preparaban una sala, lo hizo colocar a lo largo de la balaustrada. Ukon estaba arrobada, y a solas evocaba los recuerdos del pasado. Por la diligencia extrema del guardián, había adivinado al fin quién era el Príncipe. A la hora

en que se comenzaba a distinguir las cosas, descendieron del carro. El arreglo de la sala era sumario, pero convenientemente dispuesto.

- ¡Monseñor ha venido sin domésticos! ¡No será servido como conviene!

Dicho esto, el guardián que era uno de sus hombres de confianza y que había servido también en la residencia del Ministro, se acercó y le dijo:

-¿Debo hacer que venga el personal necesario?

Pero el Príncipe le recomendó discreción:

-Es de propósito que he escogido una casa escondida, donde nadie vendrá a molestarme. ¡Que conserve el secreto para sí mismo!

El hombre había hecho a prisa preparar el arroz, pero no había nadie para el servicio, y mal podía bastarse a esa tarea. En este albergue improvisado así como en el viaje, experiencia insólita para él, el Príncipe renovó sus tiernos juramentos, inagotables como el curso del Río de los Largos Suspiros.

El sol estaba alto en el cielo cuando se levantó, y con su propia mano alzó la celosía. El jardín estaba abandonado, no había una sola alma viviente, y tan lejos como abarcaba la mirada, no se veían sino grupos de árboles cuyo aspecto vetusto tenía algo repelente. Más cerca, ningún árbol o planta que atrajera la vista, nada sino las yerbas silvestres del otoño, y como el estanque mismo se hallaba sepultado bajo las yerbas acuáticas, el conjunto presentaba un aire lúgubre. Las comunas sin duda debían estar habitadas, pero se hallaban construídas lejos.

-¡Ciertamente no es alegre el sitio!, dijo, ¡Pero después de todo no son los demonios a quienes temo!

Hasta ese momento le había ocultado su rostro, pero como la mujer parecía ofendida por ello, se dijo que, en verdad, en el punto en que se encontraban, semejante desconfianza no tenía razón de ser:

La flor que se abre
bajo el rocío vesperal
el destino un día
ha querido que la apercibiérais
al azar de los caminos.

Engalanada con el esplendor del rocío, ¿qué os parece?

A estas palabras, ella le deslizó una mirada de reojo, y dijo a media voz:

Si hubiera yo hallado
esplendor al rocío
de las flores de yugao
no sería sino una ilusión
de la hora crepuscular.

Encontró agradable la agudeza. En cuanto a ella, en verdad, su súbito abandono y su incomparable belleza le fascinaban tanto más cuanto que contrastaban con la naturaleza de esos lugares.

-Es vuestra inflexible desconfianza la que me había determinado a no mostraros mi rostro. Pero ahora, ¡decidme al menos vuestro nombre! ¡pues me dais miedo!

Sin embargo, lo eludió:

-Soy hija de pescador...

Este rechazo a abandonarse le pareció pura coquetería.

-¡Sea! ¡No tengo sino lo que merezco!, dijo, vejado, lo que no le impidió de ningún modo pasar el día entero en tierna plática. Koremitsu, que había logrado descubrir su retiro, vino con provisiones. Como temía los reproches que podría hacerle Ukon, evitó acercarse demasiado. Hallando curioso que el Príncipe se hubiera dejado arrastrar tan lejos, concluyó que la mujer debía tener encantos poderosos y estaba por deplorar su propia generosidad que le había hecho ceder el lugar, mientras que hubiera podido perfectamente obtenerlo para sí mismo.

El Príncipe contemplaba el cielo del atardecer, sereno más allá de toda expresión, y como la mujer estaba vagamente espantada de la oscuridad que invadía la pieza, él levantó la cortina exterior, luego se echó a su lado. Cambiaron ambos largas miradas en la luz crepuscular, y la mujer , a despecho de los temores que despertaba en ella tal aventura, olvidaba todas sus penas; y al verla al fin abandonarse un poco, la halló encantadora. Ella quedó tendida a su lado hasta la caída de la noche; nuevamente parecía presa de un terror pueril que daba piedad. El se dio prisa en bajar las celosías, e hizo traer las lámparas.

-¡Parecía haber vencido vuestras reticencias, pero en el fondo de vuestro corazón permanecéis alerta, he aquí que me es cruel!, dijo en tono de reproche.

De pronto pensó que en el Palacio, el Emperador quizá lo hubiera llamado ¿dónde podían haberlo buscado? Otro asunto aún lo inquietaba: del lado de la Sexta Avenida, ¡cómo debían atormentarse! Que él fuera odiado sería penoso, pero muy comprensible, se decía no sin remordimientos. Y tocado por el abandono sin segunda intención de esta, la comparaba pese a él a aquella que el exceso de su pasión hacía fastidiosa, a punto de que había tentado separarse de ella por algún tiempo.

Más tarde por la noche, se había amodorrado, cuando vio, sentada a su cabecera, a una mujer de una gran belleza que le dijo:

-Yo que os hallaba tan amable, no pensáis en venirme a ver, y traéis con vos a esta persona a quien nada distingue, y le acordáis vuestro favor; ¡qué desilusión para mí, y qué crueldad!

Y al decir esto, pareció querer sacudirla a ella que estaba a su lado. El tuvo el sentimiento de un peligro inminente y, despertándose sobresaltado, comprobó que la lámpara se había apagado. Una angustia lo asaltó, y desenvainó el sable que colocó a su cabecera, luego llamó a Ukon. Esta se presentó, también ella con aire aterrorizado.

-Llamad al velador que está en el pasaje cubierto, y decidle que traiga una antorcha, le ordenó.

-¿Cómo podré ir? ¿Está oscuro? dijo.

-¡Qué niña parecéis, dijo riendo, pero cuando dio de palmadas, solo el eco le respondio, lúgubre.

Nadie acudió a su llamado; la dama sin embargo, aterrada, temblaba con todos sus miembros, mientras se preguntaba qué hacer.

Estaba empapada de sudor y parecía haber perdido la conciencia.

-Ella que es víctima de terrores infundados, ¿qué se habrá imaginado?, dijo Ukon.

El Príncipe, lleno de compasión, pensó en su extremo abatimiento y en su aire extraviado aun en pleno día:

-Voy a despertar a alguien, dijo. Me irrita no oír sino el eco cuando doy de palmadas. Permaneced a su lado un instante.

Hizo que se aproximara Ukon, y él mismo fue hasta la puerta acoplada del oeste; empujó las hojas y vio que las lámparas del pasaje cubierto estaban también apagadas. Por allí se colaba una ligera corriente de aire, y los hombres que estaban de servicio se hallaban todos acostados. Allí había, además del hijo del guardián de esta residencia, que era uno de sus familiares, un paje y el guardia que lo escoltaba de ordinario. Llamó al joven que respondió, y cuando se hubo levantado:

-Tráeme una antorcha, Di al guardia que haga sonar la cuerda de su arco y que se anuncie sin interrupción a plena voz. ¿Cómo se puede dormir tan tranquilamente en un lugar desierto? y Koremitsu no Ason, ¿no ha llegado? preguntó.

Estaba allí en efecto, pero ha vuelto a partir diciendo que, ya que no tenía órdenes, volvería al alba para acompañar a Monseñor.

El joven que así hablaba era de la guardia del Takiguchi, así que haciendo sonar diestramente la cuerda de su arco y gritando: «¡Cuidado con el fuego!» se dirigió a la habitación del guardián.

El Príncipe pensó en el Palacio: el llamado de los oficiales de Corte debía haber acabado, era la hora de llamada de los hombres de guardia

del Takiguchi, estimó, pues la noche no estaba muy avanzada todavía. Volvió y, a tientas, confirmó que la dama permanecía allí echada en la misma posición; Ukon estaba acostada a su lado, boca abajo.

-¿Qué significa esto? ¡Os conducís como loca! Sin duda os halláis aterrorizada con la idea de que en este sitio desierto algún zorro intente espantaros. ¡Mientras yo me encuentre aquí nada debéis de temer al respecto!, dijo levantándola.

-¡Tengo tanto miedo! ¡Tenía náuseas, me he arrojado a tierra! y la señora, ¡Cuál no será su espanto! dijo.

-¡En efecto! ¿Pero por qué, pues?

La tocó: el aliento era imperceptible. La atrajo hacia sí, pero estaba desmazalada y parecía haber perdido la conciencia: era tan infantil, se habría dejado sorprender por algún ente demoniaco, se preguntó en su confusión. El hombre traía una antorcha. Como Ukon también parecía incapaz de moverse, corrió él mismo la cortina al alcance de sus manos.

¡Vamos, tráela!, ordenó.

Intimidado, en estas circunstancias insólitas, el hombre no osaba acercarse, ni siquiera franquear el umbral.

-¡Vamos, tráela, pues! ¡Basta de ceremonias!

Acercó la antorcha, y es entonces que percibió, al lado de la cabecera, esta silueta femenina que había visto en sueños y que al punto desapareció.

En los relatos de antaño se trataba de semejantes aventuras, se dijo con horror; sin embargo, estaba tan preocupado por la suerte de la mujer que era incapaz de pensar en el peligro que podía correr él mismo; se echó pues a su lado y la sacudió, pero ella estaba helada y ya no respiraba más. Toda palabra era superflua. No había allí nadie a quien se pudiera confiar: un bonzo habría sido lo indicado en tal ocurrencia... Había mostrado entereza hasta el momento, pero era muy joven aún, y al verla inanimada se encontró completamente desamparado; la tomó en sus brazos:

-¡Señora, volved en vos! ¡Evitadme esta terrible desgracia!, exclamó, pero ella estaba toda fría y su aspecto se hacía pavoroso.

Ukon, hasta ese instante, paralizada por el terror, de pronto tomó conciencia y se deshizo en lágrimas. Acordándose de la historia del demonio que en el Pabellón del Sur había querido espantar a un cierto ministro, él retomó coraje:

-¡Pese a las apariencias, pienso que no está muerta! ¡No lancéis esos terribles gritos en la noche! ¡Vamos, calmaos!

Así la reconfortaba, pero lo repentino del accidente a él mismo lo dejó estupefacto. Hizo venir al hombre:

-Hay una persona que parece enferma por haber sido atacada por algún ser misterioso; ve a dar orden de que vayan en el acto adonde se aloja Koremitsu no Ason, y que le digan que venga sin tardanza; si el abate Fulano se halla en ese momento, ruéguenle discretamente que venga aquí. Y que se guarden de atemorizar a la dama monja haciéndola escuchar eso. ¡Pues es una persona que no aprueba tales escapadas!

Había dicho esto con aparente seguridad, pero la angustia lo atenaceaba: al pensamiento de que él tal vez había causado la muerte de esta mujer se añadía el horror sin par que reinaba en el ambiente.

Medianoche pasada, el viento había redoblado su violencia. Un gemido más lúgubre que nunca se elevaba de la masa espesa de los pinos, y un pájaro extraño, en el que creyó reconocer un buho, hacía oír su grito cavernoso. Su espíritu estaba en pleno desorden, y en parte alguna de este siniestro desierto sonaba la menor voz humana. ¿Quién era pues el que lo había empujado a escoger esa vivienda desolada?, se decía, pero las cuitas no servían de nada.

Ukon aterrada, se apretaba contra él, temblando de pies a cabeza como si fuera a morirse de espanto. ¿Qué iba a sucederle a ella? Fuera de sí, la tomó en sus brazos. Ya que él era el único en permanecer dueño de sí mismo, ¿no podía pues encontrar una idea? La lámpara parpadeaba oscuramente; más allá de los biombos dispuestos en la linde de la gran sala, sombras -le parecía- se agitaban acá y allá; pasos afelpados hacían crujir el piso; ¡eso se acercaba ahora por detrás! ¡Ah, pronto, que venga

Koremitsu! ¡Pero era un mensajero y mientras se le busca de un lado y otro, será necesario vivir esta eternidad, larga como mil noches, que lo separaba de la hora cuando el cielo se aclara.

Al fin, el canto del gallo resonó a lo lejos; ¿por qué encadenamiento del destino había podido exponerse, con peligro de su vida, a tamaña malaventura? ¡No tenía a quien echarle la culpa sino a sí mismo si, como castigo a una empresa inconveniente, indigna de su rango, esta historia debía ser citada como ejemplo para el pasado y el futuro! Por más precauciones que se tomen, nada en este mundo parece oculto: ¡y en primer lugar el Emperador lo sabría, todos hablarán del asunto, y los bribones de la Ciudad se reirán en sus barbas! ¿Iba a precisar en adelante cargar con la reputación de un necio? Tales eran los pensamientos que revolvía en su espíritu.

Al fin Koremitsu no Ason se presentó. Estaba resentido con él por haberse ausentado, y peor aún, por haber tardado en contestar a su llamado justamente esa noche, él que a toda hora del día y de la noche se encontraba a su disposición; sin embargo, cuando se le hizo entrar, quiso hablarle, pero estaba tan abrumado que, por el momento, era incapaz de proferir palabra. Ukon, al oír la voz de Koremitsu, se acordó de todo el asunto desde el primer día, y se deshizo en lágrimas; el Príncipe esta vez ya no resistió más: se había esforzado hasta ahora para mantenerse dueño de sí, y lo había logrado, pero, aliviado por la llegada del hombre, se abandonó, a su vez a su aflicción. Un buen rato, dejó correr las lágrimas que ya no podía contener. Por último, algo sereno, dijo:

-¡Aquí se han producido extraños acontecimientos! ¡Más horribles de lo que pueda yo decir!. Sabiendo que en semejantes circunstancias convenía leer las Escrituras, por eso, y también para hacer que se digan las plegarias es que te pedí que trajeras al Abate...

-Ayer volvió él a la Montaña. ¡Pero de hecho, muy raros son los accidentes de esta laya! ¿No estaría ella sujeta a ese mal ya desde el pasado?

-¡No, nada de eso! dijo el Príncipe, y lloró tanto que el otro que lo había visto tan agradable y encantador, se afligió de tal modo que también él se puso a sollozar.

Cierto que era bello y bueno, pero un hombre de edad, templado por las vicisitudes de la vida, hubiera sido en tal ocurrencia la mayor ayuda. Ahora bien, jóvenes tanto el uno como el otro, no sabían que hacer; Koremitsu sin embargo se dominó:

-Sería muy embarazoso que el guardián de esta residencia estuviera en el secreto. Sin duda, él mismo es confiable. Pero puede haber gente de su familia que deje filtrar la cosa sin mala intención. ¡Ante todo, es preciso dejar esta casa!

-Sea. ¿Pero dónde encontraremos un lugar más desierto que este? dijo el Príncipe.

-¡Es verdad! En casa de ella, sus mujeres se afligirán y se lamentarán tanto y tan bien que, en ese barrio poblado, todo el mundo hablaría del caso, de suerte que el asunto por sí mismo se divulgaría. Es a un monasterio de montaña, donde semejantes ceremonias son corrientes, que voy a dirigirme para arreglar el asunto de modo de ocultarlo, dijo Koremitsu: reflexionó un instante, luego:

-Del lado de las Montañas del Este vive una mujer que antaño conocí, y que ha entrado en religión; allá voy a llevarla. Ha sido la nodriza de mi padre, y ahora es muy anciana. Los alrededores pueden parecer frecuentados, pero el sitio es sin duda muy discreto, dijo.

A favor de la penumbra que reinaba aún, hizo acercar el carro. Como el Príncipe parecía no hallarse en estado de levantar el cuerpo, Koremitsu lo envolvió en un tapiz y lo depositó en el carruaje. Ella era muy menuda y, hasta en la muerte, conservaba un aire gracioso que conjuraba el horror. No había él apretado suficientemente, así que la cabellera se había soltado, y el Príncipe, trastornado, los ojos nublados de lágrimas, en el colmo de la penuria, quiso, suceda lo que sucediera, seguir hasta el final, pero Koremitsu:

-¡Pronto, tomad un caballo y volved a la Segunda Avenida, antes de que haya demasiada gente fuera!

Dijo, e hizo subir a Ukon; luego, habiendo presentado su caballo al Príncipe, las calzas remangadas, escoltó a pie el carro; era, a decir ver-

dad, un extraño cortejo, pero por haber visto la confusión de su amo, estaba decidido a ayudarlo costase lo que costase: el Príncipe, por su parte, había llegado a su residencia, incapaz de ordenar sus ideas y casi inconciente. Su gente se inquietaba:

-¿De donde venís, pues? ¡Parecéis enfermo?

Pero él se retiró de las cortinàs y esforzose en reflexionar calmadamente; su aflicción sin embargo lo trastornaba: ah, ¿por qué pues no había subido con ella? De suponer que volviese a la vida, ¿cuál sería su sentimiento? ¡Pensaría con amargura que la había abandonado!. Y tal era su confusión que creyó morirse de pena. Le dolía la cabeza, se sentía afiebrado, sufría cruelmente y en su turbación se preguntaba si él también no iba a fallecer. El sol ya estaba alto en el cielo, pero él no se había aún levantado, lo que su gente hallaba extraño; se le insistió en que comiera papilla, pero permanecía allí doliente y completamente abatido, cuando llegaron las nuevas de Palacio. No se le había podido descubrir la víspera, de modo que el Emperador se había inquietado. Los jóvenes señores, hijos del Ministro, se hicieron anunciar, pero no dejó entrar sino al Comandante, sólo por un momento, y le habló a través de la cortina.

-Mi Nodriza, que estaba gravemente enferma desde la quinta luna, se había hecho afeitar la cabeza y conferir las Defensas; parecía que esto fuera eficaz, pues volvía a la vida, y luego el mal retornó y ella declinó rápidamente. Como había expresado el deseo de volver una última vez, me dirigí allá, no queriendo que quién se había dedicado a mí desde mi más tierna infancia pudiera, en la hora suprema, creerme indiferente; es entonces que un doméstico de esta casa, que se hallaba mal, falleció súbitamente, antes que hubieran podido sacarlo; por deferencia a mí, esperaron la noche para trasladar el cuerpo, lo que no supe sino más tarde, de suerte que, considerando que en este período de fiestas mi presencia sería nefasta, me he abstenido de aparecer en la Corte. Y aún más, desde esta mañana, he debido atrapar un mal de garganta y sufro violentos dolores de cabeza, ¡os ruego pues perdonéis mi incorrección! dijo, y el Comandante:

-¡Sea, voy a hacer mi informe a Su Majestad! Anoche, a la hora de sus diversiones, ella se ha dignado graciosamente inquirir por vos, y parecía indispuesta por vuestra ausencia.

Dijo, y luego, mudando de parecer, añadió:

-¿De qué suerte puede haber sido el fatal encuentro que habéis tenido?. ¡No puedo creer que el cuento que acabáis de ofrecer sea verídico! Sorprendido, el Príncipe replicó:

-¿Qué os importan los detalles? ¡Contentaos de informar a Su Majestad que he estado de improviso expuesto a una mancilla. Y que estoy muy contrariado!

Había dicho eso de un tono seco, pero en su fuero interno, cuando pensaba en la irremediable desgracia, se sentía miserable, así que no quiso ver a nadie. Hizo sin embargo llamar al Secretario Referendario, y le rogó que informase a su Majestad conforme a los usos. A la residencia del Ministro igualmente, envió un mensaje anunciando que no podía apersonarse por tal razón.

Al anochecer, Koremitsu se presentó. El Príncipe, habiendo declarado que se hallaba en estado de mancilla, todos los visitantes se habían ido sin demora, de suerte que había poca gente. Lo invitó a acercarse:

¿Qué hay? ¿Te has asegurado de que estaba muerta?

Diciendo esto, se cubrió el rostro con la manga y se deshizo en lágrimas, Koremitsu, llorando también, dijo:

-¡Bien parece que ahora todo haya terminado! Era inútil que me quedase más tiempo encerrado... Mañana es un día que conviene a los funerales, para todo me he entendido con un anciano monje muy venerable y conocido mío.

-Y la mujer que la acompañaba- dijo el Príncipe, ¿qué es de ella?

-¡Aquella, bien puede ser que tampoco viva! Delira y grita que no sobrevivirá, y esta mañana he creído que iba a arrojarse a un barranco. Quería anunciar eso a la gente de la casa, pero le he aconsejado que se calme primero y reflexione con la cabeza tranquila.

- Ante este relato, el Príncipe, muy afligido, observó:

-¡Yo igualmente me siento muy mal y me pregunto que irá a suceder!

-¿Qué teméis pues aún? ¡Nada sucede que no deba suceder! Pienso que es necesario evitar que el asunto se propague, pues, ¡dejadme que me ocupe de ello, yo me encargo de todo! dijo Koremitsu.

-¡Muy justo! ¿Por más que de ello quiera persuadirme, habiendo causado, por pura frivolidad, la pérdida de esa mujer, cargaré con la culpa, y esta es ruda! ¡No le hables de esto a Shosho no Myobu!. Y menos aún a la Dama Monja, que reprueba tales aventuras, pues yo seré cubierto de vergüenza! dijo el Príncipe, ordenándole silencio.

-¡Pues sí! A los monjes, por otra parte, les he contado otra historia, inventada integramente.

Oír esto lo tranquilizó. Sus mujeres, que habían sorprendido fragmentos de la conversación, se preguntaban, vagamente inquietas, que significaba esta extraña conducta! hablando de mancilla, él no se había apersonado a Palacio: y ahora, helo murmurando y gimiendo.

-¡Una vez más, haz de suerte que todo suceda sin estorbos!

Y hace sus recomendaciones para la ceremonia, pero:

-¿De qué os inquietáis? ¡No hay necesidad de crearse tantas molestias! dijo Koremitsu, y se dispuso a partir, lo que afligió mucho al Príncipe:

-Sin duda lo juzgarás inoportuno, pero si no veo su cuerpo por última vez, me detestaré terriblemente; ¡voy a ir allá a caballo! dijo, y el otro, aunque hallaba eso enteramente fuera de lugar:

-¡Si esa es vuestra idea, nada puedo al respecto! ¡Dicho esto, proceded pronto, para que estéis de vuelta antes del término de la noche!

Dijo, y el Príncipe, habiéndose puesto traje de caza, que usaba en estos tiempos para disfrazarse, salió con él. Estaba de humor sombrío y su dolor era insoportable, así, en el instante de meterse en esta vía fúne-

bre, instruido por la peligrosa aventura que acababa de vivir, se atormentaba con la idea de lo que podría acontecer aún; con todo, perturbándolo su aflicción, se recobraba diciéndose que si no veía el cuerpo ahora, en ninguna otra vida lo volvería a ver jamás tal como ella había sido, y seguido por sus servidores, Koremitsu y el guardia, se puso en camino. Este le pareció largo.

La luna, en su decimoséptimo día, se había elevado y, hacia el lecho del río, a la luz incierta de las antorchas de los mensajeros, se distinguía a lo lejos la necrópolis de Toribeno, pero esta visión funesta lo dejaba indiferente, y es en este estado de estupor azorado que llegó a su destino. En estos parajes, siniestros ya por si mismos, se levantaba una capilla, al lado de una cabaña cubierta de tablillas, morada de la monja que vivía allí en devociones; todo eso era muy punzante. La luz de las lámparas se filtraba por los intersticios. En la cabaña, una mujer, sola, no hacía sino sollozar; afuera, dos o tres bonzos conversaban a la vez que salmodiaban las invocaciones a los budas con voz voluntariamente ahogada. En los monasterios, los ritos de la primera vigilia nocturna habían concluido por doquier y el silencio era unánime. Del lado de Kiyomitsu, se percibían múltiples luces y parecía que allí había una gran concurrencia de gente. Cuando el bonzo de gran virtud, hijo de esta dama monja, se puso a leer las Escrituras con voz sobrecogedora, el Príncipe no pudo contener las lágrimas. Entró: la lámpara vuelta al otro lado, Ukon yacía en tierra, separada del cuerpo por un biombo. ¡Cuál no sería su confusión, se dijo al verla. El cadáver no le inspiró ningún sentimiento de horror, sus formas eran aún graciosas, y no había sufrido la menor alteración. Le tomó la mano:

-¡Por la última vez, dejadme al menos oir vuestra voz! ¡Algún lazo de una vida pasada sin duda nos unió! ¡A mí que, por demasiado escaso tiempo, os he querido con todo mi corazón, abandonarme así y librarme a la desesperación, ay, es demasiado en verdad!, dijo, y sin contener más su voz, lloró sin cesar.

Aunque ignorasen quién era, los bonzos, compadecidos por su dolor, dejaron todos correr sus lágrimas. Dirigiéndose a Ukon:

¡Vamos, le dijo, venid a la Segunda Avenida! Pero ella:

-Durante largos años, desde su primera infancia, jamás la he dejado

un solo instante, siempre estuve a su lado: ¿Cómo podría dejarla de pronto? ¿Adónde, pues iré? ¿Cómo le diré a la gente lo que ha sucedido? ¡Todo eso ya es bien aflictivo para mí: si además debían acusarme a gritos, ¡eso sería espantoso!, dijo llorando, loca de dolor. ¡Vale más que la siga, mezclada al humo de su hoguera!

-Ciertamente, os comprendo, ¡Pero así marcha el mundo! ¡no hay separación que no conlleve dolor! ¡Sea de un modo u otro, toda vida paralelamente conoce su término! ¡Recobráos, pues, y confiad en mí!

Por más que él razonara así, de pronto añadió:

-¡Yo que os hablo de este modo, tengo el sentimiento de que no saldré vivo de esta!; él casi no inspiraba confianza.

Koremitsu le dijo:

-No tarda la noche en aclararse. ¡Pronto, regresad!

Entonces, sin poder desviar los ojos, el corazón apretado, salió. Por los caminos cubiertos de rocío, en la espesa niebla de la mañana, marchaba delirante. La había visto tendida, tal cual era en vida, vestida aún con su traje rojo carmín que le había dado en cambio de la suya, y a todo lo largo de la ruta se preguntó de qué lazos anudados en otra existencia podría ser el signo. Como parecía no hallarse en estado de mantenerse sólidamente en su caballo, Koremitsu le seguía siempre, presto a socorrerlo cuando, del lado del dique, se dejó deslizar de su cabalgadura y sintiéndose desfallecer, dijo:

-¡Cre que voy a desplomarme en este camino! ¡Tengo el sentimiento de que jamás llegaré a mi destino!

Koremitsu, muy turbado también, se dijo que mejor habría hecho en rehusar firmemente, sea lo que él pudiera decir, a arrastrarlo en pareja aventura, y en su confusión, se purificó las manos en el agua del río y se puso a implorar a Kannon de Kiyomisu, pues ya no sabía qué hacer. El Príncipe igualmente, que se había recuperado al precio de un violento esfuerzo, desde el fondo de su corazón imploró a los budas, después, sostenido por su compañero, volvió a la residencia de la Segunda Avenida.

Sus mujeres, intrigadas por estas peregrinaciones en el corazón de la noche, se lamentaban a porfía:

-¡Qué extraña conducta! Ya en estos últimos tiempos, no se estaba quieto y salía más a menudo que de ordinario; ayer parecía muy enfermo: ¿cómo puede, a pesar de eso, callejear de ese modo?

Se quedó acostado, enfermo de verdad esta vez, y en el lapso de dos o tres días, se debilitó considerablemente. Cuando la cosa se supo en Palacio, la desolación llegó a su colmo. Por doquier las plegarias se elevaron, sin reposo ni tregua. Celebraciones, exorcismos, conjuros, se hizo más de lo que podría decirse; la emoción era general: este ser incomparable, dotado de las más raras cualidades, ¿podría permanecer largo tiempo en este mundo? Pese a sus sufrimientos, había hecho venir a Ukon, le había dado un cuarto cerca del suyo y tomado su servicio. Koremitsu, dominando su propia confusión, se había mostrado pleno de atenciones para con ella, pues pensaba que debía estar enteramente desamparada. El Príncipe, cada vez que su mal le dejaba el menor descanso, la llamaba para confiarle alguna tarea, de manera que muy pronto ella se familiarizó con la casita. Siempre vestida de negro y sin gran belleza, era sin embargo una joven en modo alguno desagradable.

-Cogido en la redes de un destino que hizo extrañamente breves nuestros amores, sin duda no seré por mucho tiempo de este mundo. Para consolaros de la extremada pena que debéis haber sentido por la pérdida de quien durante años fue vuestro refugio, me proponía, si me fuera dado sobrevivir, proveer a vuestras necesidades. ¡Que me sea preciso a mi vez seguirla, lo lamento por vos!, le decía confidencialmente y lloraba de modo tan lastimoso que ella olvidaba lo irremediable para condolerse de él.

La gente de la residencia erraba sin saber más dónde posaban el pie. Los mensajeros de Palacio se sucedían más abundantes que hilos de lluvia. Cuando supo la aflicción de Su Majestad, estuvo todo desconcertado y se esforzó en mostrarse más firme. El Ministro también se apresuraba y día tras día venía a la vez que procediendo a ritos diversos, bajo el efecto de los cuales quizá, después de una veintena de días, su mal, a despecho de su extrema gravedad, pareció en vías de ceder sin dejar secuelas particulares. Y como al mismo tiempo se acababa el período de

mancilla, una noche, por deferencia a la inquietud de su Majestad, él volvió a su departamento de servicio en el Palacio. El Ministro le envió su propio carro para trasladarlo y procedió a los ritos de purificación con atenciones tan minuciosas que se hacían importunas. Por un tiempo, en su extravío, le pareció haber vuelto a un mundo diferente del que había conocido.

Aproximadamente al vigésimo día de la novena luna, su mal cedió definitivamente; su rostro estaba terriblemente demacrado, pero él no era sino aún más seductor; permanecía largos momentos con la mirada perdida, luego estallaba en ruidosos sollozos. Algunas mujeres lo miraban con aire sospechoso; otras decían que debía ser algún espíritu que lo atormentaba. Hacía llamar a Ukon, y al atardecer, en el crepúsculo sereno, platicaba con ella:

-¡Hay algo que me deja perplejo! ¿Por qué, pues, se ocultaba de mí, rehusando dejarme ver quién era? Aun suponiendo que era verdaderamente una «hija de pescador», ese alejamiento que me testimoniaba, ignorando deliberadamente la extensión de mi pasión, ¡he aquí que me fue cruel!, le dijo, y ella:

-¿Qué razón habría tenido para ocultarse de vos a pesar de todo? ¿Pero cuándo, pues, habría hallado la ocasión de deciros un nombre que no hubiera significado nada para vos? Desde el comienzo, vuestra actitud fue extraña, al punto que me decía ella que no tenía sentimiento de que todo eso fuese real y si admitía que el secreto de vuestro nombre os debía ser impuesto por vuestra condición, no se afligía menos del descaro, a su manera de ver, que implicaba este misterio.

-¡Muy neciamente rivalizamos en obstinación! ¡Por mí, jamás he querido guardar mis distancias! Era simplemente que yo no estaba acostumbrado aún a incurrir de ese modo en la reprobación del mundo. Mi posición me obliga a cuidarme de mil cosas, comenzando por las amonestaciones de Su Majestad, y la más inocente broma cobra una importancia desmesurada; así en esta situación inconfortable que es la mía, que desde la noche del encuentro imprevisto, extrañamente mi corazón se halla aficionado, que haya sido necesario que a toda costa la viera, debía ser, me digo, el efecto de un fatal destino, y este pensamiento me es a la par dulce y cruel. Si no se hubiese tratado sino de una breve relación,

¿cómo podría habérseme hecho a tal punto querida? ¡Ahora, decidme todo! ¿Qué podríais ocultarme a esta hora? Y cuando, de siete en siete días, hago que se cumpla con las imágenes de los budas, ¿a quién debo, desde el fondo de mi corazón, dedicarlas?, dijo y entonces:

-¿Para que guardaría mis distancias, en efecto? Aunque yo no quiera hablar a la ligera después de su muerte de aquello que ella misma había hecho misterio cuando viva... Sus padres habían desaparecido. Su padre era Comandante de la Guardia, del Tercer Rango, sentía por ella un gran afecto, pero decepcionado sin duda por la mediocridad de su posición, la vida misma se le había hecho insoportable; después de eso, por un encuentro fortuito, el Comandante Jefe del Secretariado, cuando no era aún sino Capitán, la descubrió, y durante cerca de tres años la visitó, bajo todas las apariencias de un afecto sincero, cuando, en el otoño del último año, del despacho del Ministro de la Derecha le llegaron amenazas muy precisas, de suerte que, llevada por naturaleza a asustarse sin reflexionar, ella se creyó perdida, y se refugió en el oeste de la ciudad, en casa de su nodriza que allí habitaba. El lugar estaba desprovisto de amenidad y ella se consumía esperando, así que decidió obtener un retiro de montaña, pero como este, a partir de este año, se hallaba en una dirección nefasta, se estableció, con el sólo fin de eludir el interdicto,en un sitio indigno de ella, y que fuera allí que vos la hubiéseis descubierto ciertamente debió contrariarla. Era secreta más que nadie en el mundo, y el pensamiento de que le pudieran sorprender sus preocupaciones la llenaba de confusión, de suerte que se presentaba a vos bajo la apariencia de fingido abandono.

Ante este relato, dijo conciliador: ¡Con que era eso! Crecía su emoción:

-El niño de quien el Comandante se afligía por haberle perdido las huellas, ¿era pues de ella?, preguntó.

-¡En efecto! Había nacido en la primavera del penúltimo año. Era una niña, y muy linda, dijo.

-¿Dónde está? ¡Sin hacérselo saber a nadie, haced que pueda adoptarla!

¡Lo haré con gran alegría, pues me recordará a quien desapareció tan lamentablemente, dijo y añadió:

-Debería yo referir todo eso a ese Comandante, pero sería exponerme a vanas recriminaciones. De todos modos, no tendré ninguna dificultad para educarla. ¡Si tiene ella alguna nodriza, traédmela bajo un pretexto cualquiera!

A lo cual:

-¡Si tal se pudiera, sería para mí un gran gozo! Sería penoso que ella deba crecer allá, en el oeste de la ciudad. Era porque no había nadie que pudiera ocuparse convenientemente de ella, que se la envió allá, dijo.

En el silencio del crepúsculo, bajo un cielo de colores impresionantes, entre las yerbas secas del jardín, algunos insectos cantaban aún con voz tenue, y el follaje de los árboles se coloreaba ya por trechos; recorrió con la mirada este paisaje encantador que se hubiera dicho compuesto por un pintor: ¡qué agradable empleo había ella encontrado allí, contra toda esperanza!, se decía, y el recuerdo de la casa de las flores de yugao la llenaba de confusión. En un bosquecillo de bambúes, palomas, de las llamadas «domésticas», hacían escuchar su zureo sofrenado; se acordó del terror que había sobrecogido a la mujer, cuando en esta residencia, allá, ese otro pájaro había gritado, y la graciosa imagen se presentó a su espíritu:

-¿Qué edad podría tener? Me había parecido extrañamente frágil, como si no fuera de este mundo: ¡era el signo de que no iba a vivir largo tiempo!, dijo.

-Debía estar en su decimonoveno año. Vuestra sirviente Ukdon era hija de su difunta nodriza, una huérfana a la que el señor del Tercer Rango había tomado cariño y educado en compañía de su propia hija: al recuerdo de sus bondades, ¿cómo podría sobrevivirle? Al aficionarse demasiado a alguien, uno se prepara amargas cuitas. Y es a ella que parecía tan desamparada a quien yo había unido mi suerte, con quien durante largos años he vivido!, dijo.

-¡Son precisamente esos aires desamparados los que hacen el en-

canto de una mujer! ¡Una gazmoña inflexible es muy poco seductora! Para quien, como yo, no es de naturaleza ni receloso ni puntilloso, basta con que una mujer sea dulce y que no peque jamás sino por apasionamiento; si además es discreta y dócil a los caprichos de quien por ella se interesa, será engreída, y por poco que se dé a corregir sus defectos según sus propios pareceres, le será tanto más querida, dijo.

-¡Qué disgusto tan grande cuando pienso que ella no estaba casi alejada del ideal que acabáis de describir!, exclamó ella, y se deshizo en lágrimas.

El cielo estaba encapotado, el viento era glacial; perdido en sus reflexiones, murmuró él:

Aquella a quien amaba
en humo se ha disipado
nube del atardecer
obstinadamente contemplaba
en un cielo entonces familiar.

Pero ella no supo dar la réplica. ¡Si su ama hubiera podido gozar de esta hora, en semejante sitio!, pensaba, el corazón apretado. En cuanto a él, hasta el recuerdo del ruido de mazos que le había desollado las orejas, ahora le era querido:«Larga noche en verdad...», recitó, y fue a echarse.

(...)

Al cuadragésimo noveno día después de la muerte de la mujer,hizo en secreto,en el Pabellón del Loto de la Ley del Monte Jiei, leer las Escrituras, sin escatimar las limosnas requeridas, hábitos para los monjes y el resto. Hasta en los adornos de los rollos de Escritura y de las estatuas de los budas, nada había sido descuidado. El Abate, hermano mayor de Koremitsu, que era un santo hombre, ofició con una compunción sin par. El Príncipe mandó llamar a un Doctor en Letras de sus íntimos, que era su maestro de composición literaria, y le hizo redactar las fórmulas dedicatorias. Sin mencionar nombre, había escrito con su mano, en términos conmovedores, que confiaba en Buda Amida la suerte de una persona querida que acababa de fallecer.

-¡Eso basta, no hay necesidad de añadir una palabra, dijo el hombre, y como bajo el golpe de una violenta emoción, las lágrimas brotaron, las que se vio precisado a ahogar:

-¿Quién pues puede ser él? ¡El rumor público sin embargo no ha designado a nadie, pero para haber suscitado semejante aflicción, qué alto destino! , se dijo este hombre.

El Príncipe se había procurado las calzas de un vestido de gala que preparó en secreto para las limosnas:

Llorando y llorando
el cordón que este día
con mi mano anudaba
de nuevo en qué vida
lo podré desatar.

Su alma errante hasta ese momento, en qué vía se hallará en adelante, se preguntaba, a la vez que rogaba insistentemente por su salvación. Cuando veía al Comandante Jefe del Secretariado, su corazón se turbaba a despecho suyo; hubiera deseado revelarle que la niña perdida estaba viva, pero temía sus reproches y no dijo palabra.

Sin embargo, en la casa de las flores de yugao, las mujeres se inquietaban por la suerte de su ama, pero ningún indicio les permitía partir en su busca. Como tampoco Ukon no daba cuenta de ella, hallaban eso extraño y gemían a porfía. Aunque no estuvieran seguras de nada, habían adivinado, en el aire del visitante, un gran personaje y murmuraron entre ellas; enteraron a Koremitsu de sus sospechas, pero este se mostró evasivo y pretendió no saber nada, y como continuaba llevando a cabo sus intrigas como en el pasado, ellas creyeron haber soñado, de suerte que llegaron a imaginarse que era tal vez algún libertino, hijo de Gobernador, que, temiendo la cólera del señor Jefe del Secretariado, la había conducido directamente a su provincia. La propietaria de esta casa era la hija de la nodriza del oeste de la Ciudad. Aquella tenía tres hijos, y como Ukon era la hija de otra, se dijo en su aflicción que era por desconfianza para con ella que no les había hecho saber qué era de su ama. Ukon, por su parte, pensaba en los vehementes reproches con los que ellas no dejarían de mortificarla, y como el Príncipe tomaba las mayores precauciones

para que nada se filtrase afuera, no osó ni siquiera preguntar por la suerte de la señorita. Y es así que, por desgracia, el tiempo transcurrió sin que ellas tuviesen la menor nueva.

El Príncipe que durante todo ese lapso había deseado volver a ver a la mujer, así fuese en sueños, había pues procedido a los ritos de salvación, cuando, la siguiente noche, se le apareció indistinta, tal como en esta residencia, la misma silueta femenina que se había mostrado al lado de la desaparecida; recordó entonces que esta había muerto bajo el imperio de un espíritu que debía frecuentar esos lugares devastados, y que tal vez se había aficionado a él mismo: este pensamiento lo llenó de horror.

(Traducido del francés por Javier Sologuren).

*CUENTO DE LOS HEIKE (S. XIV)**
(Del Libro Undecimo)

El Oraculo de los Gallos y la Batalla de Dan--no Ura

Kuro el Preboste Yoshitsune penetraba en las tierras de Suho y se reunía con su hermano mayor el Gobernador de Mikawa. En cuanto a los Heike, estos habían ganado Hikushima, en la provincia de Nagato. Los Genji desembarcados en Katsuura (la Orilla de las Victorias), en la provincia de Awa, habían ganado la batalla de Yashima. En el mismo momento en que corría el rumor de que los Heike habían llegado a Hikushima (La Isla de la Retirada), los Genji arribaban a Oi-tsu (el Abra de la Persecución), ¡cosa ciertamente extraña!

El Procurador de Kumano, Tanzo, que se preguntaba si debía tomar partido por los Heike o por los Genji, en el templo de Imagumano de Tanabe, hizo ejecutar un *kagura* y conjuró el *gongen*. «¡Unete al estandarte blanco!» fue la respuesta del oráculo; quedándole una duda aún, puso frente a frente, delante del Santuario siete gallos blancos y siete gallos rojos. Ninguno de los rojos ganó. Todos, derrotados, huyeron. Decidió, pues, someterse a los Genji. Levantó el bando de su mesnada y conduciendo a continuación una tropa de dos mil jinetes a bordo de doscientos barcos el cuerpo visible del Nyaku-oyi embarcado con el suyo, arbo-

---

* En: Le dit des Heike. Le Cycle épique des Taira et Minamoto. Traduction intégrale par René Sieffert. Publications Orientalistes de France. Collection UNESCO d'oeuvres représentatives. Paris, 1978. Deuxième Edition.

lando sobre su pabellón la imagen del Kongo-doji, singló hacia Dannoura, viendo lo cual los Genji y los Heike se dirigieron a su encuentro. Sin embargo, como se encaminaba hacia los Genji, los Heike experimentaron una viva decepción. Por otra parte, Kawano no Shiro Michinobu, morador de la provincia de Iyo, venía al remo, seguido por ciento cincuenta barcos de guerra, a unirse con los Genji. Tales adhesiones confortaban la confianza del Preboste. Los navíos de los Genji eran tres mil, los de Heike mil, a los que se mezclaban algunos barcos aparejados a la manera china. Mientras que las fuerzas de los Genji crecían, la de los Heike se desmoronaban. El año dos de Genryaku (1185), el vigésimo cuarto de la tercera luna, se había convenido en que a la hora de la Liebre, en los estrechos de Moji y de Akama, Gen y Hei intercambiaran las andanadas de flechas. Aquel día, el Preboste y Kajiwara estuvieron a punto de llegar a las manos. He aquí lo que dijo Kajiwara: «¡Dejad este día la primera línea a Kagetoki!» Y el Preboste: «¿y por qué no Yoshitsune?» «¡Eso será inconveniente! ¡Monseñor en efecto comanda en Jefe!». Y el Preboste: «¡Qué tal novedad! ¡El Comandante en jefe es el Señor de Kamakura! ¡Yoshitsune actúa bajo sus órdenes, ni más ni menos que vos mismo!», dijo y Kajiwara con su esperanza frustrada de batirse en primera línea: «¡Ese señor no ha nacido para comandar guerreros!», masculló. El preboste lo había oído: «¡Del Japón entero, he allí el más empedernido ganso!», exclamó llevando la mano a la empuñadura del sable. Y Kajiwara: «¡Yo no reconozco a otro amo que no sea el Señor de Kamakura!», dijo, y él también llevó la mano a la empuñadura del sable. En ese punto, su hijo mayor Genda Kagesue, su segundo hijo Heiji Kagetaka y el tercero Saburo Kageie, acudieron a agruparse en torno de su padre. Al ver la actitud del Preboste, Sato no Shiro-yoe Tadanobu de las Marcas del Norte, Ise no Saburo Yoshimori, Gempachi Hirotsuna, Eda no Genzo, Kuma.i Taro y Musashi-bo Benkei, guerreros todos de los que cada uno valía por mil, rodearon a Kajiwara, cada quien solicitando el honor de castigarlo. Entretanto, Miura no Suke retenía al Preboste y Tohi no Jiro cogía por el medio del cuerpo a Kajiwara; y ambos les suplicaron encarecidamente: «¡En el instante de emprender una acción de una importancia tal, pelearse entre aliados, es hacerles el juego a los Heike! Y si el Señor de Kamakura llegara a saberlo, ¡no sería eso un asunto de poca monta!», les dijeron, y el Preboste se calmó. Kajiwara no insistió más. Pero desde ese momento, Kajiwara empezó a odiar al Preboste, de suerte que acabó por calumniarlo y perderlo, según se dice.

Una distancia de una treintena de *cho* separaba entonces a los Gen y los Hei. Como las aguas se retiraban de Moji, Akama y Dan-no-ura, los barcos de Genji que se hallaban frente al yusante se vieron arrastrados pese a ellos. Los barcos de los Heike al contrario, llevados por el yusante, avanzaban en su dirección. Como en alta mar la corriente era más rápida, Kajiwara costeó la orilla, hizo agarrar por los rastrillos de armas un barco enemigo que cruzaba al suyo, luego se lanzó al abordaje con sus hijos y sus leales, una quincena de hombres en total, que de la proa a la popa segaron todo lo que los rodeaba. Lograron una amplia cosecha de cabezas y tal fue ese día la primera hazaña notable.

Ya las líneas de los Gen y de los Hei se tocaban y se lanzaba el grito de guerra. Sin duda resonó hasta en el cielo de Bonten y sorprendió a los dioses dragones en el fondo de los abismos. El Consejero Tomomori salió de su camarote y con voz fuerte proclamó: «¡Hoy es el día de nuestra batalla suprema, mis valientes! ¡Poned empeño en no ceder ni una pulgada! ¡En Tenchiku y Shindan tanto como en nuestro Imperio, el más famoso capitán, el más bravo guerrero, cuando su fortuna se ha agotado, no puede más! ¡Sin embargo, le queda el cuidado de su renombre! ¡No nos mostremos desfallecientes a la gente de las provincias orientales! ¡Ya no es tiempo de velar por nuestras vidas! ¡He aquí todo lo que deseo!», dijo y entonces Hida no Saburozaemon Kagetsune, quien se hallaba a su lado: ¡«Oíd eso, mis leales!», ordenó. Akushichibyoe de Kazusa entonces avanzó y dijo: «Los soldados del Bando fanfarronean ciertamente cuando están a caballo, ¿pero cuando, pues, se vean arrastrados al combate naval? ¡Son tanto como decir peces que pretenderían trepar a los árboles! ¡Tomadlos uno a uno y arrojadlos al mar!», dijo. Y he aquí lo que dijo Etchu no Jirobyoe: «¡Qué importa!, medíos con Gen Kuro, su comandante en jefe! A Kuro se le reconoce, al parecer, en que es de tez blanca, de talla pequeña y de dientes salientes. Como sin embargo cambia de túnica y de armadura incesantemente, ¡será tal vez difícil de identificar!», dijo. Y he aquí lo que dijo Akushichibyoe de Kazusa: «¡A pesar de su ánimo fiero, ese pequeño jefe no pesará mucho! ¡Lo cogeré entre mis brazos y lo arrojaré al mar! El Consejero, habiendo dado de este modo sus órdenes, se presentó delante del Señor Ministro: «Nuestros leales me parecen hoy con buenas disposiciones! Awa no Mimbu Shigeyoshi sin embargo me parece que quiere traicionarnos. ¡Preferiría cortarle la cabeza!», dijo y a esto el Señor Ministro: «Sin prueba evidente, ¿cómo se le podría cortar la cabeza? ¡A él que nos ha servido siempre lealmen-

te! ¡Que se llame a Shigeyoshi!» Convocado, este se presentó, vistiendo una túnica de fondo pardo y llevando una coraza con cordones de cuero lavado, y se puso a su disposición. «¡Ea, Shigeyoshi, ¿queréis traicionarnos? ¡Tenéis mal aspecto hoy! A la gente de las Cuatro Provincias, ¡ordenadles más bien batirse! ¡casi carecéis de bríos!, dijo el Señor Ministro y a continuación: «¿Por qué, pues, me faltarían bríos?», dijo Shigeyoshi y se retiró. El Consejero, Tomomori, a quien aguijoneaban las ganas de cortarle la cabeza al bribón, apretaba, a punto de destrozarla, la empuñadura de su sable y con la mirada interrogaba al Señor Ministro, pero este no consintió en ello, de modo que tuvo que resignarse.

Los Heike repartieron sus mil barcos en tres escuadras. Yamaga no Hyodoji Hideto con quinientos barcos se situó en primera línea. La compañía de Matsura, con trescientos barcos, seguía en segunda línea. Los señores Heike, con doscientos barcos, formaban la tercera línea. Hyodoji Hideto, que era el más poderoso arquero de las Nueve Provincias, había escogido quinientos arqueros quienes, ciertamente sin valer como él, no le iban a la zaga, y los había colocado en la proa de cada uno de los barcos; alineados así, dispararon a la vez quinientas flechas. Los Genji, con sus tres mil barcos, contaban por cierto con la ventaja del número, pero como tiraban desordenadamente, era imposible saber dónde se hallaban los buenos arqueros. Su comandante en jefe Kuro el Preboste se batía en primera línea, pero bajo esa andanada a la cual no resistían ni escudo ni coraza, su tropa cedía. El partido de los Heike, creyéndose vencedor, atacaba y lanzaba gritos de triunfo.

Las flechas de largo alcance

Del lado de los Genji, Wada no Kotaro Yoshimori no se había embarcado; deteniendo su caballo en el límite de las aguas, se había retirado el casco y se lo había dado a un sirviente, y, apoyándose sobre los estribos, tiraba flecha tras flecha, con tal vigor que, en un radio de tres *cho*, no había hombre que se le escapara. Una de estas le pareció haber llegado particularmente lejos, hizo con la mano señal de que se la retornaran. El Consejero hizo que se la trajeran y la examinó: era una flecha con astil de madera blanca, empenachada con plumas de grulla y de cigüeña mezcladas, de trece cuartas y dos dedos de longitud, marcada con laca, a una cuarta de la punta, con el nombre de Wada no Kotaro Taira noYoshi-mori. Del lado de los Heike, había un buen número de arqueros

poderosos, pero sin duda eran pocos los que lanzaban a pareja distancia, pues pasó algún tiempo antes de que se presentara Nii no Kishiro Chikaki-yo,habitante de la provincia de Iyo, quien recibió la flecha y la devolvió. De mar adentro hacia la costa la flecha nuevamente recorrió más de tres *cho* para clavarse en el brazo izquierdo de Miura no Ishizakon no Taro quien se hallaba a seis toesas detrás de Wada no Kotaro. Ante esto, la gente de Miura se burlaba: «¡Wada no Kotaro que creía que nadie tiraba más lejos que él, vedlo cubierto de vergüenza! ¡vedle la cara!» Wada no Kotaro los oyó: «¡Es intolerable! exclamó y arrojándose a una barca que hizo avanzar a fuerza de remos, se puso a disparar flecha tras flecha en el medio mismo de los Heike, tanto y tan bien que les mató e hirió buen número de gente.

Por otra parte, en el barco, a bordo del cual se encontraba el Preboste, una gran flecha de astil de madera blanca procedente de mar adentro vino a clavarse, y tal como lo había hecho Wada, el arquero hizo señas con la mano a fin de que se la devolvieran. El Preboste hizo que la arrancaran y la examinó: era una flecha de astil de madera blanca, empenachada con plumas de cola de faisán de catorce cuartas y tres dedos de largo, marcada con el nombre de Nii no Kishiro Chikakiyo, habitante de la provincia de Iyo. El Preboste llamó a Goto Byoe Sanemoto: «¿Hay alguien entre nosotros que sea capaz de tirar esta flecha?», dijo, y entonces: «¡Maese Asari no Yo.ichi, de los Genji de Kai, es un poderoso arquero!» - «Sea, pues, ¡llamadlo!», dijo y se llamó a Asari no Yo.ichi quien se presentó. He aquí entonces lo que dijo el Preboste: «Aquel que de mar adentro ha tirado esta flecha ha hecho señal para que se la devuelvan. ¿Podréis?» - « ¡Dejádmela ver!», dijo Yo.ichi, y la sopesó: «No es muy sólida y el astil es un poco corto! ¡qué importa!, Yoshinari usará sus propias armas!», dijo y en su arco de nueve pies íntegramente ceñido de rota laqueada, con su robusto puño empulgó una flecha de astil laqueado empenachado con plumas negras de ala de águila, de quince cuartas de largo, tendió el arco y disparó la flecha. Esta franqueó derecho una distancia de más de cuatro *cho*, hirió a Nii no Kishiro Chikakiyo, que se hallaba en la proa de un gran barco, en la mitad misma del cuerpo y lo arrojó de cabeza al fondo del navío, sin que se supiera si estaba vivo o muerto. Asari no Yo.ichi había sido siempre un arquero sobresaliente. A dos *cho*, nunca dejaba de asertar a un gamo en plena carrera.

Después de esto, Gen y Hei, sin tener en cuenta sus vidas, batalla-

ron a voces. No parecía que ni unos ni otros debieran ceder. Como sin embargo del lado de los Heike se hallaba el Soberano de las diez virtudes provisto de los Tres Tesoros divinos, se podía dudar de que los Genji pudiesen llevárselo; entonces, en el cielo apareció lo que al comienzo se tomó por una nube blanca; ahora bien, no era una nube, sino un estandarte desplegado que ninguna mano sostenía y que descendía poco a poco al punto que su driza parecía rozar la proa de los navíos de Genji.

El Preboste, en el colmo de la alegría: «¡Esto es un prodigio que nos otorga Hachiman-daibosatsu!, exclamó» y, purificándose las manos y la boca, se prosternó. Todos sus guerreros hicieron lo mismo. De nuevo, del lado de los Genji apareció una manada de esos peces a los que se llaman delfines, en número de mil o dos mil, que se dirigían hacia los Heike. El Señor Ministro al verlos hizo llamar al Maestro en adivinación Harenobu: «¡Los delfines tienen la costumbre de mostrarse en manadas numerosas, ¡pero nunca he visto tantos! ¡Decidnos qué significa el augurio!», ordenó, y entonces: «¡Si esos delfines dan marcha atrás con la boca abierta, los Genji serán destruidos. Si, al contrario, prosiguen su camino, estaremos en gran peligro de perder la batalla!», dijo. No había acabado su discurso, cuando los delfines ya pasaban derecho bajo los barcos de los Heike. «¡Se acabó nuestra fortuna!», dijeron.

Awa no Mimbu Shigeyoshi, que durante los tres últimos años había testimoniado a los Heike una perfecta fidelidad y que en varios combates los había defendido arriesgando su vida, diciéndose sin duda que era perder el tiempo ahora que su hijo Dennaizaemon estaba prisionero, de pronto cambió de opinión y se unió a los Genji. Según la estratagema entrevista por los Heike, la gente de calidad se había embarcado en barcos de combate, a los navíos aparejados a la manera china se había hecho subir a mozo; de armas, y se proponían, cuando los Genji asaltaran a estos últimos, cercarlos y derrotarlos, pero después de la traición de Awa no Mimbu, el enemigo, sin siquiera mirar los navíos de estilo chino, atacó los barcos de combate donde se disimulaban los capitanes. El Consejero: «¡He aquí que es demasiado fuerte! ¡Cómo no he despedazado a ese bribón de Shigeyoshi!», exclamó, pero por más que se deshiciera en quejas, ¡eso ya no servía de nada!

En aquel momento, los guerreros de las cuatro provincias y del Occidente Pacificado, todos se separaban de los Heike para juntarse a los

Genji. Quienes, hasta entonces los habían seguido, contra el Príncipe tendían sus arcos, contra su señor desnudaban el sable. Trataban de alcanzar la otra orilla, las grandes olas se lo impedían. Intentaban ganar esta orilla, el enemigo los esperaba allí, con todas sus flechas apuntadas en su dirección. La lucha de los Gen y de los Hei por el Imperio, al parecer iba a hallar ese día su conclusión.

El ahogamiento del precedente Emperador

Como los guerreros de los Genji ya subían al abordaje de los barcos de los Heike, marineros y timoneles, muertos a flechazos o a sablazos, yacían en el fondo de los navíos desamparados. El Consejero Tomomori subió a una barca y llegó al barco imperial: «¡Bien parece que nuestro tiempo toca a su fin! ¡Que se arroje al mar todo lo que pudiera ofender la vista!», exclamó y corriendo de popa a proa, barría, enjugaba, recogía el polvo, limpiaba todo con sus propias manos. Las damas: «¡Señor Consejero! ¿Qué giro toma la batalla?», le preguntaban y entonces: «Vosotras iréis a entablar conocimiento con los hombres de Azuma, ¡gente extraordinaria!», dijo, con risa burlona, y ellas: «¿Cómo podéis bromear en estas circunstancias?», dijeron, gimiendo y gritando.

La Dama del Segundo Rango ante esto, tal como desde hace tiempo estaba resuelta, se cubrió la cabeza con un traje doble color de duelo, recogió arriba la cola de su falda de seda con sencillez, puso en su manga la joya divina, se ciñó en su cinto el sable precioso y tomó al Soberano en sus brazos: «¡Por más mujer que yo sea, no caeré en manos del enemigo! ¡Acompaño a Su Majestad! ¡Seguidme quienquiera desee testimoniarle su fidelidad!», dijo, acto seguido caminó hacia la borda. El Soberano estaba entonces en su octavo año, pero era mucho más desarrollado que un niño de su edad y era tal su belleza que esta irradiaba en torno a él. Su negra cabellera caía en una onda suave y suelta más abajo de la espalda. Parecía asustado y sorprendido: «Señora, ¿adónde pues queréis llevarme?, dijo; y entonces dirigiéndose al niño soberano, reteniendo sus lágrimas, he aquí lo que dijo: «¿Vuestra Majestad, aún no lo sabe? Por la fuerza del ejercicio de las diez virtudes en su vida pasada, le fue dado nacer en la presente como amo de los diez mil carros, pero arrastrada por un encadenamiento fatal, ya su fortuna está agotada. ¡Que Ella quiera, en primer lugar, cara al Levante despedirse del Gran Santuario de Ise, luego,

a fin de que la acojan en su tierra Pura del Occidente los santos budas, que Ella, cara al Poniente, quiera invocar el Santo Nombre! ¡Puesto que este país es una tierra de miseria, lo llevaré a un país feliz que se llama la Tierra Pura de la Perfecta Felicidad!» He aquí lo que dijo, llorando y llorando, y entonces en su vestido color de paloma torcaz de los montes, los cabellos anudados en anillos, el rostro ahogado en lágrimas, él juntó sus lindas manitas y en primer lugar inclinado en dirección del Levante, se despidió del Gran Santuario de Ise, luego, cara al Poniente, desde que hubo invocado el Santo Nombre, la Dama del Segundo Rango al punto lo volvió a tomar en sus brazos: «¡Debajo de las olas hay otra capital!», lo consoló y se precipitó en el abismo de mil brazas. ¡Oh dolor! el viento de la primavera de impermanencia súbita se llevaba la flor de belleza! ¡Oh miseria!, ¡la ruda ola del destino engullía su cuerpo precioso! El Palacio llamado de Larga Vida debía asegurar una estancia duradera, la Puerta llamada de Eterna Juventud prometía prohibir el acceso a la vejez y, sin embargo, aun antes de su décimo año, ¡helo convertido en algo semejante a los desechos de algas en el fondo de los mares! El destino que lo había llevado al trono de los Soberanos de las diez virtudes no era sino una vana palabra, irrisoria por contraste. ¡Dragón descendido de las nubes, se convertía en pez del fondo de los mares! ¡Desde lo alto de las Terrazas Altivas de Bonten, en el Palacio de Taishaku, rodeado de dignatarios y cortesanos, recibía los homenajes de las nueve familias y ahora en su navío y debajo de las olas, su vida en un instante era destruida, ¡ay, qué lástima!

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

ICHIEN MUJU (1225-1312)

COLECCION DE ARENA Y DE PIEDRAS *

XIV Historias concernientes a las acciones caritativas de Yakushi y de Kannon.

En la comarca de Owari, del distrito de Yamada, vivía un hombre apellidado Akinaga quien era funcionario de tercera clase del servicio de caballos de derecha. En la época de disturbios de los años Jokyu (1219-1221), perteneciendo al partido de la Capital, Akinaga se vio, en la batalla de Kuise; acribillado de heridas; los guerreros enemigos lo remataron cortándole el cuello, lo abandonaron en ese estado y se dirigieron hacia la Capital. Dos de sus camaradas fugitivos pasaban por este lugar ocultándose. Al caer la noche mientras, inspeccionaban el campo de batalla para recoger los cadáveres y realizar los ritos funerarios, repararon en Akinaga quien, pese a sus numerosas heridas, se hallaba aún vivo. Lo cargaron pues sobre sus hombros y lo transportaron en dirección a las montañas al norte de Aohaka; entre sus abundantes heridas, era particularmente peligrosa la que le habían causado al traspasarle el cuello con un golpe que lo había clavado en el suelo. «¡Sea lo que fuera, estoy perdido irremediablemente; cortadme la cabeza y emprended la huida!», dijo. Ahora bien, en el momento en que sus dos compañeros, estimando este desenlace pese a todo lamentable, buscaban un medio para salvarlo,

---

* En: Ichien Muju. Collection de sable et de pierres. Traduit du japonais, préfacé et commenté par Hartmut O. Rotermund. Connaissance de l'Orient, Collection UNESCO d'oeuvres représentatives, Gallimard, Paris, 1979.

unos guerreros en pos de fugitivos se desplegaron en el terreno lanzando gritos; como por añadidura el día había empezado a despuntar, ambos guerreros, a falta de algo mejor, pusieron a cubierto al herido en el interior de un gran árbol, ocultándose de nuevo. Los enemigos, siguiendo las huellas de sangre, merodeaban por los parajes; pero, al no encontrar nada, terminaron por irse.

Después de eso, un monje en hábito negro, diciendo que venía del monasterio de Yokokura, le dio a Akinaga una hojas de yerbas que había triturado previamente para hacer una bolita; al tragársela aquel, arrojó toda la sangre que se hallaba en su vientre; entonces sintió que el cuerpo se le volvía ligero, y una sensación de alivio lo invadió por completo. El monje desapareció. Los dos guerreros volvieron a su vez, le preguntaron qué le había sucedido, luego lo sacaron del árbol. Como secuela del hecho arriba mencionado, su cuerpo conservó ligereza. Al ponerse en camino para descender a su terruño, el río Oritsugawa se hallaba en gran crecida; sin poder vadearlo, aguardaba que disminuyera su caudal, cuando fue avistado por guerreros enemigos que descendían al Kanto, fue atado y trasladado de inmediato. Siendo humillante para él la idea de permanecer vivo y exponer así su vergüenza, cuando precisamente acababa de escapar a una muerte inminente, se acercó a orillas del río para intentar arrojarse a sus aguas. En ese instante, un joven monje llegó y le dijo: «Soy del monasterio Ryusenji, y como vengo en vuestra ayuda, no es preciso morir; ¡no os matéis!» Akinaga creía soñar, pero era la realidad. Sin embargo, sus heridas le dolían y el sol agobiaba. Es así que, creyendo no poder soportar más su estado, se acercó al río, más que nunca decidido a arrojarse en él, cuando el mismo monje tiró de la cuerda que lo ataba y lo detuvo, diciéndole: «¡No debéis morir; eso no debe hacerse!». Ante lo cual, Akinaga renunció a su proyecto.

La multitud amontonada en el santuario de Atsuta y también los oficiantes lo reconocieron: «Pedimos autorización para tomarlo a cargo; es alguien que ha predicado y practicado el budismo junto a nuestro santuario, y que se ha consagrado a los asuntos públicos. ¡Su nombre es Fulano!» Como ellos se afanaban en tomar su defensa, los guerreros persistieron sin embargo en su rechazo so pretexto de que era un hombre bien conocido, llevándolo a Kamakura ante el regente Yoshitoki. «¡Rápido, que le corten la cabeza!» ordenó este, y le hizo expedir a la playa Yui no hama. Bien que de nuevo el mismo monje apareció y le dijo como en un

sueño borroso: «¡No os lamentéis; no debéis morir!», Akinaga, creyendo llegada su última hora, recitaba con fervor el *nenbutsu*. De paso, encontrose al pie del puente llamado Midarebashi a un viejo amigo, quien, interrogándose sobre lo que sucedía, detuvo su caballo para hablarle. «Yo, que habría debido morir en la batalla de Kuise, voy en este momento, - exponiendo, a pesar mío, públicamente mi vergüenza a la playa donde debo ser decapitado. Me regocijo, con todo, por este último encuentro», dijo Akinaga derramando lágrimas. El otro respondió: «Este hombre es un viejo amigo; voy a ver al Señor de Sagami, Yoshitoki, para interceder a favor suyo y hacerme cargo de él; ¡esperad un instante!» Dicho esto, espoleó su caballo, se fue en busca del regente a quien le expuso el caso; habiendo recibido una carta decretando que estaba conforme con su demanda, volvió grupas inmediatamente, pidió y obtuvo la liberación de su amigo; lo llevó consigo y lo cuidó con todo esmero. Salvada así su vida, Akinaga vivió hasta una edad avanzada en su terruño. A causa de su herida en el cuello, su voz permaneció ronca. Sus descendientes viven aún. Un piadoso laico, que había sido hijo adoptivo en la familia me contó esta historia que es ciertamente auténtica.

En la época antigua había, cierto, tales procedimientos, pero es sobre todo en la época de la Ley en declinación que uno se felicita más por ello y con gratitud.

¡Si los beneficios de las divinidades, concedidas aun en sueños, merecen ya reconocimiento, cuánto más los beneficios, concedidos por las divinidades en persona a fin de socorrer a los seres, son dignos de veneración y de estima!

. . .

La estatua de Yakushi Nyorai en Yokokura, en la comarca de Mino, ha sido esculpida, como lo quiere la tradición, en la misma madera que el Yakushi del monasterio Konponchudo y era ampliamente conocido por su maravillosa eficacia. Durante largos años, Akinaga acudió allá en peregrinaje. En cuanto al monasterio Ryusenji de Owari, es un templo que, antaño, el rey-dragón había erigido en el lapso de una sola noche y ofrecido a Kannon; cuando la noche se aclaró, ya él había comenzado a cavar un foso, se dice, del que se ven aún las huellas. La estatua es una Kannon de cabeza equina, reputada por ser de virtud milagrosa, y

la gente se reúne allí multitudinariamente. Akinaga acudía allí cada mes, el decimoctavo día, y hacía las treinta y tres recitaciones rituales del Kannon-gyo. Es por tal lazo así contraído con este buda que resultó, con toda certeza, la intervención divina en favor suyo. Cosa que deja, siempre de nuevo, turbado de gratitud.

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

SAIKAKU IJARA (1642-1693)

HISTORIA DE OSÁN Y MOEMÓN *

Una garita para el examen de las bellas. En la avenida Shijo en Kioto, se contempla un espectáculo de flores vivas.

El calendario del segundo año de la era Tenna (1682) menciona: Primer día del Año: «Dedicado a la práctica del arte caligráfico; día favorable para todo». Segundo día: «Propicio para la reanudación de las relaciones conyugales.» Desde los lejanos años cuando los dioses fueron instruidos acerca de estas relaciones por los pájaros llamados «conocedores del amor», hombres y mujeres no han cesado jamás de hacer el amor. Ahora bien, a la sazón vivía la bella esposa de un editor de almanaques.. Aún muchacha, había dado pábulo a comentarios galantes y levantado una montaña de pasiones en la capital. Sus cejas igualaban en belleza a la luna creciente fijada como ornamento a las lanzas que acompañan los carros en la Fiesta del Templo de Gion; su figura tenía el candor de las flores de los cerezos tempranos al abrirse en el templo de Kiyómizu; el brillo de sus labios poseía el color de las hojas de arce bermejas en la cima de las ramas cuando en otoño se las contempla esplendorosas en Takao. Por ese tiempo, vivía en la calle de Muromachi. Se vestía a la moda; su kimono era de un diseño nuevo y original. Era, sin duda, la mujer más hermosa y atractiva de toda la capital.

---

* En: Saikaku Ihara. Cinco amantes apasionadas. Francisco Campodónico F. Editor. Lima, 1985.

La estación primaveral, en la que el corazón de los hombres se anima, ya se hallaba avanzada. Las glicinas de Yasúi eran una nube violenta de flores que eclipsaba hasta el verdor de los pinos. Al atardecer, un mar de gente regresaba de contemplar las flores, creando sobre el monte Jigashí-Yama otra montaña de bellas mujeres.

Ahora bien, por otra parte, vivían entonces cuatro inseparables compañeros de juerga, conocidos en toda la capital por su apostura y entrega al libertinaje. La herencia que sus padres les dejaron les permitía darse diariamente a los placeres de la voluptuosidad y sin tregua desde el comienzo hasta el fin del año. Ayer, habían pasado la noche en el lupanar de Shimabara, en compañía de cortesanas de alto vuelo tales como Morokoshi, Janazaki, Kaoru, Takajashi. Hoy, habían amado a los jóvenes actores del teatro Kabuki en Shiyogawara, como Takenaka Kichisaburo, Karamatsu Kasén, Fuyita Kichisaburo, Mitsué Sakón. Agotaban, así, todo placer que estuviese a su alcance, no les importaba que fuera noche o día, hombres o mujeres. Ese día, ya terminada la función teatral, se encontraban sentados en la casa de té Matsuya.

Uno de ellos dijo: «Es raro que se pueda ver tal como hoy un gran desfile de bonitas mujeres de la ciudad. A ver si hallamos alguna belleza que llame nuestra atención.» Con este fin, pidieron a un actor, de ojo bien ejercitado, que les sirviera de experto en este arbitraje. Para ellos era una excepcional satisfacción aguardar así, al fin del día, el pasaje de las mujeres que volvían de ver las flores. Pero la mayoría de ellas pasaba en palanquín, y era lamentable no poder verlas. Otras volvían a pie, en grupos esparcidos. Ninguna era desagradable, pero hasta allí ninguna había cautivado el corazón de los jóvenes. En todo caso, habían depositado al alcance de la mano papel y pluma para anotar las únicas bellezas que serían juzgadas satisfactorias. Para comenzar, una de ellas parecía tener treinta y cuatro o treinta y cinco años. Su cuello era alto y precioso, los ojos inteligentes. El nacimiento del cabello en la frente dibujaba una hermosa línea. La nariz ligeramente más grande que lo deseable, pero no tanto como para estropear su belleza. Vestía tres kimonos: el de abajo tenía un forro de seda blanca, el del centro azul y el de encima amarillo. En la manga izquierda había hecho dibujar un pasaje de la obra del bonzo Yoshida: «Sentado al pie de una lámpara, leo en la soledad un texto antiguo...» Lo cual denotaba de su parte un gusto refinado. Tejido en relieve, el dibujo de su cinturón de terciopelo era el de tejas almeadas en

damero. Llevaba el rostro cubierto con un velo de los que usan las damas de la Corte. Sus medias eran de seda violeta claro y los cordones de sus sandalias estaban hechos de hilos trenzados, de tres colores. Su andar era silencioso y movia rítmicamente las caderas. Mientras que ellos la miraban diciéndose: «¡Tiene suerte el tipo que la tenga por mujer!», abrió la boca para hablar a sus criadas, lo que dejó ver que le faltaba uno de los dientes inferiores. Ese defecto enfrió de inmediato todo el deseo amoroso de los jóvenes.

Muy poco después, pasó una joven que podía tener diecisiete años cuando más. A su izquierda llevaba por compañera a una persona que parecía ser su madre; a su derecha, con traje negro, una monja; detrás, criados y criadas le formaban un cortejo muy atento, lo que podía hacer creer que aún no estaba casada. Pero tenía los dientes teñidos de negro y las cejas rasuradas, lo cual daba a conocer que sí lo estaba. Rostro de una atrayente redondez, mirada inteligente, orejas graciosamente dispuestas; grosezuelos los dedos de la mano y el pie, la piel fina y blanca. Su indumentaria le asentaba a las mil maravillas. El pliegue interior de su kimono era de color amarillo entero, el del medio violeta y el de encima de raso gris con un bordado sobrepuesto figurando un vuelo de gorriones perfilados. El cinturón, de un solo ancho, estaba tejido con hilo de colores diferentes, dispuestos escalonadamente. El cuello se abría un poco más de lo común sobre el pecho: el andar elegante. Su sombrero cónico, laqueado de negro, estaba sujeto por cordones de papel retorcido y variopinto. Con toda seguridad, era la más hermosa. Pero, al mirarla nuevamente notaron, sobre un lado del rostro, la cicatriz de un corte de más de siete décimas de pulgada que verosímilmente no podía ser de nacimiento. Todos rieron cuando uno de los jóvenes comentó: «Debe de habérsele caido a la nodriza cuando era bebé. ¡Cómo ha de odiar a la vieja!

Luego fue el turno de una mujer que podía tener veintiuno o veintidos años. Su vestido - tela de algodón tejido en casa - tenía un forro remendado que era vergonzoso de ver cuando un golpe de viento le levantó los bajos. Su cinturón, que parecía confeccionado con los retazos de tela que deja el corte de un abrigo Haori era, por eso mismo, de una lamentable estrechez. Sus medias de cuero violeta, pasadas de moda y sus sandalias de paja, de las que se fabrican en Nara, disparejas. Llevaba un viejo sombrero de algodón sobre una cabellera que, no habiendo sido peinada probablemente desde hacía algún tiempo, se hallaba en un descuidado

desorden y había sido enroscada de prisa. Iba, sin ninguna afectación, paseándose por su propio gusto. Pero los rasgos de su rostro eran impecables. Y todos nuestros jóvenes, seducidos ante su vista, pensaban: «¿Podrá haber en el mundo otra muchacha tan bella de nacimiento? ¡Si se le vistiera con hermosos trajes, haría morirse de amor a sus pretendientes! ¡Qué lástima que haya nacido pobre!» Así la compadecían. La hicieron seguir secretamente y se enteraron de que era una obrera que cortaba hojas de tabaco y vivía al cabo de la calle que llevaba al templo de Seiganyi. Tal relato les causó pena y sintieron todavía mayor compasión por aquella mujer.

Luego siguió una mujer de veintisiete a veintiocho años cuya indumentaria era de una elegancia exquisita. Sus tres vestidos, que llevaba uno sobre otro, eran uniformemente de seda negra. El borde de los vestidos dejaba ver un forro de seda roja, entera. El vestido de encima presentaba, bordado con áureos hilos, el emblema estilizado de la familia. El cinturón, de gran anchura, que llevaba anudado por delante, era de brocado tejido a la manera china y rayado con hilos trenzados. Su cabellera, tocada de un moño al estilo shimada-mage, se mantenía por un cordón plano, de papel y atravesado por un par de peines. La cabeza la tenía recubierta con una toalla adornada con un dibujo de estilo pincel arrastrado. Como tocado, pero no muy metido, para permitir que apareciera su rostro del cual estaba orgullosa, un sombrero cónico del tipo de los que usaba Kichiyá, el actor de papeles femeninos del teatro Kabuki, y sostenido por cuatro cordones trenzados de colores diferentes. Caminaba sin hacer ruido, retorciendo ligeramente las caderas. «¡Oh! ¡Aquí la tenemos! ¡Esa es a quien esperábamos! ¡Atención, muchachos!», exclamaron los cuatro compinches al verla venir. Iba acompañada por tres sirvientas cada una con un niño en los brazos. Menudo chasco se llevaron los jóvenes al enterarse de que la mujer era casada y había alumbrado a menudo. Caminaba fingiendo no prestar atención a los niños quienes, detrás de ella, la llamaban «¡Mamá! ¡Mamá!» «Para una mujer tan hermosa, por más que esos niños sean suyos, deben causarle un serio fastidio. ¡A las mujeres les vale su hermosura y elegancia mientras no hayan parido!» Profiriendo tales palabras, los mozos se echaron a reír de tal modo que la mujer estuvo a punto de desvanecerse de vergüenza.

Por último, el aire altanero, acompañada de un palanquín, llegó una jovencita de trece a catorce años. Tenía la cabellera ligeramente levanta-

da en su extremidad y unida por una tela de seda roja replegada. Delante de la cabeza, sus cabellos estaban separados por una raya, al modo de los efebos, y ceñidos por un cordón de papel dorado. Llevaba allí un peine, cuyo reverso tenía media pulgada de espesor, que se destacaba netamente. Era de una hermosura perfecta; no se le encontraba defecto alguno. La camisa de raso blanco estaba adornada con dibujos a tinta china. El vestido de encima era de raso doradillo donde se habían cosido dibujos que representaban pavos reales. Cubría el vestido una red de hilos de seda china, que dejaba ver, por transparencia, esos dibujos. Sobre este vestido refinado, había ella anudado un cinturón de doce colores. Sus pies desnudos calzaban sandalias con cordones de papel. Su sirvienta le llevaba el sombrero cónico, último grito de la moda, y a la altura del rostro tenía una rama de glicinas de la que caían abundantes racimos. En su actitud, se hubiera dicho que quería exponerlos a las miradas de quienes no habían podido contemplarlos en la naturaleza. Su belleza opacaba a todas las que habían observado los cuatro compañeros; estuvieron deseosos de conocer su nombre, y se informaron ante uno de los del séquito, quien prosiguiendo su camino, respondió: «Es la hija de un gran señor del barrio de Muromachi. Es tan bella como la legendaria Ono-no-Komachi.» Verdaderamente, era una mujer de incomparable beldad, sin embargo su liviandad, más tarde, habría de manifestarse.

Meter la pata al coger el sueño.

Un joven soltero vive en una agradable despreocupación, pero al no tener a una mujer a su lado, en las horas nocturnas, siente aún más su soledad. Un cierto editor de almanaques permanecía soltero desde hacía tiempo. Como es propio de la capital, en ella se encuentra un buen número de mujeres de gusto refinado; pero como deseaba una que fuera a la vez superior en distinción y belleza, no hallaba ninguna que le conviniera.

Encontrándose triste y desamparado, escuchó, de labios de unos conocidos, los rumores acerca de «la bella Komachi». Fue a verla y reconoció en ella a la linda doncella de andar sensual que llevaba una rama de glicina el día en que los cuatro galanes habían establecido en Shiyó un puesto de observación para juzgar la belleza de las paseantes. El hombre quedó súbitamente enamorado de la joven y quiso casarse con ella de in-

mediato. La gente se divertía viéndolo llevar tan de prisa los preparativos de su matrimonio, descartando todas las dificultades posibles.

A la sazón, vivía en el barrio de Shimó-tachiúri-Karasumá-agaru una vieja casamentera bien conocida por todos bajo el nombre de la Charlatana. El editor de almanaques le pidió su ayuda, y gracias a ella las negociaciones se llevaron a cabo con éxito. A los padres se les envió un tonel de sake en prenda del noviazgo. El matrimonio pudo así arreglarse según sus votos. La ceremonia fue celebrada un día fasto y acogió como esposa a la muchacha cuyo nombre era Osán.

El editor de almanaques perdió todo interés por el atardecer primaveral de fragantes flores, o por el amanecer de otoño con la luna aún en el cielo; estaba completamente feliz de tener a Osán a su lado y le bastaba contemplar su belleza para sentirse satisfecho. Durante tres años, los esposos vivieron en perfecta unión. De la mañana a la noche, Osán se ocupaba con celo de los quehaceres que en un matrimonio incumben a la mujer, y además hilaba la seda china que hacía tejer por sus sirvientas. Velaba por que el vestido de su marido tuviera buena apariencia. Ahorrativa por principio, obraba de suerte de no usar demasiado combustible para el horno y anotaba cuidadosamente en el libro de cuentas los menudos gastos corrientes. Se podría decir que era el modelo de esposa deseable para un comerciante.

La casa prosperaba cada vez más, con la máxima alegría de los esposos. El marido tuvo que viajar a Edo (Tokio) por razón de sus negocios. Lamentaba dejar Kioto, pero las circunstancias de la ida crean así penosas obligaciones. Decidido su viaje, y sus preparativos acabados, se dirigió a casa de los padres de su mujer, que vivían en Muromachi, y les explicó las circunstancias que motivaban su partida. Preocupados por la situación en que se encontraría su hija durante la ausencia del amo de casa, estos le dijeron: «Sería necesario hallar a alquien bastante listo en todo para que le podamos confiar, en vuestra ausencia, los asuntos de vuestro comercio y que sea igualmente buen consejero para Osán en los menesteres domésticos. Movidos por su afecto, como por doquier lo son los padres, enviaron a casa de su yerno, como ayuda, a Moemón, un joven empleado que servía en casa de ellos desde largos años.

Ese muchacho era escrupulosamente honesto: indiferente a la mo-

RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS

da, no prestaba atención a su peinado, su frente parecía estrecha, pues no trataba de hacerla aparecer más alta modificando la línea de nacimiento de sus cabellos; su seriedad se notaba en la estrechez de sus mangas que sólo tenían cinco pulgadas de sisa; jamás se había dado al libertinaje en los barrios licenciosos; nunca había ocultado su rostro tras un sombrero de juncos para andar por aquellas calles ni tampoco había hecho gastos superfluos para cortejar a una cortesana. No dejaba su ábaco sino para colocarlo en la cabecera de su lecho y, aun en sueños, pasaba la noche pensando en algún nuevo proyecto para ganar dinero.

Era, entonces, finales de otoño, época de tempestades nocturnas y frío penetrante. Preocupado por conservar su salud durante los rigores invernales, Moemón decidió hacerce aplicar moxas para prevenir posibles enfermedades. Como la camarera Orín era conocida por su habilidad en ese arte, se dirigió a ella, quien le preparó varios trocitos de moxa. Doblaron un colchón de rayas y lo colocaron sobre el tocador de Orín de modo que el paciente pudiera apoyarse allí. Cuando se le aplicaron las primeras moxas en la espalda, Moemón tuvo que aguantar el dolor con los dedos crispados cerca del sitio donde ardía el trocito de yerba esponjosa. Al ver la mueca que le torcía la cara, la nodriza y demás sirvientas, incluyendo a la cocinera, se morían de risa. Luego el humo de las moxas restantes no hizo sino espesarse y Moemón aguardaba impacientemente que le fuera puesta la última sobre sal, cuando por descuido Orín dejó caer una pizca de moxa encendida, que se deslizó por la espalda de Moemón y le quemó la piel. Este experimentó por un momento un vivo dolor, pero, como no quería causarle pena a Orín, cerró los ojos y apretó los dientes, soportando la quemazón. Orín afligida por su error, apagó enseguida la moxa ardiente y se puso a acariciarle la espalda, a fin de aliviarlo. Este primer contacto de ambas pieles hizo brotar en el corazón de Orín una cierta ternura para con Moemón. Comenzó a querer en secreto al joven hasta el punto de sufrir por ello. Más tarde, la gente se dio cuenta, chismorreó y el ruido llegó finalmente a oídos de la señora Osán. Sin embargo, la muchacha no podía renunciar a sus sentimientos. De educación vulgar, Orín no sabía escribir y deploraba no poder enviarle una misiva a su bienamado. Envidiaba al criado Kiúshichi quien garrapateaba mediocremente una que otra cosa. Le pidió que la ayudara, pero este pillo, en vez de favorecer a Moemón, trataba de aprovecharse de la situación para hacer suya a Orín. Los días pasaron así vanamente y, con el mes de octubre, llegaron los chubascos de finales de otoño.

La señora Osán, habiendo terminado de escribir una carta a su marido en Edo, se ofreció a llevar la pluma por Orín. Con ágil pincel, escribió un recado amoroso que concluía con las siguientes palabras: « A mi querido señor Moemón, con todo mi amor.» LLena de felicidad, Orín aguardaba el momento favorable para entregarle la misiva, cuando escuchó la voz de Moemón quien, desde la tienda, pedía fuego para su pipa. Nadie se encontraba, por suerte, en ese momento a la entrada de la cocina, de modo que pudo bajo ese pretexto, remitirle la carta que le concernía personalmente.

Moemón, quien ignoraba que la señora Osán había escrito la carta, y que juzgaba ingenua a Orín, le remitió una respuesta medio en broma. Como Orín no podía leerla, esperaba que su ama estuviera de buen humor para enseñársela. Sin miramientos, la carta decía así: «Vuestra carta, que no me esperaba, me hace saber los sentimientos que experimentáis por mí. Como también yo soy joven, no los rechazaré, pero relaciones amorosas repetidas entre nosotros conducirían, asunto enojoso, a la intervención de una comadrona. Sin embargo, si prometéis pagar por mí los gastos de mi vestido, de mi abrigo, de mi baño y de mi arreglo personal, corresponderé a vuestros sentimientos, bien que para ello yo no esté casi dispuesto.» Después de haber leído esta carta descortés, Osán dijo: «¡Que descarado! ¿Quién se cree ese hombre? Ni que faltaran hombres por doquier. Tú, Orín, eres bonita y no tienes por qué rebajarte ante tan poca cosa que ese hombre es. Vamos a rogarle de nuevo con otros recados, y cuando acceda le daremos una tremenda paliza.» De modo que le hizo una asidua corte epistolar por cuyas frases Moemón se dejó ganar al punto de sentir por Orín una profunda compasión, lamentando vivamente haberse burlado de ella al comienzo. Le contestó finalmente con gran sinceridad: «Nos veremos la noche del catorce de mayo para confirmar nuestro amor. Aprovecharemos que ese día se espera en vigilia la salida del sol.» Esta respuesta alegró a Osán y sus criadas, quienes se echaron a reír a carcajadas. Ya que las cosas habían llegado a ese punto, se pusieron de acuerdo para divertirse bien a costa del galán. Osán haría el papel de Orín; se vistió con un traje de algodón sin forro, fue a acostarse en el sitio donde dormía habitualmente la sirvienta y esperó hasta una hora cercana a la aurora; pero sin darse cuenta cayó en un agradable sueño. Se había convenido en que las sirvientas debían acudir cuando su ama lanzara un grito; con ese propósito, se habían colocado en diversos sitios, prestas a responderle, unas con un palo en la mano, otras con un candelero.

Pero cansadas por la excitación de la noche, inconscientemente se durmieron y se pusieron a roncar.

Después de la campana de las cuatro de la madrugada, Moemón se quitó el taparrabo y, en el secreto de la oscuridad, deslizó suavemente su cuerpo desnudo debajo de la frazada, ardiendo de deseo. Con corazón impaciente y sin siquiera cambiar palabras, satisfizo sus ganas. Luego, diciéndose:»¡Qué suave perfume despide esta mujer!», la cubrió nuevamente con la frazada y se retiró de puntillas. Pensaba , sin embargo,: «¡Qué irritante es este mundo!, yo que creía que Orín jamás había conocido varón, y hete aquí que alguien antes que yo la hizo mujer!» Horriblemente decepcionado, se prometió no renovar jamás semejante cosa. Tiempo después, Osán se despertó naturalmente de su sueño y se sorprendió al ver el desorden de su almohada, que se hallaba lejos de ella; su cinturón desanudado ya no estaba al alcance de la mano; sin razón, las servilletas de seda se hallaban desparramadas aquí y allá. Quedó totalmente avergonzada al descubrir que inconscientemente se había entregado. «Con seguridad, sera imposible que el asunto pase inadvertido», pensó, « no tengo sino que abandonarme a mi suerte y vivir plenamente una existencia escandalosa; seré la compañera de Moemón en ese viaje que nos llevará hacia la muerte». Comprendió que ya no podría evitar la continuación de sus relaciones con Moemón; empezó a sentir una loca pasión por él y le hizo partícipe de sus propósitos. Quedó él extremadamente sorprendido por este hecho imprevisto, y aunque hasta entonces sólo había tenido en mente a Orín, cambió gustosamente el rumbo de su pasión hacia Osán; fue pues a encontrarla a ocultas cada noche. Sin importarle un bledo la reprobación de los demás, se dedicó íntegramente a los placeres del adulterio. Fue un juego peligroso con la vida y con la muerte.

Un lago engañoso que hace creer que los suicidas han sido tragados por él.

Como está asimismo escrito en el *Cuento de Genji*, la vía del amor en este mundo escapa a la razón.

Debido a que la diosa Kannon había sido expuesta a la veneración de los fieles en el templo de Ishiyama, la gente de la capital se dirigía allí

en peregrinaje; se olvidaban del espectáculo de los cerezos floridos en Higashi-yama. Franqueando el paso de Osaka, se podía observar a la multitud de peregrinos que mayormente estaba compuesta de lindas mujeres elegantemente vestidas a la moda; sin embargo, ninguna de ellas parecía hacer el peregrinaje a fin de orar por el bien de su vida futura. Todas estaban ahí rivalizando por sus trajes y su belleza de la que estaban orgullosas; con seguridad, la diosa Kannon estaría riéndose amargamente al conocer las verdaderas intenciones de sus devotas.

En esta ocasión, Osán también había acudido con Moemón al templo de Ishiyama. «Las flores duran tan brevemente como la vida; en cualquier momento sus pétalos han de caer. No sé si tendremos la oportunidad de disfrutar de este paisaje. En recuerdo de este día, demos un paseo por los alrededores.» Osán le dijo esto a Moemón, y ambos se dirigieron al puerto de Seta. Allí alquilaron un bote y surcaron el lago. Al pasar cerca del largo puente de Nagahashi, pensaron que aunque desearan una felicidad tan larga y duradera como aquel puente, su amor imperdonable tendría un destino breve. Las olas sirvieron de almohadas en el lecho de la embarcación. Con los cabellos en desorden, Osán contemplóse el rostro afligido en un espejo que quedó empañado por las lágrimas de su tristeza. Al acercarse al Promontorio del Cocodrilo, estaba ya completamente segura de que las fauces del cocodrilo castigarían su infidelidad. Al oír los gritos de la gente en el puerto de Katata, creyeron que eran los policias que habían llegado de Kioto en su persecución, y sintieron como si su corazón se hundiera en el fondo del lago. El monte Nagara, cuyo nombre les recordaba la longevidad, les infundía el deseo de vivir mucho tiempo, pues no tenían aún veinte años; sin embargo, su vida se desvanecería como la nieve de los montes Fuyi o Hiei. Sabían que, tal como la antigua capital de Shiga ubicada junto al lago, pronto ellos iban a desaparecer de este mundo. La melancolía calaba sus corazones y las mangas de sus vestidos quedaron empapadas de lágrimas. A la hora en que se enciende el fuego destinado al dios Dragón, Osán y Moemón arribaron al santuario de Shirahigue donde imploraron la protección del dios, sintiendo aun con mayor intensidad el precario destino de sus vidas.

«De todos modos», dijo Osán « cuanto más prolonguemos aquí en este mundo nuestra vida, tanto más penosa nos será. Así, tal vez valiera más arrojarnos al lago para resucitar en el mundo de la «Tierra Pura» del Buda donde estaremos para siempre unidos como esposos». Moemón le

contestó:»Tampoco extraño la vida, pero no sabemos qué sucederá después de la muerte. He aquí la idea que se me ocurre: «Dejemos tras de nosotros un recado dirigido a la casa de Kioto para hacer creer que nos hemos suicidado arrojándonos al agua; hecho esto, abandonemos estos parajes para dirigirnos a algún lugar del campo donde podamos vivir juntos.» Osán oyó con alegría estas palabras; dijo que al dejar la casa había tenido, también, la misma idea y que para tal efecto había traído consigo quinientos *ryo*. «Esta suma», dijo, «será el capital que nos ayudará a vivir. Ahora no nos queda sino dejar secretamente estos parajes.» Dejaron un escrito, firmado por ambos, donde se leía: «Malos pensamientos nos habían conducido a llevar juntos una vida inmoral. De modo pues que no podemos escapar al castigo del Cielo. Sin morada donde permanecer, en la fecha de este día partimos de este mundo efímero.» Osán adjuntó al escrito una estatuilla de Buda de una pulgada y ocho líneas que llevaba consigo como talismán, así como un mechón de su negra cabellera; Moemón, el sable de un pie y siete pulgadas que acostumbraba llevar, con vaina de cobre y con guarda de hierro ornada de un dragón arrollado, obra del armero Seki Izu-no-kami, objetos que la gente podía reconocer como pertenencias suyas. Se quitaron los vestidos exteriores, los zapatos: la mujer se descalzó las sandalias de paja; el hombre, sus sandalias con suela de cuero; al pie de un sauce, a orillas del lago, dejaron todas esas cosas escogidas de propósito. Luego, en secreto, alquilaron los servicios de dos pescadores del lugar, expertos en zambullirse arrojándose desde lo alto de una roca. Les explicaron, en líneas generales, su estratagema, ofreciéndoles una suma de dinero. Habiendo gustosamente aceptado estos hombres, los amantes esperaron que la noche estuviera avanzada.

Acabados los preparativos del viaje, Osán y Moemón entreabrieron la puerta, hecha de pequeños bambúes trenzados, que cerraba la casa que habían alquilado para pasar la noche; despertaron a los criados que los acompañaban y se echaron a correr exclamando: «¡Por cierto motivo, hemos de acabar con nuestras vidas!» Pronto se dejaron oír débilmente invocaciones a Buda Amida que procedían de una roca peligrosamente escarpada; luego fue el ruido de dos cuerpos que se estrellaban contra el agua. En medio de los llantos y gritos de los afligidos sirvientes, Moemón, con Osán sobre las espaldas, huía hacia el monte para penetrar en un espeso bosque de cedros. Mientras tanto, los dos hombres que se arrojaron al lago nadaron por debajo de las olas para aparecer depués en una playa lejana. La gente del séquito de Osán se golpeaba las manos de des-

esperación. Pidieron a los de la bahía que buscaran a los ahogados, pero no lograron encontrar nada. Pasada la noche, juntaron en un paquete los recuerdos dejados por los difuntos y volvieron a Kioto. Al ser informados de lo que había sucedido, la familia del editor de almanaques decidió en secreto hacer de suerte que el suceso no se divulgara por temor al escándalo. Pero los oídos atentos de la gente no dejan pasar nada. Los rumores de la aventura pronto se extendieron por todas partes. Todo el mundo hablaba y comentaba acerca del suceso sin tener cuándo acabar. Era la inevitable consecuencia de una conducta escandalosa.

En las afueras de Kioto, el dueño de una casa de té no conoce las monedas de gran valor.

Fugitivos, atravesaban los montes de Tamba, abriéndose camino entre yerbas y arbustos. Moemón, que llevaba a Osán de la mano, fue escalando paso a paso la montaña, sintiendo el temor de ser perseguido. Pensaba que no era nada grato darse por muerto estando aún vivo. Al seguir avanzando, llegaron a un lugar donde no encontraron huella alguna de un ser humano, ni siquiera la de un recogedor de leña seca. Sintieron en carne viva la desolación de los hombres que extravían el rumbo de su vida. Osán, mujer delicada que no estaba hecha a estos trajines, quedó agotada en medio camino; ya no podía dar ni un solo paso más. Parecía a punto de perder el aliento. Moemón, viendo el estado lamentable de Osán, no pudo contener las lágrimas. Recogió en una hoja gotas de una fuente que manaba entre las rocas, y se las dio a beber. Le prodigó sus cuidados, pero sin efecto pues el pulso se hacía imperceptible y parecía que la vida en ella pronto llegaría a su término. Nada tenía al alcance de la mano que pudiese servir de medicamento y ya no esperaba sino el fin, cuando suspirando le dijo al oido: «A unos cuantos pasos se halla un pueblo donde tengo un conocido. ¡Si sólo pudiéramos llegar allá, qué dichosos nos sentiríamos! Olvidaríamos nuestras penas y nos acostaríamos juntos para disfrutar tranquilamente de los placeres del amor.» Al escuchar estas palabras, Osán recobró repentinamente los ánimos y exclamó: «¡Qué feliz me hacéis sentir! ¡El hombre que sois me es tan caro como mi vida!». La pasión había vuelto a tomar posesión de su alma, y ya nada sino eso conocía ella. Profundamente conmovido, Moemón la cargó de nuevo sobre sus espaldas y pronto llegaron a la entrada de un pequeño pueblo. La carretera que conduce a la capital pasaba por allí. También había un cami-

no bordeando la montaña y suficientemente ancho como para que pudieran pasar dos caballos. En una tienda con techo de paja, colgaba un letrero que decía: «Tenemos en venta licores de calidad». Dentro de la tienda se podía ver también pasteles de arroz, pero parecían haber sido preparados hace días, pues estaban cubiertos de polvo y habían perdido su blancura. En un costado, se exhibían batidores de té, muñecas de arcilla y sonajas, en forma de tambor, para niños. Este ambiente reconfortó a los fugitivos al recordarles algo de la capital. Descansaron allí unos instantes y Osan, en su alegría, le ofreció generosamente un *ryo* de oro al viejo tendero. Pero éste, después de mirar la moneda, puso mala cara y les dijo: «¿Dónde están los centavos del té, señores?» Osán y Moemón encontraron divertido que a solo quince leguas de la capital hubiera lugares donde nunca se había visto una moneda de un *ryo*.

De allí, se dirigieron a Kayabara con la intención de visitar a una tía paterna de Moemón; éste carecía desde hacía tiempo de noticias suyas e ignoraba si aún se hallaba viva. La tía, al comprobar los vínculos familiares que la unían con Moemón, no les puso mala cara, sin embargo no hizo sino hablar del señor Mósuke, el padre de Moemón, y así pasaron la noche, enjugándose las lágrimas con la mano. Pero ya de día la tía a quien intrigaba la linda dama que acompañaba a su sobrino, le preguntó quién era; él se encontró en dificultades para contestar esta pregunta imprevista. Dio por respuesta lo que se le vino a la cabeza en ese momento: «Es mi hermana menor. Ha servido por largo tiempo en un familia noble de Kioto; pero su salud ha desmejorado y no le gusta la vida ceremoniosa de la capital; si ella encontrara una solución favorable, digamos, una casa tranquila en el campo, preferirá establecerse en una condición menos elevada y ocuparse en labrar la tierra. Por eso es que la he traído aquí conmigo. Por lo demás, posee una suma de doscientos *ryo* destinada a su establecimiento». Todo esto lo dijo con el único fin de explicar la situación. Pero la codicia reina por doquier, al escuchar esas palabras, la tia concibió de pronto un designio. «¡Qué feliz coincidencia!», dijo, «mi hijo aún no tiene mujer. Vos y nosotros sómos parientes; no habría mejor condición para una boda. Casemos a mi hijo con vuestra hermana». Al oír tal propuesta, Moemón se quedó perplejo sin poder emitir palabra alguna.

Mientras Osán lloraba a ocultas y se preguntaba, inquieta, qué iba a suceder, el hijo en cuestión volvió a hora avanzada de la noche. Su as-

pecto era terrible: talla extremadamente alta; cabeza enmarañada como la de los leones chinos; barba que lo habría hecho pasar por un oso; ojos brillantes estriados de rojas venas. Los músculos de los brazos y piernas eran nudosos, como troncos de pino. El vestido, de tela burda, estaba cerrado por un cinturón hecho de lianas de glicinas trenzadas. En una mano, tenía un fusil y una mecha; en la otra, un morral de paja, que contenía liebres y tejones. Al parecer, la caza era su oficio. Moemón supo que su nombre era Zetaro el Salta-rocas. Era, por su violencia, el más renombrado de los patanes del vecindario. Al anunciarle su madre que lo iba a casar con una muchacha de la capital, por terrible que él fuera, se mostró muy contento y dijo: «¡El bien no espera; que sea esta misma noche!!» ¡Qué conmovedor era verlo, ante esas palabras, sacar un espejito para arreglarse los mechones enredados de las patillas!

Para preparar la ceremonia del intercambio de las copas de bodas, la madre aportó pequeños atunes encurtidos en sal y una botellita de sake con el gollete desportillado. Luego, a modo de biombo, levantó unas delgadas esteras para aislar el sitio de dos personas, tendió allí otras tantas esteras delgadas y ribeteadas, colocó en la cabecera dos almohadas de madera y cubrió el lecho con una frazada rayada a lo ancho. Por último, alumbró el cuarto con las llamas de un fuego de leña de pino, que hizo llamear en un brasero, lo que dio a la velada una mayor animación. Extremas eran la aflicción de Osán y la confusión de Moemón. «¡He aquí el resultado de las palabras irreflexivas que había soltado!» Se resignaba como ante una fatalidad ineluctable; pero el despecho que resentía no era menos punzante. «¡Aún esta amarga prueba! En vez de pasar este mal rato, mejor hubiéramos acabado con nuestras vidas en el lago de Omi. Aunque sobrevivamos, el cielo no nos perdona.» Cogió su sable y se puso de pie. Pero Osán lo detuvo. «Tranquilizaos. No nos faltarán los medios que nos saquen de esta dificultad. Al amanecer huiremos. No os preocupéis, yo me he de encargar de que todo salga bien.» Habiéndolo calmado de este modo, aceptó gustosamente intercambiar las copas de bodas con Zetaro. Luego le dijo: «He nacido en un año detestable, el Año del Caballo Fiero.» Pero Zetaro le contestó: «¿Que hayáis nacido bajo el signo del Gato Fiero o del Lobo Fiero, me importa un bledo. Los lagartos verdes que, dicen, son venenosos, yo me los como y no me pasa nada. Tengo veintiocho años y hasta ahora nunca he estado enfermo, ni siquiera un dolor de barriga he sufrido. Qué tal, primo Moemón, vos también debéis ser tan fuerte como yo. A decir verdad, esta mujer tan

frágil y debilucha no es de mi agrado, pero, bueno, qué le vamos a hacer. Me tengo que conformar.» Dicho esto, puso la cabeza en las rodillas de Osán y se estiró muy a su gusto. La actitud de Zetaro les causó mucha gracia, pese a que la aflicción los estremecía; esperaron a que se durmiera y una vez llegado el momento abandonaron el lugar a toda prisa, para ir a ocultarse más lejos, al fondo de la provincia de Tamba. Al cabo de unos días, llegaron al camino que conduce a la provincia de Tango.. Se detuvieron en Kiredo para orar toda la noche en el templo del santo Monyu; sin embargo, el sueño los invadió y se quedaron dormidos. Hacia medianoche, tuvieron un sueño singular. El santo se les apareció y les anunció: «Habéis cometido una mala acción sin par, y sea el que fuere el lugar adonde huiréis, no podréis escapar a la desgracia. El pecado ya se ha cometido y no se puede reparar. Sin embargo, si, de aquí en adelante, dejáis la condición de laicos, entráis en religión después de haberos cortado la negra cabellera que os es querida, y vivís separados uno de otro, renunciando al espíritu del mal para ingresar en la vía del Buda, la gente misma os hará gracia de la vida». A esta benevolente exhortación, respondieron, siempre en sueños: «No os cuidéis de nuestro porvenir, suceda lo que sucediere. Obramos así por placer; a riesgo de perder la vida, hemos entrelazado nuestros cuerpos. Maestro Monyu, se dice que vos no conocéis sino la vía de los homosexuales. Cierta es vuestra ignorancia sobre el amor entre hombres y mujeres.» Entonces se despertaron de este sueño desagradable, y escucharon que el viento soplaba entre los pinos de Ama-no-Jashidate. Pensaron: «Este mundo es tan insignificante como el polvo que se lleva el viento», y prosiguieron abandonándose a su culpable voluptuosidad.

Moemón escucha oculto los comentarios de sus compañeros.

La gente oculta lo que no le conviene: el jugador no habla de sus pérdidas; el galán calla los engaños sufridos en los barrios licenciosos, no cuenta sus derrotas el rufián; el mercader se hace el que olvida sus errores de cálculo. En fin, tratan de disimular sus fracasos como el hombre que pisa en la oscuridad el excremento de un perro.

Sin embargo, el adulterio cometido por una esposa voluble es difícil de ocultar: entre todos los infortunios el del marido engañado es el más penoso. El editor de almanaques sólo daba a conocer que Osán había

muerto. Para él y su familia ésa era la única realidad. A veces, recordaba los momentos felices que había pasado con ella, y a pesar de que no podía dejar de reprocharle su traición, invitaba a los bonzos para que celebraran una ceremonia por el reposo del alma de la difunta. Los hermosos vestidos de gusto refinado que pertenecían a Osán fueron ofrecidos al templo de la familia para convertirse en banderas o baldaquines que flotaron en el viento de la impermanencia, suscitando aun mayor tristeza en el corazón de la gente. Verdaderamente, no hay nada más temerario que el hombre. De carácter estricto, Moemón no franqueaba su puerta, aunque fuese de noche, por temor a ser reconocido. Pero, al cabo de cierto tiempo, olvidó su condición de recluso y fue preso de nostalgia por la capital. Se vistió con un humilde traje, se encajó profundamente en la cabeza un sombrero de juncos trenzados, y confió a Osán a gente del lugar. Luego se puso en marcha para la capital, adonde sin embargo no lo llamaba ningún asunto. Iba más medroso aun que aquel a quien una vendetta expone a darse con su enemigo. El sol se puso cuando se encontraba a la altura del estanque de Jirosawa. La imagen de la luna allí se reflejaba doblemente y le recordó a Osán, lo que le hizo a pesar suyo mojar de lágrimas sus mangas. Dejó detrás la montaña donde la cascada de Narutaki se estrellaba contra las roquedas salpicando gotas de agua que a él se le antojaban lágrimas. Atravesó rápidamente los poblados de Omuro y Kitano que le eran familiares, y cuando arribó a Kioto estaba tan espantado que tenía miedo hasta de su propia sombra que la luna proyectaba. Llegado a la tienda donde antes había trabajado, se puso a espiar su interior; pudo ver que unos empleados se preguntaban por qué tardaría tanto la letra de cambio enviada por la sucursal de Edo (Tokio); otros platicaban acerca de las modas de peinado, y comparaban sus vestidos, opinando sobre la manera más elegante de confeccionar los kimonos de algodón. Bien se veía el interés que tenían por agradar a las mujeres. Moemón estuvo allí un buen rato hasta que escuchó que empezaban a hablar de él. Dijo uno: «Ese tipo de Moemón logró hacer suya a una mujer de incomparable belleza. Por una de esas sí valdría la pena perder la vida. ¡Qué hombre más afortunado! Otro asentía: Así es, así es, debe haber sido un dulce recuerdo para toda la vida.» Alguien, que parecía tener alguna sagacidad, añadió, con tono sentencioso: «Ese pillo de Moemón no debería ser tratado como un ser humano. Ha engañado a sus amos. ¡Es un malvado sinvergüenza como no hay otro!» Moemón, que paraba la oreja, se dijo: «Esa es la voz de Kisuke de la casa Daimóyiya. Sin compasión alguna por la desgracia, helo aquí que me abruma detestable-

mente. Ese maldito no comprende los sentimientos humanos. Me debe sin embargo ochenta momme de plata cuyo recibo guardo. ¡Como premio por tu maledicencia mereces que te los exija cogiéndote del pescuezo!» Se puso puso de pie, rechinando los dientes. Pero su condición lo obligaba a ocultarse, y no podía sino soportar su resentimiento. En este instante, alguien contó: «Dicen que Moemón no está muerto. Lo han visto por Ise. Vive con Osán. La hizo muy bien el pendejo.» Ante esas palabras, Moemón empezó a temblar y de pronto se sintió helado de escalofríos. Dejó el lugar a paso rápido y fue a alojarse en una posada en Sanyo donde reposó sin siquiera darse un baño. Como pasaba un compañero, de la cofradía del templo de Atago, que se dirigía al santuario como emisario de los fieles deseosos de expresar sus votos, en el momento de elevarse la luna, le remitió, en un sobre, una ofrenda de doce centavos para las velas y, a solas, rogó al dios para que su persona permaneciera siempre desconocida y oculta. Pero cualesquiera fuesen las plegarias que se le dirigieran, ¿cómo el dios del templo de Atago podría socorrer a una persona que había obrado inmoralmente?

Al día siguiente, como un último recuerdo de la capital, Moemón hizo un recorrido a hurtadillas desde Shiyó-gawara a Jigashi-yama. Al pasar la entrada de un teatro, un voceador anunciaba la primera representación de una pieza de Kabuki en tres actos, en la que trabajaba el actor Fuyita Kojeiyi. Deseoso de conocer la intriga a fin de, a su vuelta, contársela a Osán, Moemón tomó asiento en una estera redonda. Pero la historia trataba de un hombre que rapta a una mujer, lo cual lo hizo sentirse sumamente incómodo. En eso, mira unas filas adelante y se apercibe de la presencia del esposo de Osán. Sintió que el alma se le helaba y se lanzó hacia la salida como quien huye de las fauces del infierno, chorreando gruesas gotas de sudor. Volvió a toda prisa a su campo de Tango y ya nunca más se le antojó visitar la capital.

La Fiesta de los Crisantemos se avecinaba y, como todos los años, el comerciante de castañas de la provincia de Tamba llegó a la tienda del editor de almanaques. En el curso de la conversación, preguntó por la Señora Osán. Como nadie contestó a esta embarazosa pregunta, el amo de casa, con gesto amargo, declaró: «Ha muerto». A lo que el comerciante dijo: «¡Hay gente que de veras se parece! Una persona que no se diferencia absolutamente en nada de vuestra esposa y un joven que es el retrato de vuestro empleado Moemón, viven en el vecindario de Kiredo, en

Tamba». Después de haber soltado descuidadamente esas palabras, el mercader se marchó. Sin embargo, sus palabras ya habían despertado las sospechas del amo, quien en seguida envió gente para comprobar lo que había escuchado. A quienes hallaron fueron, pues, a Osán y Moemón. El amo despachó entonces, en gran número, gente de su casa para detener a los fugitivos. Ambos no pudieron escapar al castigo de su crimen. Después de haber sufrido un interrogatorio detallado, fueron condenados a muerte, así como Tama, la criada que les había servido de intermediaria. Estuvieron serenos hasta el último instante sin mostrar ninguna vergonzosa debilidad. Era el veintinueve de septiembre. La historia de Osán y Moemón se divulgó por todo el país y aún hoy en día la gente recuerda la bella figura de Osán envuelta en aquel traje azul claro que llevaba en la hora de su muerte.*

(Traducido del japonés por Akira Sugiyama en colaboración con Javier Sologuren.)

---

* 1686.

UEDA AKINARI (1734-1809)

CARPAS COMO SOÑADAS *

Hace mucho tiempo — por los alrededores de la era Encho (923-930) — vivía en el templo de Mii un bonzo llamado Kogi. Pintor talentoso, había adquirido renombre entre sus contemporáneos. Los asuntos que acostumbraba pintar no eran las imágenes de Buda, ni paisajes ni flores y pájaros. Los días que el servicio del templo le dejaba libres, se deslizaba en su barca por el lago, y a los pescadores que tendían sus redes o pescaban con caña, les daba unas monedas a fin de que devolviesen al mar los peces que habían atrapado. Al verlos retozando, los pintaba; de suerte que, con el correr de los años, había logrado maravillosa precisión.

Un día que concentraba su espíritu en una pintura, se había dejado adormecer y he aquí que en sueños se sumergía en las ondas retozando en compañía de peces grandes y pequeños. Una vez vuelto en sí, los pintó tal como los había visto, colgó la pintura en la pared y exclamó: «¡Carpas como soñadas!...» Así la tituló. Quienes, apreciando el carácter maravilloso de esta pintura, deseaban adquirirla, se la disputaron, pero él que cedía a los ruegos y ofrecía sus obras cuando se trataba de paisajes, de flores y pájaros - guardaba celosamente la pintura de las carpas, y a quienquiera que fuese le decía bromeando: «A los laicos que matan criaturas vivas y comen pescado crudo, no les daré ciertamente peces criados

---

* En: Ueda Akinari. Contes de pluie et de lune. Introduction, traduction et commentaires de René Sieffert. Le livre de poche, Paris, 1956.

por mí, un Maestro de la Ley! En todo el Imperio se habló de esta pintura tanto como de este arranque.

Un año, Kogi cayó enfermo; una semana después, cerró súbitamente los ojos, se le detuvo el aliento y murió. Sus discípulos, sus amigos lloraban y se lamentaban. Sin embargo, como solo en la región del corazón subsistía algo de calor, permanecieron por si acaso cerca de su cuerpo. Habían transcurrido tres días velándolo cuando pareció que las manos y los pies comenzaban a movérsele ligeramente. De pronto, exhaló un largo suspiro, abrió los ojos, se incorporó como si acabara de despertarse y, dirigiéndose a los presentes, les dijo: «Habiendo perdido conciencia de las cosas humanas, he debido pasar no sé cuántos largos días.» Dijeron los discípulos: «El Maestro expiró hace tres días. La gente del templo, luego esos señores que siempre han estado con él en términos amistosos, han acudido; nosotros mismos hemos tomado disposiciones en vista de los funerales; sin embargo, percibiendo el calor en el corazón del Maestro, sin colocarlo en el ataúd, así lo hemos velado. Ahora que lo vemos vuelto a la vida, nos regocijamos en la idea de que fuimos prudentes al no actuar.» Kogi aprobó con una señal de cabeza y dijo: «Que alguien, sea quien fuere, vaya a la residencia de nuestro parroquiano maese Taira, el Vicegobernador, y le dé este mensaje: «¡El Maestro de la Ley, contra toda esperanza, está vivo! Estáis, Maese, sirviéndoos el *sake* y aderezando el pescado crudo. Por el momento, ¡tened a bien interrumpir vuestro festín, y dirigíos al templo! ¡Se os hará oír allá un relato nada común!». Una vez que haya dicho esto, que observe la actitud de la gente de allá. Será tal como le digo.»

El mensajero, intrigado, se dirigió a la mencionada residencia, expuso el asunto y, observándolo, vio que el vicegobernador, el amo de casa, así como Juro, su hermano menor, Kamori, uno de los allegados de la casa y otros más se hallaban sentados en círculo sirviéndose *sake*. Lo cual no difería nada de las palabras del Maestro, según comprobó con sorpresa. La gente de la residencia del vicegobernador, enterándose de estos hechos, se quedó estupefacta; dejaron de inmediato sus palillos y todos, incluídos Juro y Kamori, fueron al templo.

Kogi, incorporándose en su lecho, les agradeció al haberse molestado en venir; entonces, el vicegobernador, a su vez, lo felicitó por su retorno a la vida. Pero en seguida Kogi le preguntó: «Tened a bien escu-

char, Maese, lo que os voy a decir a fin de que verifiquéis su exactitud: ¿no es cierto que habéis pedido a ese Bunshi, el pescador, que os aprovisionara de pescado?» El vicegobernador se sobresaltó: «¡Así es, en verdad! ¿Cómo es que lo sabéis?» Kogi: «Ese pescador franqueó vuestra puerta, llevando en una cesta un pescado de más de tres pies. Vos os hallábais, Maese, con vuestro prudente hermano menor, en el aposento que da al sur, a uno y otro lado de un tablero de *go*. Kamori estaba a vuestro lado y, mordiendo un grueso durazno, observaba el desarrollo de la partida. Contento de que el pescador os traía ese gran pescado, le habéis dado duraznos que estaban amontonados en una bandeja de pie; luego le habéis ofrecido una copa de *sake* y otras más. El cocinero, con aire triunfante, sacó el pescado y lo preparó crudo. Hasta aquí no debe haber error en lo que ha dicho.» Dijo esto, y la gente del vicegobernador, a la vez estupefacta y perpleja, lo apremiaban para que les explicara la razón de su relato tan preciso. He aquí lo que Kogi les contó:

«En estos últimos tiempos, la enfermedad me había infligido sufrimientos demasiado intolerables, ni siquiera había advertido yo que estaba muerto; a fin de mitigar la fiebre y apoyándome en un bastón, franqueé la puerta: entonces fue como si hubiera paulatinamente olvidado mi mal y experimenté el sentimiento del pájaro enjaulado que retorna a las nubes. A través de no sé cuántas montañas, cuántas aldeas, yo iba, iba, para luego desembocar en los bordes de la onda. Viendo las aguas verdes del lago, me vino la idea a mi espíritu, que había perdido la conciencia de la realidad, de bañarme allí; me desvestí, dejé mi ropa y de un salto me sumergí en lo más profundo, nadé aquí y allá; yo quien, desde mi niñez, no estaba familiarizado con las aguas, me divertía sin embargo a mis anchas. Cuando ahora pienso en ello, reparo en que fue la imaginación de un sueño absurdo. No obstante, el nadar del hombre en la superficie del agua nada tiene de semejante con la holgura del pez. Entonces nacieron en mí las ganas de retozar como los peces. A mi lado, se hallaba un gran pez que me dijo: «¡Lo que el Maestro desea es muy fácil! ¡Esperad, por favor!». Lo vi partir hacia las profundidades abisales del agua; algo más tarde, un personaje que llevaba bonete y ropas ceremoniales, a caballo en el gran pez de hace un rato, y que encabezaba un numeroso séquito de peces, se dirigió a mí para decirme: «Por decreto del Dios de las Aguas, vos, venerable Monje, habéis alcanzado innumerables méritos al devolver su libertad a muchas criaturas vivas. Como ahora deseáis penetrar en las ondas y retozar con los peces, se os concede, por un tiempo, una túnica

de carpa dorada y que se os haga gustar de los placeres del Imperio de las Aguas. ¡No vayáis, aturdido por el aroma de una carnada a perder la vida, colgado del hilo de una caña de pescar!» Dicho esto, desapareció. En medio de mi estupefacción, dirigí la mirada a mi cuerpo: ¡en solo un instante, guarnecido de escamas de áureo brillo, se me había transformado en carpa!

«Sin siquiera sorprenderme, moví la cola, agité mis aletas y retocé a mi gusto. Primero, me dejé llevar por las olas que levanta el viento precedente del monte Nagara; como yo jugaba en las playas de Shiga, asustado por las idas y venidas de los paseantes que mojaban el bajo de sus vestidos, me sumergí en las profundidades donde se refleja la imagen del monte Hira, pero no era difícil ocultarme, atraído inconcientemente por las fogatas de los pescadores de Katada. La luna que se demora en los bajíos, en la noche de azabache, espejo en la cima del monte del Espejo, cicundaba con su límpida claridad cada uno de los ochenta repliegues de las ochenta abras. ¡Encantador espectáculo! ¡El islote de Oki, el del santuario de Chikibu, cuyo rojo recinto reflejábase en las olas, me maravillaba! Tanto y tan bien que bajo el viento del monte de Ibuki, al salir, a golpe de remos, la barca de Asazuma, fui sacado de mi ensueño entre las cañas; no evité la pértiga del barquero de Yabase sino para hacerme, no sé cuántas veces, perseguir por los guardias del puente de Seta. Cuando el sol calentaba, yo nadaba en la superficie; cuando el viento arreciaba, me lanzaba yo a retozar en las profundidades del lago.

«De repente, sentí hambre, y deseoso de comer busqué aquí y allá sin hallar nada, avanzaba a locas cuando, súbitamente, me di con el sedal que Bunshi había arrojado. Su carnada olía muy bien. Por otro lado, tenía yo presente la advertencia del Dios de las Aguas. «¡Yo soy un discípulo de Buda! Aunque no lograse de inmediato algo que comer, ¿por qué rebajarme a tragar una carnada para peces?», me dije, a la vez que me alejé». Poco después como el hambre habíase hecho cada vez más tiránica, por más que razonara y razonara aún, ya no podía aguantar más. Suponiendo que tragarse esa carnada, ¿significaría que iba a dejarme atrapar tontamente? Ese hombre y yo nos conocemos desde siempre, ¿qué podría, pues, temer? Para concluir, me comí la carnada. Bunshi tiró vivamente de un sedal y me cogió. «¡He, tú, qué haces!», exclamé pero él se comportó como si no hubiese oído absolutamente nada; me pasó una cuerda a través de las agallas, ató su barca en las cañas, me echó en

una cesta y volvió a su casa. Vos estabais, Maese, jugando una partida de *go* con vuestro prudente hermano menor, en la estancia que da al sur. A vuestro costado, se hallaba Kamori; comía frutas. Al ver el gran pescado que traía Bunshi, vosotros todos lo habéis admirado. En ese instante, dirigiéndome a vos, hablé fuerte: «Vosotros todos, ¿habéis olvidado a Kogi? ¡soltadme! ¡Dejadme volver al templo!» No cesaba yo de gritar así; sin embargo, os conducíais como si de nada dudaseis; no hacíais sino dar palmadas y regocijaros. El cocinero empezó por apretarme fuertemente ambos ojos entre los dedos de su mano izquierda; luego, cogiendo con su diestra un cuchillo bien afilado, me puso sobre una tabla; estaba ya a punto de cortarme, cuando lancé un grito desesperado: «¡Dónde se ha visto que se lacere a un discípulo de Buda? ¡Socorro! ¡Socorro! gritaba gimiendo, pero ves no me escuchabais. En fin tuve la sensación de ser cortado y me desperté de mi sueño.»

La gente, sumamente conmovida y estupefacta, dijo: «Reflexionando sobre el relato del Maestro, en esa ocasión vimos, una y otra vez, moverse la boca del pez, aunque sin que emitiera un solo sonido. ¡He aquí que es extraño haber visto con sus propios ojos un acontecimiento semejante!» Se envió un doméstico a la casa con la orden de arrojar al lago los restos del pescado crudo.

Kogi, poco después se repuso de su enfermedad; murió años más tarde a edad avanzada. Próximo a su fin, tomó una pinturas donde había representado carpas y, a medida que las dispersaba en el lago, los peces se separaron del papel o de la seda y retozaron en el agua. He aquí por qué las pinturas de Kogi no se preservaron para la posteridad. Su discípulo, un tal Narimitsu, heredó el maravilloso talento de Kogi y, en la época, se hizo notable. Como había pintado un gallo en el tabique del palacio de Kan-in, un gallo de carne y hueso, al ver la imagen, le asestó un espolonazo. Tal se lee en un viejo relato.

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

SOSEKI NATSUME (1867-1916)

UN SUEÑO *
(Fragmento de Yume Juga)

Mi sueño fue así:

Me hallaba junto al lecho, con los brazos cruzados, cuando la mujer que allí estaba echada, con el rostro vuelto hacia mí, me dice, con voz serena, que iba a morir. Los largos cabellos esparcidos en la almohada encuadrábanle el rostro delicadamente ovalado. La cara muy blanca tenía un leve rubor y los labios eran carmesíes. No parecía, en absoluto, estar a punto de morir. Sin embargo, había dicho, con voz nítida y tranquila, que iba a morir. También yo tuve el presentimiento de que se hallaba ya en las últimas. Por eso, le pregunté:

-Entonces, ¿vas a morir?

-Sí, así es - confirmó reabriendo los ojos. Ojos negros y grandes, de largas pestañas húmedas, en cuyas profundidades de azabache mi imagen era reflejada.

Ante el brillo de aquellas pupilas, tan negras, tan profundas, tan cristalinas, me era difícil pensar en la muerte. Inclinándome hacia la mujer, procuré disuadirla afectuosamente:

-No vas a morir, ¿no es así? No hay peligro, ¿no lo ves?

---

* En: Maravilhas do conto japonês. Seleçao:Antônio Nojiri. Editora Cultrix, Sâo Paulo, 1962.

Con la misma voz tranquila, y los soñolientos ojos entrecerrados, me replicó:

-Con todo, si voy a morir igualmente... nada se puede hacer.

-¿Puedes verme la cara? - pregunté apasionadamente.

-¿Si puedo verte la cara? ¿No estás pues reflejado en mis ojos? - respondió sonriendo.

Erguime, crucé los brazos, y me quedé cavilando.

-Cuando yo muera - continuó - sepúltame en una fosa abierta con una concha de madreperla. Luego, marca el sepulcro con estrellas caídas del cielo. Quédate esperándome, a su lado. Un día volveré a verte de nuevo.

Le pregunté cuándo vendría a verme.

-El sol nace y se pone - respondió. Al siguiente día, nace nuevamente para de nuevo ponerse... En el lapso en que el encarnado sol prosigue su curso de oriente a occidente...entre tanto, ¿podrás esperarme?

En silencio, asentí con la cabeza.

Elevando un poco la sosegada voz, añadió, con tono decidido:

-Espérame durante cien años. Cien años. Te pido que permanezcas aguardándome sentado a la vera de mi sepultura. En ese instante, mi imagen que se reflejaba nítidamente en sus ojos negros, comenzó lentamente a deshacerse. Cuando la imagen se desvaneció del todo en las aguas serenas, ella cerró los ojos. Por entre las largas pestañas cerradas resbalaban las lágrimas, rosto abajo. Estaba muerta. Dejándola a solas, bajé al huerto y cavé un foso con una concha de madreperla. Una concha sedosa, de aristas cortantes. A cada movimiento mío, la concha relucía bañada por la luz lunar. Yo aspiraba el olor de la tierra húmeda. Abierta la fosa, depositó allí su cuerpo, cubriéndolo después con la tierra amontonada. La concha relucía a la luz de la luna, como antes.

En seguida, recogí fragmentos de estrellas caídos del cielo y los

dispuse cariñosamente sobre la tumba. Los fragmentos de estrellas eran redondeadas, como si durante el viaje a través del espacio, hubieran perdido las aristas. El trabajo de recogerlos del suelo y de disponerlos ordenadamente en la tierra fofa, calentome el cuerpo.

Me senté en el musgo, a la vera del sepulcro. Decidido a permanecer a la espera durante cien años, crucé los brazos y permanecí con los ojos clavados en la tumba. Tiempo después, el sol surgió, como ella había dicho. Era grande y encarnado, el sol. Y, más tarde, desapareció en el poniente, encarnado aún.

-Uno- conté para mí mismo.

Transcurrido un tiempo, nació de nuevo el sol sanguíneo y de nuevo se sumergió en el horizonte.

-Dos- volví a contar.

Y en tanto contaba las apariciones y los ocultamientos solares, perdí la cuenta.

Tantos fueron los encarnados soles que me pasaron por sobre la cabeza, que contarlos todos sería cosa de nunca acabar. Y, no obstante, el centésimo año estaba aún lejano. Al fin y al cabo, con los ojos clavados en las piedras recubiertas de musgo, me puse a barruntar si no me había engañado.

Entonces, debajo de la lápida, veo que un tallo verde iba creciendo en dirección a mí. En un instante llegó a la altura de mi pecho y cesó de crecer. En ese momento, en la extremidad del tallo vacilante, surgió un botón fino y prolongado, cuyos pétalos se abrían como por encanto. Era un lirio albísimo, de olor punzante que, a través de mi nariz, llegóme hasta lo más hondo. Como caída del cielo, una gota de orvallo apareció sobre la flor y la hizo oscilar. Alargué el cuello y besé el lirio albísimo perlado de frío orvallo. Al apartar el rostro, miré inadvertidamente hacia el cielo remoto donde brillaba, solitario, el lucero matutino.

-El centésimo año debe haber llegado- concluí.

(Traducido del portugués por Javier Sologuren.)

TANIZAKI JUNICHIRO (1885-1965)

LA MADRE DEL CAPITAN SHIGEMOTO *
(Capítulos IX y X)

Shigemoto tenía un recuerdo terrible de su padre. Nunca podría olvidarlo. Entonces, su padre tenía la costumbre de permanecer sentado durante días y noches sin fin, meditando en silencio y Shigemoto, finalmente vencido por la curiosidad de saber cuándo comía y dormía, se escabulló una noche de la vigilancia de su niñera para dirigirse al altar de la familia, entreabrió la puerta corredera y vio a la débil luz a su padre, aún arrodillado tal como estaba desde temprano ese día. Transcurría el tiempo y aún permanecía arrodillado e inmóvil como una estatua y, entonces, Shigemoto cerró la puerta corredera y regresó a su lecho; pero, a la noche siguiente, la curiosidad lo invadió de nuevo y fue otra vez a ver a su padre, así como lo había hecho la noche anterior. Y luego -debe haber sido la tercera noche- nuevamente su curiosidad lo hizo ir en puntas de pie al altar; pero esta vez, al mirar por el estrecho resquicio de la puerta, respirando apenas, observó que la luz de la mecha de sebo parpadeaba a pesar de la quietud del aire y, en ese momento, los hombros de su padre se levantaron y su cuerpo se movió. El movimiento era infinitamente lento y deliberado. Al comienzo, Shigemoto no podía discernir su significado, mas entonces su padre, presionando con una mano la estera y con la respiración penosa como si estuviera levantando un objeto de peso extraordinario, hizo un esfuerzo para incorporarse y se puso de pie. Debido a su edad, podría en todo caso haberse puesto de pie lentamente, y las

---

* En: Modern Japanese Literature from 1868 to present day. Compiled and edited by Donald Keene. Charles E. Tuttle. Ruthland, Vermont & Tokio, Japan 1981. Eighteen the printing.

largas horas que permaneció arrodillado, sin moverse, habían paralizado en tal forma sus piernas que solo pudo levantarse haciendo este esfuerzo especial. De todas maneras ya estaba de pie y salió de la habitación casi tambaleándose.

Shigemoto lo siguió perplejo. Su padre clavó la mirada fijamente hacia adelante, no miraba ni a derecha ni a izquierda. Bajó las escaleras, deslizó los pies dentro de un par de sandalias y salió fuera de la casa. La luna era de un blanco claro y cristalino y Shigemoto podía recordar el zumbido de los insectos que sugería el otoño; pero así mismo recordaba cómo - cuando él también deslizó los pies en un par de sandalias de adulto y salió al jardín - sentía las plantas de los pies súbitamente frías como si hubiera pisado agua, y la brillante luz de la luna revistiendo el paisaje de blanco como si fuera escarcha, le hizo sentir que podía, en efecto, haber sido invierno. La sombra de su padre, balanceándose a medida que caminaba, reflejaba su perfil agudo en el suelo. Shigemoto permanecía detrás, suficientemente lejos para evitar pisarla. Posiblemente habría sido visto por su padre si este hubiera volteado, pero parecía estar absorto en profunda meditación y, una vez que hubieron transpuesto el portal, caminó con firmeza hacia adelante como si supiera claramente adónde se dirigía.

Un anciano de ochenta y un niño de siete u ocho años no podrían haber ido muy lejos. Con todo, a Shigemoto le parecía una buena caminata. Siguió a su padre a la distancia, viéndolo por momentos y perdiéndolo de vista otros; pero no había más viajeros en el camino y la figura de su padre reflejaba de tal manera la blancura de la luz de la luna en la distancia que no había riesgo de perderlo de vista.

El camino estaba al comienzo alineado por las paredes de adobes de espléndidas mansiones. En seguida, surgieron pobres vallados de bambú tejido , bajos y desolados tejados sostenidos con piedras y estas, a su vez, eran cada vez más irregulares, separadas más y más por charcos de agua y por espacios abiertos en los que crecían altas las yerbas otoñales. Los insectos de las matas de yerba estaban silenciosos al hacer los dos su aparición y en cuanto se alejaron, comenzaron nuevamente a zumbar cada vez más ruidosamente, ahora en forma regular como un aguacero, a medida que dejaban la ciudad. Al fin, ya no había ninguna casa, solo un campo de yerbas otoñales que se extendía, vasto, en toda dirección y un

estrecho camino campestre retorciéndose de un extremo a otro. Solo había un camino y, sin embargo, a medida que serpenteaba-ora a la derecha ora a la izquierda- flanqueado por yerbas más altas que un hombre, el padre de Shigemoto a veces desaparecía de la vista en un recodo y este se adelantaba hasta diez o quince pies de su padre. Las mangas y la falda del niño se empapaban de rocío al separar las yerbas que caían sobre el camino y frías gotas se escurrían dentro de su cuello.

El padre cruzó un puente sobre un riachuelo y, en lugar de seguir el camino de frente, volteó corriente abajo por la arena del lecho del angosto río. A unas cien yardas abajo, en un trecho de tierra nivelada, ligeramente elevado, había tres o cuatro montículos de tierra, cada uno suave y fresco, con lápidas de una blancura fulgurante, hasta los epitafios se veían nítidamente a la luz de la luna. Algunas tumbas tenían pequeños pinos o cedros en lugar de lápidas; otras, en vez de montículos, una valla con una pila de piedras dentro y sobre ellas cinco piedras a modo de señal; y aún otras, las más toscas, no tenían ni piedra ni montículo, sino tan solo una estera para cubrir el cuerpo y una ofrenda de flores. Varias tumbas se habían desmoronado con la última tormenta y un número de montículos habían sido barridos por el agua, dejando expuestas partes de los cadáveres.

El padre de Shigemoto erró entre los montículos como si estuviera buscando algo. Shigemoto ahora lo siguió tan cerca que podía pisarle los talones. Si su padre se había percatado de su presencia, no dio señales de ello, no volteó ni una vez. Un perro, hambriento de carne, saltó súbitamente de una mata de yerbas y se escabulló por otro lado, pero el padre de Shigemoto ni siquiera le echó una mirada. El niño se daba cuenta, aunque estaba detrás de él, de que su padre estaba empeñado en su búsqueda, que había puesto toda su alma en ello. El anciano se detuvo y Shigemoto al detenerse súbitamente vio debajo de él un espectáculo que hizo que se le pararan los pelos de punta y que la sangre se le helara en las venas.

La luz de la luna, como una nevada, lo cubría todo con una luz fosforecente y oscurecía su forma y, al principio, Shigemoto no podía discernir exactamente la naturaleza del extraño objeto que yacía en el suelo; pero al fijar la vista, vio que era el cadáver hinchado, putrefacto, de una joven. Sabía que era una muchacha por la forma de los miembros

y por el color de parte de la piel. La larga cabellera, sin embargo, se había desprendido como una peluca con todo el cuero cabelludo; la cara era un bulto que parecía haberse hinchado y recibido golpes hasta quedar aplastado; las entrañas ya empezaban a derrarmarse y en el cuerpo pululaban los gusanos. Quizá se pueda imaginar lo horrendo de la escena, bajo el claro de luna brillante como el día. Shigemoto permaneció como clavado en el suelo, incapaz de volver la cabeza, moverse y mucho menos gritar. Miró a su padre. Este se había aproximado lentamente al cadáver y ahora, haciéndole una reverencia, se arrodilló sobre una estera que había al lado. En la misma posición, rígida y estatuaria que había adoptado ante el altar de la familia, se entregó a la meditación mirando a veces el cadáver y otras entrecerrando los ojos.

La luna surgió aún más brillante, como si hubiera sido pulida hasta la perfección. La soledad que los circundaba parecía cada vez más intensa. Salvo el murmullo ocasional de la yerba de otoño al pasar la brisa, solo se oía el chirrido de los insectos cada vez más agudo. La visión de su padre arrodillado allí como una sombra solitaria, hizo que Shigemoto se sintiera arrastrado a un mundo de sueños pavorosos pero, quisiera o no retornar de él, el hedor de la carne putrefacta le golpeó la nariz con tal fuerza que lo devolvió al mundo real.

No era exactamente claro dónde se encontraba el padre de Shigemoto contemplando el cadáver. Probablemente había cementerios abiertos desparramados en el Kioto de la época. Durante las epidemias de viruelas o sarampión, cuando había muchos muertos, se escogía un espacio vacío, cualquiera que fuese, donde se arrojaban los cadáveres y se les enterraba apresuradamente bajo un montículo significativo o una estera, ora por temor al contagio, ora por falta de mejores medios disponibles. Este era sin duda el caso de este terreno.

Mientras su padre se encontraba arrodillado meditando sobre el cadáver, Shigemoto se agachó detrás del montículo, tratando de aquietar su respiración. La luna comenzaba a declinar hacia el poniente y mientras el conjunto de hitos sepulcrales, detrás de los que se escondía el niño, proyectaba una sombra alargada sobre el suelo, su padre, al fin, se levantó y emprendió el regreso a la ciudad. Shigemoto lo siguió por el camino que habían recorrido antes. Justamente cuando estaban cruzando el pequeño puente, dirigiéndose hacia el páramo y las yerbas de otoño, Shigemoto se sobresaltó al oír la voz de su padre.

«Hijo mío,...hijo mío...¿qué crees que estuve haciendo allí?» El anciano se detuvo en el angosto camino y se dio la vuelta esperando a Shigemoto. « Sabía que me seguías. Tenía algo en qué pensar y por eso te dejé que hicieras lo que querías.»

Shigemoto no dijo palabra. La voz de su padre era cada vez más serena; había dulzura en su modo de hablar. «No tengo la intención de regañarte, hijo mío. Dime la verdad. ¿Me observabas desde el comienzo?»

«Sí», asintió Shigemoto. «Estaba preocupado por vos», añadió como disculpándose.

«Pensaste que estaba loco, ¿no es verdad?» Su padre esbozo una sonrisa. Shigemoto creyó adivinar una risa corta y débil, aunque demasiado tenue como para oírse. «No eres el único. Todos parecen pensar que estoy loco... Pero no lo estoy. Hay una razón para lo que hice. Te diré cuál es, si eso te puede aliviar...¿Me escucharás?».

Estas son las cosas sobre las que conversó el padre de Shigemoto mientras caminaban, lado a lado, en dirección a la ciudad. No había modo de que el niño comprendiera, aunque vagamente, su significado, y en su diario aparecen no las palabras de su padre sino las observaciones que Shigemoto, ya adulto, había añadido. Se trataba del «sentido budista de la impureza». Yo mismo desconozco las enseñanzas budistas y tengo las más grandes dudas sobre si puedo entablar una discusión del problema sin cometer errores. Estoy muy endeudado con un erudito Tendai a quien he visitado a menudo y me ha prestado libros de consulta. Desde el comienzo, he visto que el problema es tan complejo que no puede ser dominado sin esfuerzo. No parece ser necesario entrar en materia en este caso, sin embargo solo tocaré aquellos puntos que sean esenciales para mi relato.

Aunque haya otros libros tan buenos como este, *El compañero del retiro* es el mejor y más sencillo acerca del tema, cuyo autor es el bonzo Jichin o el bonzo Keisei; aún no se ha llegado a decidir cuál de los dos. *El compañero* es una colección de anécdotas sobre los logros de bonzos ilustres y de relatos de conversiones y salvación que faltaban en colecciones más antiguas. En el primer volumen aparecen historias tales como:

«Cómo perfeccionó un bonzo inferior el sentido de la impureza en su tiempo libre», «Cómo un individuo inferior vio la luz después de observar un cadáver colocado en un páramo» y «El cadáver de una mujer en el lecho del río en Karahashi» y, en el segundo volumen: «Cómo mostró la dama su repulsiva forma». Se puede muy bien percibir en estos relatos el sentido de la impureza.

Como un ejemplo de la colección, tenemos la siguiente historia:

Hace mucho tiempo, un santo bonzo del Monte Hiei, cerca de Kioto, tenía a su servicio a un bonzo inferior. Se le llamaba bonzo pero, en realidad, era apenas más que un servidor del templo a cargo de tareas misceláneas para el sabio. Era un joven que demostraba gran devoción e integridad, servía bien al sabio cumpliendo sus órdenes sin la menor equivocación y este le tenía no poca confianza. Con el transcurso del tiempo, el joven bonzo tomó la costumbre de desaparecer al empezar la noche sin saber nadie adónde iba, y regresaba temprano a la mañana siguiente. El sabio comenzó a sospechar: «Debe estar visitando a una mujer al pie de la montaña.» Su desagrado y disgusto fueron extremados, aunque permaneció en silencio. El joven aparecía en la mañana mostrándose de alguna manera adusto y cabizbajo. Parecía evitar las miradas de los demás bonzos y estar siempre a punto de llorar; y los otros, del sabio para abajo, llegaron a la conclusión de que la dama de la montaña se estaba poniendo difícil. Sin lugar a dudas, ese era el caso. Una noche el sabio envió a un hombre para que lo siguiera. El joven bonzo descendió por la ladera occidental de la montaña hacia lo que son ahora los arrabales de Kioto, en dirección al páramo Rendai. El otro lo siguió, no sabiendo cómo explicarse esta actitud. El joven erró por el páramo, por aquí y por allá, y entonces, dirigiéndose hacia un cadáver indescriptiblemente pútrido, se sumió en plegarias junto al mismo, abriendo y cerrando los ojos, una y otra vez,entregándose al más incontenible llanto. Esta situación continuó toda la noche y cuando comenzaron a tocar las campanas de la madrugada, al fin, secó sus lágrimas y regresó montaña arriba. El hombre que lo seguía estaba profundamente conmovido. El también lloraba cuando estuvo de vuelta en el templo.» ¿Qué había pasado?» preguntó el sabio.

El hombre tenía razón de estar sombrío, dijo, y contó todo lo que había visto. «Y ese es el motivo por el que desaparece todas las noches. Ciertamente, es un crimen terrible dudar de una persona tan santa.»

El sabio estaba anonadado. En adelante, reverenció a su subordinado como a un ser extraordinario. Una mañana que el joven había traído el plato de avena para el desayuno, el sabio, asegurándose de que nadie más estaba presente, se dirigió a él: «Dicen que habéis dominado el sentido de la impureza. Me pregunto si es cierto.»

«No lo es. Eso es para los grandes eruditos, no para los de mi condición. Vos podréis daros cuenta de si soy capaz de una cosa como esa simplemente mirándome.»

«No, no, todos lo saben. En realidad, yo mismo os he estado honrando desde hace un tiempo. Debéis contármelo todo.»

«Entonces, quizás pueda decir algo. No pretendo haber llegado muy lejos, pero empiezo a pensar que estoy comprendiendo algo.»

«Seguramente, podréis darnos una señal de lo que habéis hecho. Supongamos que tratáis de concentraros en este plato de avena.»

El joven bonzo tomó la bandeja, puso una tapa sobre la avena y durante un rato cerró los ojos en profunda meditación. Cuando destapó el plato, la avena se había convertido en una masa de gusanos blancos. El sabio lloró sin contención alguna. «Vos seréis mi maestro», dijo, y juntó las manos en una súplica.

Esa es la historia de «Cómo un bonzo inferior perfeccionó el sentido de la impureza en su tiempo libre.» «Es muy edificante, añade el autor de *El compañero en el retiro*, y el fundador de la secta Tendai también ha escrito que es posible hasta para el necio lograr que penetre en la naturaleza de las cosas dirigiéndose al borde de un sepulcro y contemplando un cadáver putrefacto. Nuestro humilde bonzo, sin duda, conocía el método. Está escrito en el *Método de suspensión y contemplación* que «montañas y ríos son viles, alimentos y ropa son viles, el arroz es como gusanos blancos, la ropa es como la piel de algo hediondo.» Tan maravilloso era el discernimiento del bonzo que, en forma totalmente espontánea, sus obras establecieron una armonía con las enseñanzas de los textos sagrados. Un monje indio dijo una vez que un cuenco es como un cráneo y el arroz como gusanos, y en China, el sacerdote Tao Hsüan enseñó que un cuenco es como los huesos del hombre y el arroz como su carne.

Pero excesiva empresa era para un bonzo ignorante, que no podía haber sabido nada de estos pronunciamientos, ser capaz de demostrar su verdad. Aunque no se le pueda seguir hasta el último grado, se puede aún lograr que los cinco deseos se debiliten, cambiando las obras del espíritu, si al menos se reconoce el principio enseñado. «Los que no han visto la verdad sienten la más profunda codicia por aquello que parece de buena calidad y su resentimiento no es poca cosa frente al trapo que pretende oponérsele; lo bueno y lo vil pueden cambiar, pero aquello de lo cual surge el ciclo de nacimiento y renacimiento es eterno...¡Qué despreciables, qué estériles son las ilusiones mundanales! No se puede sino pensar que solo las trivialidades de un sueño hacen que los hombres miren con temor su descanso eterno».

Volvamos a nuestra historia. Está claro en el diario de Shigemoto que su padre también trataba de entrenarse en el sentido de la impureza, que la encantadora figura de la belleza que lo había abandonado -la «grulla perdida» del poema de Po Chü-i- «cuya voz se ha silenciado detrás de las nubes verdes, cuya sombra se hunde en la brillantez de la luna» - estaba siempre con él; y que, en su desmedido pesar había reunido el valor para repeler la visión. Esa noche, primero explicó el sentido de la impureza, luego dijo cómo deseaba olvidar de algún modo su amargura para con la mujer que lo había abandonado y su amor por ella, borrar la imagen que aún brillaba en su corazón y poner fin a su sufrimiento. Algunos lo considerarían demente, dijo; pero esa era la disciplina que había escogido.

«Entonces, ¿Vos habéis salido antes?» preguntó Shigemoto. Su padre asintió con el mayor énfasis. Desde hacía varios meses, durante las noches de luna, había esperado que la casa estuviera en silencio para salir en busca de iluminación, no a un lugar específico sino a cualquier osario al borde del páramo y había vuelto nuevamente a hurtadillas en la madrugada.

«Y, ¿os ha ayudado?», preguntó Shigemoto.

«No.» Su padre permanecía quieto en el camino. Exhaló un profundo suspiro y miró hacia la luna sobre las colinas distantes.» «No me ha ayudado a olvidar. Esta iluminación no es tan fácil de alcanzar como dicen.» Después de esto, no hizo caso de Shigemoto aun cuando este le di-

rigía la palabra y, embebido en sus pensamientos, apenas dijo palabra en el resto del camino de vuelta a casa.

Esa fue la única noche que Shigemoto siguió a su padre. Como antes, que se había escabullido tantas veces inadvertidamente; sin lugar a dudas, lo siguió haciendo después. Tarde, en la siguiente noche, por ejemplo, Shigemoto pensó haber sentido a su padre abrir la puerta suavemente. Sin embargo, no le pidió que lo acompañara y Shigemoto no intentó seguirlo.

Años más tarde, a veces, Shigemoto se preguntaba qué había hecho que su padre abriera su corazón en esa forma a un ingenuo e inocente niño; pero esa fue la única vez en su vida que ambos conversaron tan extensamente. Digo «conversaron», aunque en realidad su padre fue el que habló más. Al principio, las palabras eran graves, tenían una pesantez sombría que agobiaba el corazón del niño, pero luego era como si el anciano estuviera suplicando a su hijo y, al final - Shigemoto no podía estar seguro de que no era su imaginación- la voz parecía contener un sollozo. Shigemoto podía recordar un miedo pueril de que su padre - tan trastornado que casi había olvidado completamente que no era sino un niñito a quien hablaba- no pudiera alcanzar la iluminación, que sus esfuerzos no condujeran a nada. Shigemoto sentía piedad por su padre, atormentado noche y día por esa imagen amada hasta que lograra el alivio que le procuraría el camino hacia Buda. Pensaba en su padre como un ser desdichado y digno de lástima. Pero, hablando con claridad, Shigemoto no podía reprimir cierta hostilidad, muy cercana a la ira, hacia el padre que no hacía ningún intento por preservar la bella figura de su madre y que más bien trataba de convertirla en la imagen repulsiva de un cadáver abandonado en el camino, una cosa pútrida y repugnante.

Realmente, poco le faltaba para gritarle a su padre: «Quiero pedir un favor. No convirtáis la memoria de mi madre en algo sucio.» Varias veces, mientras conversaban, estuvo a punto de estallar de cólera y solo podía refrenarse con dificultad.

Unos diez meses después, hacia el final del siguiente año, su padre murió. ¿Fue capaz finalmente de liberarse del mundo del deseo carnal? Fue capaz de ver a aquella por cuyo amor había ardido tan solo como un bulto despreciable de carne putrefacta; fue capaz de morir purificado, en-

noblecido, iluminado? O, como el joven Shigemoto había previsto, aun al final no había sido redimido por el Buda; ¿estaría ese pecho de ochenta años, al exhalar su último suspiro, inflamado de pasión, torturado nuevamente por la imagen de su amor? Shigemoto no hallaba modo de saberlo. A juzgar por el hecho de que la muerte de su padre no incitaba la envidia por su paz y reposo, Shigemoto pensó, sin embargo, que a sus presagios no le habían faltado razón.

El común sentimiento humano sugeriría que un esposo incapaz de olvidar a su esposa prófuga haría bien en amar más al único hijo que esta le había dado, que trataría de aliviar su dolor en alguna medida transfiriendo parte de su afecto a su hijo. El padre de Shigemoto no hizo tal cosa. Si no podía tener nuevamente a la esposa que lo había abandonado, no podía ser perturbado, no sería apartado por nadie ni siquiera por el niño en quien su sangre se había unido a la de ella. Tan intenso era el amor del padre de Shigemoto. Este tenía algunos escasos recuerdos de los tiempos en que su padre le había hablado suavemente, pero sin excepción alguna, eran ocasiones en que los dos hablaban de la madre de Shigemoto, y sobre cualquier otro asunto, su padre se dirigía a él fríamente. Shigemoto no resentía la frialdad de su padre. En realidad, le producía alegría pensar que estaba tan lleno de amor por su madre que no podía ni prestar atención a Shigemoto mismo. Su padre mostró cada vez más frialdad después de esa noche hasta que llegó a parecer que el niño se había borrado por completo de su mente. Parecía que siempre estaba contemplando el espacio en blanco ante sus ojos. Shigemoto no supo por su padre nada sobre su vida espiritual durante el último año, pero sí notó que este volvió a retomar su afición al *sake*, que había abandonado; que, aunque estaba encerrado en el altar como antes, la imagen del Bodhisattva había desaparecido de la pared y en lugar de los sutras ahora se consagraba a recitar la poesía de Po Chü-i.

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren.)

AKUTAGAWA RYUNOSUKE (1892-1927)

RASHOMON *

Esto sucedió un día a la hora del crepúsculo: un hombre de baja extracción se hallaba allí, bajo la Puerta Rasho, aguardando que la lluvia escampara.

Nadie había, salvo él, bajo la vasta Puerta. Solo, sobre una columna enorme cuyo revoque rojo se había desprendido en algunos sitios, un saltamontes se había posado. Encontrándose la Puerta Rasho en la avenida Suzaku, se hubiera esperado hallar ahí, además de este hombre, dos o tres personas, mujeres con sombrero cónico u hombres tocados con *eboshi*, en busca de protección contra la lluvia. Y sin embargo, no había nadie más que él.

¿Por qué? diréis. Los dos o tres últimos años, una serie de calamidades-temblores, ciclones, incendio, hambruna...- se habían abatido sobre la ciudad de Kioto, causando una desolación poco común en toda la capital. Una antigua crónica incluso dice que allí se rompían las estatuas de Buda, los objetos del culto búdico, y apilando la madera - aún revestida de cinabrio o enchapada con oro y plata - a la vera del camino, se la vendía como leña para la calefacción. Como la misma capital se hallaba en este estado, se había renunciado, por supuesto, a la refacción de la Puerta Rasho; nadie le prestaba atención. Al caer completamente en ruinas, zo-

---

* En: Akutagawa Ryunosuke. Rashomon et autres contes. Notice, notes et traduction de Arimasa Mori. Le livre de poche, Paris, 1965.

rros y ladrones sacáronle partido; unos y otros hicieron de ella su guarida. En fin, se había llegado a arrojar los cadáveres no reclamados en la galería de la Puerta. Al caer el día, la gente, presa del miedo, ni siquiera se le acercaba.

Los cuervos, en cambio, acudían en bandadas desde no se sabe dónde. Durante el día, innumerables, llegaban en círculo graznando en torno de las altas tejas esquineras. A la puesta del sol, se separaban, como esparcidos granos de ajonjolí, en el cielo empurpurado que se extendía por encima de la Puerta. Llegaban, evidentemente, para picotear los cadáveres abandonados.

La noche entrada, tal vez a causa de la hora tardía, no se veía ni uno solo. Pero sus excrementos, pegados aquí y allá, formaban pequeñas manchas blancas en la escalera de piedra que amenazaba desplomarse y cuyas grietas estaban invadidas por largas yerbas. En el más alto de los siete escalones, el hombre- en cuclillas sobre el faldón de su vestido azul oscuro gastado por numerosas lavadas- miraba, con aire ausente, caer la lluvia. No se preocupaba sino de una gruesa pústula brotada en su mejilla derecha.

El autor ha escrito no hace mucho: «un hombre de baja extracción se hallaba allí, bajo la Puerta Rasho, aguardando que la lluvia escampara.» A decir verdad, este hombre no tenía nada que hacer, aun si la lluvia cesara. En tiempos normales, él habría debido volver a casa de su amo. Pero este último lo había despedido cuatro o cinco días antes. En aquella época, la ciudad de Kioto, como ya lo he dicho, estaba bajo los efectos de una desolación poco común. Por eso la desgracia de este hombre - echado por el amo a quien había servido largo tiempo- no era en realidad sino una consecuencia insignificante. Más habría valido decir: «Un hombre de baja extracción, desprovisto de todo recurso, se hallaba bloqueado por la lluvia, sin saber adónde ir», que escribir: «Un hombre de baja extracción se hallaba allí aguardando que la lluvia escampara.»Además, el aspecto del cielo, ese día, contribuía sensiblemente a la depresión moral de este hombre de la época de Heian. La lluvia, que había comenzado hacia el fin de la hora del mono, casi no parecía que fuera a cesar. Después de algún tiempo, el hombre absorto por el problema urgente de su vida de mañana-buscando resolver una cuestión que sabía sin solución, escuchaba, con aire ausente, rumiando sus pensamientos deshilvanados, el murmullo de la lluvia que caía sobre la avenida de Suzaku.

La lluvia envolvía la Puerta de Rasho y, por ráfagas venidas de lejos, amplificaba el ruido de su caída. Las tinieblas reducían poco a poco el cielo, y el techo de la Puerta sostenía, con el extremo de sus tejas esquineras oblicuas, la pesada masa de las sombrías nubes.

Para resolver un problema insoluble, no se puede demorar en escoger un medio. Si no, bien se podría uno morir de hambre al pie de un talud o a la vera de un camino y su cuerpo sería arrojado en la galería de la Puerta como el de un perro muerto. «¿Si todos los medios fueran permitidos?» -el pensamiento del hombre, luego de múltiples rodeos, se fijó al fin sobre este punto decisivo. Pero este «si», en resumidas cuentas, seguía siendo para él, el mismo «si». Bien que reconociendo que cualquier medio sería justificable, le faltaba el coraje para dar el primer paso que la situación misma demandaba y admitir francamente esta conclusión inevitable: «No queda otro recurso que el de hacerse ladrón».

Con un sonoro estornudo, el hombre se levantó perezosamente. En Kioto donde la temperatura baja sensiblemente por la noche, el frío hacía ya desear un brasero. En la oscuridad que comenzaba a reinar, el viento soplaba violentamente entre las columnas de la Puerta. El saltamontes, que se había posado en la columna revestida de cinabrio, había desaparecido.

El hombre, con la cabeza metida entre los hombros, miró alrededor de la Puerta, y recogió las hombreras del vestido azul oscuro que llevaba sobre la ropa interior de color amarillo. Pues se había decidido a buscar, para pasar la noche, un rincón que le permitiera dormir a su gusto, lejos de la mirada de los hombres y al abrigo de la lluvia y el viento. Su mirada recayó sobre una ancha escalera, revocada también con cinabrio, que conducía a la galería de la Puerta. Todos aquellos a quienes podría encontrar arriba no debían ser, de todos modos, sino cadáveres. El hombre, entonces, prudentemente, a fin de evitar que su sable de empuñadura descubierta no se desenvainara, puso el pie calzado con sandalias en la primera grada de la escalera.

Transcurrieron algunos instantes. A media altura de la ancha escalera que conducía a la galería, helo aquí que, acurrucado como un gato, reteniendo el aliento, espió lo que sucedía arriba. El resplandor procedente de la galería le iluminaba débilmente la mejilla derecha, la mejilla

donde, en una maraña de patillas cortas, brotaba un grano rojo y purulento. El hombre, desde el comienzo, estaba lejos de imaginar que podía hallar algo que no fueran cadáveres. Pero, habiendo subido dos o tres gradas, le pareció que habia allá una luz portada por alguien y que se movía. Su sospecha se debía a que un resplandor turbio y amarillo se reflejaba, vacilante, y se desplazaba en el piso en cuyas esquinas colgaban telarañas. No era ciertamente un ser normal quien, en esta noche lluviosa, portaba una luz en la galería de la Puerta Rasho.

El hombre, ahogando el ruido de sus pasos como una salamanquesa, se subió hasta la última grada de la empinada escalera. Y con el cuerpo pegado a tierra, el cuello estirado tanto como posible, escrutó, casi transido de espanto, el interior de la galería.

Tal como había oído decir, los cadáveres descuidadamente arrojados alfombraban el suelo. Pero como el campo iluminado era más estrecho de lo que se había figurado, no alcanzó a precisar el número. Solo podía distinguir, bajo la mortecina luz, cuerpos desnudos y otros aun vestidos. Había hombres y mujeres, al parecer. Todos esos cadáveres, sin excepción, yacían sobre el piso,a modo de muñecos por tierra, boquiabiertos, los brazos estirados. ¡Quién reconocería allí a los seres vivos de ayer!

Ciertas partes prominentes de esos cuerpos, como los hombros o el pecho, iluminados por vagos fulgores, hacían del resto algo más sombrío aún. Se hallaban así como petrificados en un mutismo implacable.

El olor de la podredumbre hizo que el hombre se tapara instintivamente la nariz con la mano que de prisa dejó caer, pues una sensación más fuerte vino casi a abolir su olfato. Es que en ese instante sus ojos acababan de discernir un bulto encuclillado en medio de los cadáveres. Era una vieja vestida de harapos rojizos, canosa, demacrada, macilenta, de aspecto simiesco. Una antorcha de pino en la mano derecha, se inclinaba, como para examinarla, sobre la cabeza de un cadáver de luenga cabellera, lo que hacía suponer que se trataba de una mujer.

Paralizado por un miedo mezclado de curiosidad, al hombre se le cortó el aliento por unos instantes. Para valerme de la expresión del autor de la antigua crónica, sintió «erizársele los pelos de todo su cuerpo».

Pronto, la vieja plantó la antorcha en las tablas de la galería y, posando las manos en la cabeza del cadáver que acababa de contemplar, se puso a retirar uno por uno, a la manera de un mono espulgando a su cría, los largos cabellos que, con el movimiento de sus manos, parecían arrancarse sin esfuerzo.

A medida que los cabellos se desprendían, el miedo del hombre cedía su lugar a un sentimiento de odio para con la vieja, odio que no cesaba de hacerse cada vez más vivo en su corazón. No, no sería exacto decir « para con la vieja». Más bien se debería decir que una repulsión contra el mal se apoderó de él y que esta crecía minuto a minuto. Si, en este momento, alguien le hubiera planteado de nuevo la cuestión que le había preocupado bajo la Puerta, a saber la alternativa entre convertirse en ladrón o morir de hambre, sin duda alguna que este hombre hubiera escogido sin vacilar la segunda posibilidad. Pues su odio contra el mal empezaba a inflamarse como la antorcha que la vieja había colocado entre las tablas.

No comprendía, sin embargo, por qué arrancaba los cabellos de los cadáveres. Por eso le era imposible emitir un juicio moral y razonable. Sin embargo, para él, el solo hecho de depilar los cadáveres en la galería de la Puerta Rasho, en una noche lluviosa, constituía ya una falta imperdonable. Olvidaba, por supuesto, que no hacía sino un rato que había pensado un instante hacerse ladrón.

De un salto, el hombre ganó el piso y, sosteniendo con la mano el sable de empuñadura descubierta, se acercó a grandes pasos a la vieja. Está demás decir que esta se sobresaltó al ver al hombre, saltó como piedra lanzada por una honda.

«¡Bestia! ¿Adónde vas?» vociferó el hombre, cerrándole el paso a la vieja, quien, enloquecida, tropezando con los cadáveres, buscaba huir. Pero, empujándolo, siempre tentaba escaparse. El hombre, por su parte, la repelía a fin de impedírselo. Unos instantes después, se peleaban en medio de los cadáveres, sin decir palabra. Inútil decir el desenlace. El hombre terminó por empujar violentamente a su adversario sobre el piso retorciéndole el brazo, descarnado como pata de gallina.

«¿Qué haces aquí? ¡di! ¡Si no...!».

El hombre puso bruscamente su acero blanco desenvainado bajo la nariz de la vieja derribada. Sin embargo, ella guardaba silencio. Los brazos temblorosos, los hombros alzados por una respiración violenta y los ojos tan abiertos que los globos estaban casi exorbitados, se obstinaba en permanecer muda. Viéndola así, el hombre percibió claramente que la suerte de la vieja dependía de su sola voluntad. Eso enfrió, sin que él se diera cuenta, el odio que ardía en él un minuto antes. Solo le quedó la satisfacción altiva y calma que se experimenta luego de un trabajo terminado. Bajó su mirada hacia la vieja y, endulzando la voz, le dijo:

«No me tomes por un esbirro del Alto Comisariato. No soy sino un viajero que pasaba bajo esta Puerta. No se trata pues de maniatarte ni de arrestarte. Solo dime qué haces aquí a semejante hora.»

Ante esto, la vieja lo miró de hito en hito con los ojos aún más abiertos, ojos salvajes de ave de presa de órbitas enrojecidas. En seguida, como si mascara algo, agitó los labios cuyos pliegues se confundían casi con la nariz. En el cuello descarnado, se veía revolverse la abultada nuez. En ese instante, una voz ronca como graznido de cuervo entrecruzada por estertores llegó a oídos del hombre.

«¡Con estos cabellos!» ¡Con estos cabellos! Yo quisiera hacer una peluca.»

La trivialidad inesperada de esta respuesta decepcionó al hombre. Ese cambio de humor pareció que lo hubiera sentido la vieja quien, conservando en la mano los largos cabellos arrancados a la cabeza del cadáver, murmuró como un sapo:

«Arrancar los cabellos a los cadáveres, no ignoro, en efecto, qué vil es. Pero, créame, todos estos muertos bien lo merecen. La mujer, por ejemplo a la que acabo de arrancar los cabellos, vendía en el barrio de los Oficiales carne seca de serpiente. La cortaba en trozos de cuatro pulgadas de longitud y las hacía pasar por pescado. Si no hubiera sucumbido a la epidemia, seguiría vendiéndola. Parece que los oficiales se la compraban siempre para su alimentación, diciendo que era buena. Pero, por mi parte, no creo que su conducta haya sido mala. No podía hacer otra cosa para evitar morirse de hambre. No creo que la mía sea también reprensible. Si no, me moriría de hambre. ¿Qué quieres que haga? Esta mujer que lo sabía no se resentirá demasiado, estoy segura.»

La vieja habló más o menos en tales términos.

El hombre, la mano izquierda sobre la empuñadura de su sable envainado, seguía fríamente este relato. Y su mano derecha se ocupaba siempre, en su mejilla, del grueso grano bermejo y supurante. Pero, mientras que la escuchaba, una suerte de resolución nacía en su corazón. En esa resolución que le había faltado no hacía mucho en la Puerta, resolución que iba en sentido inverso de la que adoptó cuando subió a la galería y sorprendió a la vieja. En adelante, ya no dudó el hombre entre morir de hambre y robar. Aún más, en este instante, «morir de hambre» era, para él, una preocupación tan alejada de su sentimiento, tan bien ahuyentada de su conciencia, que ni siquiera podía pensar en ello.

Una vez concluido el relato de la vieja, él insistió burlonamente: «¿Es cierto lo que dices?»

Luego, dando un paso adelante, separó bruscamente la mano derecha del grano de su cara, cogió el cuello de la vieja y le espetó a la cara:

«Entonces, ¿tú no te resentirás tampoco conmigo, si cojo tu vestido? ¡De otro modo, moriré de hambre yo también!».

La desvistió en el acto. Y, asestándole un puntapié, tiró sobre los cadáveres a la vieja que se aferraba a sus piernas. No había sino cinco pasos hasta el hueco de la escalera. Con el vestido de color rojizo bajo el brazo, el hombre se precipitó a la escalera, bajó por ella y la oscura noche se lo tragó.

Algún tiempo más tarde, la vieja, que se hallaba abatida al punto de parecer muerta, se puso de pie, desnuda, entre los cadáveres. Al resplandor de la antorcha que aún iluminaba, se arrastró, refunfuñando y gimiendo, hasta la escalera. De allí, con la cabeza inclinada hacia adelante, dejando caer sus cabellos canos y cortos, se puso a observar la parte baja de la Puerta. Afuera solo reinaban las tinieblas.

Lo que le sucedió al hombre de baja extracción, nadie jamás lo supo.

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

KAWABATA YASUNARI (1899-1972)

EL LUNAR *

Anoche soñé con el lunar.

Solo necesito escribir la palabra para que sepas lo que quiero decir, Ese lunar; cuántas veces me has regañado por su causa.

Está situado en mi hombro derecho o quizá debería decir en la parte superior de mi espalda.

«Ya está más grande que un frejol. Sigue jugando con él y le saldrán retoños uno de estos días.»

Solías tomarme el pelo a propósito de él. Pero, como decías, era grande para ser un lunar, grande y maravillosamente redondo e hinchado. Cuando niña, solía echarme en la cama y jugar con el lunar. Qué avergonzada me sentí cuando lo descubriste por primera vez. Hasta lloré, y recuerdo tu sorpresa.

«Dejalo, Sayoko. Cuanto más lo toques más grande se pondrá.» Mi madre también me regañaba. Era aún una niña, posiblemente no llegaba a los trece años, y en adelante guardé esa manía para mí sola. Persistió hasta después de que casi lo había olvidado. Cuando lo notaste por pri-

---

* En: Modern Japanese Literature from 1868 to present day. Compiled and edited by Donald Keene. Charles E. Tuttle. Rutland, Vermont & Tokyo, Japan 1981. (Sixteenth printing)

mera vez, yo era todavía más niña que mujer. Me pregunto si tú, un hombre, puedes imaginar lo avergonzada que estaba. Pero era más que vergüenza. Esto es desagradable, me dije.

El matrimonio me pareció en ese momento algo realmente terrible.

Me sentía como si se hubieran descubierto todos mis secretos, como si hubieran revelado secreto tras secreto, de los cuales ni siquiera yo misma era consciente, como si no me quedara ningún refugio.

Te pusiste a dormir alegremente y a veces me sentía aliviada y un poco solitaria, y otras me detenía sobresaltada al llevarme la mano nuevamente hacia el lunar.

«Ya no puedo ni tocarme el lunar», pensé escribirle a mi madre, pero hasta cuando pensaba en ello sentía la cara encendiéndoseme de un rojo ardiente.

«Pero qué tontería preocuparse de un lunar», dijiste una vez, Me sentí feliz y asentí, pero recordando ahora, me pregunto si no hubiese sido mejor que hubieras sido capaz de amar un poco más esa detestable costumbre mía.

No me preocupé tanto del lunar. Ciertamente, la gente no se pone a buscar lunares en los cuellos de las mujeres. A veces se usa la expresión «intacto como un cuarto cerrado» para describir a una muchacha deforme. Pero un lunar, no importa cuán grande sea, apenas puede ser considerado una deformidad.

¿Por qué crees que caí en la manía de jugar con ese lunar?

¿Y por qué esa manía te fastidiaba tanto?

«Deja eso», me decías. «Deja eso». No sé cuántas veces me regañaste.

«¿Tienes que usar la mano izquierda?», me preguntaste una vez en un arranque de cólera.

«¿La mano izquierda?» Me sorprendió la pregunta.

Era cierto. No lo había notado antes, pero siempre usaba la mano izquierda.

«Está en tu hombro derecho. Tu mano derecha sería mejor.» «¡Oh!» levanté la mano derecha.

«Pero es extraño.»

«No es extraño en absoluto.»

«Pero es más natural con la mano izquierda.»

«La derecha está más cerca.»

«Es hacia atrás con la mano derecha.»

«¿Hacia atrás?»

«Sí, tengo que escoger entre llevar el brazo hacia adelante del cuello o estirarlo hacia atrás, así.» Ya no coincidía más, humildemente, con todo lo que decías. Hasta cuando te contestaba, me sucedió que al mover el brazo izquierdo hacia adelante, era como si te estuviera apartando, como si yo misma me abrazara. He sido cruel con él, pensaba.

Pregunté calmadamente, «pero, ¿qué hay de malo en que se use la mano izquierda?».

«Mano izquierda o derecha, es una mala costumbre.»

«Lo sé.»

«¿No te he dicho una y otra vez que vayas adonde el médico para que te lo extirpe?»

«Pero no podría. Me avergonzaría hacerlo.»

«Sería algo muy simple.»

«¿Quién va adonde el médico para que le extirpe un lunar?».

«Parece que mucha gente.»

«Cuando se trata de lunares en la cara, quizá. Dudo de que alguien vaya a extirparse uno que tenga en el cuello. El médico se reiría. Sabría que yo estaba allí porque mi marido se había quejado.»

«Podrías decirle que has ido porque tenías costumbre de jugar con él.»

«Realmente... Algo tan insignificante como un lunar, en un sitio donde casi no puedes ni verlo. Pensaría que podrías tolerar por lo menos eso.»

«No me importaría el lunar si tu no jugaras con él.»

«No es mi intención hacerlo.»

«Eres terca, sin embargo. No importa lo que diga, no haces ningún intento por cambiar.»

«Sí, lo hago. Hasta traté de usar una camisa de dormir con cuello alto para no tocarlo.»

«No por mucho tiempo.»

«Pero, ¿es tan malo que lo toque?» Supongo que parecería que estaba defendiéndome.

«No es particularmente malo. Solo te pido que dejes de hacerlo porque no me gusta.»

«Pero, ¿por qué te disgusta tanto?»

«No es necesario dar razones. Tú no tienes necesidad de jugar con ese lunar y es una mala costumbre, y yo deseo que dejes de hacerlo.»

«Nunca dije que no dejaría de hacerlo.»

«Y cuando lo tocas siempre adoptas esa expresión extraña, distraída. Eso es lo que realmente odio.»

Seguramente tienes razón. Algo hizo que ese comentario fuera directamente a mi corazón y yo deseaba expresar mi conformidad.

«La próxima vez que me veas haciéndolo, pégame en la mano. Hasta dame una bofetada.»

«Pero ¿no te molesta saber que, aun cuando has estado tratando de hacerlo por dos o tres años, no has sido capaz de curarte de esa trivial y pequeña costumbre por ti misma?»

No contesté. Estaba pensando en tus palabras: «Eso es lo que realmente odio.» Esa pose, con el brazo izquierdo detenido alrededor de mi cuello, debe de parecer, de alguna manera, deprimente, desoladora. Dudaría en utilizar una gran palabra como «solitario». «Descuidado más bien, y despreciable; la pose de una mujer preocupada solo en proteger su propia pequeña identidad. Y la expresión de mi rostro debe ser justo como la describiste, «extraña, distraída».

¿Parecería acaso una señal de que realmente yo no me había entregado a ti, como si existiera una distancia entre nosotros? ¿Y acaso mis verdaderos pensamientos se asomaban a mi rostro cuando tocaba ese lunar y me sentía embelesada como lo había hecho desde niña?

Pero debe haber sido porque tú ya estabas insatisfecho conmigo el que dieras tanta importancia a esa pequeña manía. Si hubieras estado satisfecho conmigo, hubieras sonreído y olvidado el asunto.

Ese era el pensamiento aterrador. Temblaba cuando se me ocurría de repente que podría haber hombres a quienes les encantaría ese hábito.

Fue tu amor por mí que te hizo fijarte en ello la primera vez. No lo dudo ni aun ahora. Pero es justamente esta pequeña molestia, a medida que crece y se distorsiona, que hunde sus raíces en un matrimonio. Para una verdadera pareja las excentricidades personales dejan de importar y supongo que, de otro modo, hay maridos y mujeres que se encuentran en desacuerdo en todo orden de cosas. No digo que aquellos que concuerdan

necesariamente se amen, y que aquellos que constantemente discrepan se odien. Pienso, sin embargo -y no puedo dejar de pensar- que hubiera sido mejor si tú hubieras tratado de pasar por alto mi costumbre de jugar con el lunar.

En efecto, llegaste a golpearme y darme de puntapiés. Lloré y te pregunté por qué no podías ser un poco menos violento, por qué tenía que sufrir así por tocarme el lunar. Eso era solo aparente. «¿Cómo podemos curarlo?», dijiste, con voz trémula, y realmente comprendí cómo te sentirías y no me resentí por lo que hiciste. Si se lo hubiera contado a alguien, sin duda hubieras parecido un marido violento. Pero como habíamos llegado al punto en que el asunto más trivial aumentaba la tensión entre nosotros, el que tú me golpearas me producía en realidad un sentimiento de alivio.

«Nunca podré superarlo, nunca. Ata mis manos.» Junté las manos y las allegué a tu pecho enérgicamente como si estuviera dándome yo misma, toda yo, a ti.

Me miraste confundido, la cólera parecía haberte agotado y vaciado de emoción. Tomaste el cordón de mi ceñidor y me ataste las manos con él.

Me alegró ver la expresión de tus ojos, observándome cómo trataba de alisarme los cabellos con las manos atadas. Puede ser que esta vez se me cure la incesante manía, pensé.

Aun entonces, sin embargo, era peligroso para cualquiera frotarse el lunar. Y ¿fue acaso, por que luego el hábito volvió, que el último vestigio de tu amor por mí murió finalmente ¿quieres decirme que te habías resignado y que bien podía hacer yo lo que quisiera? Cuando jugaba con el lunar, pretendías no ver y no decías nada.

Entonces algo extraño sucedió. De pronto, la manía que los regaños y los golpes no habían podido curar, ¿no había desaparecido? Ninguno de los remedios extremos dio resultados. Simplemente, desapareció por sí solo.

«¡Qué crees, ya no juego más con el lunar!». Lo dije como si re-

cién en ese momento lo hubiera notado. Tú gruñiste y parecías no darle importancia.

Si te importaba tan poco, por qué tenías que reconvenirme así, quería preguntarte; y supongo que tú, por tu lado, querías preguntar por qué si la manía se podía curar tan fácilmente, no había sido yo capaz de hacerlo antes. Pero no te dignabas ni siquiera hablarme.

Una manía sin importancia, que no hace mal a nadie, sigue haciéndolo y date gusto todo el día si te place. Eso es lo que parecía decir la expresión de tu rostro. Me sentí deprimida. Solo para molestarte, pensé tocar de nuevo el lunar, allí frente a ti, pero, extrañamente, la mano se negó a moverse.

Me sentí sola. Y me sentí contrariada.

También pensé en tocarlo cuando tú no estabas. Pero de alguna manera eso parecía vergonzoso, repulsivo, de nuevo la mano se negó a moverse.

Miré el suelo y me mordía el labio.

«¿Qué le ha pasado a tu lunar?» Esperaba que lo dijeras, pero después de eso la palabra «lunar» desapareció de nuestra conversación.

Y quizá muchas otras cosas desaparecieron con él.

¿Por qué no podía hacer nada en los días en que me regañabas? ¡Qué mujer más despreciable soy!

De vuelta nuevamente al hogar, tomé un baño con mi madre.

«No se te ve tan guapa como antes, Sayoko», me dijo. «No puedes con los años, supongo.»

La miré sorprendida. Estaba igual como siempre, regordeta y con la piel fresca.

«¿Y ese lunar? Solía ser bastante atractivo.»

Yo había sufrido realmente a causa de ese lunar, pero no podía decírselo a mi madre. Lo que sí le dije fue: «Dicen que no es problema para un médico extirpar un lunar.»

«¡Ah! Para un médico ... pero dejaría una cicatriz.» ¡Qué serena y despreocupada es mi madre! «Solíamos reirnos de ese asunto. Decíamos que Sayoko probablemente seguía jugando con el lunar aun ahora que estaba casada.»

«Jugaba con él»

«Pensábamos que así sería.»

«Era una mala costumbre. ¿Cuándo empecé?

«¿Cuándo empiezan los niños a tener lunares?, me preguntó. No parece que le salgan a los bebés.»

«Mis niños no tienen ninguno.»

«¡Ah! Pero empiezan a salir a medida que creces y nunca desaparecen. No es frecuente ver uno de este tamaño, sin embargo. Debes haberlo tenido desde que eras muy pequeña.» Mi madre miróme el hombro y se rió. Recuerdo cómo, cuando era muy tierna, mi madre y mis hermanas a veces hurgaban mi lunar, a la sazón una manchita encantadora. ¿Y no era acaso por eso que había caído en la manía de jugar con él yo misma? Me eché en la cama manoseando el lunar y tratando de recordar cuando era niña y cuando era joven.

Hacía mucho tiempo desde la última vez que había jugado con él. Me pregunto cuántos años.

De vuelta a la casa natal, lejos de ti, podía jugar con él a mis anchas. Nadie podía detenerme.

Pero no servía para nada.

Cuando mi dedo tocaba el lunar, frías lágrimas me asomaban a los ojos.

Intentaba pensar en tiempos lejanos, cuando era joven, pero tocaba el lunar y eras tú en quien solo pensaba.

He sido maldecida como una mala esposa, y tal vez me divorcie; pero no se me hubiera ocurrido que aquí en la cama, de nuevo en mi hogar, solo pensaría en ti.

Me volteé sobre mi almohada húmeda y hasta soñé con el lunar.

No pude decir, una vez despierta, dónde se encontraba el cuarto, pero tú estabas en él y otra mujer parecía estar con nosotros. Yo había estado bebiendo. Realmente estaba ebria. Procuraba convencerte de algo.

Mi mala costumbre volvió. Estiré mi brazo izquierdo por delante del pecho como siempre, pero el lunar ¿no asomó entre mis dedos? Lo hizo dolorosamente, como si fuera la cosa más natural del mundo. Entre mis dedos se sentía exactamente como la piel de un frejol tostado.

Como una niña engreída, te pedí que pusieras mi lunar en el hoyuelo del tuyo que tenías junto a la nariz.

Empuje mi lunar hacia ti. Y grité y clamé, me agarré de tu manga y me colgué de tu pecho.

Cuando me desperté, la almohada estaba aún húmeda. Todavía lloraba.

Me sentí completamente cansada y, al mismo tiempo, liviana como si me hubiera librado de una carga.

Permanecí sonriendo durante un rato, preguntándome si el lunar en efecto había desaparecido. Me costaba atreverme a tocarlo.

Eso es todo lo concerniente a la historia de mi lunar.

Puedo aun sentirlo como un frejol negro entre mis dedos.

Nunca hice mucho caso de tu lunarcito junto a la nariz y nunca he hablado de ello, sin embargo, supongo que siempre lo he tenido en mente.

Qué buen cuento de hadas sería si tu lunar realmente se hinchara al poner el mío sobre él.

Y qué feliz me sentiría si pensara que tú, a tu vez, hubieras soñado con el mío.

He olvidado una cosa.

«Eso es lo que odio», dijiste, y tan bien lo entendí que hasta pensé que el comentario era señal de tu afecto por mí. Pensaba que todo lo peor de mí se revelaba cuando manoseaba el lunar.

Me pregunto, sin embargo, si un hecho del cual ya he hablado no me redime: fue quizá debido a la forma en que mi madre y hermanas me mimaban que por primera vez caí en la costumbre de manosearme el lunar.

«Supongo que acostumbrabas reconvenirme cuando jugaba con el lunar», le dije a mi madre, hace mucho tiempo.

«Lo hacía, no hace tanto tiempo, sin embargo.»

«¿Por qué me regañabas?».

«¿Por qué? Es una mala costumbre, eso es todo.»

«Pero ¿cómo te sentías cuando me veías jugar con él?

«Bueno...» Mi madre ladeó la cabeza. «No era decoroso.»

«Es verdad. ¿Pero cómo se veía? ¿Yo te daba lástima? ¿O pensabas que era yo desagradable y odiosa?».

«En realidad, no pensaba mucho en ello. Solo me parecía que muy bien podías dejarlo tranquilo, con esa expresión somnolienta en tu rostro.»

«¿Me encontrabas enojosa?»

«Sí, me molestaba un poco.»

«¿Y tú y los demás acostumbraban hurgarme el lunar para fastidiarme?»

«Creo que sí.»

«Si eso es verdad, ¿no me manoseaba yo el lunar, distraídamente, para recordar el amor que mi madre y mis hermanas sentían por mí cuando era niña?»

¿No lo hacía para pensar en la gente que yo amaba?

Esto es lo que debo decirte.

¿No estabas equivocado de principio a fin acerca de mi lunar?

¿No podía haber estado pensando en cualquier otra persona cuando estaba contigo?

Una y otra vez me pregunto si el gesto que tanto te disgustaba no habría sido la confesión de un amor que no podía expresar en palabras.

Mi manía de jugar con el lunar es algo insignificante y no pretendo buscarle excusas; pero ¿no sería que todas las otras cosas que me convirtieron en una mala esposa hubieran empezado en la misma forma? ¿No habrían sido al comienzo expresiones de mi amor por ti, convertidas en expresiones impropias de una mujer casada solo por tu negativa a ver lo que eran?

Hasta cuando escribo me pregunto si mis palabras no suenan como las de una mala esposa que trata de parecer agraviada. Con todo, debo decirte estas cosas.

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren.)

MISHIMA YUKIO (1925-1970)

EL TUMULTO DE LAS OLAS *
(Parte del Capítulo VIII)

No había día en que no se pescara. Ahora bien, a los dos días de la partida de Hiroshi para la excursión escolar, la isla fue azotada por una tempestad que impidió toda salida a las embarcaciones.

Se pensó que no quedaría un solo botón en los raquíticos cerezos isleños que empezaban a florecer. La víspera, un viento excepcionalmente húmedo para la estación había henchido las velas y al ponerse el sol el cielo se había abrazado en forma sorprendente. El mar se hinchó de una fuerte marejada; rugió la ribera; las cochinillas marinas, los gusanos *dango*, se daban prisa para subir a los sitios más elevados. Durante la noche sopló un gran viento mezclado con lluvia. Del cielo y del mar llegaba como el eco de quejas y de silbidos.

Shinji oyó desde su lecho esas voces de la tormenta. Se dio cuenta de que la pesca estaría hoy paralizada. El tiempo sería hasta demasiado malo para reparar los trebejos de pesca o para enrollar cables. La Asociación de jóvenes probablemente ni siquiera podría efectuar su trabajo de desratización.

Como no quería despertar a su madre, cuya respiración en el lecho vecino le indicaba que aún dormía, el hijo solícito que era Shinji perma-

---

* En: Mishima Yukio. Le tumulte des flots. Traduit du japonais par G. Renondeau. Collection Folio, Gallimard, Paris, 1983.

necía en la cama, pensativo, aguardando vanamente el primer destello gris en la ventana. La casa se hallaba terriblemente sacudida, la ventana gemía. Un palastro levantado de no se sabe dónde cayo con gran estrépito. Todas las casas de Utajima tanto las grandes como las pequeñas que solo eran de un piso, tales como las de Shinji, estaban igualmente construidas: a la izquierda de la entrada de suelo apisonado, los baños; a la derecha, la cocina. El olor que dominaba en la casa-inmersa en la semioscuridad del alba, expuesta al viento furioso -era el olor de los baños que flotaba tranquilamente en el aire, sofocante, frío, obsesivo.

La ventana que daba a la pared del almacén de adobe de la casa vecina tomó lentamente un tinte gris. Shinji alzó los ojos hacia la lluvia que caía a chorros, batiendo los aleros y brillando en los vidrios.

Antes, Shinji detestaba un día sin pesca ya que lo privaba del placer de trabajar y de la ganancia obtenida, pero hoy se le aparecía como un día de fiesta espléndido. Sin embargo, no era un día de fiesta bajo un cielo azul, con banderas y centelleantes globos dorados. Era un día de fiesta con un mar en furia, un viento que aullaba al pasar por las copas de los árboles.

Incapaz de esperar, el joven saltó fuera de la cama, se puso un pantalón y un suéter negro de cuello vuelto, lleno de agujeros.

Pronto su madre se despertó y, al percibir la silueta de un hombre, contra la ventana que el alba comenzaba a iluminar, lanzó un grito.

-¡Hola! ¿Quién está allí?, gritó.

-Soy yo.

-¡Oh! ¡No me asustes! ¿Vas a salir de pesca con semejante tiempo? Si ustedes no pescan, harías bien en dormir aún. ¡Pues bien, me pareció que era un extraño quien estaba allí!.

La primera impresión, que había tenido la madre al despertarse, era justa. Su hijo ciertamente tenía todo el aire de un extraño. Shinji, quien por lo general, era muy callado, cantaba a plena voz. Se suspendió del dintel de la puerta e hizo algunos movimientos gimnásticos.

La madre, temiendo que demoliese la casa e ignorante de los motivos que dictaban su conducta, refunfuñó:

-Si tenemos tempestad afuera, no vale la pena hacerla aquí.

Shinji no cesaba de alzar los ojos hacia el reloj ahumado que se apoyaba en la pared. Su corazón no estaba habituado a la duda, no se preguntó ni por asomo si la chica afrontaría el huracán para mantener su promesa de asistir a la cita. Como carecía de imaginación, desconocía el arte eficaz de matar el tiempo gracias a una imaginación que aumenta y complica los sentimientos de inquietud o de gozo.

Cuando fue incapaz de soportar por más tiempo la espera, Shinji se puso un impermeable de caucho y descendió hacia el mar. Le parecía que solo el mar querría responder a su muda conversación.

Violentas olas pasaban por sobre el rompeolas y se estrellaban con terrible estruendo. A causa de la advertencia que había dado la tempestad la víspera por la noche, todas las embarcaciones habían sido haladas en la ribera mucho más arriba que de costumbre. La orilla del agua se había acercado hasta un punto increíble. Al retirarse las olas gigantes, la superficie del agua se inclinaba fuertemente y casi parecía que el fondo del mar iba a mostrarse en el interior de las obras del puerto.

Las salpicaduras de las olas mezcladas con la lluvia alcanzaban a Shinji en pleno rostro. El agua salada que le bañaba la cara le chorreaba a lo largo de la nariz y le recordaba el sabor de los labios de Hatsue.

Las nubes galopaban en el cielo sombrío donde se sucedían sin interrupción la luz y la oscuridad. De vez en cuando, Shinji percibía, más hondamente en el fondo del cielo, nubes cargadas de una luz opaca, promesa de buen tiempo. Pero pronto desaparecían.

Shinji miraba el cielo con tanta atención que una ola avanzó hasta él y le mojó los cordones de sus chanclos de madera. A sus pies, se hallaba una conchita rosada que la misma ola habría traído consigo.

La recogió, la examinó. Su forma era perfecta, sin el menor rasguño en sus bordes de una delicada delgadez. Pensó que sería un lindo regalo y se la guardó en el bolsillo.

No bien hubo desayunado, Shinji se dispuso a salir. Su madre que lavaba la vajilla, viéndolo partir en la tempestad por segunda vez, lo miró fijamente pero no se atrevió a preguntarle adónde iba. Algo había en la espalda de su hijo que le imponía silencio. ¡Cuánto echaba de menos que no le hubiera nacido una niña que la hubiera ayudado en la limpieza de la casa!

Los hombres van a pescar. Se embarcan en buques de motor y en veleros que transportan mercaderías en los puertos más diversos. Las mujeres, que no tienen ningún vínculo con ese vasto mundo, cuecen el arroz, sacan agua del pozo, recogen algas y cuando llega el verano desaparecen bajo el agua profunda donde descienden hasta el fondo. Aun para esta madre que había vivido una vida de buceadora, ese mundo crepuscular del fondo del mar era el mundo de las mujeres. En su casa sombría aun en pleno día, los sufrimientos del parto, la oscuridad del fondo del mar formaban la cadena de los mundos que le eran familiares.

La madre recordaba a una mujer, el verano antepasado, que era viuda como ella y amamantaba aún un bebé. Era endeble y al remontar a la superficie después de haber recogido orejas marinas, se había desmayado súbitamente mientras estaban de pie delante del fuego destinado a secar a las buceadoras. Los ojos se le habían puesto totalmente en blanco, se había mordido los labios azulados y luego se desplomó. Cuando sus restos se enterraron en el bosque de pinos después de su incineración, las otras buceadoras no pudieron mantenerse en pie y se pusieron en cuclillas llorando.

Rumores extraños circularon y algunas mujeres tuvieron miedo de bucear. Se decía que la muerta había sido castigada por haber encontrado en el fondo del agua algo horrible que no se debía ver.

La madre de Shiji se había burlado de esos chismes; se había sumergido profundamente en el mar y había traído consigo las más ricas cosechas de la estación. No era de las que se espantan por peligros aún desconocidos.

Sin dejarse intimidar por un recuerdo así, era de una naturaleza alegre y estaba orgullosa de su buena salud. La tempestad que afuera hacía estragos la excitaba tanto como a su hijo. Al terminar el lavado de la va-

jilla, separó los faldones de su kimono, se sentó estirando las piernas que examinó atentamente a la débil luz que daba la ventana gemebunda. Ni una sola arruga había en sus muslos de una hermosa madurez, curtidos por el sol pero de una firme redondez, irradiando un color ambarino.

-Estando así, habría yo podido tener todavía tres...cinco niños.

Pero ante este pensamiento, su corazón puro se asustó súbitamente. Arreglándose el vestido se inclinó ante la tablilla funeraria de su marido.

El sendero seguido por el joven para subir al faro había sido transformado en torrente por la lluvia y el agua borraba las huellas de sus pasos. El viento aullaba a través de las ramas de los pinos. Las botas de caucho le dificultaban la marcha. Como no llevaba paraguas, sentía que la lluvia le chorreaba por su cabellera corta y por su cuello. Pero él proseguía subiendo, dándole cara a la tempestad. No la desafiaba, al contrario. Del mismo modo que gozaba de una felicidad sosegada cuando se hallaba rodeado por la quietud de la naturaleza, se sentía ahora en perfecta armonía con su furioso delirio de la hora presente.

Miró hacia abajo el mar a través de los pinos. Numerosas olas blancas avanzaban como si se precipitaran unas contra otras. De vez en cuando, las altas rocas de la punta del cabo estaban recubiertas de espuma.

Shinji pasó la «Colina de la Mujer» y avistó la casa del guardián del faro replegada bajo la tempestad, todas las ventanas cerradas y las cortinas corridas. Subió las gradas de piedra que conducían al faro. En la casita del vigilante, no había ningún hombre de guardia. Por la puerta vidriada chorreante de lluvia y cuyos vidrios no cesaban de vibrar se percibía el catalejo que permanecía vuelto hacia la ventana ahora cerrada; las corrientes de aire habían dispersado los papeles sobre el escritorio; había una pipa, una gorra reglamentaria del servicio de guardacostas, el calendario de una compañía de navegación representando en todo su esplendor un nuevo navío, dos escuadras colgadas descuidadamente de un clavo en un pilar.

Shinji llegó al observatorio calado hasta los huesos. En este lugar desierto la tempestad no era sino más pavorosa. Nada se interponía entre

el cielo y este sitio que era casi la cima de la isla; la tempestad allí hacía de las suyas.

La construcción en ruinas con sus ventanas ampliamente abiertas en tres direcciones no ofrecía la menor protección contra el viento. Al contrario, parecía más bien que el observatorio invitaba a la tempestad a entrar en sus piezas para entregarse a una danza demencial. La vista inmensa del Pacífico que se tenía de las ventanas del primer piso estaba limitada por las nubes de lluvia, pero por otra parte las olas, que asolaban y mostraban su reverso blanco se esfumaban en el círculo de nubes de lluvia que las rodeaba, dando la impresión de que los límites del mar desencadenado retrocedían hasta el infinito.

Shinji descendió la escalera exterior y echó un vistazo a la pieza de la planta baja adonde venía a buscar la leña de calefacción para su madre. Aparentemente, ese piso había servido antaño de almacén y algunas de sus ventanas eran tan pequeñas que solo una entre ellas había perdido su vidrio. Allí vio un refugio ideal. Se veían las huellas dejadas por los haces de las agujas de pino que habían sido llevados uno tras otro. No quedaban sino cuatro o cinco en un rincón.

«Eso parece una cárcel», pensó Shinji respirando el olor del moho.

Desde que estuvo al abrigo de la lluvia y el viento, sintió de pronto el frío que lo invadía después de haber estado mojado como un pato. Estornudó con fuerza.

Se quitó el impermeable y buscó fósforos en el bolsillo del pantalón. La vida a bordo de un barco le había enseñado la necesidad de tenerlos consigo siempre.

Antes de encontrarlos, sus dedos tocaron la concha que había hallado en la playa por la mañana. La sacó y la alzó a la luz de una ventana. Brillaba como si estuviera aún mojada por el agua del mar. Contento, la guardó en el bolsillo. Amontonó en el piso de cemento las agujas de pino secas y la leña que cogió de un haz ya desatado, luego con muchas dificultades logró encender uno de sus fósforos mojados. Un fuego triste germinó, luego una llamita brilló y pronto toda la pieza se llenó de una espesa humareda.

El joven se sentó cerca del fuego, rodeando sus rodillas con los brazos.

No quedaba sino aguardar.

Aguardó. Sin la menor molestia, mataba el tiempo metiendo los dedos en los agujeros de su suéter negro, lo que los ensanchaba aún más; sin darse cuenta, se fue entregando a la euforia que le producía su confianza inquebrantable.

Su falta de imaginación -que le habría podido llevar a suponer que la chica no vendría- hizo que no se inquietara lo más mínimo. Mientras seguía esperando, apoyó la cabeza sobre sus rodillas y se durmió.

Cuando abrió los ojos, la llama estaba allí, más brillante que nunca. En dirección de la llama una forma extraña, indistinta, se hallaba de pie. Se preguntó si no soñaba. Era una joven desnuda, quien, con la cabeza inclinada, secaba su camisa al fuego. Al sostenerla con ambas manos delante del fuego, mostraba todo el busto.

Cuando comprendió que no era un sueño, se le ocurrió valerse de una pequeña astucia y fingiéndose dormido todavía, mirar a través de los ojos apenas abiertos. Sin embargo, el cuerpo de Hatsue era demasiado hermoso para ser admirado sin traicionarse con un movimiento. Ya que las buceadoras tienen la costumbre de exponerse al fuego para secarse una vez salidas del agua, Hatsue sin duda no había vacilado en imitarlas. Cuando llegó a la cita, no había fuego. Había un hombre durmiendo. Con la rapidez de decisión propia de un niño, había decidido simplemente secar sus vestidos mojados tan pronto como fuera posible, así como su cuerpo mojado mientras que el hombre dormía. En el fondo, Hatsue no pensó que se desnudaba delante de un hombre. Lo había hecho sencillamente porque allí se hallaba un fuego y ella estaba empapada.

De haber conocido Shinji muchas mujeres antes, habría visto, al mirar a Hatsue desnuda delante del fuego en las ruinas cercadas por la tempestad, que tenía delante de él, sin ninguna duda, el cuerpo de una virgen. Su piel era ambarina, por hallarse constantemente bañada por el agua de mar; era firme y lisa. Sobre su pecho -al que largas inmersiones le habían dado mayor amplitud- los senos, pequeños y firmes, se aparta-

ban ligeramente uno del otro como si tuvieran vergüenza, y apuntaban dos botones color de rosa.

Temiendo ser acusado de mirar demasiado atentamente, Shinji apenas había abierto los ojos; después de todo, la silueta de la joven permanecía vaga y, percibida a través del fuego que subía hasta el techo de hormigón, no se distinguía bien de las llamas temblorosas.

Pero el joven pestañeó involuntariamente y por un instante, la sombra de sus pestañas, amplificadas por la luz del fuego, fue visible en sus mejillas. Sin acordarse de que su camisa no estaba aún seca, la joven se cubrió prestamente el pecho y gritó:

«¡ No hay que abrir los ojos!»

El recatado joven cerró los ojos con fuerza. Ahora que pensaba en ello, creía que ciertamente había hecho mal al fingirse dormido, pero no era culpa suya el haber sido despertado cuando realmente dormía. Dándose ánimos con este razonamiento justo e imparcial, abrió de par en par sus grandes ojos negros.

Viéndose perdida, la joven ni siquiera había comenzado a ponerse la camisa. Le volvió a gritar con aguda voz infantil:

-¡Cierra los ojos!

Pero el muchacho no los cerró. Desde su infancia tenía la costumbre de ver desnudas a las mujeres del pueblo, pero era la primera vez que veía desnuda a la joven que amaba. No podía comprender por qué, por el hecho de estar desnuda, una barrera se había interpuesto entre ambos tornando difíciles las cortesías corrientes, las familiaridades habituales. Con la sencillez de un niño, se puso de pie.

El joven y la joven se hacían frente separados por las llamas. El muchacho se desplazó algo a la derecha, la chica se escapó ligeramente sobre la derecha. El fuego permanecía siempre entre ellos.

-¿Por qué huyes?

-¡Bueno, por que tengo vergüenza!

El joven no le dijo que ella no tenía entonces más que vestirse, pues tenía ganas de contemplarla siquiera unos instantes más. Fastidiado al ver la conversación interrumpida, le hizo una pregunta de niño:

-¿Qué puedo hacer para que ya no tengas vergüenza?

La respuesta de la joven fue a la vez ingenua y sorprendente.

-Si también tú estuvieras desnudo, ya no tendría vergüenza.

Shinji estaba muy molesto pero, luego de un momento de reflexión, se quitó el suéter de cuello vuelto sin decir una palabra. Mientras que se desvestía, se preguntaba si la joven no se escaparía y, mientras que se había estado quitando el suéter, escrutaba prudentemente el rostro que tenía delante de él. Después de que se hubo librado de sus prendas, solo había allí un joven que no llevaba sino taparrabo en torno a la cintura, mucho más bello que cuando estaba vestido. Pero los pensamientos de Shinji estaban tan ardientemente vueltos hacia Hatsue que el sentimiento de vergüenza pasaba a un segundo plano.

-¿Ahora ya no debes estar avergonzada?, le preguntó directamente como en un interrogatorio policial.

Sin darse cuenta de la enormidad de sus palabras, la joven dejó escapar esta respuesta imprevista:

-Sí...

-¿Por qué?

-¡No te has quitado todo!

El cuerpo de Shinji iluminado por las llamas enrojeció enteramente por la vergüenza. Quiso decir algo pero las palabras se le quedaron en la garganta. Se acercó tanto al fuego que casi se quemó la punta de los dedos y mirando siempre la camisa de la joven donde las llamas hacían danzar sombras, acabó por decir:

-Si te quitas eso, haré otro tanto.

Hatsue sonrió sin querer. Pero ni él ni ella tenían la menor idea de lo que esa sonrisa podía significar.

La camisa blanca que la joven tenía en las manos cubríale a medias del pecho a los muslos, la arrojó detrás de ella. El muchacho la vio y entonces -siempre de pie como la estatua de un héroe y sin quitar los ojos de la chica- desanudó su taparrabo.

En este momento la tempestad rugió de pronto afuera más fuerte que nunca. Hasta entonces, el viento y la lluvia habían causado estragos en torno de las ruinas con la misma fuerza que ahora, pero en este momento el muchacho y la chica tomaron conciencia de su realidad y comprendieron que, debajo de las altas ventanas, el Pacífico se sacudía con incesante frenesí.

La joven retrocedió dos o tres pasos. No había ninguna salida. Su espalda tocó la pared ennegrecida de hollín.

-¡Hatsue!, gritó el muchacho.

-Salta por sobre el fuego. Si saltas por encima..., dijo la chica con voz clara y fuerte.

El muchacho no titubeó. El cuerpo desnudo, que la llama iluminaba, tomó impulso con la punta de los pies y saltó a través del fuego. En un abrir y cerrar de ojos, se halló en pie frente a la chica. Su pecho tocó levemente los senos de Hatsue. «Era esa firmeza elástica que imaginaba el otro día bajo el suéter rojo», pensó, turbado, el joven.

Ambos se enlazaron. Hatsue fue la primera en caer blandamente al suelo.

-Las agujas de pino hacen doler, dijo.

Shinji tendió la mano hacia la camisa de la joven. Ella se lo impidió. Sus brazos enlazaron más estrechamente a Shinji. Levantando las rodillas hizo una bola con la camisa y como una niña que ha cogido con sus manos un insecto en un matorral, protegió su cuerpo. Las palabras que pronunció rebosaban virtud:

-¡No debemos! ¡Una joven no debe hacer eso antes de casarse!

Shinji, turbado, dijo sin convicción:

-¿De verdad, no es posible?

-No es posible.

Con los ojos cerrados, la joven dijo pausadamente en tono de consejo y de consuelo:

-No debemos ahora. He decidido que es a ti a quien desposaré y hasta nuestro matrimonio, no es posible.

El respeto de Shinji por las cosas de la moral eran fruto del azar. Más aún, como no había conocido mujeres antes, creyó tocar ahora lo más recóndito de la moral femenina. No insistió. Los brazos del joven enlazaban siempre estrechamente el cuerpo de la muchacha. Cada cual sentía los latidos del corazón del otro.

Un largo beso torturó al muchacho insatisfecho, pero a partir de este momento el dolor cedió lugar a una extraña felicidad.

De vez en cuando, el fuego moribundo crepitaba un poco aún. Escuchaban este ruido y el silbido de la tormenta rozando las altas ventanas que se mezclaban a los latidos de sus corazones. Le parecía a Shinji que esta sensación incesante de embriaguez, el estruendo pavoroso del mar, el ruido de las ramas sacudidas por el viento, todo latía al mismo ritmo violento de la naturaleza. En su emoción participaba el sentimiento de una dicha pura que jamás se apagaría.

El joven retiró su cuerpo. Después dijo con voz viril y tranquila:

-He recogido esta mañana en la playa esta hermosa concha que es para ti.

-Gracias. Déjamela ver.

Shinji volvió adonde había dejado su ropa y empezó a vestirse. En

ese instante, Hatsue se puso suavemente la camisa y luego se vistió enteramente.

Cuando estuvieron vestidos por completo, Shinji le dio la concha a Hatsue.

-¡Oh! ¡Qué linda es!

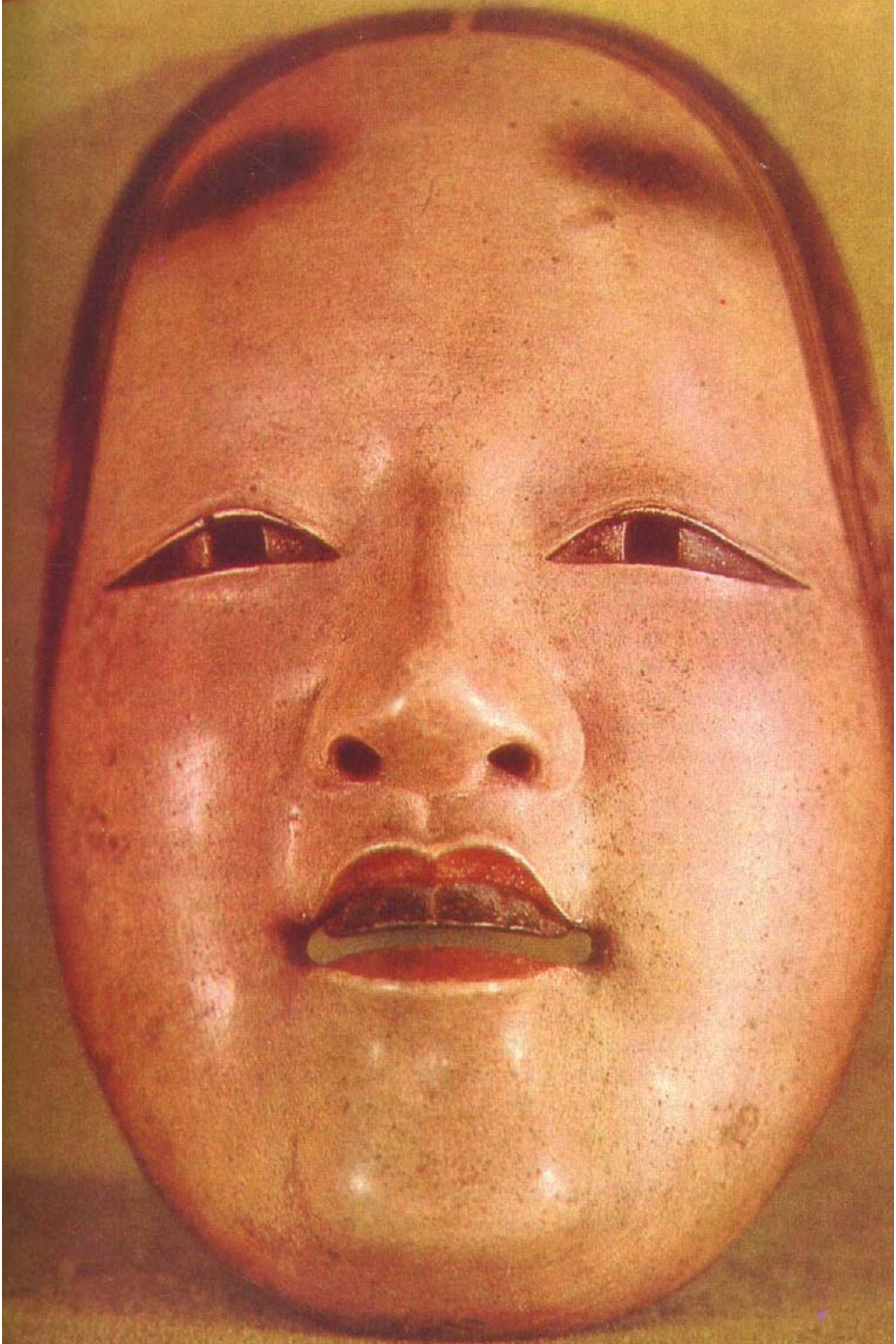
Encantada, la chica volvió hacia la llama la cara lisa de la concha que reflejó la luz. Se la puso a la altura de sus cabellos y dijo:

-Se parece al coral. Creo que será una bonita horquilla.

Shinji se sentó en el piso apoyándose en Hatsue. Vestidos, se dieron un largo beso enteramente a su gusto.

Cuando partieron, la tempestad aún no había cesado. Así mismo Shinji, pensando en las reflexiones que podría hacerse la gente del faro, renunció a tomar, como tenían costumbre, el camino que descendía delante del faro y, guiando a Hatsue, siguió aquel, algo mejor, que pasaba por detrás del mismo, luego descendieron ambos la escalera de piedra expuesta al pleno viento.

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)



TEATRO

NOTA

Entre las creaciones radicalmente originarias del Japón se halla el *Noh*, el drama clásico y tradicional por excelencia. Carece de toda semejanza sustancial con las expresiones teatrales de otros países y culturas, aunque se le ha comparado con la tragedia clásica griega (por ciertos elementos comunes, entre ellos, el coro y la danza), tal paralelo no va más allá de las simples apariencias. No es fácil definirlo, pero se le puede describir con acierto, tal como lo hace René Sieffert, notable especialista y traductor de la literatura japonesa. El noh -escribe- es un largo poema cantado y mimado, con acompañamiento orquestal, generalmente cortado por una o varias danzas que pueden no tener relación con el poema.

El estado embrionario del noh data del siglo X, dándose en una danza pantomima de carácter popular (*Sarugaku* o «música simiesca») y otra de celebración de la cosecha (*Dengaku* o «música campestre»). Ambas, en el siglo XII, alcanzaron los templos shintoístas en cuyas fiestas participaron; luego fueron interpretadas por algunas compañías. A la danza y la música se añadió el diálogo hablado que reposaba en el argumento escrito. Con ello, ya en el siglo XIV, queda establecida su estructura básica. Como se ve, sus orígenes fueron populares y seculares. Más tarde, constituyó la literatura oficial de la Corte; los propios sacerdotes lo representaron siendo sustituidos después por jóvenes nobles de la casta militar, especialmente educados para ese fin. Así el noh se convirtió en un arte aristocrático, distracción favorita de la clase privilegiada y, en la práctica, vedada a los hombres del pueblo. Limitación que ha ido cediendo en nuestros días, ya que a él tienen acceso capas más amplias de una sociedad que ha elevado notablemente su nivel cultural.

Es a Zeami Motokiyo (1363-1443) a quien se debe que el noh haya quedado consolidado e inalterable, pues fue el teórico genial del género sobre el que escribió veintitres obras. Fue director, actor, músico, coreógrafo, autor y adaptador de la mayoría de las piezas componentes del repertorio actual. El noh llegó a ser y es un teatro de extremado refinamiento en el que todo acontece con lentitud ritual y donde no hay nada que no posea un sutil valor simbólico. Su conocimiento exige a los propios japoneses asidua frecuentación y estudio.

Sin ser espectáculo religioso, el noh acude a menudo a referencias budistas buscando con ellas condicionar la fruición estética. «El principio fundamental de la impermanencia de este mundo, por ejemplo, le permite subrayar la punzante fragilidad de todo lo que es bello», ha señalado con hondura André Sieffert.

El escenario es sencillo y pulcro, todo de madera y elevado sobre el piso, lleva pintado un pino en el panel del fondo. Los personajes no pasan de cinco; el principal (*shite*) es quien danza y mima, usa máscara, viste trajes suntuosos y reclama la atención; el secundario (*waki*) lleva trajes de color mate. La orquesta -compuesta de flauta y tambores- tiene la función esencial de crear la atmósfera propicia a la evocación del personaje que el shite representa, y el coro -integrado por cuatro, ocho o doce miembros que cantan al unísono- no participa en la acción, pero releva al shite y, a veces, comenta las acciones de un personaje o describe un paisaje. Entre los escasos accesorios de que se vale el noh, se tiene el gran abanico de danza expresivo de los más diversos símbolos.

Los asuntos, por otra parte, son familiares al público japonés. Se inspiran en leyendas, en obras literarias, en la tradición. Así sucede, para dar una muestra destacada, con *Yugao* (uno de los noh llamados «de mujer») que proviene del Genji monogatari (Cuento del Genji) de comienzos del siglo XI. Siendo el noh un teatro poético en sumo grado, logra con esta pieza «una obra maestra de poesía alusiva» (Sieffert). La dama Yugao (nombre que significa flor del atardecer), amante del príncipe Genji el Resplandeciente, es victimada por su rival la dama Rokuyo. La pieza evoca este hecho. El 're-cuerdo' del noh estriba hondamente en el reino invisible de los muertos cuyos espíritus vagan inquietos en torno de los lugares extrañados. Así Yugao, la bella dama de antaño, vuelve de su lejanía para tocar las puertas de un presente aún sensible, puertas que dan

sobre el lugar donde se produjo la quiebra de su destino terrenal. El sueño que fue una realidad sale en busca de la realidad que fue un sueño.

Un género farsesco, el Kyogen, es una de las formas artísticas tradicionales del teatro japonés. Desde sus orígenes, que se remontan al siglo XIV, ha ido siendo representado junto con el noh en el mismo escenario. El Kyogen es una pieza de índole cómica cuyos personajes provienen de la vida prosaica y cotidiana (el amo prepotente, los criados bribones, los monjes avarientos y venales, etcétera) abocetándolos con frescos y coloridos trazos dentro de cada una de las situaciones en que les toca actuar.

Cabe advertir, sin embargo, que en el Kyogen los valores cómicos se producen con diversos alcances, pues no todas estas piezas buscan el efecto bufo y a las intenciones satíricas de unas pueden sumárseles personajes bien delineados que las avecina a los de la comedia de caracteres.

Debido a la intensa atmósfera poética del noh, como un medio de atenuarla, los Kyogen participan en este. Así, por ejemplo, en una jornada de cinco piezas, son cuatro los Kyogen que se representan intercalados. Algo que nos recuerda, muy naturalmente, los «entremeses», esas obritas jocosas de un solo acto que se daban en los entreactos de la comedia clásica española.

A partir del siglo XVI, en Kioto, se inicia un teatro popular que, a diferencia del noh, emplea el lenguaje usual y se vale de aquellos sucesos y temas que encandilan la imaginación del hombre común y corriente. Es el Kabuki, un teatro avasalladoramente espectacular, desbordante, individualista y profano, que se sitúa por sí solo en las antípodas del teatro noh. Su partida de nacimiento la tuvo en la interpretación libre que hizo una joven doncella del Gran Santuario de Izumu llamada O-Kuni, de las danzas propias de los templos. Esta, con otras bailarinas, formó una compañia de danzas a las que se dio el nombre de Kabuki, denominación que en esa época poseía «un definido matiz de desaprobación popular». Más tarde, debido a la excesiva atracción que despertaron más como mujeres que como artistas, se les prohibió, por razones de moral pública, trabajar en la escena, siendo sustituídas por hombres jóvenes que, a su vez, corrieron el mismo destino, hasta que finalmente, en el siglo XVII, los roles femeninos fueron desempeñados por actores (los onnagata) cu-

yas actuaciones alcanzan admirable perfección y son parte inseparable del teatro kabuki. Es de destacar que los actores kabuki revisten extraordinaria importancia y constituyen verdaderas dinastías familiares que se suceden a través de los siglos trasmitiéndose sus conocimientos técnicos. Hay familias de estos actores que se remontan a nada menos que diecisiete generaciones: todo un tesoro de experiencias y exigente saber que ponen al servicio de ese público que va a ver, sobre todo, la actuación de sus grandes actores favoritos.

A diferencia del noh, los textos literarios argumentales no tienen mayor significación que otros factores tales como la danza, la indumentaria y los efectos escénicos. El Kabuki es suma de diversas artes y posee una gran receptividad al punto de que en su repertorio existen obras adaptadas del noh, del Kyogen y del Bunraku. Su espectacularidad es tanto visual (decorados y trajes deslumbrantes) como de actuación, pues esta suele ofrecer toques melodramáticos. Sus actores no llevan máscaras, pero se hallan maquillados. El *shamisen* (especie de banjo de tres cuerdas) desempeña rol muy importante en el transcurso de la acción. Siendo el teatro clásico nacional del Japón y una de sus grandes y perdurables aficiones, el Kabuki no presenta al extranjero no iniciado las dificultades de comprensión inherentes al noh. Donald Keene, eminente japonólogo y traductor, encarece su «magnífica teatralidad» y afirma que « en verdad ofrece una de las supremas experiencias teatrales del mundo». Del mismo citamos un pasaje que nos interesa particularmente por el hecho de señalar un contraste real que pone en tela de juicio cualquier intento de reducir unilateralmente las expresiones culturales de un pueblo. Dice Keene: «Los japoneses son conocidos por su afición a la sugerencia y a lo tácito, revelada en su jardinería paisajista, la ceremonia del té y el teatro noh, pero el Kabuki se complace en la más desenfrenada exageración». Por otra parte, se ha señalado también que sus cualidades universalmente artísticas y humanas triunfan sobre su aparente exotismo.

Posee además el Japón un teatro de muñecos, el Bunraku, que no tiene parangón con los títeres y marionetas europeos. Llamado también Yoruri por ser este el nombre del narrador de las historias que los muñecos representa y cuyo rol es decisivo en esta seductora manifestación del arte escénico, ya que el narrador debe prestarle su voz a los diversos personajes y expresar los más variados acentos emotivos, suscitando el clima dramático del que supuestamente los personajes participan. Todas las

vicisitudes de estos tienen, pues, en la voz del Yoruri su más fiel intérprete. El shamisen acompaña el espectáculo. Los muñecos, tallados en madera y articulados, pueden mover los labios y las cejas y abrir y cerrar los ojos; tienen aproximadamente un tercio de la estatura humana. Cada uno es maniobrado por tres artistas, dos de ellos vestidos de negro y con la cara cubierta por un velo, a quienes se les ve en el escenario, lo cual es un decir pues es tal la fascinación que ejercen los muñecos, tal su vida expresiva y dramática, que el público no tiene ojos sino para ellos.

Es a un gran escritor, Chikamatsu Monzaemon (1653-1725) a quien el Bunraku le debe unas 130 piezas de su repertorio y a quien el Kabuki le debe también más de la mitad del suyo. Esas obras son el animado reflejo de la vida corriente del Japón de fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, la vida bullente y colorida de una burguesía en plena ascensión. Samurais, agricultores, comerciantes y prostitutas son rescatados en la verdad de su lenguaje, de sus costumbres, caracteres y destinos. Chikamatsu se adelantó a nuestra época al incorporar reflexivamente en la literatura al hombre común, ese anti-héroe para quien no tuvo ojos el teatro europeo de la época.

Las grandes formas dramáticas del Japón son, reiteramos, desarrollos absolutamente propios y autónomos de su cultura, sin intervención de ninguna influencia foránea. Por otro lado, el teatro de corte occidental cuenta con notables exponentes, entre estos, Kobo Abe, Junji Kinoshita, Tsuneari Fukuda, algunas de cuyas piezas pueden leerse en nuestro idioma.

ZEAMI MOTOKIYO (1363-1443)

YUGAO *
(Noh)

Personajes:

Waki: un monje de la provincia de Bungo, en Kyu-shu.
Waki-zure: sus dos discípulos.
Mae-shite: una mujer del campo.
Nochi-jite: el espíritu de Dama Yugao.
Kyogen: un habitante del lugar.

Lugar: En Kioto, en los alrededores de Gojo.
Tiempo: En otoño, en la novena luna.

PRIMERA PARTE

(El Waki, seguido de los waki-zure, avanza hasta el medio de la escena, de cara al público)

Waki:

Este que veis es un monje llegado de la provincia de Bungo. Ahora bien, de Matsura, de Hakozaki, la virtud es maravillosa; he querido, sin embargo, visitar Otokoyama que goza de mejor nombradía aún, y en es-

---

* En: Zeami. La tradition secrète du No suivi d'une journée de No. Traduction et commentaires de René Sieffert. Connaissance de l'Orient. Collection UNESCO d'oeuvres représentatives. Gallimard, Paris. 1960.

tos días, he subido hacia la capital. Hoy, una vez más, voy a emprender camino y visitar los templos de los budas.

Admiro, vecinos de la capital, los sitios ilustres:
en primer término, el tan celebrado
«Bosque-de-las-Nubes» de rayos del sol poniente
iluminando yerbas otoñales,
las flores (púrpuras) que voy separando en los
campos de Murasaki.

(Se vuelve hacia los wakizure)

Waki,waki-zure:

En el santuario de Kamo, me prosterno.
En el santuario de Kamo, me prosterno,
atravieso el bosque de Tadasu;
volviendo al albergue, donde Ariwara
se lamentaba de que «la luna no fuera más la misma»,
en los alrededores de Gojo, esta casucha
cuyo amo me es desconocido: hasta allí,
en proseguir mis visitas he pasado la jornada,
en proseguir mis visitas he pasado la jornada.

(Cantando, el waki se ha vuelto hacia el público y ha avanzado unos pasos, luego ha retrocedido y, acabado el canto, se ha vuelto de nuevo hacia el público).

Waki:

Tanta prisa me he dado que he aquí los alrededores de Gojo, me parece.

(Se vuelve hacia el metsuke-bashira)

¡He aquí que es extraño! de aquel alero me llega la voz de una mujer que canta en sordina. Voy a oír un instante y a interrogarla.

(Se vuelve hacia los waki-zure)

Waki-zure:

¡Así sea!

(Los tres se sientan en el *wakiza*. Mientras tanto, el shite avanza hasta el primer pino)

Shite:

«De la cresta de los montes
«ignorando los sentimientos,
«la luna que va,
«indiferente, en el cielo,
«¿va a desaparecer?
La nube de Fuzan, en el lapso de un instante,
en Yodai, fugitiva, se desvanece;
el aguacero del Sho-ko, muchas veces repetido,
de los campos de So salpica los bambúes.

(Cantando, el shite se dirige lentamente hacia el waki)

A estos lugares también, en todos los tiempos, el renombre se les unió:

bajo el antiguo alero,
rica en secretos es esta morada
que el pincel de Murasaki Shikibu
con el solo nombre de «Cierta Residencia»
designó: ese tiempo es lejano y sin embargo
de lo que he visto, de lo que he oído, mi corazón
obstinado,
de colores y perfumes, no ha podido liberarse,
y el aguacero de mis lágrimas, a mi futura salvación,
obstaculiza, por eso ahora todavía,
pese a lo que tenga yo de ella,
mi espíritu frecuenta estos lugares, nube errante,

mi espíritu frecuenta estos lugares, nube errante,
que arrojan los vientos tempestuosos
para que brille la luna del conocimiento perfecto:
¡hacia el cielo vacío elevo mi mirada suplicante,
hacia el cielo vacío elevo mi mirada suplicante!

(El waki se levanta y se vuelve hacia el shite)

Waki:

Oh mujer que estáis allí, tengo una pregunta que haceros.

Shite:

¿A mí me habláis? ¿De qué se trata?

Waki:

Y bien, este lugar, ¿cómo se llama?

Shite:

Es aquí una «Cierta Residencia».

Waki:

¡Me sorprendéis! «Cierta Montaña», «cierto templo», son términos que indican que el nombre es indiferente; ¿o será entonces realmente su nombre? ¡Quisiera saberlo!

Shite:

¡Desde el primer instante, también, me habéis parecido un viajero exigente! Murasaki Shikibu, con su pincel, no había trazado sino «Cierta Residencia» sin develar el nombre de modo preciso. Sin embargo, es en este lugar donde antaño el ministro Toru había vivido, donde en otro tiempo, el Príncipe Resplandeciente y Yugao, en este mundo (que pasa cual) el rocío (sobre las flores de *yugao*)

conocieron tormentos sin par.
La imagen de demonios cuyo solo nombre me espanta,
(sobre sus tejas) todas cubiertas de musgo,
¡tal es, sabedlo, la residencia de Kawara;

Waki:

¡Ah! ¡qué alegría! así pues, cargados
de un antiguo renombre, he aquí estos lugares!

Nosotros, gente de la provincia de Bungo, tenemos alguna relación con Tamakazura. Ahora, pues, de Yugao, tal el rocío desvanecido, lo que dice el renombre,
consentid en contármelo: ¡sobre sus huellas,
en tanto sea yo capaz, quisiera orar!

Shite:

Así pues, la historia de Genji el Resplandeciente,
otorga a los refinamientos de estilo tal importancia
que el fondo podría parecer ligero, y sin embargo,

(Waki y shite se sientan frente a frente)

Coro:

del conocimiento inspira el deseo, pues es profunda la significación de aquel.
¿Quién, al contarlo, podrá permanecer indiferente?

Shite:

Entre otros, el libro de Yugao
se distingue por su emoción intensa:

Coro:

profunda son las vías de los sentimientos;
(profundo) era su apego a Rokujo

cuya residencia iba a visitar:
en una morada donde él había entrado al pasar.

Shite:

un instante, descansaba; en el borde del camino

Coro:

señalando su presencia
había detenido su coche.

(Acompañamiento instrumental)

Poblados de palurdos parecían los alrededores,
donde se apretaban pobres casitas, mas al borde de un techo,
prendida, una flor lozana del mismo nombre
que aquella, belleza rara, que él percibió allí, Yugao:
no quiso pasar sin cogerla, (no quería dejar pasar la ocasión)
la frívola persona,
ignorando la reflexión (blanco rocío):
de sus palabras plenas de sentimiento
apreciando la gracia, vino a verla.
Al revés de los amores de la Dama del abanico,
en otoño, uno a otro ligados por un juramento
indestructible, «al rayar el día,
por los caminos errantes». dijo en un poema,
pues este mundo no es nada sino eso;
fugitiva como el de la efímera,
su vida, apenas la hubo puesto en juego que ya
la breve jornada de otoño llegaba a su término,
y la noche transcurría,
los pinos antiguos crujían lúgubremente.

Shite:

al viento
parpadeando, la llama de la lámpara

Coro:

iba a extinguirse, parecíale:
miró en torno suyo: semejantes a las alas del cuervo
las tinieblas
y ninguna alma viviente;
¿qué hacer? pensaba y sobre el río (de sus pensamientos)

ligera espuma había perdido el aliento,
en la ola que ya no retorna

(El shite se levanta)

¡nada sino espuma!
Ajada y caída, del *yugao*

(Se dirige hacia el fondo de la escena)

no se esponjará más la flor;

(Se vuelve hacia el waki)

visitando vuestros sueños, ¡os he hablado!... dicho esto,
esta mujer, como borrada
también, ha desaparecido,
como borrada, ha desaparecido.

(Vuelve a los bastidores lentamente)

INTERMEDIO

El kyogen entra en escena y se dirige hacia el medio de la misma)

Kyogen:

Tal como me veis, soy un habitante de los alrededores de Gojo. Hoy, voy por el camino de Higashiyama con el propósito de divertirme.

(Reparando en el waki)

Conque he aquí un monje que no se ve a menudo. ¿De dónde venís, vos que descansáis aquí?

Waki:

Soy un monje procedente de la provincia de Bungo. Y vos, ¿sois de estos parajes?

Kyogen:

¡Perfectamente! Soy de estos parajes.

Waki:

Si es así, acercáos un poco. Tengo algo que preguntaros.

Kyogen:

¡Os obedezco!

(Va a sentarse en medio de la escena)

Bien, lo que vais a preguntarme, ¿qué es, pues?

Waki:

¡Lo que voy a deciros es bien inesperado! Concerniente a la aventura de Dama Yugao, en los lejanos tiempos de Genji el Resplandeciente, debe existir toda suerte de pormenores. Tened a bien contármela ya que vos la conocéis.

Kyogen:

¡Por cierto que no me esperaba oír esto! Nosotros los que habitamos en los alrededores, no conocemos al detalle este género de asuntos; sin embargo, si os dijera, la primera vez que tengo el honor de encontraros, que no sé nada de lo que me preguntáis, ¿cómo lo tomaríais? ¡Así que os voy a contar esta historia más o menos como me ha llegado de oídas!

Waki:

¡Es muy gentil de vuestra parte!

Kyogen:

Y en primer lugar, la persona que se llamaba Dama Yugao, vivía retirada del camino de Gojo. Mientras tanto, Genji el Resplandeciente, dirigiéndose a la residencia de Rokujo, como en una casita las flores de *yugao* se extendían por doquier, llamó a Koremitsu y le dijo que fuera a cogerlas; Koremitsu fue, pues, a la casita, y ya en ella, una vez expresado su deseo, del interior le trajeron flores cortadas sobre un abanico blanco cuya extremidad estaba toda ennegrecida por humo de incienso. Genji lo examinó; allí había un poema y ese poema decía:

¡Os intrigaba
adornada del esplendor
del blanco rocío,
esta flor de *yugao*!

He aquí lo que estaba escrito, y Genji, en respuesta:

¡Si me hubiera acercado
no me hubiese ciertamente intrigado
la que en el crepúsculo
había percibido vagamente,
esta flor de *yugao*!

He aquí lo que le plugo responder. Gracias a esas flores, se dice, tuvo para con Dama Yugao un profundo apego. La decimoquinta noche de la octava luna, Genji entró en su casita; ahora, como el lugar era algo ruidoso, llegó con ella a una «cierta residencia», cuando algo extraño se produjo. Dama Yugao fue cogida por un espectro y murió. Sobre el particular, hay quienes dicen que, siendo la Dama de Rokujo una persona terriblemente celosa, esa había sido obra suya. He aquí el asunto tal como nos ha llegado, ¿pero con qué intención me habéis preguntado eso? Me intrigáis sobremanera.

Waki:

¡Con toda gentileza, me habéis hecho ese relato! Mi pregunta no tenía otra razón que esta. Antes que vos, una mujer llegó; muy complacientemente, me ha contado, como acabáis de hacerlo vos mismo, la historia de Dama Yugao, luego, por una razón que no alcanzo a comprender, súbitamente, desapareció.

Kyogen:

¡Cosa extraordinaria la que oigo! Pues bien, creo que el espíritu de Dama Yugao se ha manifestado y ha platicado con vos! Pienso que recitando un *sutra* saludable, debéis rogar sobre las huellas de Dama Yugao.

Waki:

¡He aquí una aventura bien sorprendente, así que voy a detenerme un momento aquí, y, recitando un sutra saludable, sobre sus huellas le voy a rogar con fervor...

Kyogen:

¡Si os detenéis, decídmelo, si os place, si aún tenéis necesidad de algo más!

Waki:

¡Recurriré a vos!

Kyogen:

¡Estoy a vuestra disposición!

(El kyogen se retira)

SEGUNDA PARTE

Waki-zure:

(Acompañamiento instrumental)

Así pues, a lo largo de la noche,
así pues, a lo largo de la noche,
contemplando la luna, hasta el alba,
en salmodiar el «Loto de la Ley», no habrán cesado nuestras voces.
Recitada para su salvación, la Ley será eficaz,
recitada para su salvación, la Ley será eficaz.

(El shite vuelve a escena, vestido con ropaje de damas de gran alcurnia)

Shite:

Ya que para sí misma, la condición de mujer basta a levantar
cinco obstáculos,
para la de aquella a quien un espectro -oirlo causa horror-
produjo la pérdida en tales circunstancias
que, en vuestro sueño presente aparecida, ella os ha revelado
¡ah! ¡sobre sus huellas, encarecidamente tened a bien rogar!

Waki:

¡Oh estupor! así, pues, esta noche,
a la claridad de la luna que franqueó las crestas,
imprecisa aparecida, Yugao,
de rocío sobre la hoja (de *yugao*), fugitiva,
una última gota: vuestra historia,
¿vendréis a revivirla bajo mis ojos?

Shite:

Ved, siempre, por sí mismas,
de horror se llenan estas landas en otoño.

Waki:

el estanque queda amortajado bajo las yerbas acuáticas,
de los pinos antiguos, la sombra es tenebrosa.

Shite:

y cuando, de este pájaro que grita, la ronca voz me penetró...

Waki:

¡Atroces pensamientos, con seguridad, os invadieron!

Shite:

La onda de mi corazón hacia turbias paludes
arrastrada, a este estado fui reducida, y sin embargo,
«la perfecta fiel
para la vía por seguir tomó como guía,

Coro:

«que, en las vidas por venir, profundas,
«nuestros compromisos no se rompan,
«nuestros compromisos no se rompan»

(Aquí se sitúa la danza llamada jo-no-mai que evoca los viejos amores de Yugao, danza lenta y melancólica)

Shite:

Ahora, oh monje,
vuestras plegarias aprovecho,

Coro:

Ahora, oh monje,
vuestras plegarias aprovecho,

(El Shite tiende sus manos juntas al waki)

¡Oh innumerables gozos!

(Abre su abanico)

Shite:

dice Yugao, cuyas cejas con una sonrisa

(Se vuelve al público),

Coro:

se encienden, (esponjadas), del Loto de la Ley.

(Avanza dos o tres pasos)

Shite:

son los cálices...

Coro:

Viril se hace mi naturaleza
de acuerdo con mis votos,

(Se vuelve a la derecha)

y de la vestidura de la liberación
he revestido las mangas: esta noche,
¿por qué ocultar mi dicha?

(Avanza hacia el waki)

cree oír decir, cuando

(Vuelve al centro de la escena)

del Monte Otowa,
el viento entre los pinos de las cimas
viene pasando,

(Levanta los ojos)

bancos de nubes que atraviesan los fulgores del alba
la existencia errante no será más la mía.
Dejando los caminos del amanecer, pasiones,
¡he accedido a la Ley! Diciendo esto,
en el cielo de fulgores indecisos,
en las nubes confundida,
ella desaparece.

(Se vuelve hacia la derecha, gira sobre sí mismo y parte con un último aviso dado con el pie)

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

ZEAMI MOTOKIYO

IZUTSU *
(Noh)

La acción se produce durante el noveno mes en el Templo de Ariwara en Yamato.
Luego que los músicos han ocupado sus sitios al fondo, en el *koza*, se coloca un marco de madera muy sencillo cerca del borde anterior de la escena. En uno de los montantes se halla atada una gavilla de espigas de *susuki*. Los espectadores se imaginarán que allí se encuentra ora una tumba, ora un pozo.
Los músicos tocan (una flauta, dos tamboriles de mano). Entra el waki. Lleva un gorro pardo ligeramente puntiagudo ceñido por una faja anudada detrás de la cabeza y rematado por un ancho cubrenuca que envuelve los hombros; un traje de seda de un solo color, recubierto de un manto cruzado, ampliamente abierto sobre el pecho y ajustado al talle por un cinturón de seda adamascada. Rosario y abanico.

Waki:
Soy un bonzo que recorre todas las provincias. Esta vez he venido a los siete templos de Nanto, y de aquí pienso encaminarme a Hatsuse. He preguntado por el nombre de este templo: es, según se dice, el templo de Ariwara, entonces de paso echaré un vistazo.

(Advierte el pozo)

---

* En: Jean Baelen. Etudes japonaises. Jan Forlag, Stockholm, 1946.

Pues sí, este templo de Ariwara debe estar en Isonokami donde antaño Narihira y la hija de Ki no Aritsune vivieron unidos.
«Cuando el viento sopla, las blancas olas de mar adentro se levantan, y en el monte Tatsuta...»
Aquí han debido componerse estos versos.
Vengo a visitar lo que queda de este cuento de antaño, Narihira y aquella a quien hizo su compañera, la hija de Ki no Aritsune, han dejado este mundo efímero.
Voy a rogar por los esposos.
Voy a rogar por los esposos.

(Se dirige al *wakiza*. Entra el Shite: máscara de mujer joven, largo vestido recamado de oro y de vivos colores que deja ver un cuello blanco; lleva en las manos una ramita y un rosario búdico. A veces, lleva un cantarito con agua votiva)

Shite:
El agua votiva que en cada aurora
saco de un corazón puro, refleja una inmaculada imagen de la luna
Las noches de otoño son ya de suyo melancólicas,
Pero cuando en el jardín del viejo templo abandonado
la hora avanza y el viento pasa entre los pinos;
Al contemplar la luna que se inclina sobre las hierbas
que asoman en el techo,
Mi rostro pensativo sueña en un pasado por todos olvidado;
me pregunto
Hasta cuándo, no teniendo ya más que esperar
Podré seguir viviendo.
¡Cómo en verdad los menores recuerdos de este mundo son vivaces!
Sólo en tí, siempre, ciegamente
Tengo confianza, oh hilo sostenido por la augusta mano de Buda,
Condúceme: ¡He aquí mi plegaria!
El juramento divino se digne iluminar al extraviado
El juramento divino se digne iluminar al extraviado
Verdaderamente, si contemplamos la luna en la aurora,
Es por la montaña del Oeste que la vemos desaparecer,
Sin embargo, por doquier resplandece el cielo de otoño

Sin embargo, por doquier resplandece el cielo de otoño
Sólo se deja oír el zumbido de los pinos.
Y, sin embargo, la tempestad por doquier puede surgir.
¿Del sueño de esta vida incierta
Por qué ruido seré despertada?
¿Del sueño de esta vida incierta
Por qué ruido seré despertada?

(Pone la rama en tierra, se arrodilla y junta las manos para orar)

Waki:
Descansaba en este templo, purificaba mi corazón, cuando una mujer de cautivante atractivo ha sacado agua del pozo del jardín para regar las flores de esta tumba junto a la cual parece rogar por un difunto.

(Dirigiéndose a la mujer que se ha incorporado)

¿Quién sois, pues?

Shite:
Vivo por acá. Del fundador de este templo, Narihira de Ariwara, el mundo ha conservado el nombre famoso. Esta tumba debe ser, pues, lo que de él queda. No lo sé de seguro, pero vengo a traerle flores y agua en ofrenda y rogar por él.

Waki:
En verdad, en verdad, de Narihira el mundo ha conservado el nombre famoso, pero hoy no es más que leyenda de un pasado muy lejano. Entonces, para que vos, una mujer, roguéis de esa manera, ¿es sin duda que a Narihira de Ariwara os une algún lazo?

Shite:
Os dignáis preguntarme si algún lazo me une a él. Aun en el tiempo en que Narihira vivía ya se le llamaba «el hombre de antaño», con mayor razón ahora, después de tantos años, ningún lazo puede unirme a él.

Waki:
Tenéis razón; sin embargo,

He aquí vestigios de antaño.

Shite:
Narihira se ha ido muy lejos...

Waki:
¡Pero quedan sus huellas!

Shite:
¡Esta historia se ha deshecho en polvo!

Waki:
Aun hoy cuando se cuenta...

Shite:
De «el hombre de antaño»

Coro:
Sólo el nombre queda
En el templo de Ariwara que cae en ruinas,
En el templo de Ariwara que cae en ruinas,
El pino envejece, la hierba invade la tumba antigua.

(Señala la tumba)

Ved esos restos:
Esas gavillas de susuki cuyas espigas han crecido,
¿De qué época son vestigios?
De las avenas locas abundante rocío gotea sobre la vieja tumba.
Es en verdad un espectáculo
Que me recuerda un pasado muy querido.

Waki:
Aún, aún, ¡contadme pormenores de Narihira!

Coro:
Antaño el general de Ariwara.
Vivió aquí años, en Isonokami,
En este viejo pueblo de Furu,

cantando a las flores en primavera
y a la luna en otoño.

Shite:
En esta época , hizo a la hija de Ki no Aritsune el juramento de matrimonio. El amor de los esposos fue profundo.

Coro:
Ahora bien, en el país de Kawachi, en el pueblo de Takagasu, conocía otra mujer; dos caminos furtivamente frecuentó.

Shite:
Cuando el viento sopla, las blancas olas de mar adentro se levantan.

Coro:
Y mi señor, en plena noche, solo, atravesar debe el monte Tatsuta.
El pensamiento que por los caminos, en la dudosa noche,
ansiosamente lo seguía, se ha cumplido.
Marchitos yacen los juramentos hechos a la otra.

Shite:
En verdad, mostrando ternura en su poema.

Coro:
Ella tuvo razón.
Antaño en este país
vivían dos familias
cuyas moradas eran vecinas; encontrándose cerca del pozo delante de sus puertas, sus niños de sueltas cabelleras, jugaban a los novios.
Mutuamente se miraban en el espejo del agua, los rostros cercanos, las mangas extendidas sobre el brocal,
sus corazones puros como el agua del pozo...
Andando el tiempo,
los niños crecieron y entonces
cierta desazón sintieron uno frente a otro.
Más tarde el muchacho, leal,
compuso esta carta de promesa
poniendo en ella su más tierno afecto:

Shite:
«Brocal del pozo redondo, brocal donde apoyaba mi cuerpo de niño.

Coro:
Debe haberse convertido en el de un hombre desde que no he visto a mi amiga».
Al envío de este poema,
la jovencita contestó: «Las crenchas de mis largos cabellos, que yo comparaba con los vuestros, caen por debajo de mis hombros.
¿Quién, si no vos, los ha de recoger?
¿Es porque han trocado esos poemas?
Mas este nombre de la «mujer del borde del pozo»,
De la que se ha oído hablar, debe haber sido
El nombre de soltera de la hija de Aritsune.
En verdad, escuchar esta antigua conseja es algo encantador.
¡Qué extraño es! ¡Tened a bien nombraros!

Shite:
A decir verdad, tal vez soy la hija
De Ki no Aritsune, que amó.
Por el monte Tatsuta,
a favor de la noche, he venido.

Coro:
¡Es increíble! Tal como en el monte Tatsuta,
aparece el rojo de las hojas del arce.

Shite:
La hija de Ki no Aritsune.

Coro:
O aun la mujer del borde del pozo...

Shite:
Confieso que soy yo.

Coro:
¡De una larga unión,

hace diez años que hicimos juramento!
Y detrás del pozo ella ha desaparecido.

(El Shite se va. Se queda el Waki)

SEGUNDA PARTE

Waki:
Se hace muy tarde.
El claro de la luna baña el templo de Ariwara.
Con mi vestido puesto al revés para evocar el pasado,
espero el sueño sobre mi improvisado almohadón
tendido sobre un lecho de musgo.

Nochi-Jite:

(Entra despacio por el puente. Máscara de mujer joven, corona, amplio traje violeta, suntuoso, con amplísimas mangas)

«Efímeras son las flores del cerezo, todo el mundo lo sabe,
Ellas han esperado sin embargo a aquel que no viene sino raramente».
Soy yo quien ha compuesto este poema,
También se me ha llamado «la mujer que espera».
Después del tiempo de los encuentros al borde del pozo
Todo género de años han pasado;
Ahora estoy muerta. Del Narihira desaparecido
Me he puesto el *Noshi*, su postrer recuerdo,
Algo turbada, he tomado la forma de «el hombre de antaño para danzar».

Coro:
Y las flores de mis mangas semejan torbellinos de nieve.

(Danza)

Shite:
Al volver aquí,
hago retornar el pasado.

Coro:
En el pozo del templo de Ariwara la luna se refleja brillante.
Se refleja brillante.

Shite:
«¿La luna? ¡No es ella!
¿La primavera? Antíguamente...» ¿Cuándo, pues, se ha cantado este poema? «Pozo redondo, brocal del pozo».

Coro:
Pozo redondo, brocal del pozo
donde apoyaba

Shite:
Mi cuerpo de niño

Coro:
« Con los años se habrá hecho de hombre...»

Shite:
¡Si, los años han llegado!

Coro:
Cuando se veía así de «el hombre de antaño»
El vestido y la corona, no era una mujer
Sino un hombre. A la vista de la sombra de Narihira,

Shite:

(Acercándose al pozo ve reflejarse esta sombra)

¡Cuántos recuerdos amados!

Coro:
No puedo evitarlo: ¡Cuántos recuerdos amados!
La sombra de una mujer muerta
ni el color tiene siquiera de una flor marchita,
sólo su perfume permanece. En el templo de Ariwara
La campana toca al clarear del alba.

Como en el viejo jardín,
El viento de los pinos desgarra las hojas del plátano,
Se ha roto el sueño, es el despertar,
Se ha roto el sueño, ha llegado el día.

(La mujer se aleja lenta, por el puente)

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

ZEAMI MOTOKIYO

HAGOROMO *
(Noh)

PERSONAJES

Hakuryo, pescador
Angel
Otro pescador
Coro

Pescador:
Alto el grito de los remeros
quienes -a través de los senderos de la Bahía de Mio,
barrida por la tempestad-
cabalgan el mar creciente.

Hakuryo:
Soy Hakuryo, un pescador cuyo hogar se halla en los pinares de Mio.

Ambos pescadores:
«A mil leguas de encantadora colina, las nubes súbitamente se cierran;
pero cerca de una torre la brillante luna resplandece en un claro cielo.»[1]

---

* En: The No Plays of Japan by Arthur Waley. Tuttle. Rutland, Vermont & Tokyo, Japan, 1976.

1. Es un dístico chino citado del Shi Jën Yü Hsieh («Polvo de jade de los poetas»), obra poética de la dinastía Sun que era popular en el Japón.

Una agradable estación, ciertamente; a orillas del pinar
el semblante de la primavera;
temprana niebla ciñe de cerca el oleaje del mar;
en los llanos del cielo una brillante, errante luna.
Dulce vista que contemplan seducidos hasta los ojos
de nuestras bajas almas terrenas,
las menos nutridas para el logro
de alta belleza criadas.
¡Oh inolvidable! Por lo senderos montañosos
que descienden al mar de Kiyomi, llego
y veo lejanas tierras boscosas,
pinedas de Mio, allá llego,
allá dirigimos nuestros pasos.
Pescadores, ¿por qué ponen sus barcas de espaldas a la playa?
¿no pescan?
¿Piensan en las alzadas olas, en esas henchidas nubes
que el viento impulsa a través del mar?
Aguarden que sea primavera y en los árboles
el temprano viento su eterno canto
cante bajo: y en la bahía,
silenciosa en la quieta mañana, los pequeños barcos,
tripulados por mil pescadores,
el mar cabalguen.

(El segundo pescador se retira a un lugar cercano al director del Coro y no vuelve a participar en la acción)

Hakuryo:
He desembarcado ahora en el pinar de Mio y contemplo la belleza de la playa. De pronto hay música en el cielo, una lluvia de flores, sobrenatural fragancia flota por doquier. No son cosas comunes; ni lo es este hermoso manto que cuelga del pino. Me acerco a él. Es de una maravillosa forma y fragancia. Seguramente no es un ropaje común. Me lo llevaré y se lo mostraré a los míos. Será un tesoro en mi casa.

(Da cuatro pasos hacia el pilar del waki llevando el manto de plumas)

Angel:

(Atravesando el telón al término de la galería)

¡Detente! Ese manto es mío. ¿A dónde te lo llevas?

Hakuryo:
Este es un manto que hallé aquí. Me lo llevo a casa.

Angel:
Es un manto de plumas de un ángel, una capa que ningún mortal puede usar. Ponlo donde lo encontraste.

Hakuryo:
¿Cómo? ¿El dueño de este manto es un ángel del cielo? Por eso, entonces, lo pondré en lugar seguro. Será un tesoro en la tierra, una maravilla para las generaciones por venir . No le devolveré su manto.

Angel:
¡Oh miseria! ¿Cómo sin manto hollaré
los caminos alados del aire, cómo ascenderé
al cielo, mi hogar?
¡Oh, devuélvemelo, por caridad, devuélvemelo!

Hakuryo:
No hay caridad en mí, y vuestra queja
da firmeza a mi corazón.
Mire, tomo su manto, lo oculto y no se lo devolveré.

(Realizando esas acciones, desaparece)

Angel:
Como pájaro sin alas,
ascendería aunque sin manto.

Hakuryo:
Te hundes en la baja tierra, ángel morando
en el sucio mundo.

Angel:
Por aquí, por allá.
Desesperanza solamente.

Hakuryo:
Pero cuando vio que él estaba dispuesto a guardarlo...

Angel:
Las fuerzas me abandonan.

Hakuryo:
Ninguna ayuda...

Coro:
Entonces en su guirnalda,
enjoyada como el rocío de lágrimas
las brillantes flores languidecieron y se marchitaron.[2]
Lástima ver ante los ojos,
cinco veces los signos de enfermedad
corromper la forma de un ángel.

Angel:
Veo dentro de las praderas del cielo,
los caminos de las nubes ocultos en la niebla,
se ha perdido el sendero.

Coro:
¡Oh envidiables nubes,
a vuestra guisa vagabundas
pero siempre ociosas en el vacío cielo
que fue mi morada!
Se desvanece y ahora en mis oídos
la voz del Kalavink [3],
el canto cotidianamente acostumbrado.
Y vosotros, vosotros a quienes envidio,
ruidosos gansos salvajes que retornan
debajo de los senderos del cielo,

---

2 Cuando un ángel está por morir, las flores de su corona se marchitan. Su manto de plumas se cubre de polvo, el sudor cae de sus axilas, los párpados tiemblan, el ángel está cansado de su lugar en el cielo.

3 Pájaro secreto del cielo.

y vosotras, rápidas gaviotas de la bahía,
que voláis en círculos hacia el mar y barréis la playa:
hasta el viento, pues en el cielo sopla,
al viento primaveral envidio.

Hakuryo:
Escuche. Ahora que lo he visto apesadumbrado, cedo y le devolveré su manto.

Angel:
¡Oh, qué feliz soy! ¡Entrégamelo, pues!

Hakuryo:
Espere. He oído hablar de las danzas que se danzan en el cielo. Dance, ahora, para mí, y le devolveré su manto.

Angel:
¡Estoy feliz, feliz! Ahora tendré alas y me remontaré al cielo
de nuevo. Y en reconocimiento legaré al mundo
una danza del recuerdo,
digna de los príncipes de los hombres:
la danza, y su música que hace girar
las torres de la luna,
quiero danzarla aquí y como un legado dejarla
a los afligidos hombres del mundo.
Devuélveme mi manto, sin él no puedo danzar.
Di lo que quieras, antes que nada debo tener la capa.

Hakuryo:
Aún no, pues si le devuelvo el manto, usted no danzaría ni un paso, sino que volaría derechamente al cielo.

Angel:
No,no. Dudar es de mortales;
en el cielo no hay fraude.

Hakuryo:
Estoy avergonzado. Tenga, le devuelvo el manto.

(Se lo da y el Angel lo toma con ambas manos)

Angel:
La criatura celestial se pone su vestido,
danza la danza de la Falda del Arco Iris o del Manto de Plumas.

Hakuryo:
El celeste manto se agita; cede al viento.

Angel:
La manga como una flor húmeda de lluvia...

Hakuryo:
La primera danza ha terminado.

Angel:
¿Danzaré?

Coro:
¿La danza de Suruga, con música del Este?
Así fue la primera que danzó

(El Angel danza, mientras el Coro canta las palabras de la danza, un antiguo canto shintoísta)

«¿Por qué llamamos
vasto y eterno
el firmamento del Cielo?
Dos dioses[4] llegaron antaño allí
y construyeron, sobre diez lados cerrados,
un mundo a la medida de los hombres;
pero arriba ilimitadamente
arquearon el cielo, y lo llamaron
vasto y eterno.»

Angel:
Así es el Palacio del Dios de la Luna:

---

4 Izanagi e Izanami.

sus paredes fueron levantadas
con un eje de jade.

Coro:
Vestidos de blanco, vestidos de negro,
tres veces diez ángeles
en dos filas divididos,
tres veces cinco para el menguante,
tres veces cinco para las noches de luna creciente
una criatura celestial en cada noche de luna
presta servicio y cumple
su asignada tarea ritual.

Angel:
También yo soy de ese número;
una criatura del cielo.

Coro:
«Mio es el fruto del árbol de la luna[5],
sin embargo llegué al Este encarnado[6].
habité con la gente de la tierra, y les otorgué
un regalo de música, canto y danza de Suruga,
Ahora sobre la tierra se arrastran largas nieblas de primavera;
¿quién conoce, si no es en los valles de la luna,
el celeste árbol lunar que allí florece?
Las flores de su corona recobran su gloria:
Es el signo de la primavera.
No está aquí el cielo, sino la belleza del viento y del cielo.
¡Sopla, sopla, tú, viento, y edifica
muros de nubes a través del cielo, por miedo de que nos deje
la visión de una criatura divina!

Este matiz primaveral en los bosques,
este color en el promontorio,

---

5 El árbol "Katzura", una especie de laurel que se supone crece en la luna.

6 Literalmente "dividiendo mi cuerpo", expresión usada por las divinidades budistas que separan una porción de su deidad y la encarnan en una forma visible.

nieve en la montaña[7],
claro de luna en la clara costa,
¿cuál es más bello? No, cada cual sin par
en el albor de un día de primavera.
Olas lamedoras, viento susurrando en los pinos
a lo largo de la tranquila costa. Decid ¿Qué motivo
tiene el cielo para apartarse de nosotros
seres terrestres? ¿No somos hijos de los dioses
dentro y fuera de la enjoyada pared del templo[8],
nacidos donde las nubes no osan oscurecer la luna espectante,
Tierra del Sol Naciente?

Angel:
Que la vida de nuestro Señor
dure largamente como una gran roca
rozada sólo por la rara huella
de la falda de plumas de un ángel[9].
¡Oh maravillosa música!
Al canto oriental se unen
muchos instrumentos;
harpas, cítaras, caramillos, flautas,
expanden sus notas más allá de las solitarias nubes.
El crepúsculo se tiñó con luz carmesí
del lado del Monte Sumeru[10];
Si se quiere verdes las islas que flotan en el mar
su flanco oriental es de rubíes, su flanco meridional es de
piedras verdes, su flanco occidental es de piedras
blancas, etc.
si se quiere blancura, remolinó
una nieve de pimpollos destrozados
por los ásperos vientos, una blanca nube
de tremolantes mangas.

(Concluída la danza, junta las manos y ora)

---

7 El Fuji.
8 Los templos interiores y exteriores de Ise.
9 Citando una antigua oración para el Mikado
10 Sumeru es la gran montaña del centro del universo.

NAMU KINYO GWATTEN-SHI:
¡A ti, oh Monarca de la Luna,
sea gloria y alabanza,
tú, hijo del Todopoderoso Seishi![11].

Coro:
Esta es una danza del Este.

(Danza tres de las cinco partes de la danza llamada «Yo no mai», la Danza Preludio)

Angel:
Estoy vestido de firmamento, en la vacuidad azul del cielo.

Coro:
Ahora está vestido con ropa de niebla, de niebla de primavera.
El dios Luna es una emanación de esta deidad.

Angel:
De perfume y color maravillosos, la falda de un ángel -izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha.

(Saltando de lado a lado)

La falda cruje, las flores cabecean, las emplumadas mangas se arrastran hacia afuera y se recogen las danzarinas mangas.

(El Angel danza «Ha no Mai», la Danza interrumpida)

Coro:
Ha danzado varias danzas,
pero aún no han sido enumeradas,
las danzas del Este.
Y ahora él, cuya belleza es como la de la joven luna,
reluce sobre nosotros en el cielo de medianoche,

---

11 Llamado en sánscrito Mahästhäma-präpta, tercera persona de la Trinidad que se sienta a la mano derecha de Amida.

la decimoquinta noche,
con rayos de acabado perfecto,
el esplendor de la Verdad.
Los votos[12] se han cumplido enteramente, y la tierra
donde vivimos, enriquecida con los Siete Tesoros
por esta danza llovida sobre nosotros,
el don del Cielo.
Pero, a medida que las horas pasan
el manto de plumas celestial,
sobre el pinar de Mio,
pasadas las Islas Flotantes, vuela a través de los pies de las nubes, sobre
la montaña de Ashitaka, el alto pico del Fuji,
muy pálida su forma,
mezclada con las nieblas del cielo;
ahora perdido ya de vista.

(Traducido del inglés por Ilia y Javier Sologuren).

12 De Buda.

ZEAMI MOTOKIYO

SANEMORI *
(Noh)

Personajes:
Kyogen: un habitante de Shinohara.
Waki: un monje.
Waki-zuri: dos de sus discípulos.
Mae-shite: un viejo.
Nochi-jite: el fantasma de Saito Betto Sanemori.

Lugar: Shinohara, provincia de Kaga.

Tiempo: Otoño, octava luna (hacia fines del siglo XIV o principios del XV)

PROLOGO

(El waki, seguido de dos waki-zure, entra en escena y va a sentarse en el waki-za, a la derecha del escenario, luego el Kyogen avanza hasta el medio del escenario y dice el prólogo).

Kyogen:
Aquí donde me veis, soy un habitante de la aldea de Shinohara. El Reve-

---

* En: Zeami. La tradition secrète du No suivi d'une journèe de No. Traductions et commentaires de René Sieffert, Connaissance de l'Orient. Collection UNESCO d'oeuvres représentatives. Gallimard, Paris, 1960.

rendo Taami, decimotercer sucesor del Reverendo Yuguio, se ha detenido aquí, y diariamente pronuncia admirables sermones, pero, a eso del mediodía, habla a solas, por lo cual todo el mundo en Shinohara se halla sorprendido. Como tengo costumbre de abordarlo, me han pedido que le exprese su asombro. Hoy, pues, llegaré pasado el mediodía, y quiero preguntarle al respecto. Si, aún hoy, el Reverendo habla a solas, ¡hacédmelo saber! ¡Oídme! ¡Oídme!

(Dicho esto, va a sentarse en el *kyogen-za*, al fondo del escenario)

PRIMERA PARTE

Waki:

Las regiones occidentales, del otro lado de millones y millones de tierras.
larga es la ruta para renacer allí y sin embargo
¡aquí mismo, en nuestro corazón, está el reino de Amidá!
De nobles y villanos reunidos, las voces invocan su nombre.

Waki-zure:

día tras día, noche tras noche, en el Jardín de la Ley...

Waki:

En verdad, de salvar a todos sin rechazar a nadie,

Waki-zure:

ha prestado juramento: ¿quién pues

Waki:

podría ser omitido?

Waki, waki zuri:

(Acompañamiento instrumental)

«Quedad solos, más aún
«invoquemos del Buda el nombre sagrado,

BIBLOR
RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS

«invoquemos del Buda el nombre sagrado,
«en el Jardín de la Ley cuando todos lo han dejado!
A quienes lo conocen, a quienes lo ignoran de atraerlos
ha prestado juramento: ¿podrían escapar a sus redes?
A quienes lo conocen,
A quienes lo ignoran, quiere El hacerlos atravesar.
En la barca de la Ley quien va hacia su Reino
[bogando], la Vía de salvación es accesible, se dice ...
[bogando], la Vía de salvación es accesible, se dice.

(El *shite* pasa el telón en el instante en que el *waki* canta: «quien va hacia su Reino»; avanza a paso lento por el puente hasta el primer pino)

Shite:

«Un canto de flautas resuena a lo lejos, y sobre una nube aislada la muchedumbre de los santos viene a mi encuentro por delante del ocaso.
¡Oh! ¡maravilla! ¡aún hoy ascienden las nubes purpúreas!

(Volviéndose al escenario, junta las manos)

Oigo el son de la campana, y las voces que invocan al Buda.

Pues bien, ¡este debe ser el momento de ir a escuchar la ley! Eso no sería posible, si las ondas de la vejez que hacen doloroso el movimiento no me permitieran alcanzar el Jardín de la Ley, si en cualquier otro sitio no la pudiera yo oír bien.

Con una solo invocación de su nombre,
la luz de la Salvación irradia sin nubes, y sin embargo
para mis envejecidos ojos la ruta no es clara todavía.
¡Sea! ¡Sea! ¡Así fuese yo un poco tardío,

(Avanza hacia el escenario)

a partir de aquí no debe hallarse muy lejos!
¡Namu Amida-bu!

(Va a sentarse delante del waki, las manos juntas)

Waki:

¡Ea, pues, anciano! ¡Así que jamás faltáis a nuestras cotidianas invocaciones! Cierto, bien veo que sois hombre de fe, pero nadie sino yo os veo. Todos se preguntan, admirados, a quién hablo y qué digo. ¡Hoy, pues, tened a bien decirme vuestro nombre!

Shite:

¡He aquí palabras que no me esperaba! ¡Yo que soy un hombre del campo lejano como el cielo, si tuviera un nombre digno de un hombre, me nombraría! La llegada del Reverendo no es para mí otra cosa que el encuentro con Amida mismo: que haya yo, por suerte, asaz vivido para encontrarme a la hora de esas invocaciones, me da el sentimiento de la tortuga ciega que descubre un madero flotante o de aquel que halla la flor del *udongue:*

la dicha, de mi vejez supera las fuerzas,
y las lágrimas de júbilo desbordan mis mangas.
Así pues, con este cuerpo que veis,
¿iba yo a renacer en el reino de la paz y de la felicidad?
Todo en el incomparable júbilo que este pensamiento me entregaba
mi nombre de este mundo de errores cíclicos y de pasiones obstinadas
que, una vez más, tenga que nombrarlo,
para mí, qué humillación!

(Se inclina, cara a tierra)

Waki:

En verdad, en verdad, poderosas son, oh anciano, las razones que me exponéis; sin embargo, podéis, al confesarme vuestras faltas, mostrar que vuestro corazón se ha enmendado. ¡Tened la bondad simplemente de decir vuestro nombre!

Shite:

¿De modo que no puedo dispensarme de pronunciar mi nombre?

Waki:

¡Absolutamente! ¡Pronto, nombráos!

Shite:

Si así es, ¡tened a bien apartar la gente que está delante de vos! Voy a acercarme y nombrarme.

Waki:

Nunca nadie antes que yo os ha visto, sin embargo, si es ese vuestro deseo, voy a retirar la gente. ¡Acercáos y decidme vuestro nombre!

(El shite se levanta y viene a sentarse en medio del escenario)

Shite:

¡Antaño, Nagai no Saito Betto Sanemori, aquí mismo, en la batalla de Shinohara, cayó! Sin duda alguna, el eco de su fama os ha alcanzado.

Waki:

Entre los fieles de los Taira, entre los que portaban arco, ¡aquel fue un guerrero ilustre! Pero ¿a qué viene el relato de esta batalla? ¡Servíos nombrar simplemente vuestro propio nombre!

Shite:

Y bien, precisamente, se trata de ese Sanemori: es en el agua de este estanque que está delante de vos que le lavaron las sienes y la barba. A causa de ello, ¿su corazón obstinado se habría allí adherido? pues, aun hoy, a la gente de estos parajes, impreciso fantasma, se le aparece, según se cuenta.

Waki:

Así pues, ¿aún hoy, se le aparece a la gente?

Shite:

«Arbol al fondo de las montañas, cuyas ramas no se podían
«distinguir, el cerezo se ha revelado en sus flores:
«el viejo árbol que veis, ¡reconocedlo!

Waki:

¡Oh sorpresa! Así, de Sanemori!
os escuchaba contar la antigua historia,
creyendo que de otro se trataba,
¡y de vos mismo era! ¡qué sorpresa la mía!
Así pues, ¿de Sanemori sois el fantasma?

Shite:

Soy el fantasma de Sanemori: mientras que su alma yerra por las Vías de los Infiernos, su espíritu ha permanecido en este mundo,

Waki:

en este mundo inconsistente donde su corazón aún se obstina,

Shite:

dos siglos y algo más han transcurrido,

Waki:

pero sin hallar la salvación, en Shinohara

Shite:

en el estanque cuyas vagas venas [baten la orilla], ni la noche,

Waki:

ni el día sin distinguir, de las tinieblas del corazón

Shite:

no sabiendo si es sueño,

Waki:

no sabiendo si es realidad,

Shite:

¡tan sólo ilusión!

(Acompañamiento instrumental)

De Shinohara,
[depósito de] escarcha en las yerbas, en su silueta de anciano!

Coro:

[depósito de] escarcha en las yerbas, en su silueta de anciano!
-¡hombres, no lo censuréis!- un corto instante se ha mostrado Sanemori, ¡no reveléis su nombre!

(El shite se pone de pie)

¡Vanas habladurías le avergonzarían! - diciendo esto, se retiró del lugar:
¿va a partir? De Shinohara,
en las orillas del estanque, su silueta
se esfumina, ¡ha desaparecido!,
se esfumina, ¡ha desaparecido!.

(El Shite deja el escenario atravesando el puente con muy lentos pasos.)

INTERMEDIO

(El Kyogen se levanta y se detiene delante del *shite-bashira*.)

Kyogen:

¿Cómo? ¿El Reverendo ha hablado a solas, decís? Entonces, ¡voy a darle a conocer vuestro asombro!

(Avanza hasta el medio del escenario y se sienta frente al waki.)

Hoy, estoy atrasado.

Waki:

¿Cuál es el motivo de vuestro descuido?

Kyogen:

Deseaba venir mucho antes, pero me han retardado numerosas obligáciones. A propósito, desearía darle a conocer al Reverendo algo que nos asombra: cada día, a eso de las doce, habláis solo, de suerte que en Shinohara, todo el mundo se asombra. Ya que tengo constumbre de abordaros, me han dicho que os haga saber su asombro. ¿De qué se trata, pues?

Waki:

¿Cómo? ¿Todo el mundo en Shinohara se admira, pues, de que, a la hora de las invocaciones del mediodía, hable a solas?

Kyogen:

¡Eso, precisamente!

Waki:

Al respecto, quisiera haceros una pregunta. Lo que voy a deciros es inesperado, cierto, pero tened a bien contarme y darme a conocer, tanto como las conozcáis, las circunstancias del fin de Nagai no Saito Betto Sanemori, en la batalla que antaño tuvo lugar aquí en Shinohara.

Kyogen:

Es, en efecto, una pregunta inesperada la que me hacéis. No conozco en detalle este asunto, pero voy a contároslo aproximadamente tal como me ha llegado de oídas.

Waki:

¡Sois muy amable!

Kyogen:

Y bien, pues, aquel que se llamaba Nagai no Saito Betto Sanemori era un hombre de las provincias del norte, pero se dice que mientras se había adherido a los Minamoto, habiendo recibido como feudo el dominio de Nagai en Musashi, se nombró Nagai no Saito Betto. Por la época de la batalla de Ishibashi-yama, creo, se había pasado a los Taira. En cuanto a la batalla de Shinohara, se dice que tuvo lugar hace algo más de dos siglos. Ahora bien, los Taira, deseando abatir a Kiso no Yoshinaka, destruir luego a Yoritomo, habían dirigido, hacia las provincias del norte, un poderoso ejército de más de cien mil jinetes. El señor de Kiso salió a su encuentro con cincuenta mil jinetes. Por doquier, se dice, se habían trabado combates; ahora bien, Sanemori, guerrero de edad muy avanzada, por más canoso que estuviera, resuelto a morir en la comitiva de un hombre joven, se había teñido las sienes y la barba, en su gorguera llevaba *saikachi*; así equipado, tenía todo el aire de un joven guerrero. Entonces, en la batalla que se libró en estos lugares, como el clan de los Taira sucumbía, Sanemori estaba en busca de un adversario digno de él, cuando uno de los soldados del Señor de Kiso lo acometió súbitamente y le cortó el cuello por debajo de las orejas; al ser presentada su cabeza al Señor de Kiso, se observó que parecía pertenecer a un personaje de elevado linaje, produciéndose un debate: unos decían que era la cabeza de Sanemori, otros lo negaban. Sea lo que fuere, se propuso que fuera y la lavara

para verla mejor, y cuando, una vez lavada en el estanque de Shinohara, se le examinó, era la cabeza de Saito Betto; entonces, diciendo que todo aquel que portara arco debería dar prueba de una resolución semejante, todos, se cuenta, dejaron correr sus lágrimas. He aquí lo que de oídas nos ha llegado; pero, ¿con qué propósito me habéis interrogado? ¡Me sorprende mucho!

Waki:

¡Con qué complacencia me habéis hecho tal relato! Mi pregunta sin embargo no tenía otro motivo que este. En estos últimos tiempos, a la hora de las invocaciones de mediodía, se me presentaba un anciano de no sé dónde, y al preguntarle qué clase de hombre era, me ha hablado de combates de antaño, luego, no bien me dijo que era el fantasma de Sanemori, desapareció por las orillas del estanque.

Kyogen:

Así pues, si habláis a solas a eso del mediodía, es que el fantasma de Sanemori se os aparece; creo pues que sería bueno que roguéis tras las huellas de Sanemori.

Waki:

Pienso igualmente, de modo que dirigiéndonos al borde del estanque, por un servicio extraordinario de invocaciones danzadas, vamos a rogar tras sus huellas; tened a bien entonces comunicar esta nueva a los de Shinohara.

Kyogen:

¡Os oigo!

(Va hasta el shite-bashira, y vuelto hacia el puente, proclama)

¡Vosotros todos, escuchadme! Por el reposo de Sanemori, el Reverendo, a orillas del estanque de Shinohara, hará un servicio extraordinario de invocaciones danzadas, ¡que todo el mundo de Shinohara se dirija allá! ¡Escuchadme!

(Se vuelve hacia el waki)

¡Les he comunicado la nueva!

Waki:

¡Sois muy amable!

(El Kyogen se retira por la puertecita al fondo del escenario)

SEGUNDA PARTE

(El waki se levanta y canta)

Waki:

¡Vamos! ¡por invocaciones excepcionales,
roguemos por el reposo de este fantasma!

(A la vez que canta, avanza con los waki-zure hasta el medio del escenario; luego, acompañados por la orquesta)

Waki, Waki-zure:

De Shinohara
a orillas del estanque, en las aguas de la Ley...
a orillas del estanque, en las aguas de la Ley
profundas, en invocaciones implorantes
nuestras voces suenan claras, y nuestras plegarias:
¡de la primera a la postrera hora de la noche,
nuestros corazones hacia Occidente se dirigen, con la luna,
[límpidos] como sus rayos que nada oscurece,
al son puro de la campana, a lo largo de la noche!

(El waki se sienta frente al público y, juntas las manos, canta las invocaciones)

¡Namu Amida-bu!
¡Namu Amida-bu!

(Después vuelve al waki-za donde toma asiento. El shite acaba de entrar, llevando traje de

guerrero y máscara de anciano; se detiene a la entrada del puente y canta!)

Shite:

Heme aquí arribado al mundo de la Perfecta Felicidad:
¡para siempre, he dejado atrás el mundo de los dolores,
he dejado la tierra de los renacimientos cíclicos!

(Mira hacia el telón)

¡Ah! ¡qué gozo en mi corazón!
¡No hay retorno del sitio donde me hallo!
¡Mi vida no tendrá término! Amida el Eterno

(Se vuelve hacia el waki)

merece nuestra fe!
Cualquiera que, sin cesar las invocaciones repita,

Coro:

con cada invocación

(El shite avanza hacia la parte delantera del escenario, su salvación asegura)

Shite:

Decir *namu.*

Coro:

es decir: «sumisión a la Ley».

Shite:

Decir Amida,

Coro:

es decir que, gracias a sus méritos
justificados,

Shite:

necesariamente

(Se vuelve hacia la izquierda)

obtendremos la salvación.

Coro:

Démosle gracias!

(Tiende las manos juntas al waki)

Waki:

¡Oh sorpresa! en la blanqueante superficie del estanque,
el que viene flotando, impreciso,
¡ved!, es el anciano de antaño,
pero cubierto con una coraza, ¡oh sorpresa!

Shite:

Leño fósil olvidado de los hombres, fui engullido,
pero en el fondo de mi estanque, indecibles
son las tribulaciones de los *Ashura*, ¡ de los guerreros
muertos en combates y sin número!
¡ah! ¡tened la bondad de liberarme!

Waki:

¡De modo pues que vuestra silueta, a mis ojos tan real,
vuestras palabras, nadie la veía, ni las oía!

Shite:

Para el Reverendo únicamente visible...

Waki:

Al veros, vuestra silueta con trazas de nieve

Shite:

–las sienes y la barba canosas– es de un guerrero cargado de años,
y sin embargo.

Waki:

¡os presentáis con brillante!

Shite:

atuendo! ni una sola sombra

Waki:

a la claridad de la luna,

Shite:

al resplandor de las linternas,

Coro:

(Acompañamiento instrumental)

nada queda oscuro
en esta noche: sobre túnica de brocado...
en esta noche: sobre túnica de brocado,
llevando la coraza bordada de seda verde,
los dos sables con áureos adornos:
en mi condición presente,
¡no son ya
tesoros de ninguna especie!
de los lotos del Estanque [de los Tesoros]
los cálices, ¡tales serán mis tesoros!
¡En verdad, dudas ya no tengo
indestructible es la enseñanza de la Ley!
Por la frecuente repetición de las palabras de oro,
¿cómo no iba a alcanzarse la meta,
cómo no iba a alcanzarse la meta?

Shite:

Una sola invocación a Amida abolió de súbito crímenes sin número.

(Vuelve al medio del escenario)

Coro:

Es decir, que basta tener el deseo de salvación por los méritos [de Amida]
¡que vuestro corazón no se inquiete
por nada más!

Shite:

¡La hora ha llegado; esta noche, he recibido la enseñanza difícil de hallar!

Coro:

De faltas que me avergüenzan, ¡he aquí la confesión!
No puedo aún olvidar el pasado:
¡como, en Shinohara,
a la sombra de las yerbas, rocío en las landas, desaparezco, voy a haceros el relato!

Shite:

Ahora bien, mientras sucumbíamos en la batalla de Shinohara, en el campo de los Minamoto, Tezuka no Taro Mitsumori vino a presentarse al Señor de Kiso y dijo: «Mitsumori, quien os habla, habiéndose medido con un valiente de porte singular, se ha apoderado de su cabeza. Se le podría tomar por un jefe, pero estaba sin escolta; por otra parte, de suponer que fuera un hombre de armas, ¿habría llevado una túnica de brocado? Lo he instado a nombrarse, mas en definitiva no ha dicho su nombre. Su voz tenía el dejo de las provincias orientales». Así dijo. El Señor de Kiso exclamó: «¡Ah! ¡Sería, pues, Nagai no Saito Betto Sanemori! Pero entonces, debería tener las sienes y la barba canosas; que sean negras, ¡esto sí que es sorprendente! Higuchi no Jiro debe conocerlo de vista». Dijo y pidió que Higuchi viniera, y al primer vistazo, derramó un mar de lágrimas:

«¡Ay! ¡qué desgracia!
«es Saito Betto!
«Sanemori tenía costumbre de decir
«que si, con algo más de sesenta años, se iba al combate,
«pretender medirse con jovenzuelos
«y adelantárseles, era pueril;
«que, tratado de anciano, por todos
«ser desdeñado no era menos humillante;
«que entonces las sienes y la barba teñidas de negro,
«¡moriría bajo el aspecto de un hombre joven!
«así como tenía costumbre de decirlo, en verdad, se las tiñó.
«¡Haced lavar esta cabeza y ved!» dijo.

(El shite abre su abanico)

No bien hubo hablado, tomó la cabeza,

(El Shite hace el ademán de recoger una cabeza, y pone la mano derecha sobre el abanico)

Coro:

Dejó a su señor, y cerca de allí

(El *shite* se levanta y avanza hacia la parte delantera del escenario)

se dirigió hacia la orilla de este estanque,
donde, reflejándose sobre lo verde del agua
pendían, semejantes a hilos, ramas de sauces;

(Acompañamiento instrumental)

«el tiempo era claro,
«el viento peinaba la joven cabellera de los sauces,
«el hielo estaba fundido,
«las olas de las viejas ovas
«lavando la barba», se le vio

(Arrodillándose, el shite hizo el gesto, con el abanico, de verter agua en las sienes y la barba de una cabeza imaginaria)

lo negro partir al hilo del agua,
dejando aparecer el pelo canoso como antes.

(Se levanta)

«En verdad, ¡todo guerrero celoso de su nombre,
«así debería portarse!»

(Pliega su abanico)

«¡Qué admirable ejemplo!», exclamaron,
y todos, de emoción, dejaron correr sus lágrimas.

(A partir de aquí, el shite mima con su danza las palabras del coro)

Coro:

Ahora bien, si Sanemori
de brocado
llevaba una túnica
no era por capricho.
Sanemori,
en el momento de dejar la capital,
al Príncipe Munemori había declarado:
«Hay un proverbio que dice: «Vuelvo
«al país natal, vestido de brocado.»
«La patria de Sanemori
«era la provincia de Echizen,
«pero más recientemente,
«habiendo recibido un feudo
«de Nagai, en Musashi,
«allí estuvo su morada.
«Esta vez, hacia las comarcas del norte
«si desciende,
«sin duda alguna,
«morirá en combate.
«En sus viejos días,
«como recuerdo, ¡sólo eso
«permitidle!» Ya que expresaba ese deseo,
de brocado de fondo rojo,
una túnica el Príncipe le otorgó.

Shite:

En efecto, lo que, en el antiguo poema: «De los arces, las encarnadas hojas.

Coro:

«Voy apartando: ¡que vestido de brocado,
«vuelva yo a casa
«se diría!» cantaba el poeta,
aclara el sentido del proverbio.
Así, antaño,

Shu Baishin,
en el monte Kaikei dejaba flotar
sus mangas de brocado;
hoy, Sanemori
en las encrucijadas de las provincias del norte
da a concoer su nombre:
de ilustre guerrero
el nombre subsistirá hasta el fin de los tiempos...hasta el alba,
a lo largo de esta noche de luna,
os hará el relato de sus faltas.

(Habiendo dado la vuelta al escenario, el shite da frente al waki quien se vuelve hacia él)

Coro:

En verdad, por el relato de vuestras faltas,
puro será el fondo de las aguas de vuestro corazón,
evitad dejar manchas allí.

Shite:

En la vía de los Ashura de obstinado corazón,
yo volvía, volvía, luego en ese sitio,
al Señor de Kiso
buscaba yo medirme, ¡mas
por ese Tezuka me vi separado!

(Con el abanico cerrado, mima un quite)

aún ahora, siento la amargura!

Coro:

Entre los guerreros de la escolta que, alternativamente! «¡Fulano, fulano!»
se nombraban, el primero que avanzó fue

(El shite mira hacia el metsuke-bashira como si viera al enemigo)

Shite:

¡Tezuka no Taro Mitsumori!

Coro:

Un criado, de miedo que su amo fuera golpeado,

Shite:

se ha separado y contra Sanemori

Coro:

azuzando su caballo, a él se enfrenta, entonces:

Shite:

«¡Admirable!
«¡Es pues midiéndote conmigo, del Japón
«el hombre más valiente, que buscas tú tu pérdida!» dijo:
Sanemori y de su silla
contra el arzón, lo cierra
y la cabeza
se le corta y la arroja.

(Con el abanico, hace el ademán de cortar una cabeza)

Coro:

Sin embargo, Tezuka no Taro,
girando Sanemori del lado de la mano del arco,
le alza la parte baja de su armadura,
y por dos veces le da con el sable;
trabándose cuerpo a cuerpo, entre sus monturas
pesadamente, acaban cayendo...

Shite:

Mas para desgracia del viejo guerrero,

Coro:

estaba agotado por los combates...

(Se levanta)

a los golpes del viento que cede,
árbol desecado cuyas fuerzas están quebradas,
debajo de Tezuka es derribado,

(Se sienta)

los criados acuden,

(Se vuelve a levantar y mira hacia el puente)

su cabeza al fin, cortada, cae.

(Con el abanico, mima la caída)

De Shinohara, mezclada con el polvo,
su sombra y su forma desvanecidas, tras su huella...
su sombra y su forma desvanecida...
¡Namu Amida-bu!

(Se levanta)

¡Tened a bien rogar!
Tras su huella, ¡tened a bien rogar!

(se vuelve hacia el waki juntando las manos, luego, con un último golpe de pie, deja el escenario)

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

KOMPARU ZENCHIKU (1405-1468)

TEIKA *
(Noh)

Personajes:

Bonzo viajero
Sus dos compañeros, bonzos también.
La lugareña
Coro
El lugareño
Fantasma de la princesa Shokushi

Lugar y tiempo:

Acto I: Primera mitad: cerca de la Choza de los Aguaceros Intermitentes en Sembon, Kioto, un atardecer de comienzos de invierno con lluvias intermitentes; segunda mitad: frente a la tumba de la princesa Shokushi, más tarde, el mismo día.

Acto II: frente a la misma tumba, ya de noche bajo el resplandor de la luna.

ACTO I

(Los ayudantes de escena sacan un gran artefacto que representa un

---

* En: From the Country of Eight Islands. Edited and translated by Hiroaki Sato and Burton Watson, and with an introduction by Thomas Rimer. Anchor Press/ Doubleday, Garden City, New York, 1981.

túmulo funerario y lo colocan al fondo del escenario, frente a los músicos.
Al comenzar la música, el bonzo viajero y sus compañeros ingresan silenciosamente y se sitúan lado a lado, cerca del escenario.

(Luego, se miran mutuamente)

Bonzo y compañeros:
Los aguaceros del norte vienen de las montañas,
los aguaceros del norte vienen de las montañas,
mas parece que no tienen donde asentarse.

Bonzo:

(Mirando al frente)

Soy un bonzo de una provincia del norte.
Yo nunca he visto la capital, he decidido ir allá.
Bonzo y compañeros

(Mirándose)

Al comenzar el invierno,
con ropa de viaje, al amanecer,
con ropa de viaje, al amanecer,
partimos, traspusimos montaña tras montaña,
lejos y cerca, con nubes que iban y venían

(el bonzo indica que camina)

hasta que llegamos a la floreciente capital,
llegamos a la floreciente capital,
donde las últimas encarnadas hojas atrajeron nuestras miradas.

(indica la llegada)

Bonzo:

(Mirando al frente)

A prisa llegué a un lugar llamado Capital alta.

(Diciendo, «Dejadme ver en torno», se dirige al centro de la escena y allí permanece. Entretanto, sus compañeros han tomado asiento en el extremo izquierdo del escenario. El bonzo mira al frente.)

Curioso:
es alrededor del décimo día del décimo mes
y todas las copas de los árboles están quemadas por el invierno;
pero las encarnadas hojas permanecen en las ramas,
aunque solo aquí y allí, cómo lucen,
el paisaje me atrae más en la capital,
esta tarde la vista es diferente
¡El aguacero ha comenzado! Creo que permaneceré en esta choza hasta que escampe.

(Se dirige hacia el extremo izquierdo)

La lugareña:

(Llamando al Bonzo desde bambalinas, ingresa sin hacer ruido)

Decidme, decidme, ¿por qué estáis cabe la choza?

Bonzo:

(Volviéndose hacia la mujer al extremo izquierdo)

Se le conoce como la Choza de los Aguaceros Intermitentes, un lugar con pasado. Pensé que habíais venido aquí porque conocíais la historia, por eso os hice la pregunta.

Bonzo:
Cierto, he visto una placa arriba que llevaba la inscripción «Choza de los Aguaceros Intermitentes». Una coincidencia, quizá, pero algo interesante. ¿Podríais decirme quién la construyó?

Mujer:
El Señor Fuyiwara no Sadaie. Aunque se encuentra dentro de la capital es tan desolado este sitio y los aguaceros tan mudables; se dice que levantó esta choza y que cada año escribió una tanka sobre el tema.

(Se detiene y mira al frente)

Tal es la historia de este sitio; como habéis llegado acá por coincidencia, podríais predicar la Ley y rogar por la paz de su alma.
Pensé haceros esta petición
y explicároslo todo.

(Reanuda su camino y llega al escenario)

Bonzo:
Ya veo, el Señor Sadaie la levantó.
Bien, ahora me pregunto
cuál de sus tankas
inspiró esta choza para conmemorar los «aguaceros».

Mujer:
Debo decir que es difícil precisarlo.
En la estación de los aguaceros,
cada año, escribió al respecto,
y no puedo decir con convicción: «Este es».
Sin embargo, sobre el tópico «Intermitentes aguaceros conocieron su tiempo», escribió:

«Sin falsía
en este mundo: otro décimo mes
¿qué sincero corazón ha hecho
que los aguaceros comiencen una vez más?

Considerando que escribió «En mi casa», en la nota pertinente, esa debe ser la tanka en cuestión.

Bonzo:
¡Cómo me afectan esas palabras!
Cierto, con intermitentes aguaceros, sin falsía
en este mundo donde permanecen,

Mujer:
¡Mas no aquel que ya no está! Decimos
tales palabras ahora, en este mundo efímero,

Bonzo:
porque nuestros lazos con la otra vida no se han debilitado.
Nos «guarecemos bajo el mismo árbol»,

Mujer:
«bebemos de las aguas del mismo río»,

Bonzo:
Como si se nos urgiera a comprenderlo,

Mujer:
precisamente entonces,

(Mientras el coro canta lo que sigue, el Lugareño ingresa sin llamar la atención y se sienta cerca del extremo derecho del escenario)

Coro:
aquí empieza un aguacero,
sobre la vieja casa, el aguacero del pasado,
sobre la vieja casa, el aguacero del pasado,
y sabemos cómo debe haber sentido
aquel de límpido corazón. El mundo de los sueños
nunca está en reposo. En el alero de Sadaie,
el aguacero cae al anochecer,
pensamientos de antaño me hacen llorar.
El jardín y los setos, juntos al fin,
las matas de yerba, cada vez más enmarañadas,
están todas marchitas, rara vez el rocío se posa en ellas
¡Cuán desolado este anochecer,
cuán desolado este anochecer!

(En tanto contempla a la distancia, la Mujer retrocede hacia el extremo derecho de la parte posterior del escenario y mira al Bonzo)

Mujer:
Sucede que hoy es el día en que elevo mis oraciones por una difunta y me dirijo a su tumba. ¿Le molestaría acompañarme?

Bonzo:
De ningún modo. Me será grato hacerlo.

(La Mujer da algunos pasos adelante y se vuelve hacia el túmulo funerario; el Bonzo hace lo mismo)

Mujer:
He aquí el túmulo funerario.

Bonzo:
Es extraño. La lápida parece muy antígua, pero por la manera en que la viña trepadora *kudzu* se extiende por encima y se adhiere allí, casi no puedo distinguir su forma. ¿De quién es esta lápida?

Mujer:
Es la tumba de la princesa Shokushi. A estas viñas trepadoras kudzu se les llama «Viñas de Teika»

Bonzo:
¡Qué extraño! ¿Por qué se les llama «Viñas de Teika»?

Mujer:
La princesa Shokushi fue, al comienzo, monja del santuario de Kamo, pero pronto dejó esta condición. Entonces, el Señor Teika se enamoró de ella y su mutuo aunque secreto amor era profundo. Poco después, la princesa Shokushi murió. El amor de Teika se convirtió entonces en viñas y trepó adhiriéndose a su tumba. Así, en sus sufrimientos, imposibilitados de separarse,
se deseaban mutuamente, una ilusión de la cual os diré más, si fueseis tan amable de elevar unas oraciones por ellos.

(Se dirige al centro del escenario y toma asiento; el Bonzo vuelve a su sitio)

Coro:
Inolvidable, pese a que sucedió largo tiempo ha;
«lo profundo de su corazón, me dirigí al
Monte Secreto para visitarlo a ocultas» -el rocío en la yerba a la
vera del sendero- lo que os cuento parece no tener sentido.

Mujer:
«Ahora, «sarta de cuentas,
si debéis romperos, rompeos. Si duráis más tiempo

Coro:
mi resolución de guardarlo secreto» se debilitaría,
sintió ella, y como el carrizo de los llanos muestra sus
penachos caídos, en el otoño
empezó a revelar su amor,
cuando concluyó súbitamente haciéndose trizas.

Mujer:
«No lo sentí hasta entonces»,

Coro:
y «mi corazón desde entonces» permaneció extraviado.
«Conoce el quebranto
de la manga teñida de índigo montañés
que se pudrió enteramente, escarcha tras escarcha,
su vida llena de lágrimas, esos días idos; para sobreponerse a la
aflicción de la añoranza hizo abluciones,
se hizo monja del santuario de Kamo,
en eso se convirtió,
pero el dios no la aceptó,
Su voto con alguien
traicionó sus colores. Esto nos entristece.
Probó en vano ocultarlo en este mundo
efímero; se reveló su amorío,
crecieron los rumores como el cielo con el sol aterrador,
de suerte que la senda de las nubes fue cortada
y la figura de la doncella no pudo retenerse,
algo penoso para ambos.

Mujer:
Verdaderamente, «Me apeno, por vos anhelo, pero no hay modo de encontrarnos:

Coro:
sois una nube en la cima Katsuragui».
El sentimiento que lo movió a escribir esto,
lo comprendemos, pues por ese cariño
su cuerpo tornóse en las viñas de Teika,
y aquí, donde yacen sus restos desde antaño,
permaneció él inseparable, viña de hojas encarnadas,
de color ardiente adheridas,
una maraña de cabellos, rodeando y ciñendo.
Esta ilusión
que se desvaneció
y ha vuelto
como escarcha o rocío...
Por favor, protegedme de ello.
En tanto hemos escuchado el cuento de antaño,
pronto será el término de otro día, oscurecido;
misterioso, ¿podrías decirnos quién sois?

Mujer:
Quién soy, preguntáis.
Los restos de mi cuerpo muerto se han descompuesto
bajo miscanthus y escarcha, solo mi nombre
queda, sin ningún beneficio.

(Se vuelve hacia el Bonzo)

Coro:
Aunque yacéis bajo la yerba,
mostradme vuestro emblema, vuestro nombre.

Mujer:
Lo mantenía oculto

Coro:
ahora ya no más:

No soy otra que la princesa Shokushi.

(Se pone de pie y con la mirada fija en el Bonzo, camina hacia él, lenta y firmemente)

Os he sido visible hasta ahora
pero mi verdadera figura es como una cálida niebla,

(Mira hacia adelante)

Y aunque mi forma queda en piedra

(Retrocede hacia el túmulo funerario)

es invisible bajo las viñas Kudzu.

(Camina hacia el bonzo)

Por favor, ayudadme a salir de este sufrimiento.

(Da la vuelta detrás del túmulo funerario y desaparece dentro de él)

No bien lo dijo, desapareció,
No bien lo dijo, desapareció.

INTERMEDIO

(El Lugareño deja su sitio, se anuncia, indicando que se ha encontrado con el Bonzo, y se sienta en el centro del escenario. En respuesta a las preguntas del Bonzo, narra la historia del amorío entre Fuyiwara no Teika y la princesa Shokushi con algunos pormenores. Dice, entre otras cosas, que las viñas kudzu, que comenzaron a crecer en el túmulo funerario de Shokushi poco después de la muerte de Teika, solían ser cortadas y retiradas, pero volvían a crecer inmediatamente; el corte se continuó hasta que una santa persona dijo que las viñas eran la manifestación del apego de Teika para con la princesa y, por consiguiente, no deberían ser tocadas. El Lugareño, al enterarse de la Mujer que el Bonzo acababa de encontrar, dijo que debía ser la aparición de Shokushi, instó al Bonzo a

elevar plegarias que le permitieran a su turbada alma descansar y volver a su lugar de origen. Sale discretamente después de que el Fantasma de la princesa Shokushi ingresa en el Acto II.

ACTO II

Bonzo y compañeros:
Cayó la noche y ha salido la luna.
Cayó la noche y ha salido la luna.
Esta difunta, cuando el viento sopla a través de los pinos,
bajo desolados terrones de yerba, yace, gota de rocío.
Aunque nuestros pensamientos son tantos como las cuentas de nuestro rosario,
qué afortunada ocasión para orar por ella,
qué afortunada ocasión para orar por ella,

(Se oye una música lóbrega, ominosa)

Fantasma de la princesa Shokushi:

(En el túmulo funerario, en voz baja)

¿Es esto un sueño?
En esta oscura realidad, en el Monte Real,
recorro el claro de luna
el sendero enterrado bajo las viñas.

(En tono alto, acongojado)

Una vez, antaño,
el viento del pino o la luna a través de las viñas
nos movió a intercambiar palabras;
almohadas lado a lado yacían
en verdes cortinas, en un lecho escarlata,

Bonzo:
nos amábamos mutuamente
de muchos modos. Pero al final,

Fantasma:
las flores y las encarnadas hojas se dispersan;

Bonzo:
una nube en la mañana,

Fantasma:
lluvia al anochecer.

Coro:
esa es una antigua historia, sí,
pero mi cuerpo ahora,

(Quietamente, con emoción)

y sueños, realidades, ilusiones,
todo ha sido parte del mundo pasajero,
pasaron sin dejar huella.

(En tono diferente, reflexionando)

Sin embargo, aquí estoy, bajo la yerba,
no en una choza cubierta de bardana,
sino con las viñas de Teika sobre mí.
Vedlo, vedme, santo bonzo.

(Los ayudantes de escena quitan la tela que cubre el túmulo funerario, revelando al descarnado Fantasma de la princesa Shokushi. Está sentada en una silla, rígida, mirando hacia abajo, indicando que se halla bajo el hechizo de la pasión de Teika)

Bonzo:
¡Qué penoso es veros cómo estáis! ¡Qué penoso!

(Junta las manos en plegaria)

«La prédica indiferenciada de Buda

es como la lluvia, toda de un sabor;
pero los seres, de acuerdo con su naturaleza,
la reciben de modo diferente.»

Fantasma:
Miradme,

(Vuelve el rostro hacia el Bonzo)

Me levanto y me siento, inútilmente como las olas.
Sufriendo como lo estoy aun después de muerta,
confinada por las viñas de Teika;
sufriendo como lo estoy
sin pausa...
Os estoy agradecida.
¿Eso que amablemente habéis recitado ahora es de la «Parábola de las Yerbas», no es cierto?

Bonzo:
Así es, tenéis razón.
La maravillosa Ley no descuida yerba ni árbol.
Romped vos misma las viñas del afecto,
y llegad a ser un buda.

Fantasma:
¡Oh, cuán agradecida estoy,
sí en verdad, en verdad!
¡Este es el corazón
de la maravillosa Ley!

Bonzo:

(Vuelve el rostro al frente)

Recibimos las bendiciones
del rocío universal.

Fantasma:
«Ni un segundo

Bonzo:
ni un tercero»

Coro:

(Con alguna energía)

la única lluvia, la única Ley,
rocían,
y todo se humedece,
yerbas,árboles, la tierra,
se convierten en budas.
Teniendo esta oportunidad

(Aquietándose)

las viñas de Teika
vierten lágrimas sobre ellos,
en grandes gotas
desatadas ellas mismas, se esparcen

(El Fantasma indica que está siendo liberado)

y yo, vacilante,
como una carreta con débiles ruedas, abandono
la casa ardiente.

(Poniéndose de pie, sale del túmulo)

¡Cuán agradecida estoy!

(Se vuelve hacia el Bonzo y junta las manos en plegaria)

En gratitud, ¿debo entonces
agitar las florecientes mangas, que una vez tuve
sobre las nubes, y hacer retornar el pasado,
una princesa danzando con el traje Omi?

Fantasma:
¡Cuán turbada parezco,

Coro:
danzando

(El Fantasma baila una danza, lenta y calma)

Fantasma:
¡Cuán turbada parezco, danzando!

Coro:
¡Cuán turbada! Estoy turbada.

Fantasma:
Mi humana apariencia,

Coro:
mi rostro era como la luna,

Fantasma:
pero se nublaba a menudo,

Coro:
y mis cejas pintadas en forma de luna creciente

Fantasma:
perdieron su belleza, en lágrimas.

Coro:
Aun después de que me desvanecí en rocío,

(Da la vuelta al extremo derecho posterior, luego se dirige al centro del escenario)

fui despiadadamente cubierta con pámpanos y ahora estoy como la diosa de Katsuragui. Me avergüenzo de ello, pero no puedo evitarlo.

(Mira al Bonzo y oculta el rostro detrás del abanico)

Porque podemos reunirnos solo de noche,

antes que este sueño acabe,
así diciendo, volvió al sitio donde había estado.

(Camina hacia la tumba)

Entonces, los pámpanos reptaron sobre ella, se le adhirieron, como de costumbre, esas viñas de Teika.

(Ocupa el túmulo funerario)

Pero antes de que nos percatáramos fue enterrada, desapareció.

(Se cubre el rostro con el abanico y se hunde)

(Traducido del inglés por Ilia y Javier Sologuren.)

SUGA SENSUKE (s.XVIII)

GAPPO Y SU HIJA TSUJI *
(Kabuki)

Personajes:
Gappo
O-Tsuji (Tamate Gozen), su hija
O-Toku, su mujer
Shuntokumaru, hijastro de Tamate Gozen
Princesa Asaka, prometida de Shuntokumaru
Irihei, criado de Tamate Gozen.

Coro: «O-Toku ofrece una copa de agua ante el altar familiar. Ora por el descanso de su hija en el otro mundo. Contiene las lágrimas. El tañido de las campanas se hace audible.
«La dama Tamate se dirige sin dificultad por el camino, en la noche, y por el sendero del amor. Busca a Shuntokumaru. Disfrazada, con el rostro oculto, permanece en el portal familiar del hogar paterno. «Se escucha una vocecilla desde fuera del portal».

Tamate: ¡Madre! ¡Madre!

Coro: «Goppo está convencido de que ha escuchado la voz de su hija».

---

* En: Japanese Theatre by Faubion Bowers. Foreword by Joshua Logan. Tuttle. Rutland, Vermont & Tokyo, Japan, 1977.

Gappo: ¿No está muerta mi hija? ¿Aún no ha sido ajusticiada por su pecado?

Coro: «Cantando, `Salvadnos, misericordioso Buda', se levanta; pero recordando a su mujer, mira hacia atrás. Ella no ha oído la voz de su hija. El, entonces, finge ignorancia».

Tamate: Abrid el portal, por favor. ¡Madre! ¡Madre!

(Se arrodilla ante el portal y espera)

Coro: «O-Toku, al fin, oye la voz».

Toku: Gappo, ¿hablasteis?

Gappo: No, no he dicho nada.

Toku: Pero, estoy segura...

Gappo: ¡Os habéis equivocado!

Toku: Puede ser que haya oído mal, pero creo que escuché la voz de nuestra hija.

Coro: «Tamate se sorprende y se levanta al oír la voz de su madre».

Tamate: Si esa es la voz de mi madre, entonces, por favor, abrid el portal. Madre, Tsuji, vuestra hija, ha regresado a casa.

Toku: ¡Nuestra hija ha regresado! ¿Estaré soñando? Ya voy, esperad un momento.

Coro: «Se precipita al portal, cuando Gappo la coge de la manga, deteniéndola.»

Gappo: No oséis hablar de nuestra hija. No sé si realmente se entregó o no a su hijastro, pero, en el mejor de los casos, se comportó mal y abandonó el hogar de su marido. Takayasu, su esposo, debió haber matado a tan vil mujer. Me pregunto

cómo ha permanecido con vida hasta hoy. ¿Por qué ha venido aquí? Aunque prohibimos a nuestra hija que comunicara a su marido nuestras circunstancias apremiantes, él nos ha prestado toda clase de ayuda.
De esa manera hemos podido sobrevivir hasta ahora.

Ambos le estamos en deuda. Sin embargo, nuestra hija lo engañó y tuvo relaciones ilícitas con su hijo. Aunque haya regresado, no le permitiré que atraviese nuestro umbral ni que toque el portal. ¡Debe estar muerta! ¡Seguramente ha sido ajusticiada! ¿Creéis que nuestra verdadera hija es la que ha hablado en este momento? Es un zorro o un tejón en forma humana. Si fuera nuestra hija, entonces sería su fantasma. Un muerto con el que tenemos estrechos lazos es algo terrible. No debéis retirar la tranca del portal. Digo que no lo debéis hacer.

Toku: Aunque fuera un zorro, un tejón o un fantasma me gustaría ver el rostro de nuestra hija una vez más. Aunque fuera algo terrible y me desmayara de susto, seré feliz solo si veo su rostro una vez más.

Coro: «La madre preferiría ver nuevamente a su hija que seguir viviendo».

Toku: Me gustaría echarle una mirada un momento, por favor.

Coro: «Empuja a Gappo y se dirige hacia la puerta, pero él nuevamente la detiene».

Gappo: Ya me oísteis. ¿No entendéis? Si realmente fuera nuestra hija, tendría que matarla. Por mi amor paterno y mi obligación para con Takayasu, tendría que castigarla por su pecado. Aunque soy ahora bonzo, no puedo permitir que exista tan vil criatura.

Toku: ¡Oh por amor de Dios!

Gappo: Ahora, os debo detener. Odio tenerlo que hacer, pero no debéis abrir el portal.

Coro: «Gappo no derrama lágrimas, pero su hija y su mujer lo comprenden. Imposibilitada de ver a sus padres, Tamate llora. Enjuga sus lágrimas y pone los labios en el portal».

Tamate: Es natural que estéis airado, padre. Tengo una razón para ello, pero no debo dejar que los demás escuchen mi explicación. Abrid el portal, por favor.

Coro: «Ella les solicita que abran el portal con voz llorosa, cuando su madre habla.

Teku: ¿Habéis escuchado, Gappo? Tiene una razón. Por favor, escuchadla. Si la consideráis como un fantasma y no como nuestra hija, podemos dejarla entrar sin reservas. Os ruego, haced lo que os digo.

Coro: «Mientras habla, Gappo cede».

Gappo: Muy bien. Ya que es solo su alma difunta, no es necesario que dudemos por causa de un código.

Toku: ¿Lo hacemos entrar?

Gappo: Haced entrar al fantasma y ofrecedle arroz y té. Es decir, colocad la comida en el altar de los difuntos.

Toku: Me alegra que estéis convencido. Abriré el portal.

Coro: «Ella no pierde tiempo en ir al portal».

Tamate: ¡Madre!

Toku: ¡Mi preciosa hija!

Coro: «Toca a su hija para asegurarse de que está realmente viva».

Toku: Apenas doy crédito a mis ojos. No es ni un zorro, ni un tejón, ni un fantasma. ¡Qué venturoso que estéis viva! Sin saberlo, he pasado mis días y noches en llanto. ¡Qué extraño que ha-

yáis retornado esta misma noche; mientras ofrecíamos un millón de plegarias por vos! Me pregunto si todo no es sino un sueño. Si así fuera, espero no despertar jamás.

Coro: «La madre abraza a su hija una y otra vez y derrama lágrimas de gozo. Gappo quiere ver a su hija, pero debido a su profundo sentido del deber, mira a otra parte.»

Toku: Tengo tanto que decir y escuchar. Corren rumores de que os habéis enamorado de Shuntokumaru y huido de la mansión. La gente habla mal de vos, como si hubierais cometido adulterio. Sin embargo, yo, vuestra madre, estoy segura de que no habéis hecho tal cosa. Sé que es una calumnia. Es una mentira, ¿no es cierto?, ¿no es una mentira?

Coro: «Hasta cuando estoy dormida, Shuntoku no se aparta de mi mente. Lo deseo con tanto ardor que estoy obligada a confesarlo abiertamente. Espero que me ayudéis a encontrarlo. Dejad que me una a él legalmente como marido y mujer. Pensad en vuestro amor maternal para conmigo. Junto mis manos y os imploro que accedais a mi súplica.
«Une sus manos como en plegaria y conmina a su madre a acceder. Su madre está asqueada por sus palabras, solo puede clavar la vista en ella. Mientras tanto, su padre, airadamente, trae un sable del recinto interior».

Gappo: ¡Ves, insecto! ¡Qué vergüenza! Escuchad. Os hablaré de mi padre, Aoto Saemon Fujitsuna, que fue favorito del señor Sainyoji Tokiyori en Kamakura, llamado modelo de hombres. Gracias a él, accedí a una alta posición. Fui admitido al rango de señor y trabajé asiduamente. Pero cuando el actual Señor Saganyudo sucedió a su padre, fui difamado por sus parásitos. Renuncié a su servicio y quedé sin empleo. Más de veinte años han transcurrido desde que me retiré del mundo y me convertí en bonzo. Sin embargo, he conservado mi integridad tal como lo hubiera hecho mi padre. ¿Cómo he podido tener una mujer tan inmoral y bestial como vos por hija? Pensad en vuestra deuda con Takayasu. Vos erais la criada de una dama, pero luego de la muerte de su mujer, generosamente

mostró interés por vos y os permitió que os convirtierais en su segunda mujer. Aunque debe haber deseado mataros, ha frenado sus impulsos y salvado intencionalmente vuestra vida a causa de sus sentimientos para con nosotros, vuestros padres. Si apreciáis su bondad y aún tenéis una pizca de vergüenza, seréis capaz de renunciar a vuestro amor, no importa cuán profundo sea vuestro deseo. Os he oído decir que deseáis convertiros en la mujer de Shuntoku y que habéis solicitado el permiso de vuestra madre. ¿Cómo os atrevéis a decir tal cosa? Vuestro marido os ha perdonado la vida por razón de sus obligaciones, pero tendré que mataros debido a mi obligación para con él. Preparaos para la muerte! ¡Yo os mataré!

Coro: «Desenvaina el sable, pero su mujer se coge de él».

Toku: ¡Detente! ¡Detente, Gappo! Esperad, estáis equivocado.

Gappo: ¿Por qué estoy equivocado?

Toku: El ha perdonado a nuestra hija por piedad. Aunque la mateis, no podréis cumplir con vuestra obligación para con él, ¿no es así?

Gappo: Sí y no.

Toku: Bien, ahora nuestro deber es disuadirle de contraer matrimonio con Shuntokumaru y permitirle que en su lugar se haga monja.Así quedará exculpada sin importar la magnitud de su crimen.

Gappo: Pero...

Toku: Si se retira de la vida mundanal, estará como muerta y nosotros habremos cumplido con nuestro deber para con su marido, nuestro benefactor.

Coro: «Sois bella y joven. Es duro para mí, como vuestra madre que soy, exigiros que os cortéis vuestros cabellos y toméis los votos, pero solo deseo salvar vuestra vida.

«Asiéndose de su hija, gime porque las cosas han llegado a ese punto. Su hija retrocede dando un salto, y se demuda.»

Tamate: ¡Oh, no digáis tonterías, madre! Odio la idea de convertirme en monja. ¿Por qué he de cortarme tan bella cabellera negra y renunciar al mundo?

Coro: «Ahora cambiaré mi peinado según el estilo de los barrios de placer. Cuando me encuentre con Shuntokumaru de nuevo, me amará. Al escucharla su padre pierde la paciencia.»

Gappo: Veis, no hay nada bueno en ella. Ha llegado el momento, no puedo contenerme más.

Coro: «El padre se dispone a matarla. Su madre busca desesperadamente la forma de salvarla.»

Toku: No es de extrañarse que estéis enfadado con ella. Permitidme hablarle un momento. Trataré de hacerle cambiar de parecer y renunciar a él.

Gappo: Bien, entonces, ¿vais a persuadirla?

Tamate: ¡Oh, no! No puedo ser persuadida. No renunciaré a él.

Gappo: Que cosa decís, ¡estáis loca!

Toku: Gappo, hemos vivido mucho tiempo en armonía conyugal y esta es mi más viva petición.

Gappo: No quiero salvarle la vida, pero ya que vos sois su madre, tendré que obedecer.

Coro: «A instancias de su mujer, se dirige al recinto interior sin voltear a mirarlas. La madre tira de la mano de su obstinada hija y la conduce violentamente al vestidor».
(Irihei, el criado, leal a su joven Señora Tamate, aparece buscándola. Encuentra su sandalia fuera de la puerta, estando ella adentro. Se esconde y espera para ver si se le necesita.)

«El ciego Shuntokumaru, a quien lleva de la mano la Princesa Asaka, es guiado a la habitación.»

Shuntoku: Asaka, si mi madrastra me ve en estas condiciones, ciego y desfigurado, entonces dejará de amarme. Conducidme a ella.

Coro: «En ese mismo instante, la Dama Tamate sale apresuradamente del vestidor.»

Tamate: ¡Oh! Hace tanto tiempo desde que os vi la última vez, querido Shuntoku. Me alegra que estéis aquí.

Shuntoku: Reconozco vuestra voz, madre. ¿Por qué habéis venido?

Tamate: Me he tomado la molestia para veros nuevamente.

Coro: «Ella se coge de él, quien se suelta de su abrazo.»

Shuntoku: No lo hagáis, madre. Como os dije en la mansión, está prohibido a un hombre virtuoso casarse con una joven que lleva el mismo apellido que él.
Es absurdo que me cortejéis. Vos sois mi madrastra. Para mal de males, he perdido la vista y me ha desfigurado la lepra. ¿No veis mi miserable condición? ¿No os repugna mi rostro? ¡Qué vergüenza, madre!

Coro: «Derrama lágrimas y cubre de reproches a su madrastra.»

Tamate: No digáis tal tontería. Nunca podría sentir sino amor por vos. Es por mi causa que sufrís tan terrible mal.

Coro: «Ella quiere que él la ame. ¡Qué desesperado es su amor por él! Lo ha perseguido desde la bahía de Ashi hasta Naniwa. ¡Por favor, amadme!
«Ella se coge de su manga, pero Shuntokumaru nuevamente la empuja lejos de él.»

Shuntoku: ¡Decidme, madre! ¿Por qué mi maldita enfermedad ha sido causada por vos?

Coro: «Quiere saber el motivo.»

Tamate: En noviembre pasado os dí secretamente *sake* envenenado.

Todos: ¿Qué?

Tamate: Tenía el milagroso poder de causar una desfiguración como la de la lepra. Había dos botellas, tomé la ordinaria, pero vertí la envenenada en vuestra copa. Quería desfigurar vuestro rostro de tal manera que la Princesa Asaka no os amara más. Hasta ese extremo he llegado por amor a vos.

Shuntoku: Siento escuchar tan terrible revelación.

Tamate: Vos pensasteis que fue causado por algún pecado cometido en una vida anterior, así es que dejasteis la mansión. Desde entonces, os he buscado por doquier.

Coro: «Ella conserva siempre la concha de abalón de la que él bebió el veneno.»

Tamate: Os amo desde el fondo de mi corazón, aunque temo no ser digna de ser vuestra madrastra. ¡Por favor, rendíos a mí!

Coro: «Se prosterna a su lado e implora su compasión. Shuntokumaru se horroriza, pero dado que es su madrastra, soporta la humillación. Asaka pierde la paciencia.»

Asaka: ¡Qué cruel sois! ¿Por qué habéis desfigurado su noble faz? Es horrible que os hayáis enamorado de vuestro hijastro. Ahora debéis restituirle la salud ¡Qué cruel sois!
(Irihei se apresura a entrar).

Irihei: No seais tonta, Señora. ¿Cómo podéis haber hecho eso? Aunque no hayáis dado la vida a Shuntokumaru, sois aún su madrastra, sois aún su madrastra. Cortejar al hijo de uno va contra las leyes de la naturaleza. Tal cosa solo puede ser hecha por animales. El tiene una prometida llamada Asaka. Vos la habéis ahuyentado de la casa con vuestros avances. ¡Qué vergüenza! Os ruego abandonéis este amor insano.

Coro: «Sin atender a su advertencia, Tamate se levanta.»

Tamate: Ahora que estoy tan profundamente enamorada de él, nadie puede ponerme en razón. Ahora me llevaré a Shuntoku conmigo adonde sea. Triunfaré de mi amor por él, aunque yo muera. Si alguien interfiere, lo lamentará.

Coro: «Salta sobre Shuntoku y lo toma de la mano. Al oír esto, Gappo monta en ira. Se precipita y hiere mortalmente a su hija».

Gappo: Yo que en veinte años ni siquiera he matado una mosca, he matado a mi propia carne y sangre, ¡hija vil! ¡muere ahora!

Toku: ¡Cielo misericordioso! ¡Oh, mi amada hija!

Tamate: No me extraña que estéis enfadado conmigo y me odiéis, pero hay una razón poderosa detrás de mis actos. Antes de morir, dejadme relataros la historia.

Coro: «La respiración le es dolorosa.»

Tamate: Jiromaru, el hijo de mi esposo y de su concubina, no quería dejar que Shuntoku, hijo legítimo aunque más joven, heredara la fortuna familiar, de manera que conspiró con Tsubei Heima y trató de matar al heredero legítimo. Sabiendo que Shuntoku sería asesinado, lo enamoré y envenené para alejarlo de la masión. Todo solo por salvarle la vida.

Todos: ¿Es verdad?

Tamate: Tengo una copa de abalón que probará mi inocencia.
Temo que mi esposo me considere una mujer inmoral y adúltera.Me pesa que no conozcáis la verdad antes de que yo muera.

Coro: «Ella se lamenta, pero su padre aún la interroga minuciosamente.»

Gappo: Si vos sabíais tanto sobre las intenciones de Jiromaru, ¿por qué no avisasteis a Takayasu? Si lo hubierais hecho, Shun-

toku no habría sufrido la maldita enfermedad y vos no abríais tenido necesidad de enamorarlo ilícitamente. Aunque contestéis hábilmente, no me dejaré engañar por una excusa inventada.

Tamate: Si le hubiera contado tal cosa, habría obligado a Jiromaru a hacerse *seppuko* o lo hubiera matado hasta con sus propias manos. Pese a que es un hombre malvado, también es mi hijastro.

Coro: «He querido salvar a mis dos hijastros a riesgo de mi vida. Soy su madre.»

Gappo: Si vos aceptasteis efectivamente vuestras responsabilidades de madre, ¿por qué corristeis tras de Shuntoku cuando huyó de la mansión?

Tamate: Si no lo hubiera vuelto a ver, no habría podido curarse de su mal durante toda su vida.

Coro: «Al escuchar sus palabras, Irihei se adelanta».

Irihei: ¿Queréis decir que no podrá curarse a menos que vos estéis con él?

Tamate: Confesé las circunstancias al droguista cuando le solicité el sake envenenado. También le pedí que me informara detalladamente sobre los antídotos. La lepra hereditaria es incurable, pero la enfermedad causada por envenenamiento puede curarse si el enfermo bebe la sangre viva del hígado de una mujer que ha nacido a la hora y en el día y mes del año del tigre. Pero debe ser bebida del recipiente donde se puso el veneno. Por eso he traído conmigo esta concha de abalón, al buscarlo. Ahora, he hablado con franqueza. ¿Se han desvanecido vuestras dudas sobre mí?

Coro: «Gappo se le acerca.»

Tamate: ¿Se han desvanecido vuestras dudas, padre?

Gappo: ¡Sí, sí, sí! ¡Oh, hija mía, perdonadme. No solo os he maldecido sino que os he quitado la vida con mis propias manos. Esto hecho por vuestro propio padre. ¡Perdonadme! ¡Perdonadme!.

Coro: «Solicitando su perdón, se prosterna y derrama lágrimas de pesar. Shuntokumaru camina a tientas hacia ella.

Shuntoku: No tengo suficientes palabras para agradeceros por vuestra bondad.

Coro: «Se inclina profundamente. Asaka se acerca a ella.»

Asaka: Hasta ahora no os comprendí. Os he despreciado y odiado. Por favor, perdonadme.

Irihei: Aunque vos debéis ser considerada modelo de femineidad, siento mucho que hayáis sido calumniada y que ahora tengáis que morir.

Todos: ¡Pobre Tamate!

Tamate: Ora, ora, padre, tomad la sangre viva de mi hígado y dádsela en esta concha. Obrad rápidamente antes de que yo muera.

Gappo: Al principio la odiaba tanto que podía apuñalarla, pero ahora siento tanta piedad por ella que no puedo tocar el sable clavado en su cuerpo. Irihei, vos sois joven, por favor, tomad mi lugar.

Irihei: No puedo tomar la sangre de alguien que se ha preocupado tanto por mi amo. Por favor, excusadme. Haré cualquier cosa menos eso.

Tamate: Entonces yo misma lo haré.

Coro: «Coge el sable con la punta hacia abajo.»

Gappo: Esperad, mi querida hija. Este es vuestro último momento.

Ofreceré oraciones un millón de veces y os rodearé con la protección de un rosario. Entonces podréis exhalar en paz vuestro último suspiro. Permitidme que celebre los ritos a vuestra intención.

Coro: «Diciendo así, pasa las cuentas del rosario. Tamate se prepara a morir. Acerca hacia sí a Shuntokumaru y con el sable en la mano derecha y la copa en la izquierda extrae sangre del hígado. Luego, su padre golpea frenéticamente las campanas de salvación. Su madre rompe a llorar. Shuntokumaru bebe respetuosamente la sangre. Vacía la copa. De pronto, se le abren los ojos y la desfiguración desaparece. Mira a los demás. Todos se regocijan al verlo sano.»

Asaka: ¡Oh, al fin se ha curado del mal!

Irihei: El remedio dio resultado.

Todos: ¡Sí, es verdad!

Coro: «Están maravillados»

Tamate: Me alegra que mi honor esté a salvo. Ahora puedo morir sin pesar.

Coro: «Tamate es modelo de femineidad y su mente es tan clara como la luna que se refleja en el abra. En verdad, es pura.»

Tamate: Mañana, veré la luna desde las flores de loto del cielo.

(Muere y todos lloran mientras el telón baja lentamente)

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren.)

EL PAJARERO EN EL INFIERNO *
(Kyogen)

Personajes:
Yama, Rey del Infierno;
Kiyoyori, el pajarero;
Demonios;
Coro.

Yama: Yama, el Rey del Infierno, sale para estar presente en el Encuentro de las Vías.
(Dando voces)
Yai, yai. ¿Dónde están mis criados?

Demonios: ¡Hola! Aquí estamos.

Yama: Si llegan pecadores, acométanlos y arrójenlos al fondo del infierno.

Demonios: Temblamos y obedecemos.
(Entra el pajarero Kiyoyori).

Kiyoyori: «Todos los hombres son pecadores». ¿Por qué he de temer más que el resto? Me llamo Kiyoyori el pajarero. Fui bien

---

* En: The Noh Plays of Japan by Arthur Waley. Tuttle. Rutland, Vermont & Tokyo, Japan, 1976.

conocido en el Planeta Terrestre. Pero el curso de mis años llegó a su término fijado; fui cogido por el Viento de la Impermanencia; y aquí estoy, camino de la Tierra sin Sol.
Sin aflicción dejo el mundo donde acostumbraba morar, el Mundo Temporal. ¿Adónde, oh, adónde me han llevado mis pies?
He llegado ya a las Seis Vías.
Porque estoy ya aquí en el Encuentro de las Seis Vías de la Existencia. Pienso en principio que iré al Cielo.

Demonio: ¡Ajá! Eso huele a hombre. Seguro que aquí llega un pecador. Debemos informarle. (A Yama). ¡Por favor, señor, acaba de llegar el primer pecador!

Yama: Entonces, al punto arrójesele al infierno.

Demonio: Tiemblo y obedezco. ¡Escucha, pecador!
«El Infierno está siempre a mano», que es más de lo que puede decirse del Cielo. (Apoderándose de Kiyoyori)
¡Ven, ven ya! (Kiyoyori se resiste).
¡Yai, yai!
Déjame decirte que estás mostrando mucho más espíritu que otros pecadores.
¿Cuál era tu ocupación cuando te hallabas en el Plano Terrestre?.

Kiyoyori: Era Kiyoyori, el famoso pajarero.

Demonio: ¿Pajarero? Esto está mal. Quitar la vida de la mañana a la noche. Eso es muy serio, sabes. Temo que tengas que ir al Infierno.

Kiyoyori: Ciertamente, no me creo tan malo. Te estaría muy agradecido si me dejaras ir al Cielo.

Demonio: Esto debo consultárselo al Rey Yama. (A Yama).
¡Por favor, señor!

Yama: Bien, ¿De qué se trata?

Demonio: De esto. El pecador dice que en el Plano Terrestre ha sido un conocido pajarero. Ahora, eso significa quitar la vida todo el tiempo; es un asunto serio y ciertamente debería ir al Infierno. Pero cuando se lo he dicho, respondió que lo hemos juzgado mal.
¿Qué es lo mejor que podemos hacer al respecto?

Yama: Lo mejor es que me lo envíes.

Demonio: Muy bien (A Kiyoyori).
Ven, el Rey Yama dice que quiere verte personalmente.

Kiyoyori: Voy

Demonio: Aquí está ese pecador que mandó buscar.

Yama: Escúchame, pecador. Tengo entendido que cuando te hallabas en el mundo te pasaste el tiempo atrapando pájaros. Eres un hombre muy malo y debes ir al punto al Infierno.

Kiyoyori: Todo eso está muy bien. Pero los pájaros que cogí fueron vendidos a los caballeros para que alimentasen sus halcones; en eso no hubo realmente daño.

Yama: «Halcón» es otra clase de pájaro, ¿verdad?

Kiyoyori: Sí

Yama: Entonces, no veo realmente que haya mucho daño en eso.

Kiyoyori: Veo que comparte mi parecer. Sería a los halcones a los que habría que culpar, no a mí. Siendo así, le agradecería me permitiera irme directamente al Cielo.

Yama: (Recitando en el estilo del Noh)
Entonces el gran Rey del Infierno....
Porque, si bien en la Colina de la Muerte muchos pájaros volaban, no había él probado ninguno.
«Ven, toma tu pértiga», grito, y aquí y ahora danos una de-

mostración de tu arte.
Luego vete en paz.

Kiyoyori: Nada podría ser más sencillo.
Cogeré unos cuantos pájaros y se los regalaré a usted. Tomó entonces su pértiga, y gritando:

Coro: «¡A cazar, a cazar!»«¡A cazar pájaros», gritó y de pronto de los empinados senderos del Sur de la Colina de la Muerte, muchos pájaros llegaron volando.
Entonces más rápido que la vista lanzó su pértiga entre ellos.
«Los asaré», gritó.
Y cuando estuvieron cocidos, «Por favor, pruebe uno», y se lo ofreció al Rey.

Yama: (Golosamente)
Déjame comérmelo. Déjame comérmelo.
(Se lo come, relamiéndose) ¡Bien!. Debo decir que saben inmejorables!

Kiyoyori: (A los demonios). ¿Quizá quieran probar alguno?

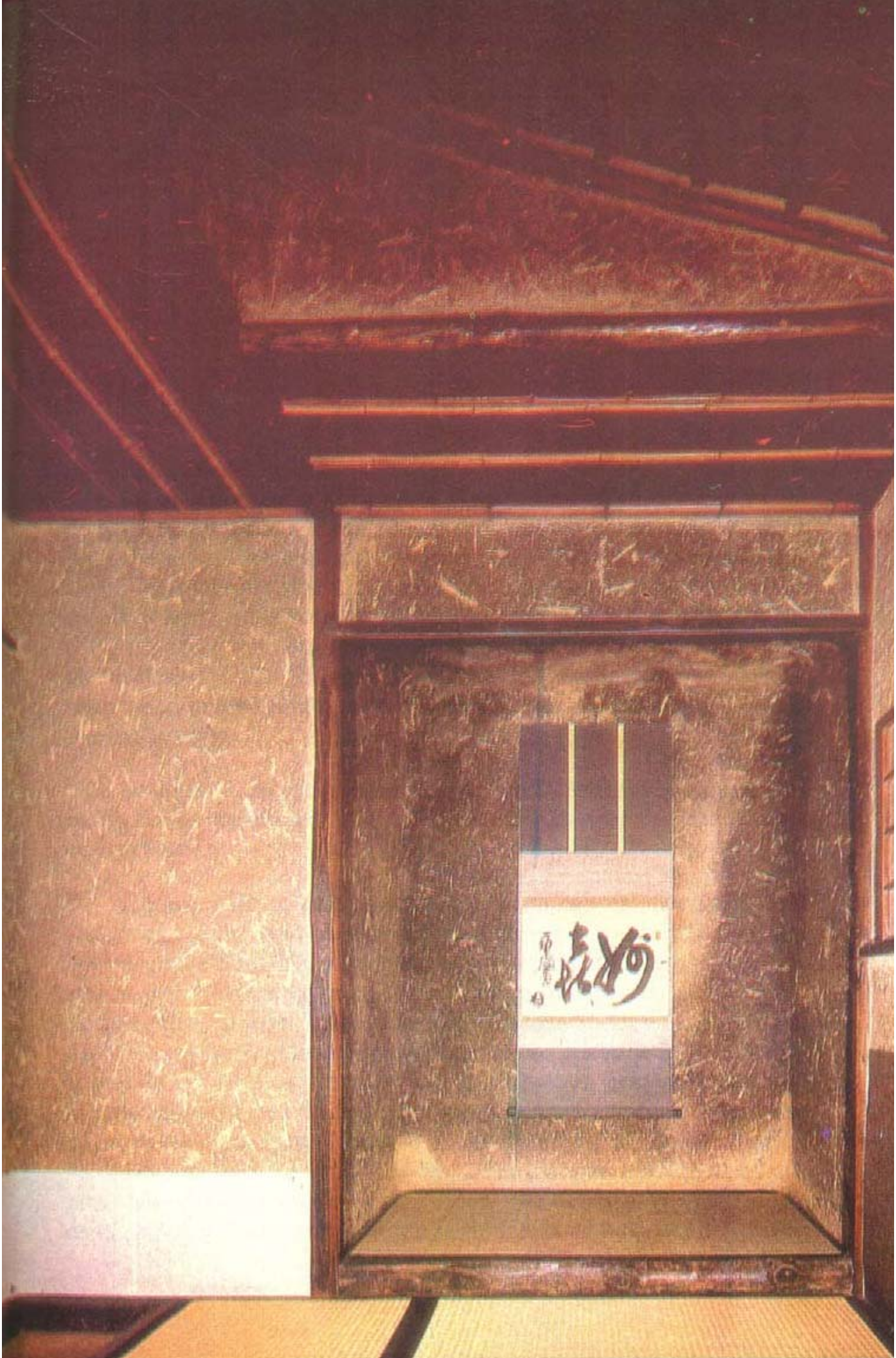
Demonios: ¡Oh gracias! (Comen golosamente y se arrebatan la comida).
¡Quiero ese pedacito! ¡No, es mío! ¡Qué sabor!

Yama: Nunca probé nada tan agradable. Nos has dado tal placer a todos nosotros que voy a enviarte de vuelta al mundo para que pajarees tres años más.

Kiyoyori: Le estoy muy agradecido, créamelo.

Coro: Cogerás muchos pájaros: faisanes, pichones, garzas y cigüeñas. No te eludirán, sino que caerán rápidamente en la trampa fatal.
Asi él, postergado, regresará al Mundo; pero Yama renuente a verlo marcharse, le regaló una enjoyada corona, que Kiyoyori portó respetuosamente al Plano Terrestre, para comenzar su segundo tramo de vida.

(Traducido del inglés por Ilia y Javier Sologuren..)



ENSAYO

NOTA

Aunque se cuestiona el estatuto literario del ensayo, por no ser obra de ficción, nosotros lo incluimos en esta antología, pues consideramos que en él se entrelazan estrechamente, y a menudo con sorprendente felicidad, líneas comunes con la poesía y la narrativa. ¿Cómo no tener en cuenta el hecho de la fundamental libertad que le es inherente, esa capacidad de rehuir todo esquema previo, atento sólo a los vaivenes de la meditación inspirada? Su forma, en tantos casos, es sugerente y exquisita, tanto como su tono lírico, rasgo este último que signa la entera creación literaria japonesa.

Se ofrecen, en esta selección, fragmentos de ensayos enmarcados en los viejos siglos (del XI al XIV) además de otros pertenecientes a nuestra época.

Corresponden a los primeros *El libro de cabecera* de Sei Shonagon, *Notas de mi cabaña de monje* de Kamo no Chomei y *El libro del ocio* de Urabe Kenko. Trinidad de obras maestras, de estilos y temas diversos, pero hermanadas en la libertad de que se nutren en todo momento. Sei quien, al lado de su coetánea Murasaki Shikibu (la autora del *Genji monogatari*), alcanza una de las más altas cimas de la literatura japonesa de todos los tiempos, nos hace partícipes, en forma deliciosamente personal, de la vida regalada, refinada a la par que tediosa, de la corte en la esplendorosa época Heian en Kioto, la antigua capital del imperio. Ni el libro de Sei ni el *Diario* de Murasaki (del que también se da una brevísima muestra) constituyen realmente diarios –en el sentido estricto de los *nikki*, sino que pertenecen a las primeras expresiones del género

zuihitsu, es decir, obras escritas «al correr del pincel», lo cual las sitúa adecuadamente dentro de la flexible y proteica forma del ensayo. En los libros de Kamo no Chomei y Urabe Kenko, ambos monjes budistas, los referentes son de carácter prevalecientemente morales y críticos.

Las breves páginas del primero se centran en el enaltecimiento de la vida propia del ermitaño; en las copiosas del segundo está siempre presente la lucidez con que este asceta observa los más variados aspectos de la existencia humana.

Por lo concerniente al ensayo contemporáneo, nos remitimos a los de Yasunari Kawabata que páginas adelante el lector podrá disfrutar. En el titulado «El Japón, su belleza y yo» (que leyó en Estocolmo con ocasión del premio Nobel que se le había otorgado) condensa los plurales y vivos vínculos que su país mantiene en todo tiempo con la estética tradicional, a través de un lirismo penetrante y sosegado. De principio a fin corre en sus páginas un fresco hálito poético, no únicamente por el hecho de recurrir a viejos poemas de los bonzos Myoe, Dogen y Ryokan, sino a causa de su propia visión hondamente subyugada por los hechizos de la naturaleza. Otro tanto podemos decir de su ensayo «La existencia y el descubrimiento de la belleza».

Circunscribiéndonos al ámbito del Japón del presente siglo, es imprescindible destacar a Junichiro Tanizaki cuyo ensayo *Elogio de la sombra* se propone esclarecer, de modo muy sugestivo y personal, un aspecto de la percepción estética propia del Japón. En cierto sentido, estos dos grandes escritores adoptan perspectivas que bien pueden tomarse como opuestas y a la vez complementarias. Estética de la luz y estética de la sombra, unidas como las caras de una misma moneda. Al igual que los del medioevo japonés, ostentan la categoría de genuinas obras maestras.

Desde sus propias perspectivas, estos escritores aportan una suma de concepos y valoraciones que, en cierto sentido, equivalen a una suerte de introducción no solo a la literatura sino también al arte y a la cultura del Japón. De este modo, los textos poéticos, narrativos y dramáticos, ofrecidos en esta antología, reciben un notable esclarecimiento del cual, confiamos, el lector podrá beneficiarse.

MURASAKI SHIKIBU

DIARIO *
(Fragmentos)

Acogen el palanquín de Su Majestad. En las barcas, la orquesta interpreta una música encantadora. Veo acercarse el palanquín: por ínfima que sea su condición, la suerte de los cargadores que, subida la escalera, se prosternan a duras penas, ¿en qué difiere de la mía? Hallarse mezclada en la vida de los grandes cuando uno misma es de condición inferior, no es nada agradable, me dije al mirarlos.

Un asiento se prepara para Su Majestad del lado oeste de la alcoba, y en la pieza oriental de la galería del sur se ha levantado un trono; a un intervalo de allí, en el límite del cuarto frente al oeste, las cortinas suspendidas al norte y al sur delimitan un espacio donde están sentadas las mujeres; de allí, cerca del pilar del sur, levantando ligeramente la cortina, han salido dos damas del Servicio Interior. Las siluetas con los cabellos recogidos, impecables, parecen surgidas de una pintura a la manera china. Saemon no Naishi porta el Sable Imperial. Lleva un traje de corte chino verdiazul sin dibujo, cola oscura en la parte baja, chal y cinturón de damasco con relieves de hilo blanco y anaranjado. El tapado es de color crisantemo de solapa quíntuple, la ropa de encima de suave seda, carmín; el aire, el porte, el perfil que apenas se entrevé, todo ello es brillante y esmerado. Ben no Naishi porta el cofre de la Joya. Con el tapado carmín lleva ropas de color hez de vino; cola y vestido largo de corte chino

---

* En: Murasaki-Shikibu. Journal. Traduit du japonais par René Sieffert. Publications orientalistes de France. Paris, 1978.

son parecidos a los de la otra. Esta es una personita muy agradable, cuya timidez, y es lástima, la ha hecho algo ensimismada. Por lo demás, comenzando por el abanico, parecer poseer un gusto más seguro que el de su compañera. Su chal es de hilo blanco y púrpura mezclados. Ambas se desplazan como en sueños, flexibles y ondulantes, al punto que su paso y su vestimenta hacen pensar en las doncellas que antaño, se dice, descendían del cielo.

Tres famosas escritoras

La que se llama Izumi-Shikibu está dotada de un real talento epistolar. Cierto es que Izumi tiene rasgos detestables... Cuando al escribir una carta se deja ir al hilo del pincel, los expertos en la materia descubren, al parecer, la brillantez en la más trivial expresión. Sus poemas son muy agradables. No tiene, se diría, ni los conocimientos ni el oficio que hacen al poeta auténtico, pero en sus improvisaciones siempre sabe introducir algún rasgo gracioso que llama la atención. Aunque se fuese un poeta estimable, pretender criticar y juzgar las composiciones ajenas, bien podría ser la prueba de que no se ha comprendido absolutamente la poesía...

En todo caso, creo que Izumi pertenece a la clase de los que parecen expresarse espontáneamente en poemas. No pienso sin embargo que en materia de poesía tenga yo que ruborizarme ante ella...

La dama esposa del Gobernador de Tanba es llamada, en el entorno de la Emperatriz y de Monseñor, con el sobrenombre de Masahira-emon. No es a ella ciertamente a quien pueda colocársele entre los talentos insignes, pero, dotada de un gusto muy seguro, no va, so pretexto de ser poeta, a versificar a propósito de cualquier cosa; siendo que todo lo que se ha podido oír de ella, así fuese sobre los temas más trillados, es de un tono como para haceros modesta. ¡Qué detestables y despreciables parecen a su lado los que se toman por maestros porque perpetraron como extraordinario algún poema de insostenible pretensión, malformado a punto de parecer que va a dislocarse!

Sei-shonagon es una persona que en verdad se impone por sus arrogantes ademanes. Pero su pretensión de saberlo todo y su manera de

sembrar en torno suyo los escritos en caracteres chinos, si bien se considera, no hacen sino encubrir numerosas lagunas. Quienes así se complacen en mostrarse diferentes a los demás, se atraen por fuerza el desprecio y acaban siempre muy mal; así mismo las personas que afectan el buen tono, van, hasta en las circunstancias más triviales, a alardear de una profunda emoción, y su empeño de no dejar escapar la menor ocasión de brillar, las hace naturalmente caer en una frivolidad de mala ley. ¿Y cómo, una vez llegadas a este grado de frivolidad, podrán conocer un fin feliz?

¡Bah, de aquí en adelante no vigilaré más mis palabras! Que se diga esto o aquello, pongo toda mi fe en el Buda Amida y sin dilación voy a consagrarme a las Escrituras. Y ya que todos los miserables afanes de este mundo no son sino rocío para mí, ¡debería esforzarme sin desfallecer en alcanzar la santidad! Sin embargo, aun si deliberadamente se le da la espalda al mundo, bien parece que, antes de subir a la nube de la liberación, se debe tropezar más de una vez. ¡Y es esto justamente lo que me hace vacilar! Empero, he llegado a la edad más conveniente para retirarme... Cuando la vejez me haya disminuido más, mis ojos ensombrecidos ya no podrán descifrar las Escrituras y mi espíritu habrá zozobrado en el embotamiento; por eso, a riesgo de parecer que remedo a quienes anima una convicción profunda, no hago más que pensar en esas cosas. Dicho esto, no es nada cierto que un ser endurecido en sus faltas pueda realizar tal propósito de salvación. Mientras veo multiplicarse las pruebas del peso de mis vidas pasadas, a cada paso me siento invadida por la tristeza.

Hay una persona que se llama Saemon no Naishi. Me profesa, extrañamente y sin razón, sentimientos hostiles que había yo ignorado hasta que por diversos lados me llegaron pérfidos chismes. Ahora bien, un día que el Emperador se hacía leer el *Cuento de Genji*, exclamó: «¡Esta mujer ha debido leer la *Crónica del Japón*! ¡Me parece, en verdad, que posee un gran saber!», de lo cual esa persona se apoderó al punto para ir a contar a la Corte entera que yo era una mujer sabia, lo que me ha valido el apodo de «la Señora Crónica del Japón», encantadora broma, por cierto.

¡Como si yo, que tomo mis precauciones hasta en presencia de mis propias criadas, fuera a hacer en tal lugar ostentación de mi saber!

Cuando mi hermano el Director Adjunto de los Ritos, aún niño, leía los escritos chinos, tenía yo costumbre de escucharlo, y hasta en los pasajes en los cuales él titubeaba o que había olvidado, yo, curiosamente, comprendía tanto y tan bien que nuestro padre, que era un rendido enamorado de las letras chinas, se pasaba el tiempo suspirando: «¡Con todo, qué desgracia! ¡Qué lástima que ella no naciera muchacho!»

Dicho esto, a fuerza de oír a la gente proclamar que aun para un hombre la ostentación del saber era de un gusto detestable y no llevaba a nada, me guardé muy bien de trazar así fuera el carácter «uno», a la vez que deploraba este subterfugio. Y al enterarme -yo que había apartado los ojos hasta de los libros que había leído- que no estaba libre de semejante apodo, temí tanto más el desdén de todos los que oirían esos chismes y en mi vergüenza iba hasta aparentar que yo no sabía leer lo que estaba escrito en la parte alta de los biombos; es así que la Emperatríz a veces me hacía leer la *Colección de los escritos* [de Po Lo-tien] y parecía deseosa de saber más de esta materia, de tal suerte que en el mayor secreto, en los raros instantes en que nadie se hallaba en su presencia, desde aproximadamente el verano del penúltimo año, le he enseñado poco a poco los dos volúmenes titulados *Del oficio de la música*; lo que, desde luego, he mantenido oculto. La Emperatriz también había guardado el secreto, pero Monseñor y Su Majestad han adivinado la maniobra, y Monseñor ha hecho caligrafiar soberbios manuscritos los cuales se los ha ofrecido. En verdad, que ella se haya hecho dar por mí lecciones de este suerte, esta mala lengua de *naishi* no se los husmeó; ya que de haberlo sabido, ¡a qué comadreos no se libraría aún! Pues en este mundo, la menor de las cosas toma porporciones desastrosas.

(Traducido del francés por Javier Sologuren).

SEI SHONAGON (966?-1016?)

EL LIBRO DE CABECERA *
(Fragmentos)

[1]

En la primavera es la aurora la que prefiero. La cima de los montes se va haciendo poco a poco visible y se ilumina débilmente. Nubes violáceas se alargan en delgadas estelas. En el verano, es la noche. Admiro, naturalmente, el claro de luna; pero me gusta también la oscuridad donde vuelan, cruzándose, las luciérnagas. Aun si llueve, la noche estival me encanta. En el otoño, es el atardecer. El sol poniente lanza sus brillantes rayos y se acerca a la cresta de las montañas. Entonces, los cuervos se van a dormir y al verlos pasar, de a tres, de a cuatro, de a dos, uno se siente deliciosamente triste. Y cuando las largas bandadas de ocas salvajes parecen tan pequeñas, es aún más lindo. Luego, una vez que el sol ha desaparecido, el ruido del viento y la música de los insectos tienen una melancolía que me encanta.

En el invierno, me gusta la mañana, muy temprano. No es necesario hablar del encanto de la nieve; pero me agrada por igual la extremada pureza de la escarcha o, muy sencillamente, un frío intenso; de prisa, se enciende el fuego, se trae el carbón de palo incandescente; he aquí lo que conviene a la estación. Sin embargo, ya vecino el mediodía,

---

* En: Sei Shonagon. Notes de Chevet. Traduit du japonais par André Beaujard. Connaissance de l'Orient, Collection UNESCO d'oeuvres représentatives.. Gallimard, Paris, 1966.

el frío cede, y es desagradable que el fuego de los braceros redondos o cuadrados se cubra de ceniza blanca.

[38]

Para las citas secretas, el verano es encantador. Las noches son extremadamente cortas y fugitivas. Ya es de día y no se ha dormido un solo instante. Como, por doquier, las persianas han permanecido levantadas, la frescura penetra en las habitaciones y se puede ver a lo lejos, de todos los lados. Al alba, los amantes aún tienen algo que decirse; están ocupados en conversar, cuando, precisamente delante de su alcoba, un cuervo alza el vuelo con un grito resonante. No dudan ellos de haber sido descubiertos, ¡cosa bien divertida!

oooooooo

En invierno, en el momento de los fríos intensos, mientras que se está acostada al lado de su amigo, escuchándolo, escondida debajo de las mantas, es también delicioso oír el tañido de una campana que os parece encontrarse al fondo de un foso. Igualmente, el primer canto de los gallos parece venir de un pozo muy profundo y muy alejado, pues cantan con el pico hundido en las plumas; pero a medida que se responden, es encantador oir su canto aproximándose.

[62] *Cosas molestas*

Se llama a una persona y es otra la que se presenta, en la creencia de que es a ella a quien se ha llamado. El asunto es aún más desagradable cuando esta acude con un regalo.

Se ha hablado más de lo conveniente acerca de alguien, se le ha criticado; un niño, que ha oído y retenido lo que se había dicho, va adonde este y se lo repite.

Alguien os cuenta, sollozando, una historia lamentable; lo escucháis con sincera compasión. Sucede, sin embargo, que no podéis derramar una lágrima. Ponéis cara de circunstancias, pero eso no cambia absolutamente nada.

Otras veces, sin quererlo, al oir un relato de algo venturoso, sentís, de pronto, que vuestro llanto corre incontenible.

(...)

Un día del noveno mes, la lluvia que había caído la noche entera, cesó al rayar la aurora. ¡qué cuadro encantador! Bajo los rayos resplandecientes del sol matinal, los crisantemos del jardín, delante de la casa, dejan verter gota a gota el rocío que los mojaba.

Sobre los setos calados, sobre los ramos entrelazados, sobre los tallos de *erianthe*, yo veía, en harapos, telarañas; aquí y allá, en los hilos rotos se hallaban suspendidas gotas de lluvia semejantes a perlas blancas ensartadas. Me sentía, al mirar todo aquello, deliciosamente triste.

Cuando el sol estuvo un poco alto en el cielo, al caer el rocío -que hacía que las lespedezas aparecieran tan pesadas- los ramos empezaron a menearse, luego se irguieron de repente sin que mano alguna los hubiera tocado. Más tarde, les dije a otras personas qué encantada me había sentido. ¡Pero lo curioso es que cierta gente pueda pensar que el rocío no es lindo!

[64] *Cosas que distraen en los momentos de tedio*

Las novelas, el juego de *go*, el juego de chaquete.
Un chiquillo de tres o cuatro años que habla graciosamente; y así mismo un bebé que parlotea y sonríe.
Las frutas.
Un hombre chistoso y parlanchín ha venido a verme, y aunque para mí sea un día de abstinencia, lo he hecho entrar.

[66] (...)

La Emperatriz contó esta historia: «Algunas personas se preparaban, en un lugar dado, a realizar un concurso de enigmas; una de ellas, que no era naturalmente tonta, y a quien una laboriosa práctica había dado una gran habilidad en las cosas de este género, dijo a los jugadores de su campo, al de la izquierda; «Soy yo quien, de nuestro grupo, hablará primero. ¡Tened a bien pensar en ello!». Los otros, que habían entendido

su demanda, pensaron: «Aun cuando nosotros quedamos marginados, sin duda no hará una pregunta torpe», y lo escogieron como campeón. «Decidnos los enigmas que tenéis en la cabeza. ¿Cuáles son?», le preguntaron; pero él contestó: «Confiad en mí. Cierto, después de haberos hablado como lo he hecho, no anticiparé nada que se deba lamentar amargamente!». Sus compañeros estimaron que decía la verdad.

«Sin embargo, cuando el día del concurso estaba muy cerca, le dijeron de nuevo: «De todos modos, hacedme conocer qué tenéis la intención de proponer. ¡Y si fuera algo extraordinario! -¡Eh!, replicó el hombre, irritado, nada sé de eso; si tenéis tanto temor, ¡no os fiéis de mí!» Sus compañeros estaban muy inquietos.

«Entretanto, el día del concurso llegó. Todos los jugadores, hombres y mujeres, tomaron asiento, ambos campos estaban separados; había allí, dispuestos según sus rangos, numerosos cortesanos y gente bien nacida. Llegado el momento de intercambiar los enigmas, nuestro hombre, en el grupo de la izquierda, se hallaba en primer término. Se echaba de ver en su aspecto que se había preparado con extremo cuidado y que se sentía dispuesto a la lucha. Parecía tan seguro de sí mismo que uno se preguntaba qué iba a decir; todos, tanto sus adversarios como sus partidarios, lo consideraban con inquietud y repetían: «¿El enigma? ¿El enigma?» ¡Qué impaciencia! En fin, el hombre propuso: «¿Un arco tendido en el cielo?»[1]. Las personas del grupo contrario hallaron el asunto muy agradable, creían haber ganado ya; en cuanto a los de la izquierda, primero se quedaron sin saber qué pensar, como estupefactos; luego, en un instante, se dijeron que su compañero era detestable, odioso; que favorecía a sus adversarios y que iba a hacer perder, de propósito, a su propio campo. Entretanto, el jugador que se le oponía se rió burlonamente. «¡No, no sé en absoluto qué es!» respondió poniéndole mala cara y empezó a bromear, pero el que había propuesto el enigma exclamó: «¡Poned la marca, poned la marca!», haciendo anotar un punto a favor de su grupo.

«Los jugadores de la derecha rehusaron y repetían:»¡Es absurdo! ¿Quién, pues, no sabría contestar una pregunta así? No hay, de ningún

---

1 No se trata del arco iris, como podríamos pensar, sino de un cuarto (creciente, menguante) de luna.

modo, que anotar ese punto.» Nuestro jugador replicó: «Mi adversario ha dicho que no sabía; ¿por qué entonces no va a ser perdedor?». Para los enigmas siguientes, dio de igual modo, por sus argumentos, la victoria a su partido.

«Después del concurso, el jugador de la derecha fue abrumado con reproches.»

«Es cierto que se trataba, se le dijo, de algo que todo el mundo sabía bien; aun en un caso semejante, sucede sin embargo que, por falta de memoria, se vea forzado a responder precisamente como vos lo habéis hecho. ¿Por qué habéis declarado que vos no podíais saber?» ¡Tuvo que reconocer su error!»

Cuando la Emperatriz hubo concluido su relato, las damas que la rodeaban exclamaron:»Los compañeros del perdedor bien podían, en verdad, maldecirlo. Se hallaban seguramente contrariados; pero ¡de qué detestable humor estarían las personas pertenecientes al grupo del más hábil, al oir sus primeras palabras!» Se echaron a reir. ¿Sería posible que se haya olvidado esta historia? Todo el mundo, pienso, aún la recuerda.

[67] *Cosas horrorosas*

La corteza de una bellota.
Un lugar donde el incendio ha quemado todo.
Un loto espinoso.
La castaña de agua.
Un hombre de espesa cabellera, que la pone a secar después de haberse lavado la cabeza.
La corteza de una castaña.

[89] *Funcionarios del quinto rango*

(...)

En tiempos del emperador Murakami, un día en que la nieve formaba una capa espesa, el Emperador ordenó llenar de nieve una bandeja de madera de sauce. Allí se clavó una rama florida de ciruelo, y como la luna estaba muy brillante, el soberano dijo a la señora Hyoe, dama-cham-

belán: «Componed, pues, un poema al respecto; ¿qué podréis recitar?» La dama respondió: «Es el tiempo de la nieve, de la luna y de las flores», y el Emperador quedó extremadamente complacido. «Si ella hubiera compuesto un poema -declaró-, eso hubiera sido muy corriente. ¡Pero hallar algo que convenga tan bien a las circunstancias! ¡Eso sí es difícil!

[112] *Las cartas*

(...)

Aunque en una carta no haya nada que se pueda calificar de extraño, es sin embargo una cosa magnífica. Mientras que se piensa con ansiedad en una persona que se encuentra en una provincia distante, preguntándose cómo le irá, se recibe de su parte una esquela. Al leerla, se experimenta la misma impresión que si se viera uno, de pronto, de cara a su amigo. Es maravilloso.

Cuando se ha despachado una carta en la que se han confiado sus pensamientos, el espíritu se siente satisfecho, aun si se piensa que bien podría no llegar a su destino. ¡Qué tristeza invadiría mi corazón y qué atormentada me sentiría si las cartas no existieran!

Cuando, en una carta que se quiere enviar a una persona, se ha escrito detalladamente todo aquello que se tenía en la cabeza, es ya un consuelo, si bien la llegada de la misiva pueda ser incierta. Pero con mayor razón, cuando se recibe una respuesta, la alegría que se disfruta parece capaz de prolongar la vida; en verdad, el creerlo es sin duda razonable.

[115]

Antiguamente, según se cuenta, había un emperador que solo amaba a la gente joven, y hacía dar muerte a cualquiera que hubiera llegado a la cuarentena. Así que todas las personas de edad fueron a ocultarse a las provincias más alejadas; ya no se vio un solo anciano en la capital. En ese tiempo, vivía en esta un hombre que había llegado a ser capitán, uno de los señores más notables de su época, dotado de un espíritu sutil. Este oficial tenía padre y madre, ambos de aproximadamente setenta años. Sabedores de que hasta las personas de cuarenta años debían abandonar la ciudad, esta pobre gente pensaba que su propia suerte era aún

más horrorosa y el miedo les turbaba el espíritu. Pero el capitán amaba mucho a sus ancianos padres, y les aseguraba que no los dejaría jamás partir para vivir lejos, pues no podría pasarse un solo día sin verlos. Trabajando en secreto cada noche, cavó el piso de su casa y allí construyó una habitación donde alojó a sus padres; iba después a verlos regularmente. Por cierto, dijo a las autoridades, como a todo el mundo, que sus padres habían desaparecido.

¿Mas por qué todo eso? Ese emperador habría obrado mucho mejor al no ocuparse de ancianos cuya edad los obligaba a quedarse en casa, lejos de los asuntos públicos. ¡Qué lastimoso siglo!

[117] *El sol*

El sol poniente. Sobre la cresta de los montes, detrás de los cuales acaba de desaparecer, se ve aún un resplandor rojo, y las nubes se extienden en finos regueros teñidos de amarillo claro. Tengo encantado el corazón.

[118] *La luna*

La luna pálida de la aurora.
La luna me encanta aún cuando su delgado cuarto creciente aparece sobre la cima de las montañas, al oriente.

[119] *Las nubes*

Las nubes blancas, púrpuras, negras, me arrebatan.
Las nubes cargadas de lluvia, que el viento echa.
Me gusta también ver, al rayar el día, las nubes sombrías, que blanquean paulatinamente. En un poema chino, se habla, creo, de la tinta que desaparece con la aurora. ¡Es más lindo aún cuando una nube delgada cubre la faz brillante de la luna!

[133]

Hacia el fin del octavo mes, yo iba en peregrinaje al templo de Uzumasa; caminando, contemplaba el campo. Numerosos hombres traba-

jaban ruidosamente en los arrozales cubiertos de espigas. Era la siega. «¡Ah, me decía yo, qué verdaderas son las palabras del poeta: «Se arrancaban los tiernos brotes de arroz, y ya tan poco tiempo después...» ¡Ay! es la verdad, el arroz que he visto plantar hace algunos meses, al dirigirme a Kamo, me da pena ahora.»

Aquella vez, no había mujeres entre los campesinos. Estos cogían con una mano los tallos aún verdes, coronados de espigas doradas; las cortaban, luego, con la otra mano, valiéndose de una hoz, o no sé con qué otro instrumento. La facilidad con la que parecían trabajar me maravillaba; me sentía tentada de unirme a ellos. No sabía yo cómo procedían. Era encantador ver a todos los hombres, alineados, que enderezaban las gavillas, las espigas en alto.

Estos segadores tenían chozas de una extraña forma.

[137]

Otro día, como numerosas damas rodeaban a la Emperatriz, dije a propósito de algo que ella había hablado: «A veces el mundo me irrita y me aburre: ciertamente me parece imposible vivir un instante más. Quisiera irme y perderme no sé dónde; pero si entonces pongo la mano sobre el bonito papel ordinario, muy blanco, sobre un buen pincel, sobre el espeso papel blanco de fantasía o sobre papel de Michinoku, me siento dispuesta a permanecer aún un poco en esta tierra, tal como soy. Y también, cuando miro, después de haberla desplegado, una estera verde, finamente trenzada, ribeteada con una tela cuyos dibujos negros se destacan netamente sobre el fondo blanco, creo que, verdaderamente, jamás podré desterrar el mundo de mi pensamiento; hasta encuentro la vida preciosa.» La Emperatriz me respondió riendo: «Os consoláis con casi nada.»

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

KAMO NO CHOMEI (1155-1216)

NOTAS DE MI CABAÑA DE MONJE *
(Fragmentos)

El mismo río corre sin detenerse, pero el agua nunca es la misma. De aquí, de allá, sobre las superficies tranquilas, retazos de espuma aparecen, desaparecen, sin demorarse nunca demasiado. Igual sucede con los hombres de aquí abajo y con sus viviendas.

En la bella capital[1], las casas de los nobles y de los pobres se suceden en un alineamiento de tejas; parecen durar generaciones enteras, ¿Es así, verdaderamente? No; de hecho, bien pocas hay que sean aún lo que antaño fueron. Aquí, está una casa construida el año pasado y reconstruida en el presente; allá, una lujosa mansión en ruinas convertida en una casita. Lo mismo ocurre con la gente que las habita. Los lugares no cambian; parece que hubiera siempre otro tanto de gente; pero de hecho, de las veinte o treinta que en otro tiempo he visto, apenas encontraría una o dos. Unos mueren en la mañana y ya en la noche son reemplazados por nuevos nacimientos. Exactamente como la espuma que aparece y desaparece en el agua.

Y estos hombres que nacen y mueren, ¿de dónde vienen, adónde van? Lo ignoramos. Más aún, estos hombres en sus viviendas precarias, ¿por qué sufren, por qué se regocijan? Otras tantas cuestiones insolubles.

---

* En: Urabe Kenko: Les heures oisives suivi de Kamo no Chomei, Notes de ma cabane de moin. Traduit du japonais par Charles Grosbois, Tomiko Yoshida et le R.P. Sauver Candau. Connaissance del'Orient, Gallimard/UNESCO,Paris, 1968.

1 Kioto

Las moradas humanas y sus habitantes rivalizan en impermanencia, desaparecen, y nos hacen pensar en el rocío sobre la enredadera matinal.

Luego la gota de rocío cae y la flor permanece; la flor permanece sin duda pero pronto también se mustia bajo los rayos del sol naciente. Luego, la flor se repliega sobre sí misma, mientras que el rocío permanece; por más que el rocío se empeñe en permanecer, jamás ha de durar hasta la noche.

Desde que puedo juzgar las cosas de este mundo, más de cuarenta primaveras y de cuarenta otoños ya han pasado, y en este lapso he sido testigo de muchos terribles sucesos.

El vigésimo octavo día del cuarto mes del tercer año de la era de Angan, el viento soplaba violentamente y en la noche agitada, hacia las ocho, un incendio se produjo al sudeste de la ciudad y se extendió hacia el noroeste. Para acabar, la Puerta de Suzaku, el Palacio de Daigoku, la universidad, la oficina gubernamental fueron devorados por las llamas y, en una sola noche, reducidos a cenizas. Se dijo que el fuego había prendido en el barrio de Higuchi-Tomi-no-Koji. También se ha contado que el incendio empezó en un refugio provisional donde estaban alojados unos enfermos.

A causa del viento que soplaba rabiosamente, las llamas saltaban de un lado a otro, avanzando en forma de abanico desplegado. Las casas retiradas se sofocaban con el humo, mientras las habitaciones cercanas escupían chorros de llamas contra la tierra. Las cenizas, proyectadas hacia el cielo, estaban iluminadas por los reflejos del fuego, y se veía, en el cielo enteramente enrojecido, volar pavesas que llevaban el incendio hasta más de trescientos o cuatrocientos pies adelante. ¡Cuál no sería el terror de los hombres presos de esos braseros!

Algunos caían, sofocados por el humo; otros perecían súbitamente envueltos por las llamas; otros aún que habían escapado por escaso margen del peligro, impotentes para salvar sus muebles y sus bienes, veían allá, bajo sus ojos, todos sus tesoros convertidos en cenizas. ¿Quién podría estimar tales pérdidas?

Esta vez, el incendio ha engullido dieciséis mansiones señoriales.

Además, innumerables casas han desaparecido. Se dice que un tercio de la ciudad ha ardido. Varios miles de personas, hombres y mujeres, han muerto; imposible decir los nombres de las víctimas entre el ganado.

En el fondo, todas las empresas humanas son estúpidas e ilusorias; ¿qué pensar de los hombres que han gastado su fortuna y han penado por construir sus casas en medio de una ciudad tan expuesta al peligro? ¿No es eminentemente lastimoso?

(Traducido del francés por Javier Sologuren)

URABE KENKO (1283-1350)

EL LIBRO DEL OCIO *
(Fragmentos)

La armonía de una morada, su conveniencia -lo cual no es sin embargo, si bien se piensa, sino un asilo pasajero-, he aquí que encanta el corazón. Allí donde, en amable serenidad, habita un hombre de mérito, aun los rayos lunares parecen adquirir una tonalidad más conmovedora. Pero no una casa moderna y fastuosa, sino, en medio de viejas frondas donde, sin arte, la yerba del jardín parece llena de sentido, donde las verandas y los setos se disponen con gusto, donde aquí y allá los objetos mismos hablan de tiempos lejanos y de paz ¡Oh visión digna de envidia! Pero aquella en la que una muchedumbre de artesanos ha agotado su celo en pulir; donde de China o del Japón han sido reunidos, en un escaparate, objetos raros, de un esplendor inaudito; donde hasta la vegetación en el parque está preparada contra natura es, para los ojos que la consideran, un triste espectáculo y muy deprimente. ¿Quién, pues, vivirá allí para siempre?

El primer pensamiento que nos acude es que puede reducirse a humo en un corto instante. Por la casa se juzga generalmente el carácter del amo.

He oído decir que antaño Saigyo -quién había visto al Ministro de Go-Tukudai-ji, el joven, hacer que se tendieran cuerdas para espantar los milanos del techo de su palacio- había dicho: «¿Qué hay de molesto en la

---

* Ver texto anterior

presencia de los milanos? ¿El corazón de ese señor es tan mezquino?» Y dejó de visitarlo. Un día que se habían tendido cuerdas sobre el caballete del palacio de Kosaka, morada del Príncipe de Aya-no-koji, me acordé de esa historia. Ahora bien, la realidad es esta: «Bandadas de cuervos, me dicen, se tragaban las ranas del estanque, y este espectáculo entristecía al Príncipe.» Tal explicación me pareció muy conmovedora. En el Tokudai-ji, también, se tenía quizá alguna razón al respecto.

XIII

Solitario, bajo la lámpara, es una alegría incomparable hojear libros y hacerse amigo de los hombres de un pasado que no he conocido.

Entre todos, hay conmovedores volúmenes de la Antología China Mon-seu (Wen-siuan), las colecciones de Haku Raku ten (Po Lo T'ien), las palabras de Roshi (Lao-Tse) y las obras de So-ji (Chuang-Tse). Al igual que para las obras escritas por los maestros de nuestro país, los antiguos están llenos de emocionantes cualidades.

XIV

La poesía japonesa tiene también su encanto. No hay trabajo del campesino grosero y del humilde montañés, al que la ficción poética no confiera su valor. Hasta el temible jabalí que, cuando es descrito «echado en su madriguera», reviste una cierta amenidad.

Los poemas de nuestros días hacen aparecer, en alguna parte, cosas lindamente dichas; pero en cuanto a poesía, como la de antaño, ya no existe. El poema de Tsurayuki: «Aunque nuestras vidas no han sido hiladas juntas» habría pasado, según la tradición, por una pieza de desecho en la Antología de Kokin-shu. No parece, sin embargo, ser de aquellas al alcance de nuestros contemporáneos. Los poemas de la época, tanto en el estilo como en los términos, ofrecen numerosos casos similares. ¿Por qué, pues, aquel es criticado así? Eso lo ignoramos. ¿No está, por otra parte, citado en la novela de Genji?

En la Antología Shin-Kokin-shu, se dirige un reproche al poema: «Se ha quedado solo, pino triste en las cimas»... Este, en verdad, podría parecer de un estilo algo descuidado. No fue por eso, durante el concur-

so, juzgado menos excelente por todos y hasta obtuvo, más tarde, un elogio especial de Su Majestad, tal como lo relata el diario de Iyenaga.

Se dice que la senda de la poesía es la única que no ha cambiado desde la antigüedad. ¡Ciertamente! Las mismas palabras empleadas, las mismas fuentes de inspiración carecen hoy del mismo valor que para los hombres de antaño. Sus versos parecen fáciles y simples, de un estilo muy puro y son profundamente conmovedores. En los cantos de Ryojinhisho, aun allí, ¡cuántos pasajes emocionantes! ¿No es cierto que las menores palabras de la boca de los antiguos suenan deliciosamente al oído?

XVIII

Imponerse una vida frugal, rehusarse a todo lujo, no poseer riquezas ni codiciar los bienes de este mundo, he aquí, para el hombre el verdadero bien. Desde la antigüedad, es raro que un sabio haya conocido la opulencia.

En China vivía un hombre llamado Kyo-yu (Hiu-yeu). No tenía nada que le perteneciera, y como él hasta sacara con la mano el agua para beber, alguien, habiéndolo visto, le pasó una cantimplora. Pero un día que la había colgado de una rama y que, por efectos del viento, zumbaba, importunado, la arrojó. Y volvió a beber en el cuenco de su mano. En el fondo de ese corazón, ¡qué frescura!

Son-shin (Suen-ch'en), en los meses invernales, carecía de mantas y solo disponía de una gavilla de paja, sobre la cual se acostaba de noche y que, ya de mañana, apartaba.

En todo esto, los chinos veían admirables ejemplos, y es por eso que los pusieron por escrito para los siglos futuros. Aquí, ni siquiera se les hubiera relatado oralmente.

LXXV

Para soportar el ocio, ¿qué es, pues, necesario tener en el corazón? Una soledad sin diversión es de seguro el soberano bien.

Uno se deja llevar por el mundo, el corazón, atraído por las manci-

llas del deseo, se extravía fácilmente; uno se mezcla con los hombres, las palabras se ajustan a la conveniencia del auditorio y no responden al pensamiento; uno bromea, uno se pelea, ora enfadado, ora gozoso. No hay en ello constancia alguna. Es una pululación de cálculos, la preocupación sin tregua por las ganancias y las pérdidas. La embriaguez se añade al extravío y, en esta embriaguez, se sueña. Uno corre, se apresura, fascinado; se olvida lo esencial: tal es el destino de todos los hombres.

Aunque no se conociera la Verdadera Vía, es conservándose recogido por un despego de todas las ataduras; es asegurándose la paz de su corazón por una abstención de los negocios, que se tendrá título para un instante de felicidad. «Romped todas las ataduras: profesión, sociedad, artes y ciencias», se dice justamente en el Maka-shikwan.

LXXXII

«Es molestoso, decía alguien, que la encuadernación en fina tela de seda se estropea pronto. ¡Pero no! respondió Tonna, esas telas ganan más encanto cuando se gastan las partes altas y bajas de la encuadernación. Igual sucede con los rollos incrustados con nácar; después de que las laminillas caen es cuando más me gustan. «Por esta frase, le he concedido mayor estima aún a Tonna». Alguien hallaba chocante ver colecciones completas de libros o de rollos dispuestos irregularmente. El archidiácono Koyu respondió al respecto: «Es un signo de vulgaridad presentar una colección de manera idéntica. Bueno es mantener la variedad.» Observaciones excelentes.

Cualquiera que sea el objeto, su perfección es un defecto. Dejad las cosas inacabadas, tal como son, sin refinarlas, me interesaré por ellas y me sentiré contento. Se me ha dicho: Cuando se construye una morada imperial, es costumbre dejar una lugar inacabado. En los textos religiosos, búdicos u otros, escritos por los sabios de antaño,¿ no es cierto que se encuentran ejemplos de capítulos que faltan?

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

TANIZAKI JUNICHIRO

ELOGIO DE LA SOMBRA *

Un aficionado a la arquitectura que, en nuestros días, quiera hacerse construir una morada de puro estilo japonés, se presta a muchos sinsabores al vérselas con la instalación de la electricidad, del gas y del agua, y así no hubiera él mismo tenido la experiencia de construir, bastaría con que entrara a una sala de casa de citas, de restaurante o de albergue para darse cuenta de los esfuerzos que hubiera sido necesario desplegar para integrar armoniosamente estos dispositivos en una pieza de estilo japonés. A no ser que sea uno de esos aficionados al té que, en su suficiencia, desdeña los beneficios de la civilización científica y establece su «choza» al fondo de un campo alejado, desde que se está a la cabeza de una familia de cierta importancia y se vive en la ciudad, no veo por qué se les volvería la espalda -so pretexto de que se desea una casa tan japonesa como sea posible- a las estufas, al alumbrado, a las instalaciones sanitarias, cosas todas inseparables de la vida moderna. Por cierto, un hombre por poco meticuloso que sea se devanará los sesos por cualquier nimiedad, el teléfono por ejemplo que relegará debajo de una escalera o en un rincón del corredor, allí donde menos llame la atención. Hará enterrar los cables eléctricos en la travesía del jardín, disimulará los conmutadores en los roperos, debajo de los estantes, correrá las líneas interiores a la sombra de los biombos, de tal modo que sucede a veces que, al término de tanta ingeniosidad, se experimente cierta irritación ante tal exceso de ar-

---

* Tanizaki Junichiro. Eloge de l'ombre. Traduit du japonais par René Sieffert. Publications orientalistes de France, Paris, 1977.

tificio. Una bombilla eléctrica es ya cosa familiar a nuestros ojos; entonces por qué no dejar lisa y llanamente la bombilla al descubierto, provista de una trivial pantalla de vidrio delgado y lechoso, que daría la impresión de lo natural y sencillo. Me ha sucedido, de noche, al mirar el campo por la ventanilla del tren, percibir, a la sombra de los *shoji* cubiertos de papel blanco de una casa campesina, un foco que brillaba solitario debajo de una de esas delgadas pantallas anticuadas, y hallar eso de un gusto exquisito.

Un ventilador es, al contrario, otro asunto, pues ni su ruido ni su forma concuerdan fácilmente con el estilo de una pieza japonesa. En una casa ordinaria, si eso no os es grato, podéis siempre prescindir de ello; pero en un establecimiento destinado a acoger clientes durante el verano, no es el caso de conformarse a los gustos exclusivos del propietario. Un amigo mío, dueño del Kairaku-en, conocedor bastante fino en materia de arquitectura, detesta los ventiladores y se ha negado largo tiempo a permitir que se instalen en los cuartos; pero cada año, una vez llegado el estío, debía sufrir las quejas de los clientes, de modo que ha acabado por ceder.

Yo que os hablo, el año pasado, enterré una fortuna poco compatible con mi situación, en la construcción de una casa, lo que me ha valido una experiencia del mismo género; como tenía que ocuparme de todos los detalles, hasta de los tabiques movibles, hasta del ultimo accesorio, me he dado con no pocas dificultades. Los shoji, por ejemplo: so pretexto de buen gusto, no quise guarnecerlos con vidrios, y decidí no utilizar estrictamente más que papel; de allí surgieron molestias respecto de la luz, y no cerraban bien. Como último recurso, se me ocurrió guarnecerlos interiormente con papel y con vidrios en el exterior. Para ello se requirieron marcos dobles, anverso y reverso, y el gasto aumentó en proporción; cuando finalmente estuvieron colocados, descubrí que, vistos desde fuera, eran vulgares vidrieras, y vistos desde dentro, a causa del vidrio que cubría el papel, ya no ofrecían la suavidad y el inflado de los shoji auténticos: en dos palabras, el efecto era de lo más desagradable. Podéis decir entonces que tanto hubiera valido poner sencillas vidrieras, y os tiraréis de la oreja; tratándose de otro, tal vez uno se burlaría, pero siendo de uno mismo, costará mucho trabajo admitir que uno se ha equivocado, mientras no se haya probado a satisfacción.

Se encuentran en el comercio, en estos últimos tiempos, bombillas

eléctricas en forma de linternas portátiles, o colgantes, o cilíndricas, o hasta en forma de candelabros, más en armonía con una pieza japonesa; sin embargo casi no son de mi agrado y por mi parte he buscado, entre los vendedores de cosas viejas, lámparas de petróleo, lamparillas de noche y lámparas de cabecera de antaño y he adoptado las bombillas eléctricas.

Los aparatos de calefacción son sin embargo los que más trabajo me han dado. De todos los que designa el término genérico de «estufas», no hay una, en efecto, cuya forma pueda convenir a una pieza japonesa. La estufa de gas emite además un zumbido continuo y, a menos que se haya previsto una chimenea de evacuación, os causa muy pronto dolor de cabeza; la estufa eléctrica sería ideal en este aspecto, si sus formas no fueran tan faltas de gracia. Ciertamente se podría disponer, debajo de los estantes, radiadores semejantes a los que se utilizan en los tranvías, pero no poder ver ya los resplandores del fuego aboliría todo el encanto del invierno y la intimidad familiar sufriría con ello. En lo que me concierne, después de muchas reflexiones, hice construir un gran hogar central como los que se hallan en las casas campesinas y allí coloqué una estufa eléctrica; este dispositivo me permite, a la vez, mantener caliente el agua del té y calentar la pieza y, dejando de lado el alto costo de la operación, desde un punto de vista estético, es más bien un acierto.

Había pues resuelto el problema de la calefacción de manera satisfactoria, pero el cuarto de baño y el water iban a causarme nuevas preocupaciones. El dueño del Kairaku-en, al negarse a usar el embaldosado para las tinas y el desagüe, había hecho construir los cuartos de baño de los clientes totalmente con madera; no es necesario decir que el embaldosado es mil veces más económico y más práctico. Se podría emplear una buena madera japonesa para el techo, los pilares y los tabiques, y resignarse para el resto con uno de esos embaldosados vistosos, pero entonces el contraste será chocante. Puede ser pasable si todo es nuevo, pero cuando, con los años el grano de la madera de las tablas y de los pilares haya tomado pátina y el embaldosado haya conservado su brillantez blanca y lisa, se habrán literalmente «desposado la madera y el bambú». Para el cuarto de baño sin embargo, las cosas podrían arreglarse, si acaso sacrificando un poco el lado práctico en beneficio del buen gusto. Pero al pasar al water, los problemas molestosos aumentaron.

*

Cada vez que, en un monasterio de Kioto o de Nara, se me indica el camino al water construido a la manera de antaño, penumbroso y pese a ello de una limpieza meticulosa, experimento intensamente la calidad única de la arquitectura japonesa. Un pabellón de té es un lugar agradable, lo admito, mas el water de estilo japonés está construido en verdad para la paz del espíritu. Separado siempre del edificio principal, está dispuesto al abrigo de un bosquecillo desde el cual os llega un olor de verde follaje y de musgo; después de haber recorrido una galería cubierta, para dirigirse allá, en cuclillas en la penumbra, bañado en la luz suave de los shoji y sumido en sus ensueños, se experimenta, al contemplar el espectáculo del jardín que se despliega debajo de la ventana, una emoción indescriptible. A los encantos de la existencia, el Maestro Soseki agregaba, al parecer, el hecho de ir cada mañana a aliviarse; precisando que se trataba de una satisfacción esencialmente fisiológica; ahora bien, para apreciar plenamente este agrado no hay sitio más adecuado que el water de estilo japonés, donde se puede, al abrigo de paredes muy sencillas, de superficie clara, contemplar el azul del cielo y el verde del follaje. A riesgo de repetirme, agregaré por otro lado que cierta cualidad de penumbra, una absoluta limpieza y un silencio tal que el zumbido de un mosquito ofuscaría el oído, son condiciones indispensables. Cuando me encuentro en semejante lugar, me es grato oír la caída de una lluvia suave y regular. Y esto muy en particular en las construcciones propias de las provincias orientales donde se ha dispuesto, a ras del piso, aberturas estrechas y largas para arrojar las barreduras, de modo tal que se pueda oír, muy cerca, el ruido apaciguador de las gotas que, cayendo del borde del tejadillo o de las hojas de árbol, salpiquen el pie de las linternas de piedra, impregnando el musgo de las baldosas antes de que las enjugue el suelo. En verdad, este lugar conviene al grito de los insectos, al canto de los pájaros, a las noches de luna también; es el sitio más adecuado para saborear la punzante melancolía de las cosas en todas las cuatro estaciones, y los viejos poetas del haikai han debido hallar allí innumerables temas. No es pues imposible pretender que es en la construcción del water que la arquitectura japonesa alcanza las cimas del refinamiento. Nuestros ancestros, que poetizaban todas las cosas, habían acertado paradójicamente en trasmutar en un lugar de supremo buen gusto el sitio que, de toda la morada, debía ser, por razón de su destino, el más sórdido, y por

una estrecha asociación con la naturaleza, a difuminarlo en una red de delicadas asociaciones de imágenes. Comparada con la actitud de los occidentales que, deliberadamente, decidieron que el lugar era sucio y que era necesario evitar la menor alusión en público, infinitamente más cuerda es la nuestra, pues hemos penetrado con ello, ciertamente, hasta la médula del refinamiento. Los inconvenientes, si fuera indispensable hallarlos, serían el alejamiento y la consecuente incomodidad cuando se está obligado a dirigirse allí en plena noche, y, por otra parte, el riesgo de coger un resfriado; con todo si, para valernos de una palabra de Saito Ryoku.u «el refinamiento es cosa fría», el hecho de que ahí reine un frío igual al del aire libre sería un encanto suplementario. Me disgusta soberanamente que en el cuarto de aseo de estilo occidental de los hoteles, se haya llegado a ofrecer el calor de la calefacción central.

Para un aficionado al estilo arquitectónico del pabellón de té, el water de extracción japonesa representa por cierto un ideal, y conviene perfectamente en efecto a un monasterio donde las edificaciones son relativamente amplias en proporción con el número de los que allí viven, donde la mano de obra jamás falta para el aseo; por el contrario, en una casa ordinaria no es fácil preservar la limpieza. Sobre un piso cubierto de tablas o de esteras, por más que se vigile y se pase el trapo puntualmente, la suciedad de todos modos acaba por saltar a la vista. He aquí por qué se resuelve un buen día a instalar el embaldosado y un tanque con descarga de agua, equipo ciertamente más higiénico y de un mantenimiento más fácil, pero que carece, en cambio, del menor vínculo con el «refinamiento» o el «sentido de la naturaleza». Situado en una luz cruda, entre cuatro paredes que tiran a blanco, se habrá perdido las ganas de complacerse con la famosa «satisfacción de orden fisiológico» del Maestro Soseki. Cierto es que toda esa blancura es de una limpieza patente, pero el asunto es saber si valdría la pena prodigar tantas cuidados al sitio destinado a recibir los desechos de nuestro cuerpo. Estaría perfectamente fuera de lugar que la más bella joven del mundo, así tuviera una piel nacarada, exhibiese en público sus nalgas y sus muslos, e igualmente es una total falta de educación iluminar semejante sitio de un modo tan llamativo: basta en efecto que la parte visible sea impecable para que se le otorgue una opinión favorable a la que no se ve. Es infinitamente preferible, en un lugar como aquel, velar todo con una penumbra indistinta y no dejar sino apenas adivinar el límite entre lo que es limpio y aquello que lo es menos. Por todas estas razones, cuando hice construir mi casa, opté

por el equipo sanitario, pero me opuse al embaldosado e hice colocar un piso de madera de alcanfor; así esperaba yo poder volver a hallar algo del estilo japonés, pero el problema era el tanque. Me explico: como se sabe, los tanques de descarga de agua son todos de porcelana blanca, con accesorios de metal reluciente. Ahora bien, mis preferencias personales por esta suerte de utensilio, ya sea para uso masculino o femenino, van por la madera. Nada vale tanto evidentemente como la madera encerada, pero la madera bruta misma, con los años, adquiere un bello tono pardo y del grano de la madera se desprende cierto encanto que calma extrañamente los nervios. Debo precisar que para mí el ideal sería uno de esos tanques «en flor de enredadera», hecho de madera y relleno de agujas de criptomera muy verdes, lo que sería agradable de ver y, aún más, perfectamente silencioso.

*

Sin llegar a permitirme tamaña extravagancia, quise al menos hacerme fabricar un tanque conforme a mi gusto, dispuesto a que se le adapte un tanque de descarga de agua; pero para obtener un objeto tan singular, se hubiera requerido tantas diligencias y tanto dinero que acabé por renunciar a ello.

Nada tengo, cierto, contra la adopción de las comodidades que ofrece la civilización en materia de alumbrado, de calefacción o de tanques de water, pero de todos modos me he preguntado por qué, tales como son las cosas, no les concedemos un poco más de importancia a nuestras costumbres y gustos, y si sería verdaderamente imposible ajustarnos más a ellos.

Hoy están de moda las lámparas eléctricas en forma de faroles portátiles, lo que prueba que nuevamente nos hemos dado cuenta de la suavidad y del calor, que habíamos olvidado un tiempo, propios de esa sustancia que tiene por nombre «papel»; hemos reconocido que, mejor que el vidrio, concordaba con la casa japonesa; pero el sentimiento de esta armonía necesaria no ha tocado aún el comercio de los tanques de water o de las estufas.

En materia de calefacción, estoy persuadido, pues lo he probado, de

que nada vale lo que una estufa eléctrica instalada en el hogar, pero no se ha hallado a nadie capaz de poner a punto ese dispositivo pese a ser sencillo (es cierto que hay braseros eléctricos bastante lamentables, pero como medio de calefacción no valen más que los braseros de carbón); lo cual hace que en el comercio no se encuentre siempre más que esos caloríferos de estilo occidental, perfectamente inadecuados. Admito que es un lujo insistir, en nombre del buen gusto, en estos detalles tan triviales de la vida cotidiana. Alguien habrá de hacerme notar que lo esencial es estar en condiciones de defenderese de los cambios de temperatura y contra el hambre, y que poco importa la forma. De hecho, por orgulloso que se esté de su resistencia, «los días en que la nieve cae son en verdad fríos», y si existe al alcance de la mano un medio eficaz para remediar este inconveniente, está fuera de lugar disputar acerca de su mayor o menor elegancia; es pues inevitable que se tenga ganas de gozar sin reserva mental de este bienestar nuevo, y bien que concibo eso; sin embargo, si Oriente y Occidente hubieran elaborado, cada uno por su parte e independientemente, civilizaciones científicas diferentes, ¿cuáles serían las formas de nuestra sociedad y hasta qué punto serían diferentes de lo que son? He aquí el género de interrogantes que habitualmente me planteo. Supongamos, por ejemplo, que hayamos desarrollado una física, una química que nos fuesen propias; las técnicas, las industrias fundadas en estas ciencias hubieran naturalmente seguido vías diferentes, las múltiples máquinas de uso cotidiano, los productos químicos, los productos industriales ¿no habrían sido mucho más apropiados a nuestro genio nacional? Y tal vez nada impida pensar en que los principios mismos de la física y de la química, considerados desde un ángulo distinto al de los occidentales, se hubieran revelado bajo aspectos diferentes de los que se nos enseña hoy, en lo concerniente, por ejemplo, a la naturaleza y las propiedades de la luz, de la electricidad o del átomo.

Ignorando todo de la física teórica, no hago en este caso sino dejar correr mi imaginacion; para los descubrimientos de orden práctico sin embargo, si hubiéramos seguido direcciones originales, las repercusiones de éstas hubieran sido sin duda alguna considerables en lo tocante al modo de vestirnos, de alimentarnos y alojarnos, lo cual es evidente, pero también las estructuras políticas, religiosas, artísticas y económicas; y es fácil imaginárselo, siendo como es Oriente, que hubiéramos encontrado soluciones radicalmente diferentes.

He aquí un ejemplo muy simple. No hace mucho publiqué en Bungei-shunju un artículo donde comparaba la pluma estilográfica y el pincel; pues bien, supongamos que el inventor de la pluma estilográfica haya sido un japonés o un chino de antaño, es evidente que la habría provisto no de una pluma metálica, sino de un pincel. Y no sería tinta azul, sino un líquido análogo a la tinta china lo que se habría ingeniado para hacerlo descender del reservorio hasta los pelos de ese pincel. En consecuencia, siendo inconvenientes los papeles de tipo occidental para el uso del pincel, hubiera sido necesario, para responder a una demanda acrecentada, producir en cantidad industrial un papel análogo al papel japonés, una especie de hanshi mejorado. Y si el papel, la tinta china y el pincel se hubieran desarrollado en esta vía, la pluma metálica y la tinta occidental jamás habrían conocido su actual boga, los partidarios de los caracteres latinos no habrían logrado ninguna aceptación, y los ideogramas y los kana habrían sido objeto de una predilección unánime y poderosa. No es todo: nuestro pensamiento y nuestra literatura misma no habrían imitado tan servilmente a Occidente y, quién sabe, quizás nos habríamos encaminado hacia un mundo nuevo enteramente original. Con estas reflexiones, he querido mostrar que la forma misma de un útil de apariencia insignificante podría tener repercusiones casi hasta el infinito.

*

Bien sé que todo esto no es más que imaginación de novelista, y es evidente que llegados al punto donde estamos ya no es cuestión de retroceder y rehacerlo todo. Por eso, lo que digo no es otra cosa que desear lo imposible y deshacerme en vanas recriminaciones; pero toda acrimonia puesta de lado, no está sin embargo prohibido, supongo, interrogamos y buscar en qué medida estamos en desventaja respecto de los occidentales. En una palabra, Occidente ha seguido su vía natural para llegar a su estado actual; en cuanto a nosotros, frente a una civilización más avanzada, no hemos podido hacer más que introducirla en nosotros, pero por carambola nos hemos visto conducidos a bifurcarnos hacia una dirección distinta de la que seguíamos desde milenios: cuántos tropiezos y cuántos chascos, pienso, nos vienen de allí.

Admito de buen grado, prescindiendo de toda vanidad, que no hayamos realizado sino muy escasos progresos en el curso de los últimos cinco siglos. También es cierto que yendo a los campos de la China o de

la India, se descubrirían modos de vida que casi no han cambiado desde los tiempos de Buda o de Confucio. Pero sea lo que fuera, la dirección que hemos tomado era sin duda la que convenía a nuestra propia naturaleza. Y puede ser que mucho más tarde, pero de todos modos a fuerza de avanzar a pasos cortos, nada nos diga que un día no habríamos inventado los instrumentos de una civilización avanzada, el equivalente de nuestros tranvías actuales, de nuestros aviones, de nuestra radio, los cuales ya no habrían sido préstamos hechos a extraños, sino objetos realmente adaptados a nuestras necesidades propias.

Ved por ejemplo nuestro cine: difiere del americano tanto como del francés o del alemán por los juegos de sombras, por el valor de los contrastes. Así, aun independientemente de la dirección o de los asuntos tratados, la originalidad del genio nacional se revela ya en la sola fotografía. Ahora bien, nos servimos en este caso de los mismos aparatos, de los mismos reveladores químicos, de las mismas películas; de suponer pues que hayamos perfeccionado una técnica fotográfica que nos sea propia, es lícito preguntarse si no se hubiera adaptado mejor a nuestro color de piel, a nuestra apariencia, a nuestro clima y a nuestros usos.

Y si nosotros mismos hubiéramos inventado el fonógrafo o la radio, es probable que fueran concebidos de manera de resaltar las cualidades propias de nuestra voz y de nuestra música. En su principio, en efecto, nuestra música se caracterizaba por cierta discreción, por la importancia que concede al ambiente, de suerte que, una vez registrada y luego amplificada por los altoparlantes, pierde una buena mitad de su encanto. En el arte oratoria, evitamos los gritos, cultivamos la elipsis y sobre todo atribuimos una importancia extrema a las pausas; ahora bien, en la reproducción mecánica del discurso, la pausa es totalmente destruida. Y es así que por haber acogido esos aparatos, hemos sido llevados a desnaturalizar nuestras artes. Mientras que los occidentales, tratándose de aparatos en principio inventados y perfeccionados por ellos y para ellos, los han adaptado, desde el comienzo, a su propia expresión artística. Se puede estimar que, por este simple hecho, hemos sufrido verdaderos daños.

*

El papel es, se nos dice, invención de los chinos; el caso es que no experimentamos frente al papel de Occidente otra impresión que tener

que vemos con una materia estrictamente utilitaria, en tanto que nos basta ver la textura de un papel de la China o del Japón, para sentir una tibieza que nos apacigua. De blancura igual, un papel de Occidente difiere por naturaleza de la de un hosho o de un papel blanco de la china, los rayos luminosos parecen rebotar en la superficie del papel de Occidente, mientras que la del hosho o del papel de la China, semejante a la superficie vellosa de la primera nieve, los absorbe blandamente. Más aún, agradables al tacto, nuestros papeles se pliegan y se arrugan sin ruido. El contacto con ellos es suave y ligeramente húmedo, como el de una hoja de árbol.

En términos generales, la vista de un objeto reluciente nos procura cierto malestar. Los occidentales usan, aun para la mesa, utensilios de plata, de acero, de níquel, que bruñen a fin de hacerlos brillar, mientras que nosotros nos horrorizamos ante todo lo que así resplandece... Ciertamente, nos sucede servirnos también de teteras, de copas, de frascos de plata, pero nos cuidamos bien de pulirlos como ellos lo hacen. Muy por el contrario, nos regocijamos al ver empañarse su superficie y, contando con el tiempo, ennegrecerse enteramente; casi no hay casa donde una criada desprevenida no se haya hecho reprender por haber sacado brillo a un utensilio de plata cubierto con una preciosa pátina.

En una época reciente, se ha extendido la costumbre de usar el estaño para la cocina china, y es muy probable que los chinos aprecien la propiedad de criar pátina de ese metal. Nuevo, recuerda al aluminio, y la impresión que produce nada tiene de agradable; los chinos no lo habrían pues jamás adoptado si no envejeciera bien y acabara por alcanzar de ese modo cierta elegancia. Por otra parte, allí se graban poemas que, con la superficie ennegrecida del estaño, formarán una armonía perfecta. Brevemente, entre las manos de los chinos, ese metal ligero, vulgar y de relumbrón se ha convertido en una materia densa y de buena ley, de reflejos profundos como una cerámica.

Son los chinos aún quienes aprecian la piedra que se llama jade: ¿no sería necesario, en efecto, ser extremo-orientales como nosotros mismos, para hallarles un atractivo a esos bloques de piedra extrañamente turbios, que aprisionan en lo recóndito de su masa sus resplandores huidizos y perezosos, como si en ellos se hubiera coagulado un aire varias veces centenario? ¿Qué puede pues atraernos en una piedra tal como ésta,

que carece de los colores del rubí o de la esmeralda y del brillo del diamante? Lo ignoro, pero a la vista de la superficie enturbiada siento que esta piedra es específicamente china, como si su espesor cenagoso estuviera hecho de los aluviones lentamente depositados del pasado remoto de la civilización china, y debo reconocer que no me sorprendo ante la dilección de los chinos por semejantes colores y sustancias.

Pasando al cristal de roca, en estos tiempos se ha importado grandes cantidades de Chile, pero comparado con el del Japón, el de Chile peca por exceso de pureza y de limpidez. El cristal que desde siempre se encuentra en la provincia de Ka.i, cuya transparencia está toda enturbiada por ligeras nubes, por ese hecho da la impresión de una mayor densidad; en cuanto al cristal que contiene «pajas», el que en su masa encierra partículas de materia opaca, ese nos brinda un placer aún más vivo.

El vidrio mismo, el de Kanryu, por ejemplo, que habían obtenido los chinos, ¿no está más cerca de los jades o de las ágatas que de los vidrios de Occidente? Los orientales conocen desde hace largo tiempo los secretos de la fabricación del cristal, pero ésta jamás se ha desarrollado como en Europa; si en cambio la cerámica ha logrado entre nosotros progresos considerables, allí está aún, sin duda alguna, un hecho en relación con nuestro genio nacional.

No es que tengamos prevención a priori contra todo lo que brilla, pero a un brillo superficial y helado, hemos preferido siempre los reflejos profundos, algo velados; sea, en las piedras naturales tanto como en las materias artificiales, ese brillante ligeramente alterado que evoca irresistiblemente los efectos del tiempo. «Efectos del tiempo», he aquí ciertamente que suena bien, pero a decir verdad, es el brillo que produce la grasa de las manos. Los chinos tienen una palabra para eso, «el lustre de las manos», los japoneses dicen «el desgaste»; el contacto de las manos en el curso de un largo uso, su frotamiento, aplicado siempre a los mismos sitios, produce con el tiempo una impregnación grasienta, en otros términos, ese lustre es la grasa de las manos.

Lo que explica que se haya podido añadir al aforismo «el refinamiento es cosa fría», estas palabras: «y un poco sucia». Sea lo que fuera, es innegable que en el buen gusto del cual nos jactamos entran elementos de una limpieza dudosa y de una higiene discutible. Contrariamente a los

occidentales que se esfuerzan por eliminar todo lo que se parezca a una mancha, los extremo-orientales la conservan preciosamente y tal cual para hacer de ella un ingrediente de la belleza. Es una derrota, me diréis, y os lo concedo, pero no es menos cierto que amamos los colores y el lustre de un objeto ensuciado por la grasa, el hollín o la intemperie, o que parece serlo, y que vivir en un edificio o entre utensilios que poseen esa cualidad, nos apacigua el corazón y nos calma los nervios.

Al respecto, siempre he pensado que las paredes de un cuarto de hospital, la indumentaria médica, los instrumentos quirúrgicos no deberían, cuando el paciente es japonés, tener ese brillo metálico o esa blancura uniforme, sino tonos un poco más sombríos y más suaves. Si al enfermo se le cuida en una pieza de estilo japonés de paredes enarenadas, echado sobre esteras, es seguro que su aprensión será menor. Si detestamos ir al dentista se debe por una parte a la repulsión que nos inspira el ruido de la fresa al cavar el diente, pero la culpa se debe también a nuestro pavor ante la superabundancia de los instrumentos de vidrio y de metal deslumbrantes. En una época en que yo sufría una fuerte depresión nerviosa, sólo oír hablar de cierto dentista de vuelta de América y muy orgulloso de su instalación ultramoderna, me ponía la carne de gallina. En cambio, yo iba gustoso donde un dentista que había instalado, como aún se ve en las pequeñas ciudades, un gabinete dental un poco anticuado en una vieja casa de estilo japonés.

Dicho esto, sería enojoso que los instrumentos quirúrgicos fuesen deslustrados por el tiempo, mas es probable que si la medicina moderna se hubiera constituido en el Japón, se habría imaginado instalaciones o instrumentos más en armonía con la casa japonesa.

He aquí pues otro de los inconvenientes que se siguen para nosotros del empleo de objetos prestados.

Hay en Kioto un restaurante famoso que se llama el Waranji-ya. En este establecimiento, los gabinetes particulares, hasta hace poco, no estaban iluminados eléctricamente, sino por arcaicos candelabros que le daban su reputación; en la primavera del año en curso, retorné después de una larga ausencia para advertir que allí también las lámparas eléctricas en forma de faroles portátiles habían hecho su aparición. Pregunté desde cuándo estaba así, se me contestó que desde el año pasado, que muchos clientes hallaban el fulgor de los candelabros demasiado oscuro y que no

se había podido hacer de otro modo, pero que a las personas que preferían las cosas de antaño se les ofrecían de todos modos los candelabros.

Yo había ido allá precisamente para darme ese gusto y, por supuesto, solicité un candelabro; es entonces que experimenté por primera vez que ese fulgor incierto era el que auténticamente hacía resaltar la belleza de las lacas japonesas. Los gabinetes particulares del Waranji-ya son pequeños salones de té íntimos de una superficie de cuatro esteras y media, en los que los pilares del toko no ma y el techo tienen reflejos negruzcos, lo cual hace que, aun con una lámpara eléctrica en forma de linterna, reine una impresión de oscuridad. Pero cuando se reemplazó la lámpara por un candelabro más oscuro, todavía, y pude observar las bandejas y los tazones a la luz vacilante de la llama, descubrí en los reflejos de las lacas, profundos y espesos como de un estanque, un encanto nuevo y del todo diferente. Y supe que si nuestros ancestros hallaron ese baño llamado «laca» y se dejaron embrujar por los colores y el lustre de los utensilios cubiertos por ella, no era efecto del azar.

Mi amigo Sabarwal me asegura que en la India, aún hoy, la vajilla de porcelana se desdeña en la mesa; en su lugar, se prefieren a menudo las lacas. Nosotros, al contrario, salvo el arte del té o ciertas circunstancias solemnes, casi no utilizamos sino la cerámica, excepto para las bandejas y los tazones de caldo, pues hemos llegado a considerar las lacas como rústicas y desprovistas de elegancia; ¿mas la falta no se deberá simplemente a la claridad dispensada por los nuevos medios del alumbrado? De hecho, se puede decir que la oscuridad es la condición indispensable para apreciar la belleza de una laca.

En nuestros días se ha llegado a fabricar también «lacas blancas», pero desde siempre la superficie de las lacas había sido negra, parda o roja, colores todos que constituían una estratificación de quién sabe cuántas «capas de oscuridad», que hacían pensar en una materialización de las tinieblas circundantes. Un cofre, una bandeja de mesa baja, un anaquel de laca brillante ornados con polvo de oro, pueden parecer llamativos, chillones, hasta vulgares; pero haced un experimento; sumergid el espacio que los rodea en una negra oscuridad, sustituid luego la luz solar o eléctrica por el resplandor de una sola lámpara de aceite o de una vela, y veréis al punto que estos objetos llamativos adquieren profundidad, sobriedad y densidad.

Cuando los artesanos de antaño recubrían con laca esos objetos, cuando trazaban en ellos dibujos con polvo de oro, tenían necesariamente en la cabeza la imagen de algún aposento tenebroso y apuntaban sin duda al efecto por obtener con una luz indigente; si usaban dorados con profusión, se puede presumir que tenían en cuenta la manera en que éstos se destacarían en la oscuridad ambiente y la medida en que reflejarían la luz de las lámparas. Pues una laca decorada con polvo de oro no está hecha para ser abarcada de un vistazo en un lugar iluminado, sino para ser adivinada en un lugar oscuro, en un fulgor difuso que por instantes revela uno u otro detalle, de modo que, hallándose la mayor parte de su decorado suntuoso constantemente oculto en la sombra, suscite resonancias inexpresables.

Más aún, la brillantez de su superficie destellante refleja, cuando está puesta en un lugar oscuro, la agitación de la llama de la luminaria, descubriendo así la menor corriente de aire que atraviesa de un momento a otro el aposento más calmo y discretamente incita al hombre a la ensoñación. De no estar los objetos de laca en el espacio umbroso, ese mundo de sueño bajo la incierta claridad que secretan velas o lámparas de aceite, ese latido de pulso de la noche que son los parpadeos de la llama, perderían de seguro buena parte de su fascinación. Así como delgados hilos de agua corriendo sobre las esteras para juntarse en aguas estancadas, los rayos luminosos son captados uno aquí, allá otro, luego se propagan tenues, inciertos, centelleantes, tejiendo sobre la trama de la noche una suerte de damasco hecho con estos dibujos de polvo de oro.

Una vajilla de cerámica no es, por cierto, cosa despreciable, pero a la cerámica le faltan las cualidades de sombra y profundidad de la laca. Al tacto, es dura y fría; permeable al calor, no conviene a los alimentos calientes; sin embargo, el menor choque le hace producir un ruido seco, mientras que la laca, ligera y suave al tacto, no ofusca el oído. Para mí, al sostener en el hueco de la mano un tazón de caldo, nada hay más agradable que la sensacion de pesantez líquida, de viva tibieza que experimenta la palma de mi mano. Es una sensación análoga a la que procura al tacto la carne elástica de un recién nacido.

He aquí buenas razones para explicar por qué se sirve todavía hoy el caldo en un tazón de laca, pues un recipiente de cerámica está lejos de ofrecer satisfacciones del mismo género. Y en primer término porque,

desde que se levanta la tapa, el líquido contenido en un recipiente de cerámica revela de inmediato su cuerpo y su color. El tazón de laca al contrario, cuando lo destapáis, os da, hasta que lo llevéis a la boca, el placer de contemplar en sus profundidades oscuras un líquido cuyo color se distingue apenas del que tiene el recipiente y que se estanca silencioso en el fondo. Imposible discernir la naturaleza de lo que se halla en las tinieblas del tazón, pero vuestra mano percibe una lenta oscilación fluida; una ligera exudación que recubre los bordes del tazón os muestra que un vapor se desprende, y el aroma que trasmite este vapor os ofrece un sutil sabor anticipado del líquido aun antes de que llenéis vuestra boca. ¡Qué fruición en este instante, qué diferente de lo que se siente ante una sopa servida en un plato blanquecino de estilo occidental! Apenas es exagerado afirmar que es de naturaleza mística, incluso con un saborcillo zenista.

Cuando escucho el ruido semejante a un grito de insecto lejano, ese silbido ligero que taladra los oídos, que emite el tazón de caldo puesto delante de mí, y saboreo de antemano y en secreto el aroma del líquido, me siento una vez más arrastrado al dominio del éxtasis. Los aficionados al té, se dice -al ruido del agua que hierve y que les evoca el viento entre los pinos- saben de un arrobamiento cercano tal vez a la sensación que experimento.

La cocina japonesa, se ha llegado a decir, no es algo que se come, sino algo que se mira; en un caso como ese, estoy tentado de decir: ¡que se mira y, aún más, que se medita! Tal es, en efecto el resultado de la silenciosa armonía entre el fulgor de las velas parpadeando en la sombra y el reflejo de las lacas. No hace mucho, el maestro Soseki celebraba en su *Kusamakura* los colores de nuestros pasteles yokan, y en un sentido ¿esos colores no conducen a la meditación? Su superficie turbia, semitranslúcida como jade, esa impresión que dan de absorber hasta en la masa la luz del sol, de entrañar una claridad indecisa como un sueño, ese acuerdo profundo de tonos, esa complejidad, vosotros no la encontraréis en ningún pastel occidental. Compararlos a una crema cualquiera sería superficial e ingenuo.

Poned ahora en una bandeja de pasteles lacada esa armonía coloreada que es un yokan, sumergidla en una sombra tal que se tenga dificultad en discernir el color, no se hará sino más propicia a la contemplación. Y cuando al fin os lleváis a la boca esa materia fresca y lisa, sentís

derretirse en la punta de vuestra lengua algo así como una partícula de la oscuridad de la pieza, solidificada en una masa azucarada, y a ese yokan, a fin de cuentas bastante insípido, le halláis una rara hondura que realza el gusto.

Todos los países del mundo han debido buscar ciertamente acordes de colores entre los manjares, la vajilla y hasta las paredes; la comida japonesa, en todo caso, si se sirve en un sitio bien iluminado, en vajilla predominantemente blanca, pierde la mitad de su atractivo. La sopa de miso rojo, por ejemplo, que consumimos cada mañana, ved un poco su color y comprenderéis fácilmente que se haya inventado en las sombrías casas de antaño. Me ha sucedido un día, convidado a una reunión de té, ver que se me presentaba el miso, y a esa sopa cenagosa, color de arcilla, que siempre había tomado sin prestarle atención, le descubrí súbitamente, al verla a la difusa luz de las velas, que se estancaba en el fondo del tazón de laca negra, una real hondura y un color de los más apetitosos.

El shoyu igualmente -y sobre todo si se le usa, como en la región de Kioto, para sazonar el pescado crudo, las legumbres encurtidas o hervidas, de esa variedad espesa llamada tamari, esa salsa viscosa y luciente- gana mucho al ser visto en la sombra, y forma con la oscuridad un acorde perfecto. Por su parte, el miso blanco, el tofu, el kamaboko, la sémola de papas, los pescados de carne blanca, en resumen, todos los alimentos blancos no pueden ser resaltados si se alumbra el entorno. Y en primer término el arroz, su sola vista, cuando se le presenta en una caja de laca negra y brillante colocada en un rincón oscuro, satisface nuestro sentido estético y a la vez estimula nuestro apetito. Ese arroz inmaculado, cocido a punto, amontonado en una caja negra que, desde el instante en que se levanta la tapa, emite un cálido vapor, y cada grano del mismo brilla como una perla, no hay un solo japonés que a su vista no experimente su irremplazable generosidad. Una vez llegado a este punto, uno se da cuenta de que nuestra cocina se acuerda con la sombra, que entre ella y la oscuridad existen lazos indestructibles.

*

Soy totalmente profano en materia de arquitectura pero me he enterado de que en las catedrales góticas de Occidente la belleza residía en la altura de los techos y en la audacia de las agujas que se clavan en el cie-

lo. Al contrario, en los edificios religiosos de nuestro país, las obras son aplastadas por las enormes tejas de cobija y su estructura desaparece íntegramente en la sombra profunda y vasta que proyectan los cobertizos. Visto de fuera, y eso es válido no sólo para los templos sino también para los palacios y las viviendas del común de los mortales, lo que primero llama la atención es el techo inmenso, esté cubierto de tejas o de cañas, y la espesa sombra que reina bajo el cobertizo. Tan espesa a veces que en pleno día, en las tinieblas cavernosas que se extienden más allá del cobertizo, se distingue apenas la entrada, las puertas, los tabiques o los pilares. En la mayoría de los edificios antiguos, y esto es cierto tanto para los edificios imponentes tales como el Chion-in o los Hongan-ji como para una casa campesina al fondo de una campiña perdida, si se compara la parte inferior, debajo del cobertizo, con el techo que corona a este último, se tiene la impresión, al menos visual, de que la parte más pesada, más alta y más extensa es el techo.

Es así que cuando emprendemos la construcción de nuestras viviendas, lo primero que hacemos es desplegar el techo tal como una sombrilla que determina en el suelo un perímetro protegido del sol, luego en esta penumbra disponemos la casa. Por supuesto, una casa de Occidente tampoco puede carecer de techo, pero su destino principal no es tanto servir de barrera a la luz solar sino proteger de la intemperie; se le construye pues de tal modo que propague el mínimo posible de sombra, y un simple vistazo a su aspecto exterior permite reconocer que se ha buscado para el interior la mayor exposición a la luz. Si el techo japonés es un parasol, el occidental no es nada más que un sombrero. Mejor dicho, como en una gorra, los bordes se reducen a tan poca cosa que los rayos directos del sol pueden dar en las paredes hasta a ras del techo.

Si, en la casa japonesa, el sobradillo del techo avanza tan lejos, eso se debe al clima, a los materiales de construcción y a otros diversos factores sin duda. A falta, por ejemplo, de ladrillos, de vidrio, de cemento, habría sido necesario, a fin de proteger las paredes contra las ráfagas de lluvia laterales, proyectar el techo hacia adelante, al punto que el japonés, quien ciertamente hubiera preferido también una pieza clara a otra oscura, ha sido de este modo obligado a hacer de la necesidad virtud. Pero lo que se llama la belleza no es corrientemente sino una sublimación de las realidades de la vida, y es así que nuestros ancestros, forzados a morar, quieran o no, en cuartos oscuros, descubrieron un día la belleza en el

seno de la sombra, y pronto llegaron a servirse de la sombra en vista de obtener efectos estéticos.

De hecho, la belleza de una habitación japonesa, producida únicamente por un juego del grado de opacidad de la sombra, prescinde de todo accesorio. El occidental, al ver esto, queda sorprendido por tal sobriedad y cree hallarse ante paredes grises desprovistas de todo ornamento, interpretación perfectamente legítima desde su punto de vista, pero que prueba que no ha calado en el enigma de la sombra.

En cuanto a nosotros, no contentos con eso, en el exterior de esas piezas donde los rayos solares ya no penetran sino muy difícilmente, proyectamos un ancho cobertizo, establecemos una barandilla, para alejar aún más la luz solar. Y en el interior de la pieza en fin, los shoji no dejan entrar, de la luz devuelta por el jardín, sino un reflejo tamizado.

Ahora bien, es precisamente esta luz indirecta y difusa el factor esencial de la belleza de nuestras moradas. Y para que esta luz agotada, atenuada,precaria, impregne a fondo las paredes de la habitación, a estas paredes enarenadas, las pintamos adrede con colores neutros. Si se usa, en efecto, pinturas brillantes para los depósitos, las cocinas o los pasillos, las paredes de las habitaciones son casi siempre enarenadas y muy raramente lustrosas. Pues si fueran brillantes, todo el encanto, sutil y discreto, de esta luz indigente, se desvanecería.

Nos complacemos en esta claridad tenue, hecha de luz exterior de incierta apariencia, pegada a la superficie de las paredes de color crepuscular y que conserva a duras penas un último resto de vida. Para nosotros, aquella claridad sobre una pared, o más bien esta penumbra, vale todos los ornamentos del mundo y su vista jamás nos cansa.

En tales condiciones, es evidente que estas paredes enarenadas deben ser recubiertas con un color uniforme para no perturbar esa claridad; si, de una pieza a la otra, el color de fondo puede variar ligeramente, la diferencia en todo caso no puede ser sino íntima. No será una diferencia de tinte, sino sobre todo una variación de intensidad, apenas más que un cambio de humor de quien las mira. De este modo, gracias a una imperceptible diferencia en el color de las paredes, la sombra de cada pieza se distingue por un matiz de tono.

Tenemos, en fin, en nuestros cuartos de estar, un hueco al que llamamos toko no ma, y que oramentamos con una pintura, un arreglo floral, pero la función esencial de esta pintura o de estas flores no es en sí misma decorativa, pues se trata más bien de añadir a la sombra una dimensión en el sentido de la profundidad. En la selección misma de la pintura que allí colgamos, lo que en primer término buscamos, es la armonía entre ésta y las paredes del toko no ma, lo que llamamos toko-utsuri. Siempre por la misma razón, atribuimos a la instalación una importancia igual a la del valor gráfico del caligrama o del dibujo, ya que un toko-utsuri inarmónico quitaría todo interés a la obra maestra menos discutida. Puede suceder en cambio que una caligrafía o una pintura de por sí muy ordinaria, colgada en el toko no ma de un salón, forme un acorde perfecto con la pieza y que, por elló, ésta y la obra misma resulten beneficiadas.

Pero, diréis, ¿en qué consiste este acuerdo cuando se trata de una obra de arte ella misma insustancial? Reside habitualmente en el aspecto antiguo del papel, el color de la tinta, o las resquebrajaduras del marco. Un equilibrio se establece entonces entre ese aspecto antiguo y la oscuridad del toko no ma o de la misma pieza. Cuando se visitan los famosos santuarios de Tokio o de Nara, se os muestra corrientemente, suspendido en el toko no ma de una gran sala completamente al fondo, alguna pintura de la que os dicen que pertenece al tesoro del monasterio, pero en ese hueco, por lo general tenebroso en pleno día, es imposible distinguir su dibujo; uno queda pues reducido, a la vez que se escucha las explicaciones del guía, a tratar de adivinar los rastros de una tinta evanescente, y a imaginar que allí sin duda se halla una obra espléndida. Pese a ello, se siente que existe una exacta armonía entre esa vieja pintura marchita y el oscuro toko no ma, pues bien visto carece de importancia que su dibujo sea difuminado, y que esta imprecisión al contrario es justamente lo adecuado.

En un caso como ese la pintura no es en suma sino una «superficie» modestamente destinada a recoger una luz débil e indecisa cuya función es absolutamente la misma que la de una pared enarenada. Esa es la razón por la que atribuimos una importancia tan grande, en la elección de una pintura, a la edad y a la pátina, pues una pintura nueva, fuese con tinta diluida o de colores pálidos, si no se le presta atención, amenaza con destruir la sombra del toko no ma.

*

Si se comparase una habitación japonesa con un dibujo a tinta china, los shoji corresponderían a la parte donde la tinta está más diluida, el toko no ma al sitio donde ésta es más espesa. Cada vez que miro un toko no ma, esa obra maestra del refinamiento, me maravillo al constatar hasta qué punto los japoneses han penetrado los misterios de la sombra, y con qué ingeniosidad han sabido utilizar los juegos de sombra y de luz. Y eso sin una busca particular en pos de tal efecto preciso. En una palabra, sin otro medio que la madera sin apresto y paredes desnudas, se ha reservado un espacio hacia atrás, donde los rayos luminosos que allí se dejan penetrar engendran, aquí y allá, rincones vagamente oscuros. Y sin embargo, al contemplar las tinieblas agazapadas detrás de la viga superior, alrededor de un florero, debajo de un estante, y a sabiendas de que no son sino sombras insignificantes, experimentamos el sentimiento de que el aire en esos sitios encierra un espesor de silencio, que una serenidad eternamente inalterable reina sobre esta oscuridad. Finalmente, cuando los occidentales hablan de «misterios del Oriente», es muy posible que por ello entiendan esa calma algo inquietante que secreta la sombra cuando posee aquella cualidad.

Yo mismo, cuando niño, al atreverme a echar un vistazo al fondo del toko no ma de un salón o de una «biblioteca», que el sol jamás roza, no podía defenderme de una indefinible aprensión, ni de un estremecimiento. Pero entonces, ¿dónde está la clave del misterio? Pues bien, traicionaré el secreto: bien considerado, no es sino la magia de la sombra; acorralad esa sombra producida en todos los rincones y el toko no ma retornará a su realidad trivial de espacio vacío o desnudo. Pues es allí donde nuestros ancestros se han mostrado geniales: en el universo de sombra deliberadamente creado al delimitar un espacio rigurosamente vacío, han sabido conferir una calidad estética superior a la de cualquier fresco o decoración. En apariencia, allí no hay más que un puro artificio, pero de hecho las cosas no son mucho menos simples.

Se imaginará fácilmente, por ejemplo, que el recorte de la ventana en el lado del hueco, que la hondura de las hornacinas, que la altura de los pilares, cada cual ha exigido una busca difícil que escapa al ojo, y en cuanto a mí en todo caso, cuando me encuentro en el fulgor macilento de los shoji de una «biblioteca», me olvido del tiempo que pasa. Este térmi-

no «biblioteca» proviene de que antaño, como el nombre lo indica, uno se acomodaba allí para leer; es la razón de ser de la ventana que allí se ha abierto, pero ésta se ha convertido más tarde en un simple pasaje de luz para el toko no ma; a menudo ya no es ni eso, sólo un dispositivo destinado a reducir al nivel deseado, filtrándola a través del papel de los shoji, la luz exterior que se introduce por allí. A decir verdad, la luz que ilumina el reverso de esos shoji toma un color frío y apagado. Como si los rayos solares a duras penas llegados hasta allí desde el jardín, después de haberse deslizado bajo el barandal, hubieran perdido la fuerza de iluminar, como si estuvieran anémicos al punto de no contar con ningún otro poder que el de acentuar la blancura del papel de los shoji.

Me sucede a menudo detenerme a contemplar la superficie del papel, iluminado sin llegar a estar sin embargo deslumbrante; en las salas inmensas de los monasterios por ejemplo, la claridad está atenuada, a causa de la distancia que las separa del jardín a tal punto que su penumbra macilenta es senciblemente la misma que en el verano o el invierno, con buen tiempo o con tiempo nublado, mañana, tarde o noche. Los rincones sombríos que se forman en cada compartimiento del marco de los shoji de armadura apretada, semejan otros tantos regueros polvorientos e inducirían a creer en una impregnación del papel, inmutable para siempre. En esos momentos, llego a dudar de la realidad de esta luz de ensueño, y entorno los ojos. Pues me produce el efecto de una bruma ligera que embotara mis facultades visuales.

Los reflejos blanquecinos del papel, como si fueran impotentes para mellar las espesas tinieblas del toko no ma, rebotan en cierto modo en estas tinieblas, revelando un universo ambiguo donde la sombra y la luz se confunden. Vosotros mis lectores, ¿no habéis jamás experimentado, al ingresar en una de estas salas, el sentimiento de que la claridad que flota, difusa, en la pieza, no es una claridad ordinaria, sino que posee una cualidad rara, un peso particular? ¿No habéis sentido jamás esa suerte de inquietud que es la que se experimenta frente a la eternidad, como si permanecer en este espacio hiciera perder la noción del tiempo, como si los años corrieran sin que uno lo notara; de creer que, en el instante de dejarlo, uno se habrá convertido súbitamente en un anciano canoso?

*

Ahora, id hasta la pieza más apartada, muy al fondo de esos vastos edificios; los tabiques movibles y los biombos dorados, puestos en una oscuridad donde ninguna luz exterior jamás penetra, recogen el extremo cabo de la claridad del lejano jardín del que no sé cuántas salas lo separan: ¿no habéis percibido jamás sus reflejos irreales como un sueño? Esos reflejos semejantes a una línea de horizonte en el crepúsculo, difunden en la penumbra circundante un pálido destello áureo, y dudo que en alguna parte el oro pueda tener una belleza más punzante.

Me ha sucedido, al pasar adelante, de volverme mil y mil veces para verlos aún; ahora bien, a medida que la visión perpendicular cede su lugar a la visión lateral, la superficie del papel dorado empieza a emitir un resplandor suave y misterioso. No es un centelleo rápido, sino más bien de luz intermitente y franca, tal como la de un gigante cuya faz cambiara de color. A veces la polvareda de oro, que hasta entonces no devolvía sino un reflejo atenuado, como adormecido, en el instante preciso en que se pasa al lado se enciende con un súbito resplandor, y uno se pregunta, estupefacto, cómo se ha podido condensar una luz tan intensa en un lugar tan sombrío.

Es entonces que he sabido por primera vez las razones que han movido a los antiguos a cubrir de oro las estatuas de sus budas y por qué enchapaban con oro las paredes de las piezas donde moraba gente de calidad. Nuestros contemporáneos, que viven en casas claras, ignoran la belleza del oro. Pero nuestros ancestros que habitaban viviendas oscuras, si sentían la fascinación espléndida de ese color, conocían también sus virtudes prácticas. Pues en estas residencias parcamente iluminadas, el oro sin duda alguna desempeñaba el rol de un reflector. En otras palabras, el uso que se hacía del oro en panes o en polvo no era un lujo vano, ya que contribuía, por la utilización juiciosa de sus propiedades reflectoras, a incrementar la luz. Si se admite esto, se comprenderá el extraordinario favor de que gozaba el oro: mientras que el brillo de la plata y de los otros metales se empaña muy pronto, el oro por el contrario ilumina la penumbra interior sin perder nada de su brillantez.

Decía, líneas arriba, que las lacas con polvo de oro estaban hechas para ser vistas en un lugar oscuro; lo cual no vale sólo para las lacas; si

en las telas antiguas se usaba profusamente hilos de oro y de plata, es evidente que obedecía a la misma razón. ¿El mejor empleo de esto no es esa estola de brocado que los monjes llevan alrededor del cuello? En nuestros días, los edificios religiosos de las ciudades son en su mayoría construcciones claras, adecuadas para atraer a la muchedumbre de fieles; en tales edificios esas estolas parecen inútilmente vistosas e inspiran muy rara vez respeto, así se luzca en el cuello del prelado más digno; pero en los mismos religiosos, sentados en fila con ocasión de un oficio litúrgico antiguo celebrado en cualquier monasterio histórico, uno se ve forzado a admirar la armonía que establecen la piel arrugada de los viejos monjes, el centelleo de las lámparas delante de las estatuas de los budas y la textura de esos brocados, y se aprecia hasta qué punto se ha acrecentado la solemnidad del momento; pues exactamente como en el caso de las lacas doradas, la mayoría de los dibujos tornasolados del tejido desaparece en la sombra, pues las hebras de oro y de plata no hacen sino lanzar de un momento a otro un breve relámpago.

Por la misma razón, pero bien puede ser que sea yo el único en sentirlo, estimo que nada forma un contraste más feliz con la tez de la japoneses que un traje de noh. Demás está decir que muchos de estos ropajes son de brillantes colores, que en ellos se ha sembrado el oro y la plata profusamente; por otra parte, el actor que los lleva en el escenario no está maquillado como el actor de kabuki, pero ni la piel morena con reflejos rojizos característica de los japoneses ni el rostro de tez marfil amarilleado no tienen nada de particularmente atractivo; ahora bien, pese a ello, cada vez que veo un drama noh, quedo embargado de admiración. Ciertamente los vestidos exteriores de dibujo tejidos o bordados de oro y plata sientan muy bien, y las capas, túnicas o prendas de cacería, verde oscuro o rojo caqui, y los vestidos de mangas estrechas o los amplios pantalones de un blanco inmaculado no lo son menos. Cuando por casualidad el actor es un hermoso adolescente, la finura de la piel, el frescor de las mejillas que tienen el brillo de la juventud, se ven realzadas, desprenden una seducción que no es la de una piel femenina, y uno se da cuenta de que era eso lo que hacía perder el juicio a los grandes señores de antaño, perdidamente enamorados de la belleza de sus mimados.

En el kabuki, el esplendor de los vestidos, en las piezas históricas o en los intermedios coreográficos, en nada le cede al del noh, y se le tiene generalmente por hecho que en atracción erótica este teatro supera infini-

tamente al noh; ahora bien, quien frecuente con asiduidad ambos espectáculos, caerá en la cuenta, pienso, que en realidad es todo lo contrario. Para quien no ha visto sino algo, el erotismo del kabuki parece indiscutible, tanto como su belleza; no veo inconveniente en que así haya sido antaño, pero en nuestros días, en los escenarios iluminados a la moda occidental, sus vivos colores naufragan sin remedio en la vulgaridad y muy pronto cansan.

Lo que es cierto para la indumentaria lo es también para el maquillaje; se puede hallar belleza en un rostro todo él fabricado, pero nunca se tendrá la emoción que despierta la belleza sin afeites. El actor de noh, en lo que le respecta, sube al escenario con el rostro, el cuello, las manos que la naturaleza le ha provisto. En esas condiciones, sus rasgos carecen de otra seducción que no sea la que propiamente les pertenece, sin que nuestros ojos puedan ser por nada del mundo engañados. Es pues imposible, en el caso del actor noh, que su rostro desnudo decepcione tal como lo puede hacer el de un actor que, en el kabuki, interprete los roles de mujeres o de galán joven.

Lo que en cambio nos sorprende es el extraordinario relieve que cobra su belleza desde el instante que se pone los vestidos recargados de la época guerrera, que a primera vista no parecen tan apropiados para quien tiene nuestro color de piel. Hogaño, he tenido la suerte de ver a Kongo-iwao en el rol de Yang Kuei-fei del noh «El Emperador», y nunca he olvidado la sublime belleza de sus manos entrevistas por las aberturas de las mangas. Contemplaba esas manos, luego yo me veía mis propias manos, puestas sobre mis rodillas. Si esas manos parecían tan hermosas, eso provenía ciertamente del movimiento delicado que las animaba de la muñeca a la punta de los dedos de la disposición, además, supremamente estudiada de los dedos mismos; una duda sin embargo subsistía en mí: ¿de dónde podía provenir ese brillo de la piel, del que se hubiera dicho se desprendía de una fuente de irradiación interior? ¡Vaya; si no son sino manos de japonés de las más corrientes, y de hecho, por el tinte de la piel, nada las distinguía de mis propias manos, allí en mis rodillas! Dos, tres veces, yo comparaba con las mías las manos de Kongo en el escenario delante de mí, pero por más que comparaba esas manos estaban siempre parejas. Y pese a ello, cosa extraña, esas mismas manos que, en el escenario, adquirían una belleza casi inquietante, sobre mis rodillas no eran más que manos triviales.

Este fenómeno no es por otra parte algo exclusivo de Kongo. En el noh, la porción del cuerpo que el vestido deja ver al descubierto es en verdad ínfima, a lo más es el rostro y el cuello y la mano, de la muñeca a la punta de los dedos; mejor, en un papel de mujer como el de Yang Kuei-fei, el actor lleva máscara, de modo que el rostro mismo está oculto, pero entonces la tez de esta ínfima porción descubierta produce un efecto prodigioso. Este efecto era particularmente impresionante en Kongo, mas las manos de un actor cualquiera, honestas y triviales manos de japonés medio, provocan así una seducción que os hace abrir los ojos de par en par, seducción que hubiera pasado inadvertida de haber llevado un vestido moderno. Y lo repito, no es eso en modo alguno una cualidad propia del actor, sea éste un muchacho agraciado o un hombre guapo.

Otro ejemplo: es inconcebible que en la vida cotidiana los labios de un hombre ordinario nos atraigan; ahora bien, en el escenario del *noh*, su color moreno rojizo, su piel ligeramente húmeda, sugieren una elasticidad carnal superior a la de los labios pintados de una mujer. Bien puede ser que eso provenga del hecho de que el actor, para cantar, se humedece sin cesar los labios con saliva, pero no puedo creer que esa sea la única razón. Sucede lo mismo con el actor niño cuyas mejillas encendidas ofrecen colores más frescos. Mi experiencia personal me dice que este efecto es más nítido cuando lleva vestidos en los que el verde domina; en ese caso, la rubicundez, ya manifiesta en un niño de tez clara, está aún mejor resaltada en quien tiene la tez oscura. Pues en el niño de tez clara, el contraste entre su palidez y ese rojo siendo muy marcado, el efecto de los colores profundos del vestido se acentúa demasiado, mientras que en el niño de tez oscura, de mejillas morenas, el rojo resalta menos, de suerte que el vestido y el rostro se aclaran recíprocamente. El verde sobrio y el pardo mate, ambos neutros resaltándose mutuamente, favorecen la piel del hombre amarillo al punto de llamar la atención.

Quizá exista en otra parte semejante belleza, creada por el simple acuerdo de los colores; lo cierto es que si por desgracia el noh llegara, como el kabuki, a recurrir a los medios modernos de iluminación, no cabe duda de que, bajo el choque de esta luz brutal, sus virtudes estéticas volarían en pedazos. Es pues absolutamente esencial que el escenario del noh mantenga su oscuridad original, y tanto mejor le convendrá un local cuanto más viejo sea. Un tablado cuyo piso luzca con brillo natural, pilares y tabiques de reflejos sombríos, una oscuridad que, caída del techo,

se extienda por sobre la cabeza del actor como una campana inmensa, he aquí el lugar teatral mejor adaptado; desde este punto de vista, presentar el noh, como se ha hecho recientemente, a la Asahi-kaikan o al Kokaido, tal vez no sea en sí mismo algo malo, pero el noh pierde con ello no menos de una buena mitad de su sabor auténtico.

*

Esta cualidad intrínseca del noh y la belleza que engendra forman un universo de sombra singular que en la actualidad no se le ve más que en el escenario, pero que antaño no debían ser extrañas en igual grado a la vida real. ¿Cómo es eso?, me diréis. Es que la oscuridad que reina en el escenario del noh es la misma que la de las moradas de esos tiempos; en la tocante a los dibujos y a los acordes de color de los vestidos del noh, si son algo más vivos tal vez que en la realidad, no son menos análogos en el conjunto a los vestidos que llevaban los nobles y los señores de la época. En este punto de mis reflexiones, trato de imaginarme, y esta idea me fascina, la arrogante traza, comparada con la nuestra, de esos japoneses de antaño, y singularmente de los hombres de armas que llevaban los suntuosos trajes de la época de las guerras civiles o de Momoyama. El noh en verdad muestra en su forma más alta la belleza de los hombres de nuestra raza; qué imponente y majestuoso debía ser el paso de esos veteranos de los antiguos campos de batalla cuando, con sus rostros burilados por el viento y la lluvia, enteramente negros con los pómulos salientes, vestían esas capas, esas prendas de gran pompa, esos trajes de ceremonia de semejantes colores, chorreantes de luz. Estoy persuadido de que todos los que gozan viendo el noh se complacen en cierta medida en asociaciones de esta laya y hallan una delectación retrospectiva, del todo extraña a la actuación misma, en decirse que este universo de la escena, subido de color, había tenido antaño una existencia real.

Al contrario, el tablado del kabuki permanece hasta el fin como un universo de ficción, sin relación con la belleza de nuestra tierra. Eso es cierto, claro está, respecto de la interpretación de la belleza masculina, pero aún más de la femenina: me es imposible imaginar que las mujeres de antaño hayan sido seres semejantes a los que hoy vemos en la escena. En el noh, el actor que tiene un rol de mujer lleva ciertamente una máscara, y en consecuencia también él se aleja de la realidad, mas dicho esto, los interpretes de los papeles femeninos del kabuki tampoco dan

Este fenómeno no es por otra parte algo exclusivo de Kongo. En el noh, la porción del cuerpo que el vestido deja ver al descubierto es en verdad ínfima, a lo más es el rostro y el cuello y la mano, de la muñeca a la punta de los dedos; mejor, en un papel de mujer como el de Yang Kuei-fei, el actor lleva máscara, de modo que el rostro mismo está oculto, pero entonces la tez de esta ínfima porción descubierta produce un efecto prodigioso. Este efecto era particularmente impresionante en Kongo, mas las manos de un actor cualquiera, honestas y triviales manos de japonés medio, provocan así una seducción que os hace abrir los ojos de par en par, seducción que hubiera pasado inadvertida de haber llevado un vestido moderno. Y lo repito, no es eso en modo alguno una cualidad propia del actor, sea éste un muchacho agraciado o un hombre guapo.

Otro ejemplo: es inconcebible que en la vida cotidiana los labios de un hombre ordinario nos atraigan; ahora bien, en el escenario del *noh*, su color moreno rojizo, su piel ligeramente húmeda, sugieren una elasticidad carnal superior a la de los labios pintados de una mujer. Bien puede ser que eso provenga del hecho de que el actor, para cantar, se humedece sin cesar los labios con saliva, pero no puedo creer que esa sea la única razón. Sucede lo mismo con el actor niño cuyas mejillas encendidas ofrecen colores más frescos. Mi experiencia personal me dice que este efecto es más nítido cuando lleva vestidos en los que el verde domina; en ese caso, la rubicundez, ya manifiesta en un niño de tez clara, está aún mejor resaltada en quien tiene la tez oscura. Pues en el niño de tez clara, el contraste entre su palidez y ese rojo siendo muy marcado, el efecto de los colores profundos del vestido se acentúa demasiado, mientras que en el niño de tez oscura, de mejillas morenas, el rojo resalta menos, de suerte que el vestido y el rostro se aclaran recíprocamente. El verde sobrio y el pardo mate, ambos neutros resaltándose mutuamente, favorecen la piel del hombre amarillo al punto de llamar la atención.

Quizá exista en otra parte semejante belleza, creada por el simple acuerdo de los colores; lo cierto es que si por desgracia el noh llegara, como el kabuki, a recurrir a los medios modernos de iluminación, no cabe duda de que, bajo el choque de esta luz brutal, sus virtudes estéticas volarían en pedazos. Es pues absolutamente esencial que el escenario del noh mantenga su oscuridad original, y tanto mejor le convendrá un local cuanto más viejo sea. Un tablado cuyo piso luzca con brillo natural, pilares y tabiques de reflejos sombríos, una oscuridad que, caída del techo,

se extienda por sobre la cabeza del actor como una campana inmensa, he aquí el lugar teatral mejor adaptado; desde este punto de vista, presentar el noh, como se ha hecho recientemente, a la Asahi-kaikan o al Kokaido, tal vez no sea en sí mismo algo malo, pero el noh pierde con ello no menos de una buena mitad de su sabor auténtico.

*

Esta cualidad intrínseca del noh y la belleza que engendra forman un universo de sombra singular que en la actualidad no se le ve más que en el escenario, pero que antaño no debían ser extrañas en igual grado a la vida real. ¿Cómo es eso?, me diréis. Es que la oscuridad que reina en el escenario del noh es la misma que la de las moradas de esos tiempos; en la tocante a los dibujos y a los acordes de color de los vestidos del noh, si son algo más vivos tal vez que en la realidad, no son menos análogos en el conjunto a los vestidos que llevaban los nobles y los señores de la época. En este punto de mis reflexiones, trato de imaginarme, y esta idea me fascina, la arrogante traza, comparada con la nuestra, de esos japoneses de antaño, y singularmente de los hombres de armas que llevaban los suntuosos trajes de la época de las guerras civiles o de Momoyama. El noh en verdad muestra en su forma más alta la belleza de los hombres de nuestra raza; qué imponente y majestuoso debía ser el paso de esos veteranos de los antiguos campos de batalla cuando, con sus rostros burilados por el viento y la lluvia, enteramente negros con los pómulos salientes, vestían esas capas, esas prendas de gran pompa, esos trajes de ceremonia de semejantes colores, chorreantes de luz. Estoy persuadido de que todos los que gozan viendo el noh se complacen en cierta medida en asociaciones de esta laya y hallan una delectación retrospectiva, del todo extraña a la actuación misma, en decirse que este universo de la escena, subido de color, había tenido antaño una existencia real.

Al contrario, el tablado del kabuki permanece hasta el fin como un universo de ficción, sin relación con la belleza de nuestra tierra. Eso es cierto, claro está, respecto de la interpretación de la belleza masculina, pero aún más de la femenina: me es imposible imaginar que las mujeres de antaño hayan sido seres semejantes a los que hoy vemos en la escena. En el noh, el actor que tiene un rol de mujer lleva ciertamente una máscara, y en consecuencia también él se aleja de la realidad, mas dicho esto, los interpretes de los papeles femeninos del kabuki tampoco dan

una impresión de autenticidad. La falta estriba con seguridad en la iluminación demasiado cruda de la escena; en la época en que aún no se disponía de los medios modernos de iluminación, en la época en que los cirios y las velas dispensaban una débil claridad, esta forma de teatro, y singularmente los papeles femeninos, ¿no estaban un poco más cerca de la verdad?

Al respecto, se acostumbra decir que, en el kabuki actual, ya no hay actores especializados en los usos femeninos de una femineidad tan verosímil como los de otros tiempos, pero no es de ningún modo cierto que sean las aptitudes ni la belleza de los actores que estén en discusión. Pues si a esos actores de antaño se les hubiera colocado en un escenario iluminado como los de hoy, no cabe duda de que los contornos angulosos de su silueta masculina hubiesen saltado a la vista: ¿no es en efecto la oscuridad que desvanecía en buena medida este defecto? Viendo a Baiko, hacia el fin de su vida, en el rol de O.Karu, yo había tenido un sentimiento agudo de ello. Es entonces que me di cuenta de que eso que mataba la belleza del kabuki era esa iluminación inútilmente exagerada.

Un aficionado distinguido de Osaka me decía que en cierto tiempo, en los comienzos de Meiji, se había utilizado lámparas de petróleo para iluminar el tetro de muñecos de bunraku, y me aseguraba que éste era entonces, infinitamente más que ahora, rico en resonancias. Hoy mismo, encuentro en esos muñecos una vida más auténtica que en los papeles femeninos del kabuki; ahora bien, bajo la incierta luz de esas lámparas, los muñecos debían perder la dureza de rasgos que les es propia, sus reflejos brillantes de blanco de China debían quedar esfumados, y al imaginarse lo que ganarían en flexibilidad y la sobrecogedora belleza de la escena en aquellos tiempos, me siento sacudido por un involuntario escalofrío.

*

Como se sabe, en el teatro bunraku los muñecos femeninos no son otra cosa que cabeza y manos. El traje de cola larga, que se supone recubre el tronco y las piernas basta con que los animadores introduzcan allí sus manos para suscitar la ilusión del movimiento; estimo por mi parte que tal procedimiento se acerca mucho a la verdad, pues las mujeres de antaño no tenían existencia real sino por encima del cuello y al cabo de las mangas; el resto desaparecía íntegramente en la oscuridad. En esos

tiempos, las mujeres de las capas superiores a la clase media no salían sino muy rara vez, y aun así sólo lo hacían acurrucadas al fondo de un palanquín, temerosas de ser vistas en la calle; no es pues en modo alguno exagerado decir que, por lo general confinadas en una pieza de sus sombrías viviendas, día y noche sepultadas en la oscuridad, ellas no revelaban su existencia más que por su rostro.

Los vestidos, por otra parte, más alegres que los de hoy para los hombres, lo eran relativamente menos para las mujeres. Las jóvenes y las mujeres de las casas burguesas usaban incluso, bajo el antiguo régimen militar, colores increíblemente apagados; en una palabra, el traje no era sino una parcela de sombra, nada más que una transición entre la sombra y el rostro.

El maquillaje comprendía, entre otros recursos, el ennegrecimiento de los dientes; uno se puede preguntar si el objeto de esta práctica, una vez colmado de oscuridad todo el espacio salvo el rostro, era dar un toque de sombra hasta en la boca. Concebida así, la belleza femenina ya no se da en nuestros días si no es en algunos lugares muy particulares, tal como la Casa Sumiya de Shimabara. Me es posible sin embargo representarme más o menos a las mujeres de otro tiempo, cuando recuerdo la silueta de mi madre, cosiendo, en los años de mi infancia, al fondo de nuestra casa de Nihon-bashi, a la rala luz que venía del jardín. Hasta esa época, hablo de los años veinte de Meiji (hacia 1890), se construían las casas burguesas de Tokio de tal modo que eran muy sombrías, y mi madre, mis tías, alguna de nuestras parientes, en suma la mayoría de las mujeres de esta generación, tenían los dientes ennegrecidos. No he conservado el recuerdo de sus vestidos de casa, mas cuando se vestían para salir, llevaban muy a menudo telas que tiraban a gris y con pequeños dibujos. Mi madre era muy bajita, apenas de cinco pies, pero no era la única, ya que era la talla común de las mujeres de la época. Exagerando, podría decirse que estas mujeres eran incorpóreas. De mi madre, veo el rostro, las manos, vagamente los pies, mas mi memoria nada ha retenido que se relacione con el resto del cuerpo.

Al respecto, me viene a las mientes el torso de la famosa estatua de Kannon del chugu-ji: ¿no es el verdadero tipo de la mujer japonesa del pasado? Ese pecho chato como una tabla a la que se aplican senos de una delgadez de papel, ese talle apenas menos espeso que el pecho, esas ca-

deras, esa grupa, esa espalda completamente derechas, ese tronco enteramente estrecho y delgado al punto de ser desproporcionado con relación al rostro y los miembros, esta ausencia de espesor que, más que una criatura carnal, evoca la rigidez de un madero, ¿no era en su conjunto la estructura del cuerpo femenino de antaño? Aún hoy, sucede a veces encontrarse con mujeres de torso modelado en esa forma entre las ancianas damas de las familias tradicionales o entre las geishas.

Ante esta imagen, pienso irresistiblemente en la vara que constituye la armadura de los muñecos. En verdad, el torso es entonces un soporte destinado a recibir el traje, y nada más. Esas mujeres, cuyo torso se reduce así al estado de soporte, están hechas de una superposición de quién sabe cuántos espesores de seda o algodón, y si se les desvistiera no quedaría de ellas, tal como para los muñecos, sino una vara ridículamente desproporcionada. En el pasado, eso sería aceptable, pues para esas mujeres que vivían en la sombra y no tenían nada más que un rostro blanquecino, no era necesario que tuvieran un cuerpo. Y mirándolo bien, para los que cantan la triunfante hermosura de la carne de la mujer moderna, debe ser bien difícil imaginarse la belleza fantasmal de aquellas mujeres.

Algunos dirán que la falaz belleza creada por la penumbra no es la belleza auténtica. Sin embargo, tal como yo lo decía líneas arriba, nosotros los orientales creamos belleza haciendo que nazcan sombras en lugares por sí mismos insignificantes.

Ramajes
reunidlos y atadlos
he aquí una choza
desatadlos tendréis
el llano como antes

dice el viejo poema, y nuestro pensamiento en resumen procede de un modo análogo: creo que la belleza no es una sustancia en sí, sino nada más que un dibujo de sombras, que un juego de claroscuro producido por la yuxtaposición de sustancias diversas. Tal como una piedra fosforescente que, puesta en la oscuridad, emite un resplandor, pierde, expuesta a la luz del día, toda su fascinación de preciosa joya, así la belleza pierde su existencia si se le suprime los efectos de sombra.

BIBLORED
RED CAPITAL DE BIBLIOTECAS

En pocas palabras, nuestros ancestros tenían a la mujer, a semejanza de los objetos de laca decorados con polvo de oro o de nácar, por una criatura inseparable de la oscuridad, y tanto como fuera posible, se esforzaban en sumergirla íntegramente en la sombra; de allí, esas largas mangas, esas largas colas que velaban de sombra las manos y los pies, de tal suerte que la única parte aparente, a saber la cabeza y el cuello, adquirían un relieve sorprendente. Bien es cierto que, comparado con el de las mujeres occidentales, su torso desmesurado y plano podía pasar por feo. Pero de hecho olvidamos lo que nos es invisible. Tenemos por inexplicable lo que no se ve. Quien, cueste lo que cueste, quisiera ver esta fealdad no lograría sino destruir toda belleza, tal como si se dirigiera una lámpara de cien bujías hacia el toko no ma de un pabellón de té.

*

¿Pero por qué esta propensión a buscar la belleza en lo oscuro se manifiesta con tanta fuerza entre los orientales solamente? Occidente también, no hace mucho, ignoraba la electricidad, el gas, el petróleo, pero por lo que sé, jamás ha sentido sin embargo la tentación de deleitarse con la sombra. Desde siempre, los espectros japoneses han estado desprovistos de pies; los espectros de Occidente bien que los tienen, pero en cambio sus cuerpos son, al parecer, completamente translúcidos. Fuera de semejantes detalles, resulta que nuestra misma imaginación se mueve en tinieblas negras como laca, mientras que los occidentales atribuyen a sus espectros hasta la limpidez del cristal. Los colores que nos gustan para los objetos de uso cotidiano, son estratificaciones de sombra: los que prefieren los occidentales son los colores que condensan en ellos todos los rayos del sol. En la plata y el cobre, apreciamos la pátina; ellos la tienen por sucia y antihigiénica, y no están contentos hasta que el metal brille a fuerza de ser bruñido. En los cuartos, evitan cuanto pueden los rincones y blanquean el techo y las paredes que los rodean. Aun en el diseño de los jardines, allí donde nosotros hacemos sitio para bosquecillos umbrosos, ellos despliegan extensos cuadros planos de césped.

¿Cuál puede ser el origen de una diferencia tan radical en los gustos? Bien considerado, es debido a que nosotros los orientales buscamos acomodarnos a los límites que se nos imponen, a que desde siempre nos hemos contentado con nuestra condición presente; no experimentamos en consecuencia ninguna repulsión con respecto a lo que es oscuro, nos re-

signamos a ello como a lo inevitable; si la luz es pobre, ¡pues que lo sea!, mejor, nos hundimos con delicia en las tinieblas y les descubrimos una belleza que les es propia.

Los occidentales por el contrario, siempre al acecho del progreso, se agitan sin cesar en pos de un estado mejor que el presente. Siempre en busca de una claridad más viva, se han afanado -pasando de la vela a la lámpara de petróleo, de la lámpara de petróleo al mechero de gas, del mechero de gas al alumbrado eléctrico- en acosar el menor rincón, el último refugio de la sombra.

Puede ser que la causa de ello sea una diferencia de carácter; quisiera, a pesar de todo, examinar cuáles pueden ser las repercusiones de la diferencia de los colores de la piel. Toda la vida se ha tenido entre nosotros la piel blanca como más noble y más hermosa que la piel morena, mas dicho esto ¿en qué se distingue la blancura de un hombre de raza blanca de nuestra propia blancura? Si se comparan individuos aislados, puede parecer que existen japoneses más blancos que los occidentales y occidentales más oscuros que los japoneses; sin embargo su blanco y su moreno difieren por la calidad.

Que se me permita hablar por experiencia; hogaño, yo vivía en la ciudad alta de Yokohama y me sucedía constantemente mezclarme en los paseos y diversiones de los miembros de la colonia extranjera, de ir a los restaurantes y a los bailes que ellos frecuentaban; viéndolos de cerca, me parecía que su blancura no era tan blanca, pero de lejos, la diferencia entre ellos y los japoneses literalmente saltaba a la vista. Ciertas damas japonesas llevaban trajes de noche que bien valían los de las extranjeras, y su tez era a veces más clara que la de ellas, pero, si una de ellas se mezclaba a un grupo, un simple vistazo permitía distinguirla de lejos. Me explicó: por blanca que sea una japonesa, su blancura ofrece algo así como un ligero velo.

Por más que estas mujeres, por no desmerecer ante las occidentales, se cubran con un blanco espeso la espalda, los brazos, las axilas, en pocas palabras las partes del cuerpo expuestas a la vista, no logran sin embargo borrar el pigmento oscuro escondido al fondo de su piel. Pese a todo se le adivina como se adivina una impureza al fondo de un agua límpida cuando se le mira de muy alto. Es una sombra negruzca, como

una capa de polvo, oculta en la juntura de los dedos, en el contorno de la nariz, en torno al cuello, en el hueco de la espalda. En los occidentales al contrario, aun si la tez está enturbiada, el fondo de la piel permanece siempre claro y translúcido, sin jamás presentar, en alguna parte del cuerpo, esta sombra de dudoso aspecto. De cabeza a pies, son de un blanco fresco y sin mezcla. Si uno de nosotros se mezcla con ellos, es como una mancha sobre un papel blanco, de una tinta muy diluida, que nosotros mismos sentimos como una incongruencia y que no nos es muy agradable.

He aquí lo que tal vez permita explicar la psicología de la repulsión que experimentaban hogaño los hombres de raza blanca hacia la gente de color: la mancha que representa en una asamblea la presencia, así no fuesen sino una o dos personas de color, debía incomodar en cierto modo a aquellos entre los blancos afligidos por una sensibilidad exacerbada. No sé cómo son las cosas actualmente, pero en la época de la guerra de Secesión, en la hora en que las persecusiones contra los negros llegaban al paroxismo, el odio y el desprecio de los blancos no se limitaban únicamente a los negros sino que se extendían tanto a los mulatos, a los mestizos de mestizos, a los mestizos de blancos y de mestizos, y así sucesivamente. No paraban hasta que no hubieran cercado la menor huella de sangre negra en los que ellos habían clasificado como medios, cuartos, octavos, dieciseisavos, incluso trentaidosavos de sangres mezcladas. Su ojo experto reparaba en el menor matiz de color oculto en la piel más blanca, en gente que, a primera vista, en nada difería del blanco de pura raza, pero cuyos ascendientes de segunda o tercera generación tenían algo de negro.

Hechos como aquellos permiten comprender los motivos profundos de las relaciones que nosotros, de raza amarilla, hemos establecido con la sombra. Nadie se coloca de buen grado ni con propósito deliberado en una situación que le sea desfavorable; es pues completamente natural que, para vestirnos, alimentarnos y alojarnos, usemos de preferencia cosas de colores atenuados y que busquemos sumergirnos en un ambiente oscuro; ciertamente nada nos permite creer que nuestros ancestros hayan tenido conciencia de este velo que les empañaba la piel pues ignoraban hasta la existencia de una raza de hombres más blancos que ellos mismos, mas no puedo impedirme pensar que son sus reacciones espontáneas cara a cara de los colores que se hallan en el origen de los gustos que les conocemos.

*

Nuestros ancestros, en primer término, delimitaron en el espacio luminoso un volumen cerrado del que hicieron un universo de sombra; luego, muy al fondo de la oscuridad, confinaron a la mujer, persuadidos como estaban de que en este mundo no podía haber ser humano con tez más clara. Si se admite con ellos que la blancura de la piel es la suprema condición del ideal de belleza femenina, es necesario reconocer que no podían obrar de otra manera y que era perfectamente lícito que así lo hicieran. Contrariamente a la cabellera del hombre blanco, que es clara, la nuestra es negra: la naturaleza misma nos enseña con ello las leyes de la sombra, leyes que nuestros ancestros, inconscientemente, observaban para hacer parecer blanco, por un juego de contrastes, un rostro amarillo.

Ya he dicho lo que pienso de la práctica de ennegrecer los dientes, pero las mujeres de tiempos pasados se afeitaban también las cejas: ¿no era acaso éste un procedimiento más para destacar el brillo de su rostro? Sin embargo, lo que más que nada me sorprende es su famoso «lápiz de labios rojo» azul-verde de reflejos nacarados. En nuestros días, las mismas geishas de Gion casi no lo usan, pero de todos modos no se podría comprender su poder de seducción si no se representa el efecto de ese «rojo» a la luz incierta de las velas. Es de propósito que nuestros ancestros aplastaban los labios rojos de sus mujeres bajo ese revoque verde negruzco, como incrustado de nácar. Así, apagaban todo ardor del rostro más radiante. Pensad en la sonrisa de una mujer joven, a la luz vacilante de un farol que, de vez en cuando, entre labios de un azul irreal de fuego fatuo hace que brillen los dientes de laca negra: ¿puede imaginarse rostro más blanco que aquel? Al menos, lo veo más blanco que la blancura de cualquier mujer blanca, en este universo de ilusiones que llevo grabado en el cerebro.

La blancura del hombre blanco es translúcida, evidente y trivial, mientras que aquella es una blancura de algún modo separada del ser humano. Puede ser que una blancura definida así carezca de toda existencia real. Puede que no sea sino un juego engañoso y efímero de sombra y de luz. Lo acepto, pero ella nos basta, pues estamos impedidos de esperar algo mejor.

Quisiera expresar aquí una observación a propósito del color de la

oscuridad que, normalmente, rodea una blancura de esta suerte; no sé cuándo, hace años de eso, yo había acompañado a un visitante de Tokio a la Casa Sumiya de Shimabara, y es allí donde he advertido, una sola vez, cierta oscuridad cuya calidad no he podido olvidar. Era en una vasta sala que se llamaba, me parece, la «Sala de los pinos», destruida luego por un incendio; las tinieblas reinantes en esta pieza inmensa, apenas aclarada por la llama de una sola vela, tenían una densidad de una naturaleza completamente distinta a la que puede reinar en una salita. Al momento de entrar en esa sala, una sirvienta de edad madura, de cejas afeitadas, de dientes ennegrecidos, estaba arrodillada, colocando el candelero delante de una gran pantalla; detrás de esta pantalla que delimitaba un espacio luminoso de aproximadamente dos esteras, caía, como suspendida del techo, una oscuridad alta, densa y de color uniforme, sobre la que el resplandor titubeante de la vela, incapaz de herir su espesor, rebotaba como sobre una pared negra. ¿Habéis visto alguna vez, vosotros que me leéis, «el color de las tinieblas al resplandor de una llama»? Están hechas de una materia distinta a las de las tinieblas nocturnas en una carretera, y si puedo arriesgarme a hacer una comparación, diría que parecen hechas de corpúsculos como de una ceniza tenue, de la que cada parcela resplandecería con todos los colores del arco iris. Me pareció que se me iban a introducir en los ojos, y parpadeé sin quererlo.

La moda actual está en los gabinetes particulares de dimensiones más modestas; se les hace de diez, de ocho y aun de seis esteras. De alumbrarse con una sola vela, no se podría sin embargo encontrar tinieblas de aquel color; antaño, por el contrario, tanto en los palacios como en las casas de diversión, el uso exigía techos altos, pasadizos anchos e inmensas salas de varias decenas de esteras, lo cual implica que en esos edificios se estanca a todas horas una oscuridad de ese género, semejante a una niebla impenetrable. Y nuestras apuestas señoras se hallaban en escabeche en ese jugo espeso y negro, inmersas hasta el cuello.

No ha mucho, me he explayado sobre esto, en mis *Ensayos de la ermita a la sombra de los pinos*, mas nuestros contemporáneos, acostumbrados desde hace tiempo a la claridad del alumbrado eléctrico, habrán olvidado sin duda que tales tinieblas hayan podido existir. Ahora bien, esas «tinieblas sensibles al ojo» daban la ilusión de una suerte de niebla palpitante, provocaban fácilmente alucinaciones, y en muchos casos eran más aterradoras que las tinieblas exteriores. Las apariciones de espectros

o de monstruos no eran en suma más que emanaciones de esas tinieblas y esas mujeres que vivían en su seno, rodeadas de quién sabe cuántas cortinas-pantallas, biombos, tabiques movibles, ¿no pertenecían ellas mismas a la familia de los espectros? Las tinieblas las envolvían en diez, en veinte espesores de sombras que se insinuaban en ellas por el menor intersticio de su vestidura, por el cuello, las mangas, los bordes del vestido.

Aún mejor, ellas debían a veces al revés, quién sabe, desprenderse del cuerpo mismo de esas mujeres, de su boca de dientes pintados, del remate de su negra cabellera, como tantos hilos de araña, de esos hilos que escupía la maléfica «Araña de tierra».

*

De creer lo que decía el otro año Takebayashi Musoan, a su vuelta de París, Tokio u Osaka estarían sensiblemente mejor iluminadas que las grandes ciudades de Europa. En París, en plenos Champs-Elysées, aún habría, al parecer, casas alumbradas con petróleo, cuando en el Japón sería necesario, para encontrar ese modo de alumbrado, dirigirse al fondo de las montañas más lejanas. Cierto es que no hay sin duda otro país en el mundo, si no son los Estados Unidos de América, para entregarse a semejante derroche de luz eléctrica. Al respecto, se ha pretendido que esto se debía a que el Japón buscaba imitar en todo a los Estados Unidos. Musoan hablaba así hace cuatro o cinco años, por consiguiente antes de la boga de los letreros de neón; la próxima vez que vuelva su estupefacción será aún más viva ante este nuevo aumento de luz.

Otra anécdota que me contó Yamamoto, director de la revista Kaizô: Yamamoto no hace mucho había acompañado al profesor Einstein con ocasión de su viaje a Kioto; el tren atravesaba los alrededores de Ishiyama, cuando el profesor, que desde la ventana observaba el paisaje, le dijo: «¡Vaya!, ¡casi no hay ecónomo por aquí!»; al pedirle que se explicara, señaló con el dedo un poste eléctrico que llevaba una lámpara encendida en pleno día. «Einstein es judío, ¡he aquí por qué sin duda repara en esos detalles!», añadía M. Yamamoto a guisa de comentario; no parece menos cierto que por comparación, si no con los Estados Unidos, con Europa en todo caso, el Japón usa el alumbrado sin tener en cuenta el gasto.

A propósito de Ishiyama, he aquí otra historia curiosa: al término de una larga vacilación sobre la elección del lugar adonde yo iría este año a contemplar la luna de otoño, yo había optado finalmente por el monasterio de Ishiyama; ahora bien, la víspera de luna llena, descubrí en un diario una información según la cual, para hacer más placentera su visita a quienes acudirían al día siguiente por la noche a contemplar la luna, se habían dispuesto en el bosque altoparlantes que difundirían la «Sonata al claro de luna». Esa lectura me hizo renunciar inmediatamente a mi excursión a Ishiyama. Un altoparlante es un flagelo en sí mismo, pero yo estaba persuadido de que, si había estos artefactos, ciertamente se hubiera dado más de la medida e iluminado la montaña con lámparas eléctricas artísticamente repartidas para crear el ambiente.

Ya en otra ocasión se me había echado a perder así el espectáculo de la luna llena; yo había proyectado, cierto año, salir a contemplarla en barca, en la decimoquinta noche, en el estanque del monasterio de Suma; convidé pues a unos amigos y allí fuimos, llevando nuestras provisiones, para descubrir que se había colgado, por todo el contorno del estanque, alegres guirnaldas de bombillas eléctricas multicolores; la luna por lo demás había acudido a la cita, pero como si ni existiera.

Hechos como esos muestran qué grado de intoxicación hemos alcanzado, a punto que parece que hemos llegado a ser extrañamente inconscientes de las molestias del alumbrado excesivo. Tanto peor, si se quiere, para los aficionados al claro de luna, mas en las casas de cita, los restaurantes, los albergues, los hoteles, ¡qué derroche de luz eléctrica! Admito de buen grado que, en cierta medida, eso sea necesario para atraer a la clientela, pero de todos modos encender las lámparas en verano, mientras afuera aún es de día, ¿para qué sirve si no es para agravar el calor? Vaya donde vaya en verano, esta manía me consterna. Si en las piezas reina un calor absurdo, hasta cuando afuera hace fresco, la culpa se debe exclusivamente al gran número de bombillas eléctricas, pues cada vez que he apagado parte de ellas, la frescura volvía de inmediato; es sin duda curioso que ni los clientes ni los dueños se hayan dado cuenta de ello. Por principio, sería conveniente aumentar un poco la intensidad de la iluminación durante el invierno, y reducirla otro tanto en el verano. De eso resultaría una impresión de frescura y se atraería menos a los insectos. Pero lo peor es encender las lámparas en demasía y luego, so pretexto de que hace calor, poner en marcha los ventiladores; ¡sólo pensar en eso me saca de quicio!

En una pieza japonesa, donde el calor se disipa lateralmente, es acaso tolerable, pero en un cuarto de hotel de estilo occidental, donde el aire circula mal, donde el piso, las paredes, el techo irradian por doquier el calor almacenado, es verdaderamente insoportable. Por citar un ejemplo, aunque eso me moleste un poco, quienquiera que en una noche estival haya recorrido los pasillos del Miyako Hotel de Kioto, no puede dejar de ser de mi opinión. El asunto es tanto más enojoso en razón de su situación en la terraza que da cara al norte: se tiene desde este sitio una vista panorámica sobre el Monte Hiei, el Monte Nyo.i, la torre de pisos y el bosque de Kurodani, y las laderas verdecidas de las Montañas del Este, espectáculo cuya sola vista os refresca el corazón.

Una noche de verano pues, os vienen ganas de ir a gozar del fresco frente a ese paisaje encantador, y vais saboreando de antemano la brisa que os imagináis recorre todo el edificio; ahora bien, he aquí que bajo el techo blanco, detrás de las placas de vidrio lechoso dispuestas de trecho en trecho, resplandecen luces brutales. Y como los techos son bajos en las construcciones recientes de estilo occidental, son como bolas de fuego que giran por encima de vuestro cráneo, y decir que hace calor es decir muy poco, pues el cuerpo entero pronto es llevado a la misma temperatura que su parte superior, y os sentís tostar, primero la cabeza, luego el cuello y a lo largo de la espalda.

Y eso no es todo: una sola de esas bolas de fuego bastaría ampliamente para iluminar un espacio tan reducido, pero son tres, cuatro de estos artefactos mortíferos que brillan en el techo, y a lo largo de las paredes, de los pilares, un poco por todas partes se ha sembrado de artilugios más pequeños cuya utilidad no es otra cosa que pulverizar la menor traza de sombra refugiada en los rincones. En vano buscaréis en toda la pieza la sombra más fugaz, la mirada encuentra en los alrededores paredes blancas y gruesos pilares rojos, y el suelo en fin, hecho de superficies de colores vivos que dibujan algo así como mosaicos, que se imponen a los ojos como una litografía frescamente impresa, todo lo cual agrava aún la penosa impresión de calor. La diferencia de temperatura es sorprendente cuando se viene del pasillo. El aire fresco de la noche entra sin provecho alguno, pues pronto se cambia en un viento ardiente.

No hará mucho yo frecuentaba gustoso este hotel; que lo que acabo de decir se tome pues como un consejo de amigo, por los buenos recuer-

dos que guardo de él; no dejo de sostener por ello que es realmente escandaloso arruinar con este alumbrado un espectáculo tal como aquel, en el sitio más adecuado para gozar de la frescura de una noche de verano. Este calor es una molestia cierta para un japonés, pero igualmente, estoy persuadido, para un occidental sea cual fuere la pasión que profese por la claridad, ¡que se haga una experiencia, muy sencilla en verdad, que se reduzca el alumbrado y al punto se comprenderá!

No hago, por otra parte, sino citar un caso entre mil, y ese hotel no es el único en ser discutido. Sólo el hotel Imperial ha evitado ese inconveniente al optar por el alumbrado indirecto, pero aún así, sería bueno, me parece, reducir ligeramente la intensidad en verano. De todos modos, el alumbrado de las casas es hoy holgadamente suficiente para leer, escribir o coser; aumentarlo es puro despilfarro, y al suprimir los últimos rincones de sombra, se le da las espaldas a todas la concepciones estéticas de la casa japonesa. Es suerte que se esté obligado a menudo, por simples motivos de economía, a restringir el consumo de electricidad en las casas particulares, pero en cambio, en los establecimientos destinados a acoger clientes, qué derroche de luz en los pasillos, en las escaleras, en la entrada, en el jardín, delante de la puerta, con el único resultado de quitar toda profundidad a los cuartos de estar, a los estanques, a las rocallas del jardín. Sea pasable en invierno, ya que eso os calienta un poco, pero las noches de verano, por más que os refugiéis en el más apartado lugar de veraneo, desde que descendéis al hotel, volveréis a encontrar la misma calamidad que en Miyako Hotel. De lo cual concluyo que no hay más que un solo medio de gozar en paz de la frescura: quedarse en casa, abrir de par en par los postigos y echarse en la sombra debajo de su mosquitero.

*

Hace unos días leía, en ya no sé qué revista o diario, un artículo consagrado a las quejas de las ancianas damas inglesas: mientras que ellas, en tiempos de su juventud, habían sido acostumbradas a tratar con respeto a las personas de edad, las jóvenes de hoy las ignoraban hasta evitaban acercárseles, como si la vejez fuera una tara un poco repugnante; se quejaban en suma de que la gente joven de ahora se comporta de otra manera que la de antaño; y yo concluyo que los ancianos de todos los países del mundo razonan igual, en una palabra, que el hombre que

avanza en edad parece siempre inclinado a creer que antaño por todos conceptos es preferible a hogaño. Los ancianos de hace un siglo extrañaban los tiempos de hace dos siglos, y los ancianos de hace doscientos años suspiran por los buenos tiempos de hace tres siglos; nada autoriza a creer que ningún anciano jamás se haya declarado satisfecho del estado de cosas de su propia época; sin embargo, esta constatación es más verdadera que nunca en la hora actual, a raíz de los progresos acelerados de la cultura y más aún de las circunstancias completamente particulares en las cuales se ha hallado nuestro país, ya que las transformaciones sobrevenidas a partir de la Restauración de Meiji corresponden por lo menos a la evolución de tres o cinco siglos de los tiempos pasados.

Lo divertido es que yo, que os hago estos razonamientos, alcanzo una edad en la que uno se pone a imitar el habla sentenciosa de los ancianos; se puede tener por seguro sin embargo que si las conquistas de la cultura moderna tienen con qué seducir a la gente joven, una época se prepara, en cambio, que será poco agradable para la gente de edad. Estamos por ejemplo por atravesar los cruces de señales de tránsito; lo que hace que un anciano no se atreva a salir tranquilamente a la calle. Pase aún para aquellos a quienes su situación permite desplazarse en automóvil, pero a gente como yo, el simple hecho, cuando uno se aventura en Osaka, de tener que atravesar una calle, exige una tensión nerviosa de todo su ser. Hay es cierto las señales luminosas, y las que se hallan justamente en medio de los cruces se ven perfectamente, pero a veces es muy difícil distinguir esas luces verdes y rojas que se encienden y se apagan en el cielo de modo imprevisto al paso de una calle lateral, y luego, en un gran cruce, puede suceder que se confunda la señal de al lado con la del frente. Me decía que, cuando ocurra colocar policías de tránsito en los cruces de Kioto, eso será verdaderamente el fin de todo, pero desde ahora ya no se puede disfrutar de la atmósfera auténtica de las calles de puro estilo japonés, a menos que uno se dirija a ciudades de la dimensión de Nishinomiya, de Sakai, de Wakayama o de Fukuyama.

Igual cosa sucede en el dominio alimentario: hallar en una gran ciudad platos que convengan al paladar de un anciano es una empresa agotadora. Recientemente, un periodista me pedía que le mencionase algún manjar curioso y delicado; le indiqué la receta de los sushi con hojas de caqui, que comen los habitantes de los valles perdidos de las montañas de Yoshino. Me valgo de la ocasión para revelárosla aquí.

Poned a cocer arroz con sake, a razón de un go de sake por un sho de arroz. Echáis sake en la marmita cuando el agua comience a hervir. Cuando el arroz esté cocido a punto, lo dejáis enfriarse completamente, luego lo apretáis en bolitas con vuestras manos espolvoreadas con sal. Las manos no deben conservar en ese momento ninguna huella de humedad. Todo el secreto está allí: apretar las bolitas nada más que con sal. Después cortáis en tajadas finas salmón salado, extendéis las tajadas en las bolitas que envolveréis una a una en las hojas de caqui, la superficie por dentro. Habréis tenido cuidado previamente de enjugar con una servilleta bien seca las hojas y el salmón a fin de extraerles toda traza de humedad. Hecho eso, en una cubeta para sushi, o en una caja para arroz cuyo interior hayáis secado meticulosamente, colocáis las bolitas de tal modo que no quede entre ellas el menor intersticio, luego colocáis encima una tapa cerrando herméticamente, sobre la cual pondréis una piedra pesada, tal como si pusierais legumbres a escabechar. Los sushi así preparados, los podréis comer al día siguiente por la mañana, es en ese día que tendrán todo su sabor, pero los podéis consumir todavía el segundo o tercer día. Al momento de comerlos, les rociaréis vinagre en el que se han macerado hojas de pimienta.

Esta receta me la dio un amigo que, durante una estadía en Yoshino, había hallado la preparación tan sabrosa que se hizo revelar el secreto, pero basta con que hayan hojas de caqui y salmón salado para realizarla en cualquier lugar. No olvidéis sobre todo que cualquier resto de humedad debe eliminarse y que el arroz debe ser completamente enfriado; lo he probado en casa, en efecto es muy bueno. La grasa y la sal del salmón impregnan el arroz en su punto necesario, y no alcanzo a describir la consistencia del pescado que retoma su elasticidad tal como si fuera fresco. El sabor no es en absoluto como el de los sushi de Tokio: encontrándolo más a mi gusto, casi no he comido más que eso, en todo este verano. Dicho esto, ¡qué maravilloso modo de aderezar el salmón salado! ¡cuánto he admirado la ingeniosidad de esos montañeses tan desprovistos sin embargo de todos los bienes materiales!, y sabiendo que existen otras especialidades regionales del mismo género que aquella, es preciso convenir que en la actualidad el gusto de los aldeanos es infinitamente más seguro que el de los habitantes de una ciudad, y en cierto sentido, hay allí un lujo que ni siquiera podemos imaginar.

Es por eso que la gente de edad, cada vez más, renuncia a vivir en

las grandes ciudades y se retira al campo, pero las pequeñas ciudades de provincia a su vez se dan a llenarse de ramos de lámparas eléctricas, y de año en año se ponen a imitar a Kioto, lo que está lejos de tranquilizarme. Hay quienes pretenden que no se detenga el progreso, y que el día en que todos los transportes se hagan por aire o bajo tierra, las calles recuperarán el sosiego de antes, pero estad seguros de que para ese día ya se habrá inventado algún nuevo instrumento para torturar a los ancianos. En resumen, se les prescribe apartarse del camino de suerte que no les queda otro recurso que ocultarse en casa y cocinarse platitos para acompañar el sake verpertino escuchando la radio.

Eterna chochez de viejo, pensaréis; pues no, no parece ser eternamente así: recientemente el cronista de la Asahi de Osaka, que firma Tensei-jingo-shi (Voz del cielo, propósitos humanos), denunciaba a los funcionarios de la prefectura quienes, para construir un camino hacia el parque Mino.o, talaban a diestra y siniestra en los bosques y nivelaban las colinas; cuando leí esto, me sentí un poco fortalecido en mi propósito. Destruir hasta la sombra de las malezas al fondo de las montañas, es demasiado, y la empresa es estúpida. A ese paso, so pretexto de hacer los lugares ilustres accesibles a la muchedumbre, se llegará paulatinamente a hacer de los alrededores de Nara, Kioto u Osaka espacios pelados.

Pero basta de recriminaciones, soy el primero en reconocer que los beneficios de la civilización contemporánea son innumerables y, por otro lado, nada cambiarán los discursos; el Japón está irreversiblemente comprometido con las vías de la cultura occidental, tanto que no le queda sino avanzar valientemente, abandonando a los que, como los ancianos, son incapaces de seguir; con todo, en la medida en que nuestra piel jamás cambie de color, es necesario decidirnos a soportar eternamente los inconvenientes que somos nosotros los únicos en padecer.

Para decirlo todo, mi intención al escribir lo precedente era plantear la pregunta respecto a saber si, en tal o cual dirección, por ejemplo en las letras o en las artes, no subsistía algún medio de compensar los estragos. Por mí, me gustaría probar el hacer revivir, en el dominio de la literatura al menos, este universo de sombra que estamos disipando. Me gustaría ensanchar el cobertizo de este edificio que lleva por nombre «literatura», oscurecer las paredes, sumir en la sombra lo que es demasiado visible y despojar el interior de todo ornamento superfluo. No pretendo que sea

necesario hacer otro tanto con todas las casas. Pero sería bueno, creo, que algo quede, así no fuera sino uno solo, de este género. Y para ver lo que eso puede dar, pues bien, voy a apagar mi lámpara eléctrica.

(Traducido del francés por Javier Sologuren.)

KAWABATA YASUNARI

LA EXISTENCIA Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA BELLEZA *

Estaba hospedado en el Kahala Hilton Hotel desde hacía dos meses y me preguntaba cuántas veces me había impresionado, en la mañana, la belleza del conjunto de vasos brillantes a la luz del sol matutino, colocados sobre una mesa larga en una esquina de la terraza que daba a la playa. No he visto nunca vasos de brillo tan fulgurante, ni en Niza o Cannes en la costa sur de Francia, ni en la playa de la península de Sorrento, al sur de Italia, donde el sol brilla igualmente y el color del mar es también vívido. Es probable que retenga en mi corazón, durante el resto de mi vida, la imagen del sol matutino reflejado en los vasos de la terraza del Hotel Kahala como emblema de este Hawai reputado como la tierra del eterno verano, o como símbolo de la brillantez del sol de Honolulú, de la luz del cielo, del color del mar y el verdor de los árboles.

Todos estos vasos está alienados cuidadosamente en perfecto orden como si se aprestaran a iniciar la marcha, pero todos están boca abajo; algunos agrupados de dos en dos o de tres en tres; algunos son grandes y otros pequeños, y se hallan tan apiñados que sus superficies se topan. Esto no significa que toda la superficie de estos vasos brille con el sol matutino, pues sólo los bordes inferiores mismos emiten una luz blanca, fulgente, y relumbran como brillantes. Me pregunto cuántos vasos habrá - quizá doscientos o trescientos. No todos sus bordes resplandecen de la misma forma, pero la mayoría de los vasos emiten la luz de estrellas

---

* Conferencias públicas en la Universidad de Hawai el 1º y el 16 de mayo de 1969.

fulgurantes en los mismos lugares de sus bordes. De tal manera que el desfile de vasos crea líneas netas de puntos brillantes de luz.

Mientras miraba fijamente los bordes brillantes de estos vasos, empecé a notar que la luz del sol matutino también se posaba en un determinado lugar al costado de cada vaso. Este no era un fulgor intenso como el de los bordes sino, más bien, una luz suave y desmayada. Quizá la palabra "desmayada" *(honoka)* en el sentido japonés del término se aplique a este caso, pero la luz de los costados de los vasos, a diferencia de la de los bordes que fulguraba en ciertos puntos, se dispersaba suavemente sobre la superficie redondeada de los mismos. Cada una de estas dos clases de luz, a su manera, era de una belleza pura extremada. La razón puede haber sido el espléndido y brillante sol de Hawai y la refrescante y clara atmósfera. Después de descubrir y sentir este tipo de luz del sol matutino sobre los vasos colocados en la mesa, miré a mi alrededor en el restaurante de la terraza como para descansar la vista y noté que sobre la superficie de los vasos colocados en las mesas listas para los comensales y llenos de agua con hielo, e igualmente en el agua y hielo de los mismos-también brillaba y se movía el sol matutino, produciendo una sutil y variada oscilación. Esta luz era de tal naturaleza que uno no la notaría a menos que se le prestara atención, pero también creaba una belleza pura.

Algunos pensarán que no sólo en la playa de Honolulú brillan tan bellamente los vasos a la luz del sol matutino. Quizá también en las playas del sur de Francia o en las del sur de Italia, o aun en la costa sur del Japón el espléndido sol pueda moverse brillantemente sobre la superficie de vasos tal como lo hace en el restaurante del Kahala Hilton Hotel. Además, en lugar de encontrar un símbolo vívido del esplendor del sol de Honolulú, de la luz del cielo, del color del mar y del verdor de los árboles en cosas tan comunes e insignificantes como son los vasos, podría yo, por supuesto, haber encontrado un número de cosas sorprendentes, difíciles de hallar en otro lugar, para simbolizar la belleza de Hawai. Existe, sin lugar a dudas, la belleza de diversas flores de matices brillantes, de gráciles árboles de follaje lujuriante y también vistas tan extrañas como, por ejemplo, un arco iris vertical que aparece cuando llueve sólo en un lugar en el mar abierto, espectáculo que aún no he tenido la suerte de ver, o un arco iris circular que rodea a la luna como un halo.

Y, sin embargo, descubrí, por medio de la luz matinal, la belleza de los vasos en un restaurante. Vi esta belleza con toda claridad. Me encon-

tré con ella por primera vez. Pensé que nunca la había visto hasta ese momento. ¿No es precisamente este tipo de encuentro la esencia misma de la literatura y también de la vida humana? Si digo esto, ¿estoy yendo muy lejos, estoy exagerando mucho? Quizá sea así, pero también quizá no. En mis setenta años de vida es aquí donde por primera vez descubrí y fui conciente de esta suerte de luz que producen los vasos.

Con toda seguridad el personal del hotel no colocó esos vasos con la intención de que refulgieran y produjeran ese efecto estético. Seguramente, ellos tampoco sabían que yo los consideraba bellos. Además, cuanto yo mismo más persisto en la contemplación de esta belleza y, cogido en el hábito mental de preguntarme cómo aparecerán esos vasos en una mañana determinada, procedo a mirarlos en forma demasiado intencionada, me doy cuenta de que todo se ha echado a perder. Por cierto, noto muchos detalles más. Afirmé que en un punto del borde inferior de cada uno de los vasos había una estrella fulgurante, pero luego, al mirarlos repetidas veces, vi que, según la hora y el ángulo de visión, había no sólo una estrella de luz en cada uno sino, más bien, muchas. Igualmente, había estrellas de luz no sólo en los bordes inferiores de los vasos sino también en los costados. ¿Significa esto que yo había cometido un error de observación o que estaba equivocado al considerar que sólo había una estrella en el borde inferior de cada vaso? No. A veces había sólo una estrella. El resplandor de muchas estrellas puede parecer más bello que el de una sola, pero, en lo que me concierne, la belleza que percibí la primera vez que vi sólo una estrella es mucho mayor. Sin duda, esto es verdad tanto en la literatura como en la vida.

No obstante, aunque se suponía que empezara mi charla con una referencia a *El Cuento de Genji*, he comenzado a hablar sobre unos vasos en un restaurante. Sin embargo, aun cuando he estado hablando de vasos, siempre tenía en mente *El Cuento de Genji*. Esto es verdad, aunque algunos no comprendan lo que digo o yo no pueda lograr que me crean. Además, he hablado demasiado y tediosamente acerca de estos vasos. Esto también es un signo de la crudeza de mi literatura y mi vida y muy característico en mí. Por tanto, hubiera sido realmente mejor si hubiera empezado con *El Cuento de Genji*. Hubiera sido mejor si yo hubiera captado el resplandor de los vasos en unas pocas palabras: en un *haiku* de diecisiete sílabas o en una tanka de treinta y un sílabas. Pero también tenía el deseo intenso de plasmar ahora, con mis propias palabras, mi des-

cubrimiento y experiencia de la belleza de unos vasos resplandeciendo a la luz matinal. Por cierto, puede muy bien haber una belleza similar a la de los vasos en cualquier otro lugar, en otra tierra o en otro tiempo y, sin embargo, ¿no podría ser también cierto que en otra tierra y en otro tiempo quizá no haya una belleza precisamente como ésta? Por lo menos, como yo no la había visto hasta ahora, quizá podría decir que era "un encuentro único en mi vida" *(ichigo ichie).*

Me he enterado de japoneses que componen *haikus* aquí en Hawai sobre la belleza de un arco iris que se eleva verticalmente en un punto, en alta mar, o de un arco iris circular que rodea a la luna como un halo. Parece que en Hawai también ha habido el proyecto de compilar un *saijiki* (clasificación de *haikus* por temas referentes a las estaciones), y que estos dos extraños arco iris estarían clasificados bajo el rubro de verano. parece que se refieren a ellos, por el momento, como "lluvia en el mar" *(oki no ame)* y "arco iris nocturno" *(yoru no niji)*, pero tal vez haya términos más apropiados. He oído que en Hawai también existe el tema de "verde invernal" *(fuyu midori)*. Cuando me enteré de esto, me vino el recuerdo de un *haiku* que compuse para mi placer:

midori subete
midori no mama ni
koho kotoshi

todo es verde
y mientras permanece verde
el año pasado se vuelve este año

Este *haiku* podría pasar como un verso sobre el "verde invernal" de Hawai, pero realmente fue compuesto el primer día del presente año en Sorrento. Al comenzar mi viaje desde un Japón de hojas muertas y desolación invernal, volé sobre el polo norte y, luego de permanecer cerca de diez días en Suecia, donde los días son cortos y el sol se pone tan pronto se ha asomado por el horizonte, pasé por Inglaterra y Francia, donde también hacía frío, y llegué a la península de Sorrento, al sur de Italia. El hecho de que las hojas de los árboles y el césped estuvieran verdes en su totalidad o en parte, en pleno invierno, me pareció muy extraño y me causó una impresión muy vívida. Las frutas de los naranjales que se alienaban en las calles de la ciudad tenían realmente un color anaranjado in-

tenso. Pero parece que el invierno pasado fue insólito, aun para Italia, y dos de las siguientes *tankas* que escribí expresan este hecho claramente:

Ganjitsu no
Ashita shigurete
Besubio no
Itadaki no yuki wa
Miezu narikeri

Llueve
la mañana de año nuevo
y la nieve en el pico
del Vesubio
no puede verse

Umi shigure
Yama wa yuki furu
Sorento no
Michi Amarufui nite
Hareshi akarusa

Llueve en el mar,
en las montañas cae la nieve,
pero en Amalfi,
camino a Sorrento,
todo está luminoso y claro

Kuruma no tabi ni
Yugurete
Sorento ni kaeru
Napori no hi mitsutsu

En un día del año nuevo,
cae la tarde mientras salimos
a pasear en carro
y, al regresar a Sorrento,
vemos las luces de Nápoles

La segunda *tanka* fue también compuesta durante un paseo por las montañas y cuando llegamos a ellas vimos caer abundante copos de nieve, lo que para Sorrento era inusitado.

Siento decir que realmente no puedo componer ni *haiku* ni *tanka* ni aun poesía moderna si no me encuentro arrebatado por el gozo y el reposo que experimento durante el viaje a un país lejano. Me entretengo escribiendo estos pocos pseudo poemas. Pero cuando anoto en un cuaderno este tipo de poesía festiva, encuentro que más adelante me es sumamente útil como estímulo para recordar experiencias vividas.

El *"kozo kotoshi"* [el año pasado (se vuelve) este año] del *haiku* sobre el "verde invernal" es un tema de estación para el año nuevo y significa simplemente que reflexionamos sobre el año viejo que acaba de pasar y que recibimos el año nuevo con esperanzas, pero el motivo por el cual usé dicha frase fue que tenía en mente un *haiku* de Takahama Kyoshi (1874-1959):

koso kotoshi
tsuranuku bo no
gotoki mono

el año pasado se vuelve este año —
algo como
una varilla penetrante

El hogar de este gran poeta está situado cerca de Kamakura, y cuando después de la guerra escribí un elogio del cuento de Kyoshi "Niji" (El arco iris), me sentí abrumado al ver aparecer en mi puerta a este venerable *sensei* solo. Había venido a agradecerme. Por cierto, estaba vestido con *hakama* formal y kimono, pero también calzaba la *geta* alta, y me sorprendió ver que llevaba un *tansaku* (una larga hoja de papel que se usa para escribir poemas) a la espalda, que sostenía enhiesto, en forma ligeramente diagonal, y que sobresalía detrás de su cuello. En este *tansaku* había escrito su propio *haiku* para ofrecérmelo. Esta era la primera vez que me enteraba de tal práctica entre poetas de *haiku*.

En la estación de tren Kamakura, desde fin de año hasta después de año nuevo, existe la costumbre de pegar los *tanka* y *haiku* escritos por los poetas que viven en la ciudad y, un año a fines de diciembre, me conmovió ver el verso *kozo kotoshi* (al año pasado, este año) pegado en la estación. Me sorprendió e impresionó profundamente el verso *tsuranuku bo no gotoki mono* (algo como una varilla penetrante). Es una expresión

tan extraordinaria que me sentí como si hubiera sido acometido por el atronador grito Zen de *katsu* (grito que barre de la mente todo pensamiento dualístico y egocéntrico). A propósito, de acuerdo a la cronología de Kyoshi, este *haiku* en particular fue compuesto en 1950.

Aunque Kyoshi, famoso como editor de la revista literaria *Hototogisu* (El cuclillo) parece haber compuesto un buen número de poemas serenos, libre o casualmente, como si estuviera conversando o hablándose a sí mismo; también, algunos de sus *haikus* son incomparablemente grandes, pasmosos, sublimes y profundos:

hakubotan
to iu to iedomo
beni honoka

Aunque decimos que es
una peonía blanca,
hay un leve rastro carmesí

karegiku ni
nao aru mono o
todomezu ya

¿no hay aún
un cierto no se qué
en un crisantemo marchito?

h*onoka naru*
sora no nioi ya
aki no hare

Un leve
aroma en el cielo—
el amable clima de otoño

toshi wa tada
mokumoku to shite
yuku nomi zo

El año
simplemente pasa
¡Oh, tan silenciosamente!

El último *haiku* que comienza con *toshi wa tada* (el año simplemente) se parece en cierta forma al poema *kozo kotoshi* (el año pasado, este año). Recuerdo que en un ensayo para un año nuevo cité el *haiku* de Ranko:

ganjitsu ya
kono kokoro nite
yo ni itashi

Es el día de año nuevo..
y con este espíritu
quiero habitar en el mundo

Un amigo me pidió que escribiera este *haiku* formalmente como un *kakemono* de año nuevo. Según como se interprete, se le puede considerar simple o elevado, popular o puro, pero como temía que pudiera achacársele un sentido didáctico rutinario, dudé en escribir solo este y añadí otros tres para formar el siguiente grupo de *haikus*.

utsukushi ya
toshi kurekitta
yoru no sora

¡Qué bello!
El cielo en la noche
del último día del año
—Issa—

kozo kotoshi
tsuranuku bo no
gotoki mono

El año pasado se vuelve este año—
algo como
una varilla penetrante
—Kyoshi—

ganjitsu ya
kono kokoro nite
yo ni itashi

Es el día de año nuevo—
y con este espíritu
quiero habitar en el mundo
—Ranko—

hatsuzora ni
tsuru semba mau
maboroshi no

En el cielo del día de año nuevo
una fantasía
de mil cigüeñas danzantes
—Yasunari—

Por cierto que mi propio *haiku* no era sino un extravagante apéndice escrito como una atención para mi amigo.

Conocía el *haiku* de Kobayashi Issa (1763-1827) al encontrarlo en una tienda de antigüedades en Kamakura, escrito por el mismo Issa en una *kakemono*. Aún no he investigado dónde y cuándo fue escrito, si después del regreso a su hogar en Kashiwabara en las márgenes del lago Nojiri -que está en el límite entre el nevoso Echigo y Shinano y al pie de las montañas Togakushi, Izuna y Myoko; a la sazón el cielo nocturno era alto y extremadamente claro, como si se hubiera congelado, y podemos pensar que lucía innumerables estrellas que parecían caer en brillantes cascadas. También debemos recordar que su tierra podría ser el lugar descrito en un famoso *haiku*:

kore ga maa
tsui no sumika ka
yuki goshaku

¿Es esta después de todo
mi última morada?
Cinco pies de nieve.

Además, era medianoche, el último día del año. Por lo tanto, en las comunes palabras *utsukushi ya* (¡Qué bello!) Issa descubrió y creó una gran belleza.

También en la atrevida e incomparable expresión de Kyoshi que la persona promedio nunca podrá entender, es decir "algo como una varilla penetrante" ¿no hay profundidad y grandeza y fuerza? Aun en un *haiku* como el que comienza con *toshi wa tada* (el año simplemente) es difícil para un poeta usar una expresión como *mokumoku to shite* (¡Oh, tan silenciosamente!). Sin embargo, en *El Libro de Cabecera* de Sei Shonagon (las fechas de su nacimiento y muerte son inciertas, pero probablemente vivió entre 966 y 1016 -fecha del último documento que la menciona) se encuentra el siguiente pasaje:

> "Cosas que simplemente pasan: un velero; los años en la vida de una persona; la primavera, el verano, el otoño y el invierno."

El *haiku* de Kyoshi "el año simplemente pasa ¡oh, tan silenciosamente!" me recordó el pasaje de *El Libro de Cabecera* intitulado: "Cosas que simplemente pasan". Ambos, Sei Shonagon y Kyoshi hacen que la palabra *tada* (simplemente) cobre vida. Quizá con una distancia en el tiempo de 950 años, el sentido y significado de la palabra puede diferir en algo, pero pienso que la diferencia es leve. Por cierto que Kyoshi probablemente había leído *El Libro de Cabecera*, pero cuando escribió su poema no sé si tenía el pasaje "cosas que simplemente pasan" en mente y lo estaba usando como una alusión elegante o *honkadori*. Aunque lo hubiera usado en esa forma, ciertamente eso no dañaba su propio *haiku*. Además, podemos pensar que Kyoshi hizo que la palabra toda (simplemente) cobrara más vida que la que le había dado Sei Shonagon.

Cuando recuerdo *El Libro de Cabecera* en el curso de mi conferencia, también se despierta el sabor especial de *El Cuento de Genji*. El hecho de que estas dos obras se mencionen a la vez es su destino inevitable. Murasaki Shikibu, la autora del *El Cuento de Genji* (las fechas de su nacimiento y muerte son inciertas, pero se aceptan generalmente los años 978 y 1014) y Sei Shonagon, estos dos genios sin paralelo en el pasado y en el presente, tuvieron el destino de vivir en la misma época, y el hecho de que fueran suficientemente afortunadas para vivir en una época que cultivaba y estimulaba su genio fue asimismo un destino feliz. Si hubie-

ran nacido cincuenta años antes o cincuenta años después, probablemente no se hubiera escrito ni *El Libro de Cabecera* ni *El Cuento de Genji.* Además, el genio de estas dos mujeres tal vez no habría podido desarrollarse y florecer. Esto es cierto. Es un hecho aterrador y lo siento más profundamente cuando pienso en ambos libros. La narrativa en el Japón alcanzó su cúspide con *El Cuento de Genji* que no fue superado. Las sagas bélicas experimentaron lo mismo con *El Cuento de Heike* (c. 1201-21), el *ukiyozoshi* (cuentos del llamado mundo flotante) con Ihara Saikaku (1642-93) y el *haiku* con Matsuo Basho (1644-1694). En pintura, el sumie (pintura con tinta china) alcanzó su cúspide con Sesshu (1420-1506) y la pintura de las escuelas Sotatsu y Korin con Tawaraya Sotatsu del período Momoyama (fines del siglo XVI y comienzos del XVII y con Ogata Korin del período Genroku (fines del siglo XVII) o quizá podríamos decir que hubo una sola cúspide con Sotatsu. No digamos que no importa si tuvieron o no sucesores y, por cierto, no importa si hubo meros imitadores. Quizá esta afirmación es muy severa y dura, pero, en todo caso, yo, como escritor vivo, he estado obsesionado por mucho tiempo con esta idea. Me pregunto si la época actual en la que vivo es la más favorable para artistas y escritores y, a veces, pienso en mi propio destino cuando considero el destino de la época en la que a uno le toca vivir.

Escribo principalmente novelas pero me pregunto si la novela es todavía la forma literaria o artística más adecuada a la época y, también, si la era de la novela y hasta de la literatura misma no estará llegando a su fin. Aun cuando observo la novela occidental moderna, me entran dudas al respecto. En el Japón, casi un siglo después de la importación de literatura occidental, nada ha alcanzado las alturas del tipo de literatura japonesa representado por Murasaki Shikibu del período Heian o por Basho del período Tokugawa, y la literatura está probablemente declinando y debilitándose. Sería un verdadero motivo de regocijo si la literatura japonesa estuviera alcanzando nuevas cumbres y aparecieran una nueva Murasaki o un nuevo Basho. Aún después de comienzos del período Meiji, en 1868, aparecieron grandes hombres de letras al mismo tiempo que el surgimiento del Japón moderno, pero aquellos, en su juventud, tuvieron que emplear su tiempo y energía en el estudio e introducción de la literatura occidental. Muchos de ellos tuvieron que abocarse a la tarea de instruir a sus compatriotas durante la mayor parte de sus vidas y fueron incapaces de alcanzar la madurez en su propia creación fundada en la tra-

dición japonesa y oriental. Entonces, tiendo a pensar que fueron víctimas de su época. Fueron diferentes a Basho, quien dijo:

> "Sin conocer lo inmutable no se pueden construir los cimientos, y sin conocer lo mudable el estilo no puede renovarse."

Basho estaba viviendo en una época cuyo destino era favorable al florecimiento y desarrollo de su talento. Era respetado y admirado por muchos distinguidos discípulos y reconocido y adorado por el mundo. Sin embargo, aun él frecuentemente hacía declaraciones como cuando se disponía a realizar un viaje sobre el que escribió en *Sendas de Oku:*

> "Moriré en el camino. Este es el destino que el cielo me ha dispensado".

y durante su último viaje escribió:

kono michi ya
yuku hito nashi ni
aki no kure

Por este camino
nadie pasa—
tarde de otoño

aki fukaki
tonari wa nani o
suru hito zo

Avanzado el otoño—
y mi vecino,
¿qué estará haciendo?

Su poema premonitorio compuesto durante su último viaje dice así:

tabi ni yande
yume wa areno o
kakemeguru

Enfermo en un viaje

mis sueños vagan
por desolados campos

En mi hotel de Hawai he estado estudiando principalmente *El Cuento de Genji* y, en relación con esta obra, estuve leyendo *El Libro de Cabecera*. Entonces, por primera vez, reconocí claramente la diferencia entre las dos obras y las dos autoras. Quedé sorprendido y sospecho que ello se debió a mi edad. Sin embargo, en profundidad, riqueza, aliento y despliegue de emoción, así como en rigurosidad, Sei Shonagon no llega a equipararse a Murasaki Shikibu: esta es mi última impresión y dudo de que cambie. Tal punto de vista parece bastante natural y debe haber sido expresado por otros desde tiempos remotos; pero para mí se ha hecho claro como un nuevo descubrimiento o una nueva convicción. ¿Se puede explicar las diferencias entre Murasaki Shikibu y Sei Shonagon en forma tan sencilla? En Murasaki Shikibu encontramos el *kokoro* (corazón o espíritu) japonés que luego brotó de la persona de Basho. Lo que encontramos en Sei Shonagon puede ser quizá una corriente diferente de este *kokoro*. Habiendo expuesto mi juicio tan sucintamente, espero, por cierto, que otros expresen sus dudas, me interpreten mal y, posiblemente, tengan opiniones adversas, pero naturalmente son libres de expresarlas.

Inevitablemente habrá cambios en el aprecio y evaluación de mi propia obra, la de mis contemporáneos y de los escritores de antaño. Esta afirmación está basada en mi propia experiencia. Dichos cambios han sido, a veces, mayores y otras relativamente menores. Los críticos literarios que han sido absolutamente consecuentes a través de los años parecen ser bastante raros o bastante aburridos. Yo mismo no estoy aún seguro de que no llegue el momento en que se eleve a Sei Shonagon al nivel que se había asignado a Murasaki Shikibu. Durante mi adolescencia leí tanto *El Cuento del Genji* como *El Libro de Cabecera* simplemente porque estaban en el librero -sin comprender realmente su importancia. Cuando dejé *El Cuento de Genji* por *El Libro de Cabecera* sentí como si mi espíritu hubiera cobrado vida y mis ojos se hubieran abierto. *El Libro de Cabecera* es de estilo simple, lúcido, chispeante, ingenioso y lleno de sabor. El sentido de la belleza y las percepciones son refrescantemente novedosos y agudos. Las insólitas asociaciones me llenan de intenso deleite. Debido a estas reacciones críticas, algunos críticos han escrito que mi propio estilo literario está más influenciado por *El Libro de Cabecera* que por *El Cuento de Genji*. La estrofa encadenada *(renga)* y el *haikai* de

épocas posteriores ciertamente se asemejan más al *Libro de Cabecera* que al *Genji* en su progresión verbal general. Sin embargo, no hay duda de que los escritores de épocas posteriores veneraron y aprendieron del *Genji* y no así del *Libro de Cabecera.*

El erudito clásico Motoori Norinaga (1730-1801) es considerado el principal descubridor de la belleza de *El Cuento de Genji.* El hizo la siguiente evaluación en su *Genji monogatari tama no ogushi* (El peine enjoyado del cuento de Genji):

> "Entre los muchos cuentos que tenemos, este *(el Genji)* es excepcional y encantador. Dudo de que nada escrito antes o después de él pueda igualarlo. Si observamos los antiguos cuentos escritos antes del *Genji* notamos que parecen haber sido compuestos sin ninguna sensibilidad... en ninguno de ellos encontramos pasajes que reflejan el *mono no aware* (literalmente "la tristeza de las cosas") con cierta delicadeza o profundidad. Si observamos los cuentos a partir del *Genji* nos percatamos de que todos están construidos según el estilo del *Genji*... y son muy inferiores a este. El *Genji* no tiene rival. Es excepcionalmente profundo y fue escrito por una mente absolutamente sensible. Está demás decir que su estilo y ritmo son totalmente fascinantes. Las descripciones del variado cielo en las cuatro estaciones y de la flora son encantadoras. Especialmente deliciosas son las descripciones de hombres y mujeres -sus estados de ánimo, sus pensamientos tan bien delineados... que podemos simpatizar con ellos tanto como si se tratara de personas que encontramos en la vida real. Son precisamente esas las cualidades que no poseen escritores menores."

Y Motoori añade:

> "Creo que es una obra sin paralelo en el pasado, en el presente y aun en el futuro, ya sea en el Japón o en China."

"El pasado, el presente y aun el futuro": esto es precisamente lo que Motoori escribió. Es posible que el entusiasmo del momento le hiciera añadir: "el presente y aun en el futuro". Pero, desgraciadamente, debo decir, la predicción de Motoori fue acertada. Desde entonces no se ha escrito en el Japón ni una novela que se pueda equiparar a *El Cuento de Genji.* Me pregunto si podemos continuar profiriendo la palabra "desgraciadamente" en forma tan demostrativa. Pero no soy el único que lo ha

hecho. Como miembro de un pueblo que logró *El Cuento de Genji* hace un milenio, he estado esperando al escritor que pudiera equipararse a Murasaki Shikibu.

Cuando Rabindranath Tagore (1881-1941), renombrado poeta-sabio de la India, habló en el Japón, formuló lo siguiente:

> "Es responsabilidad de cada nación darse a conocer ante el mundo. La oscuridad debe considerarse casi como un crimen nacional; es peor que la muerte y no es perdonada jamás por la historia del hombre. La gente debe mostrar lo mejor de sí misma que es la generosidad de sus almas y que constuituye su riqueza, la cual supera sus necesidades inmediatas y exclusivas, y debe asumir la responsabilidad de enviar una invitación cultural y espiritual al resto del mundo."

Tagore también expresó que el Japón:

> "ha dado origen a una civilización perfecta en su forma y ha desarrollado el sentido de la vista para ver claramente la verdad en la belleza y la belleza en la verdad."

Podemos regocijarnos y a la vez entristecernos con la idea de que este antiquísimo *Cuento de Genji* cumple con la "responsabilidad de una nación» a la que Tagore aludió, en forma mucho más brillante de lo que cualquiera de nosotros podría hacerlo hoy día, y es muy probable que continuemos considerándolo así en el futuro.

*

> "(Cuando el Japón está en inminente peligro de no darse cuenta en qué consiste su grandeza) es el deber de un extranjero como yo recordarle que ha dado origen a una civilización perfecta en su forma y ha desarrollado el sentido de la vista para ver claramente la verdad en la belleza y la belleza en la verdad. El Japón ha logrado algo que es positivo y completo. Es más fácil para un extranjero saber qué es aquello que tiene el Japón de verdaderamente valioso para toda la humanidad -aquello que solo el Japón, entre todas las naciones, ha extraído de su vida interior y no de su mero poder de adaptabilidad."

Esta declaración de Rabindranath Tagore aparece en una conferencia que dio durante su primera visita al Japón, titulada: "El espíritu del Japón" y que tuvo lugar en la Universidad Keio en 1916. En esta época yo era estudiante de secundaria bajo el viejo sistema escolar; vi su foto muy destacada en el periódico y recuerdo aún ahora los rasgos y la apariencia de este poeta-sabio, de cabello largo y boscoso, bigote y barba largos, alto, de pie en indumentaria india suelta y flotante, con ojos profundos y penetrantes. Su cabello blanco se ondulaba suavemente a ambos lados de la frente; los mechones de pelo bajo las sienes también eran largos como dos barbas, se unían al pelo de sus mejillas y continuaban en la barba de manera que me daba la impresión de una antiguo mago oriental. Además, como entre sus escritos en prosa y verso había algunos pasajes tan fáciles que podían ser leídos hasta por un estudiante, eso es lo que yo hice.

El grupo de Tagore llegó al puerto Kobe y se dirigió a Tokio en tren. Después, se dice que Tagore contó a sus amigos lo siguiente:

> "Cuando llegamos a la estación Shizuoka, un grupo de sacerdotes vino a recibirime, quemando incienso y uniendo sus manos en señal de veneración. En ese momento, por primera vez, tuve la sensación de que estaba realmente en el Japón y me sentí tan feliz que lágrimas de alegría brotaron de mis ojos."

Parece que este fue el recibimiento de cerca de veinte miembros de Shiseikai (Sociedad de los cuatro Votos), grupo de budistas de la ciudad de Shizuoka (de acuerdo al comentario de Kora Tomiko). Después Tagore visitó el Japón dos veces más. Una de esas veces fue en 1924, al año siguiente del gran terremoto de Tokio. El pensamiento básico de Tagore está expresado en su declaración de que "la eterna libertad del alma está en el amor; lo grande se encuentra en lo pequeño y lo infinito dentro de los límites de la forma".

Al mencionar Shizuoka, da la casualidad de que estoy ahora en mi hotel de Hawai tomando el *Shincha* (té nuevo) de la Prefectura de Shizuoka. Es un té que ha sido cosechado la "octogésima octava noche" que es la correspondiente al octogésimo octavo día después del comienzo de la primavera; este año (1969) fue el 2 de mayo. Desde tiempos remotos, ha sido costumbre en el Japón considerar auspicioso y precioso el té nuevo cosechado esa noche, de tal manera que constituye un elixir soberano para obtener eterna juventud, larga vida y perfecta salud.

El canto de cosecha del té que menciono a continuación y que se canta en todas partes, es una canción nostálgica que nos hace sentir el estado de ánimo de la estación:

> En la octógesima octava noche, a medida que se acerca
> el verano,
> las jóvenes hojas son gruesas
> tanto en los campos como en las colinas
> ¿no se ve a los colectores entre ellas
> con sus mangas atadas con cuerdas color
> carmesí y luciendo sombreros de juncia?

En las plantaciones de té, al alba del octogésimo octavo día, las jóvenes de las aldeas salen juntas a coger los nuevos brotes de las plantas de té. Como en la canción, llevan sombreros de juncia y con cuerdas carmesí o *tasuki* sujetan las mangas de sus trajes de trabajo de color azul oscuro moteado de blanco.

Este té nuevo, cogido el 2 de mayo, que un amigo -quien vive en la Prefectura de Shizuoka- encargó a una casa de té del lugar que me mandara por correo aéreo, llegó a mi hotel en Honolulú el 9 de mayo. Inmediatamente preparé un poco de té con mucho cuidado y luego disfruté del sabor especial de comienzos de mayo en el Japón. Este no era el té en polvo utilizado en las ceremonias del té sino más bien el ordinario de hojas verdes. El té claro y oscuro utilizado en la ceremonia del té, aún hoy se selecciona de acuerdo al gusto de la persona en ese momento. Es conveniente que el invitado principal pregunte a su anfitrión el nombre especial del té, pues las tiendas que lo preparan le dan nombres elegantes de acuerdo a su variedad. Además, ese también puede ser el caso con respecto al café y al té negro, pero en el aroma y sabor del té que ha sido preparado emerge también la personalidad y el estado de ánimo de la persona que lo preparó. La forma de preparar el té verde, considerado como un pasatiempo por los hombres de letras de los períodos Edo y Meiji, ha declinado en nuestros días pero, dejando de lado esa suerte de ceremonia especial, para preparar un té verde sabroso es necesario todavía un don, un talento y un espíritu afín a la ocasión.

Ya que preparé el té nuevo con el corazón jubiloso, emergió de él un aroma sutil de envolvente dulzura. Además, el agua de Honolulú es excelente. Cuando probaba este té en Hawai, recordé las plantaciones de

la Prefectura de Shizuoka. Estos campos de té se extienden sobre muchas colinas. He recorrido la ruta de Tokaido (camino costanero del este), pero lo que recordaba eran las plantaciones vistas a través de la ventana del tren. Además, eran campos de té que había visto en la mañana y en la tarde, campos de té en los que aparecían valles de sombras profundas entre las filas de las plantaciones, creados por la luz oblicua del sol de la mañana o de la tarde. Como las plantaciones en esos campos son uniformemente bajas, las hojas son muy gruesas, y como el color de las mismas, aparte de las hojas jóvenes, es de un verde profundo con un toque de negro, el tono de las sombras entre las filas de las plantas es también muy profundo. En la mañana parece haber un quieto despertar de verde y en la tarde un quieto reposar de verde. Cierta tarde, al mirar, por la ventana del tren, los campos de té de las colinas me parecían ser una rebaño de ovejas verdes durmiendo plácidamente. Esta era la vieja línea de Tokaido anterior a la nueva *(Shinkan-sen)* que nos lleva en tres horas de Tokio a Kioto.

La nueva línea de Tokaido bien puede tener los trenes más rápidos del mundo pero a esa velocidad se pierde enormemente el efecto encantador del paisaje visto desde el tren. Por ejemplo, como en el caso de las plan-tacines de té de la Prefectura de Shizuoka, desde la ventana del tren de la vieja línea, a la velocidad de antaño, había varias vistas que me llamaban la atención e invitaban a la reflexión. Entre ellas, la que me dió la impresón más vívida y me conmovió más profundamente era el paisaje de la región Omi, a medida que el tren de Tokio ingresaba a la Prefectura de Shiga.

yuku haru o
Omi no hito to
oshimikeru

Lamentamos la partida
de la primavera
junto con los hombres de Omi

Este es el Omi que Basho mencionó en el *haiku* que acabo de citar. Cada vez que voy a la región Omi en primavera siempre recuerdo este *haiku*, y como mis propios sentimientos también parecen estar inmersos en este poema, me asombra el descubrimiento de la belleza por parte de Basho.

No obstante, he estado interpretando este poema en forma muy arbitraria. La gente a menudo encara la poesía que le gusta (o aun la novela), la asimila completamente y la aprecia a su manera. De hecho, en la apreciación de las obras literarias, es corriente no preocuparse de la intención del autor, el origen de la obra o los estudios y discusiones de eruditos y críticos, o evitarlos e ignorarlos. Esto es cierto también en lo que se refiere a los clásicos. Cuando el autor deja de lado su pincel de escribir, la obra ingresa al lector con vida propia. Está en manos del lector que va a su encuentro mantenerla viva o asesinarla y el autor no puede hacer nada al respecto. En cuanto a la declaración de Basho a ese efecto: "Cuando se retira algo de la mesa del escritor esto se convierte en basura", el significado de esa frase al momento de escribirla Basho y el que yo le he dado al citarla aquí difieren considerablemente.

En lo que respecta al poema que empieza con *"yuku haru o"* (lamentamos la partida de la primavera), olvidé que estaba incluido en la antología de *haikus Sarumino* (La capa pluvial de paja del mono), publicada en 1691. Sin embargo, en este poema, siento 'la primavera en Omi" o "la primavera de Omi". El poema me induce a sentirlo. En 'la primavera en Omi" o "la primavera de Omi" los tibios campos amarillos de flores de colza son extensos y los suaves campos de lotos rosados y purpúreos y también se extienden a lo lejos. El lago Biwa está cubierto de niebla primaveral. En Omi había muchos campos de flores de colza y de loto. Pero aún más, lo que me conmovió verdaderamente fue que, a medida que el tren ingresaba a la región de Omi, el paisaje desde la ventana era el de mi tierra. La forma de las montañas está suavizada y la de los árboles se torna delicada. Ciertamente, todo el paisaje es más sutil y atractivo. Hemos llegado a la entrada de Kioto y sabemos que pronto estaremos en el centro de la ciudad. Estamos en lo que se conoce en japonés como la región Kinki. Es el lugar de nacimiento de la literatura y el arte del período Heian o Fujiwara (794-1192), del *Kokinshu* (Antología de poemas de antaño y hogaño), de *El Cuento de Genji* y de *El Libro de Cabecera.* Mi morada actual está en la región del río Akuta mencionada en *Los Cuentos de Ise* (siglo x), pero como es una aldea agrícola con pocos paisajes, pienso en Kioto -a media hora o una hora de mi pueblo en tren- como mi tierra.

Sólo mientras permanecía en el Hotel Kahala Hilton, en Honolulú, pude leer cuidadosamente el comentario de Yamamoto Kenkichi (1907)

sobre el *haiku* citado previamente en su trabajo titulado *Basho*: *Yuku haru o Omi no hito to oshimikeru* (lamentamos la partida de la primavera junto con los hombres de Omi).

Por cierto que Basho no fue a Omi en tren, pero parece que este poema no fue escito cuando se dirigió a Omi caminando por la vieja carretera de Tokaido sino más bien cuando llegó a Otsu en Omi desde Iga. En *La capa pluvial de paja del mono hay un kotobagaki* (prefacio en prosa) al poema en chino: "mirando las aguas del lago (Biwa) y lamentando la partida de la primavera" y parece que había otro *kotobagaki* de puño y letra de Basho que dice así: "Navegamos en un bote en Karasaki, Shiga, y la gente (de allí) habló de los vestigios de la primavera". Además, parecería que Basho tuviera alguna relación personal con los "hombres" sobre los que escribió la frase "los hombres de Omi". Sin embargo, si cito del trabajo crítico de Yamamoto Kenkichi sólo el pasaje que me interesa ahora, sería el siguiente:

> "Con respecto a este *haiku*, existe la siguiente historia en el *Kyoraisho* (conversaciones con Kyorai) (Mukai Kyorai, 1651-1704): "El maestro (Basho) dijo: 'Shokaku (Esa Shokaku, 1650-1722) ha manifestado que el nombre del lugar denominado Omi bien podría haber sido Tamba y la época del año -el fin de la primavera- podría haber sido el fin de año. ¿Cómo reacciona usted ante eso?' Kyorai contestó: 'La crítica de shokaku no se justifica: Las brumosas aguas del lago hacen de Omi el lugar apropiado para lamentar la partida de la primavera. De hecho fue así el día en que se escribió el poema.' El maestro dijo: 'Tiene usted razón. El amor a la primavera que sentían los antiguos pobladores de esta provincia no era de ningún modo inferior al de los de la capital." Kyorai respondió: 'Estas palabras suyas tocan mi corazón. Si uno se encuentra en Omi a fin de año, ¿cómo puede surgir este sentimiento? O si uno está en Tamba a fines de la primavera, por cierto que no se sentirá lo mismo. Cuán cierto es aquello de que determinado paisaje en un determinado momento conmueve a los hombres.' El maestro: 'Usted, Kyorai, es una persona con quien puedo hablar sobre lo elegante', y se sintió especialmente complacido."

También en *Fukuru nikki* (Diario de la lectura) de Kagami Shiko (1665-1731), bajo el rubro correspondiente al 12 de julio de 1698, de acuerdo al calendario lunar, en la sección "Conversaciones vespertinas en el pabellón de las peonías", se encuentre el mismo pasaje, y Shiko cita las siguientes palabras finales de Kyorai en este episodio:

"Lo elegante es lo que surge en circunstancias particulares"

Y Shiko mismo declara:

> "Los hechos de las circunstancias particulares son cosas que uno debe conocer."

Al descubrir lo elegante, es decir, la belleza que existe, al sentir la belleza que uno ha descubierto y hasta al crear la belleza que uno ha sentido, "las circunstancias particulares" de "aquello que existe naturalmente en esas circunstancias" son muy importantes y aun podemos decir que son la gracia del cielo; además, si podemos "saber" que esas circunstancias particulares son realmente ellas, entonces podemos decir que esto es un don del dios de la belleza. Puede parecer sólo un simple *haiku* que trata del lamento por la partida de la primavera con la gente de Omi, pero de hecho el lugar es Omi y la época del año es "la primavera que parte" y en ello yace el descubrimiento y la experiencia de la belleza por parte de Basho. En otro lugar como Tamba, por ejemplo, y en otra época como "el año que termina" no se experimentaría la emoción profunda que emana de este poema. Si el poema dijera: "lamentamos la partida de la primavera con los hombres de Tamba o " lamentamos la partida del año con los hombres de Omi" no tendría el mismo sentido que el poema original de Basho. Además, durante muchos años me desvié un tanto en mi interpretación de la intención de Basho y lo interpreté arbitrariamente, pero pienso que en las frases "partida de la primavera y "Omi" yo armonizaba con el espíritu de Basho. Me tiene sin cuidado si esto suena a subterfugio o distorsión.

Aun cuando he estad hablando sobre "circunstancias particulares" o, anteriormente, cuando hablaba sobre los campos de té de Shizuoka, lo que tenía en mente era la sección conocida como "Uji Jujo" o Los diez capítulos de Uji de *El Cuento de Genji*. Ya que Uji junto con Shizuoka son dos de los más famosos lugares productores de té del Japón, el hecho de que cuando menciono los campos de té de Shizuoka recuerde a Uji parece una natural asociación y bastante común, pero para mí, cuando leo el *Genji* en mi hotel de Honolulú, la palabra "Uji" no es sólo el nombre de un lugar. Es el Uji de Los diez capítulos de Uji. En otras palabras, pienso que es muy apropiado que el "ambiente particular" de la tercera parte de *Genji* -los diez últimos capítulos de los cincuenta y cuatro de la

obra- sea Uji; además, ya que está también ligado a mis sentimientos de nostalgia por mi tierra, Uji es especialmente significativo. Asimismo, el hecho de que Murasaki Shikibu escogiera a Uji como ambiente y fuera capaz de hacer que gente de generaciones posteriores sintiera, al leer la obra, que el ambiente tenía que ser Uji, es un tributo a su poder como escritora.

Mi o nageshi
Namida o kawa no
Hayaki se o
Shigarami kakete
Tare ka todomeshi

Cuando esté sumido
en la tristeza
como una hoja que cae
en el arroyo
la vida me habrá atrapado en su esclusa
y no me soltará*

Naki mono ni
Mi o mo hito o mo
Omoitsutsu
Suteteshi yo o zo
Sara ni sutetsuru

Hace tiempo que
he estado muerto
para mí y para todos los que me querían;
es extraño que por segunda vez
diga adiós al mundo

Estos dos poemas son *tankas* de Ukifune en el capítulo "Práctica de la escritura". "En esos días, vivía en Yokawa un piadosísimo vicario general llamado Sozu." Este piadoso sacerdote envió a un acólito en pere-

---

* Todas las citas de *El Cuento de Genji* corresponden a la traducción al inglés de Arthur Waley.

grinación a Hatsuse. Al regreso se detuvo en Uji y, junto con otras personas, rescató a Ukifune de las orillas del río Uji. Estos son poemas que Ukifune escribió como una práctica de escritura luego de ser rescatada y una vez que se hubo calmado. En la noche, otros dos sacerdotes y un tercero de rango menor:

> "... portando una antorcha, fueron detrás del edificio a un lugar poco frecuentado. Allí había un grupo de árboles que formaban una especie de alameda en cuyas oscuras cavidades sentían que algo se ocultaba. Avanzaron hacia ellos e inmediatamente vieron que algo blanco yacía estirado bajo los árboles. Sosteniendo la antorcha a la entrada de la alameda, vieron que no era un mero objeto sino una suerte de figura que yacía o se agazapaba en el suelo. "Es un zorro que se ha convertido en mujer", dijo uno de los sacerdotes. 'Tú, cosa asquerosa, pronto le pondremos remedio a eso'... Vio que el joven sacerdote que llevaba la antorcha se acercaba a la figura reclinada y la empezaba a examinar con calma. Lo que vio fue una joven de larga y hermosa cabellera, reclinada en un inmensa y nudoso tronco, llorando amargamente".

Se preguntaban qué podría ser esta cosa extraña, sobrenatural, este zorro que había sido trasformado, y llamaron al piadoso sacerdote de Yokawa para mostrárselo. También se llamó al guardián de la mansión.

> "Espíritu de la tierra, espíritu del aire, espíritu del zorro, espíritu del árbol o quienquiera que fueres, que has embrujado a esta criatura humana, te exhorto a que te manifiestes inmediatamente, no sea que para tu perjuicio y detrimento nuestro maestro no tenga otra alternativa que usar contra ti los poderes que lo han hecho famoso en todo el mundo". Así diciendo la cogió de la manga, pero ella se soltó y enterrando su rostro en los pliegues de su vestido empezó a llorar más amargamente que nunca.
>
> "¡Ahá!", dijo el sacerdote, "así que eres un espíritu pesado, ¿no es cierto? y pretendes molestar todo lo que puedas. ¡Pronto pondremos remedio a eso!" y temblando de miedo -porque el sacerdote esperaba ver un monstruo sin ojos y sin nariz como en las viejas historias- se agachó, mostrando a los demás cuán valiente era, tiró del vestido de la muchacha y súbitamente la vio rodar y quedar boca abajo no sólo llorando sino gimiendo lastimosamente.
>
> "Por cierto, puede tratarse sólo de una mujer, después de todo; pero,

si así fuera, ¿cómo llegó a este lugar? Es inexplicable." El sacerdote estaba a punto de cogerla y darle una vuelta para ver su rostro, cuando empezó a llover copiosamente. "Una cosa es cierta", dijo el sacerdote, "si la dejamos donde está, bajo el árbol que chorrea directamente sobre ella, pronto morirá. Por lo menos, llevémosla a aquel lugar seco bajo la pared." "Ella no parece una ogresa, ¿no es cierto?" dijo Sozu. "Es terrible pensar en la gente que la ha abandonado así mientras aún hay vida en sus miembros. Es bastante censurable que la gente trate como lo hace a las criaturas irracionales -sacan peces del lago y los dejan agonizar en la orilla o persiguen a los temerosos venados y los dejan morir de sus heridas. Esto es algo que uno evita si es posible; y cuando se trata de seres humanos, aunque en el mejor de los casos sólo se trate de prolongarles la vida por unas cuantas horas, es nuestro deber sagrado, dictado por los escrituras, hacer todo lo que esté a nuestro alcance para salvarlos. Admito que no sé cómo es que esta mujer está aquí pero ya sea que esté poseída por los demonios, como ustedes dicen o como yo mismo pienso, haya sido inducida a venir aquí mediante una treta abominable, o haya huido hacia aquí para escapar de las garras de algún desalmado -eso no importa. Sabemos que si invocamos el nombre del Bienaventurado podremos, sin lugar a dudas, salvarla de la muerte por cualquiera de esas causas. ¿Por qué no tratamos de ver si toma un poco de caldo? No es que eso pueda salvarla, pero no está demás tratar."

"Sozu hizo que la llevaran a una alejada esquina del edificio donde era poco probable que la descubrieran"... Su apariencia era la de "una muchacha de extraordinaria belleza, ataviada con ricos y perfumados vestidos del más fino damasco blanco y pantalones de seda roja." La hermana menor de Sozu que era monja hasta pensó que Ukifune era su propia hija muerta que había resucitado y la cuidó con gran esmero. "¡Que feliz me siento de contemplar una persona de belleza tan irreal !" y al decir esto vio que Ukifune "al fin podía peinar su cabellera, cosa que hacía con ambas manos". "Era como si un ángel hubiera descendido en su nube." Ella sentía mayor extrañeza que el viejo cortador de bambúes al encontrar a Kaguyahime."

Pero si procedo a citar en esta forma el capítulo "La prácica de la escritura" nos quedaremos aquí toda la noche. Hablar sobre los Diez Capítulos Uji seguramente tomaría dos o tres años. Me veo obligado o mostrar aquí sólo fragmentos de los mismos, pero como estoy cautivado por la elegante prosa de Murasaki Shikibu, noté que en ese capítulo se mencionaba a Kaguyahime. Al respecto, cuando la gente habla de *El cuento*

del cortador de bambúes, se cita el pasaje del capítulo sobre la "Competencia de pinturas" del *Genji* que se refiere "al viejo cortador de bambués que es el antecesor más remoto de la novela", además, Murasaki Shikibu también escibe en dicho capítulo que "las pinturas del cuento de Kaguyahime se disfrutaban de vez en cuando", que "el carácter de la misma Kaguyahime estaba tan libre de mácula de impureza mundana y era tan noblemente elevada en pensamiento y conducta", y que "la Tierra Celestial a la que fue enviada está más allá de nuestra comprensión, y nos aventuramos a dudar si tal lugar existió alguna vez." Así, encontramos en el capítulo sobre la "Práctica de la escritura" la frase anteriormente citada:

> "Ella sentía mayor extrañeza que el viejo cortador de bambúes al encontrar a Kaguyahime."
>
> Había una vez un viejo cortador de bambués. Cada día acudía al campo y a las montañas para cortar bambués con los que confeccionaba todo género de cosas. Este viejo se llamaba Sanuki no Miyatsukomaro. Un día, vio una luz en la raíz de un tallo de bambú y pensando que eso era muy extraño se agachó a examinarlo. Vio que la luz brillaba dentro del hueco del bambú donde estaba sentada una encantadora niñita que medía casi tres pulgadas de alto. El viejo dijo: "te he encontrado porque estás aquí en este bambú que miro cada mañana y cada tarde. Debes estar destinada a ser mi hija." La tomó entre las manos y la llevó a su casa donde la confió a su anciana mujer. La niña era una criatura encantadora y tan pequeña que la tenían en una cunita apropiada para ella.[8]

Cuando leí por primera vez este pasaje inicial de *El cuento del cortador de bambúes* yo era un estudiante de secundaria y pensé que la historia era realmente hermosa. Como había visto la alameda de bambúes en las inmediaciones de Saga, en las afueras de Kioto, y las alamedas destinadas al cultivo de brotes de bambú en la región de Yamazaki y Mukomachi que estaba más cerca de mi casa que Kioto, podía distinguir la luz brillante y a Kaguyahime sentada en uno de esos bellos tallos de bambú. Como colegial que era, ignoraba por completo que *El cuento del cortador de bambúes* se basaba en tradiciones e historias de la época en que fue escrito y mucho antes. Creía yo que todo emanaba del descubrimien-

8 Traducción al inglés de Donald Keene.

to, la experiencia y creación de la belleza por parte del autor, y la concepción de este antecesor de la novela japonesa -género en el que me proponía escribir yo mismo- me pareció extremadamente hermosa y me estremeció de gozo. Además, como joven que era, interpreté este cuento como adoración de la virginidad de las mujeres y un elogio del eterno femenino, lo que me tenía totalmente fascinado. Quizá es un vestigio de mis sentimientos juveniles, pero aun ahora siento que los dos pasajes del *Genji* que cité anteriormente: "el carácter de la misma Kaguyahime estaba tan libre de mácula de impureza mundana y era tan noblemente elevada en pensamiento y conducta", y "la Tierra Celestial a la que fue enviada está más allá de nuestra comprensión y nos aventuramos a dudar si tal lugar existió alguna vez", no son mera retórica florida. También leí en Honolulú las teorías de eruditos de literatura japonesa que afirman que *El cuento del cortador de bambúes* es la expresión del deseo y la añoranza del infinito, la eternidad y la pureza por parte de la gente de la época en que fue creado.

Asimismo , yo sentía que el pasaje en que "la diminuta Kaguyahime es colocada en una cunita tejida de bambú y rodeada de cuidados" era especialmente hermoso, y recordé el primer poema que da inicio al *Man'yoshu* (Antología de las diez mil hojas) (siglo VIII):

Tu canasta con tu linda canasta,
tu pala con tu linda pala,
Doncella que coges hierbas en la ladera,
Te pregunto: ¿dónde está tu hogar?
¿No me dices tu nombre?
Sobre la extensa Tierra de Yamato.
Soy yo el que reina a lo largo y ancho.
Soy yo el que gobierna a lo largo y ancho.
Yo mismo como señor tuyo que soy,
te diré cuál es mi tierra y mi nombre.*

Así, yo visualizaba las canastas que las muchachas llevaban en sus manos para coger las hierbas de las laderas. Era natural que junto con

---

* Todas las citas del *Man'yoshu* son tomads de la traducción al inglés auspiciada por la Nippon Gakuyutsu Shinkokai.

Kaguyahime que, como doncella pura, fue al palacio del Cielo, recordara yo el poema del *Man'yoshu* relativo a la doncella Tekona en Mama de Katsushika, quien fuera cortejada por muchos hombres pero no aceptó a ninguno y murió al arrojarse a un pozo.

Aunque dicen que su tumba está aquí
La tumba de Tekona en Mama de Katsushika,
...
¿Es debido a los cipreses frondosos?
O a los antiguos pinos
de muy extendidas raíces.
Sin embargo, no olvidaré jamás la historia y el
nombre de la doncella.

Envíos

La vi; contaré a mis amigos
el lugar de la tumba de Tekona
en Mama de Katsushika.
Ella cogerá algas ondulantes
en la obra de Mama en Katshushika;
Bien me imagino a esa Tekona.

Otro poema de Yamabe no Akahito (siglo VIII) sobre Tekona dice así:

En la tierra de Azuma
de gallos cacareadores
-el cuento de antaño que
los hombres nos han legado-
Había una doncella Tekona
que vivía en Mama de Katsushika.
Usaba cáñamo como cuello azul,
y falda de simple cáñamo
tejido por ella;
Caminaba descalza, desgreñada,
y, sin embargo, ninguna
damisela de alta alcurnia,
vestida de brocado, podía
compararse con esta campesina.

Cuando estaba sonriendo como una flor,
su rostro cual luna llena,
muchos pretendientes la buscaban
como las polillas de verano al fuego,
como apresurados navíos el puerto.
¿Por qué quería morir
cuando la vida no es sino un soplo?
Se colocó en su tumba,
la boca del río, bajo el ruidoso oleaje.
Esto sucedió hace tiempo
Pero me parece contemplarla ayer.

Envío

Cuando veo el pozo en Mama de
Katshushika,
Recuerdo a Tekona
que estaba aquí a menudo, sacando agua.

La doncella de Mama, llamada Tekona, era uno de los ideales femeninos de la gente del período Man'yo. También, Takashaski no Mushimaro (siglo VIII) escribió una *choka* (poema largo) sobre la leyenda de la doncella Unai quien, disputada fieramente por dos hombres, se lamentaba y terminó por matarse:

Cada uno blasfemaba en acalorada rivalidad
arrojándose entre sangre y fuego.
Impotente, ella buscó a su madre:
"Cuando veo esta lucha mortal
por mi simple causa,
¿Cómo vivir para unirme a quien amo?
Esperaré en Yomi, el Mundo Inferior."

Revelando su amor secreto
se quitó la vida desconsolada.

Y continúa diciendo:

Chumi soñó así esa noche

y la siguió en la muerte.
El galante Unai
gritó desconsolado y mirando el cielo
rechinó los dientes y lloró
sobre la tierra;
luego, valientemente la siguió
con su espada,
¡Nunca me vencerá él!

Así los dos hombres la siguieron en la muerte:

Sus parientes se reunieron en concejo
y construyeron la tumba de la doncella
flanqueada por las de los dos
jóvenes ardientes;
como símbolo de su amor eterno,
y recuerdo hasta el fin de los tiempos.
Al conocer esta historia
aunque de larga data
me inundé en llanto
como si fuera un hecho reciente.

En mi juventud, entre la prosa clásica japonesa, me atrajeron obras tales como *El Genji* y *El Libro de Cabecera* del período Heian. Más adelante leí el *Kojiki* (Registro de hechos antiguos) (712) que los precedía y *El Cuento de Heike* (comienzos del siglo XIII) y los de Saikaku (1642-1693) y Chikamatsu (1653-1724) que son posteriores. Así, parecería que en poesía hubiera leído el *Kokinshu* del período Heian, pero realmente primero leí el *Man'yoshu* del período Nara. En lugar de decir que lo escogí yo mismo, sería mejor decir que fui arrastrado por la corriente de los tiempos. Ciertamente, el lenguaje del *Kokinshu* es más fácil que el del *Man'yoshu* pero éste es mejor comprendido por la juventud que el *Kokinshu* y el *Shinkokinshu* (Nueva antología de poemas de antaño y hogaño) y es más refrescante.

Y ahora que lo pienso, esta podría ser una forma bastante cruda de ver el asunto, pero, sin embargo, es interesante notar que prefería leer el estilo femenino *(taoyameburi)* en prosa mientras que leía el estilo masculino *(masuraoburi)* en poesía; pero como, en efecto, estaba tomando con-

tacto con las mejores obras, resultaba una gran cosa que así lo hiciera. Probablemente hay varias maneras de considerar la transición del *Man'yoshu al Kokinsku*. Esta puede ser, nuevamente, una cruda idea mía, pero al examinar dicha transición recuerdo el cambio operado entre la cultura neolítica *Jomon* y la cultura *Yayoi*. Estos son los períodos de vasijas de barro y figuras de arcilla conocidos como *haniwa*. Si tenemos en cuenta que las vasijas de barro y las *haniwa* del período *Jomon* representan el estilo masculino o masuraoburi, entonces podemos pensar que las del período *Yayoi* representan el estilo femenino o *taoyameburi*. Por cierto, se ha dicho que el período *Jomon* duró más de cinco mil años.

El motivo por el que menciono aquí la cultura *Jomon* es que pienso que la más grande y nueva belleza japonesa descubierta y experimentada después de la guerra fue la belleza *Jomon*. Casi todas las vasijas de barro y *haniwa* habrían estado enterradas y se les desenterró luego. Se trataba del descubrimiento de la belleza que existía aunque se encontraba enterrada. Por cierto, la belleza *Jomon* fue también conocida en el período de preguerra, pero en nuestros días, después de la guerra, se afirmó totalmente esa belleza y fue más vastamente apreciada. Se vio', por primera vez, la belleza de la vitalidad del antiguo pueblo japonés, tan grande que parecía extraña y aun misteriosa. Habiéndome desviado por una senda lateral del capítulo "Práctica de la escritura" del *Genji*, no podré regresar a él sin considerable esfuerzo. Pero el pasaje que trata de la ocasión en que el sacerdote Sozu de Yokawa rescató a Ukifune es particularmente hermoso:

> "Sacan peces del lago y los dejan agonizar en la orilla, o persiguen a los temorosos venados y los dejan morir de sus heridas. Esto es algo que uno evita si es posible, y cuando se trata de seres humanos, aunque en el mejor de los casos sólo se trate de prolongarles la vida por unas cuantas horas, es nuestro deber sagrado... Pero ya sea que ella esté poseída por los demonios, como dice, o, como yo mismo pienso, haya sido inducida a venir aquí por un desalmado -eso no importa. Sabemos que si invocamos el nombre del Bienaventurado, con toda seguridad ella será salvada de la muerte por cualquiera de esas causas. ¿Por qué no tratamos de ver si toma un poco de caldo? No es que eso pueda salvarla, pero no está demás tratar."

Respecto de este pasaje, Umehara Takeshi (nacido en 1925) nos da la siguiente interpretación:

> Ukifane es ciertamente una persona poseída por demonios y espíritus, seducida y abandonada por un hombre y sin ninguna esperanza de salida de dicho predicamento; es una persona que no puede seguir otro camino que el que lleva a una muerte violenta. Pero el Buda salva precisamente a este género de personas. De hecho, esta es la verdadera esencia del budismo Mahayana. Una persona que, bajo los efectos de la posesión por un demonio o espíritu, experimenta intolerables sufrimientos y, al perder toda razón de vida, se ve en la necesidd de acabar con ella, una persona así es la que Buda salva. Esto que es la esencia del budismo Mahayana parece también haber sido la convicción de Murasaki Shikibu.

Además, si el modelo de sacerdote de Yokawa el sacerdote Eshin de Yokawa o Geshin (942-1017), autor de *Ojo yoshu* (Elementos esenciales de la salvación), Umehara va tan lejos como para preguntar si "no es verdad que en Los diez capítulos Uji, Murasaki Shikibu realmente retó a Genshin que era el más grande intelectual de su época." "Porque, ¿no percibe ella agudamente las contradicciones entre las enseñanzas y la vida de Genshin y le arroja los dardos de su crítica?" Con respecto a la persona que pudo ser salvada por Buda "ella parece afirmar que (tal persona) no sería un sacerdote piadoso como Genshin sino más bien una mujer pecadora y necia como Ukifune."

Con las expresiones de piedad de Murasaki Shikibu hacia Ukifune y con la concisa descripción de la heroína al alcanzar el reino de la pureza, termina *El Cuento del Genji*, produciendo luego un sutil efecto. Descubro que finalmente he sido incapaz de ocuparme de la belleza de *El Cuento de Genji*, pero no quiero olvidarme de mencionar que los excelentes estudios sobre el *Genji* de los eruditos americanos en literatura japonesa Edward Seidensticker, Donald Keene e Ivan Morris, me han esclarecido muchos puntos. Hace diez años, en una comida-sesión del P.E.N. Club británico me tocó estar al lado de Arthur Waley, el traductor del *Genji* que elevó esta obra al nivel de la literatura universal. Aún recuerdo la vívida impresión de nuestra charla en un japonés y un inglés chapurreados y también nuestro intercambio de frases escritas en ambos idiomas. Cuando le dije cuánto me gustaría que visitara el Japón, me respondió que no iría porque temía desilusionarse.

Donald Keene me causó asombro cuando leí sus comentarios en la columna *Sanroku seidan* (Discurso elevado en la base de la montaña) del diario *Shinamo mainichi* del 16 de agosto de 1966:

"Pienso que el encanto del *El Cuento de Genji* es más conocido por los extranjeros que por los japoneses". "Me dediqué al estudio de la literatura japonesa porque me impresionó profundamente la lectura de la traducción al inglés del *Genji*. Pienso que los extranjeros aprecian el encanto de la novela más que los japonenses. El lenguaje del original es complejo y difícil de entender. Hay, por cierto, muchas traducciones al japonés moderno, siendo la mejor la de Tanizaki Jun'ichiro, pero como todas intentan extraer el sabor del original en la medida de lo posible, inevitablemente contienen muchas expresiones que no existen en el japonés actual. En la versión inglesa no son necesarias esas consideraciones. Por lo tanto, cuando se lee el *Genji* en inglés tiene realmente un encanto poderoso. Pienso que el *Genji* está más cerca, psicológicamente, de los americanos del siglo XX que de la literatura europea del siglo XIX. Esto se debe a que los personajes están descritos en forma más vívida... Si se nos pregunta qué novela, *El Cuento de Genji* o *Konyki yasha* (El demonio de oro) de Ozaji Koyo (1867-1903) parece más antigua, habría que contestar que esta última. En la forma como surgen a la vida los personajes, el *Genji* se mantiene eternamente fresco y su valor es inalterable. La época y forma de vida que describe son diferentes de las de la América del siglo XX, pero sin duda no es difícil de entender. En efecto, hay algunos colleges de mujeres en Nueva York que han incluido *El Cuento de Genji* en cursos de literatura del siglo XX."

Siento que la afirmación de Keene de que "los extranjeros aprecian el *Genji* mejor que los japoneses" corrobora las palabras de Tagore citadas anteriormente: "Es más fácil para un extranjero saber qué es aquello que tiene el Japón", lo que me ha llevado a considerar la felicidad que surge de la existencia y el descubrimeinto de la belleza.

(Traducido del inglés por Ilia Sologuren.)

KAWABATA YASUNARI

*EL JAPON, SU BELLEZA Y YO**

En primavera, flores de cerezo;
en verano el cuclillo.
La luna en otoño; y en invierno
la nieve clara, fría

Luna de invierno, que surges de entre las nubes
para hacerme compañía,
¿estás bien? Helado es el viento, la nieve fría.

El primero de estos poemas es del bonzo Dogen (1200-1232) y lleva el título de "Espíritu innato." El segundo es del bonzo Myoe (1173-1232). Cuando se me ha pedido una obra caligráfica de mi propia mano, son esos poemas los que a menudo he escogido.

El segundo poema lleva un insólito relato pormenorizado de sus orígenes, tal como si fuera una explicación del corazón de su significado: "En la noche del decimosegundo día del duodécimo mes del año de 1224, la luna se hallaba oculta detrás de las nubes. Yo me encontraba en meditación Zen en la Sala Kakyu. Al llegar la hora de la vigilia de medianoche, cesé la meditación y descendí de la Sala en la cima hacia las habitaciones bajas. La luna había salido de entre las nubes, y sus rayos

---

* Yasunari Kawabata, Japan, the Beautiful and myself. In Japanese and English traslation by E.G. Seidensticker. Kodansha, Tokyo, New York, San Francisco. 1974 (Third printing).

resplandecían sobre la nieve. La luna fue mi compañera y ni aun el lobo aullando en el valle me causaba miedo. Momentos después, al salir de las habitaciones bajas, la luna se hallaba de nuevo tras las nubes. Como la campana anunciaba la última vigilia nocturna, ascendí una vez más a la cima. La luna salió nuevamente de entre las nubes y me acompaño alumbrándome el camino. Entré en la sala de la Meditación, y la luna, persiguiendo a las nubes, estaba a punto de sumirse detrás de la lejana cima, y me pareció que me estaba dispensando secreta compañía."

Sigue luego el poema que he citado y, con la explicación que fue compuesta mientras Myoe entraba en la Sala de la Meditación después de observar la luna hundiéndose en la montaña, viene todavía otro poema:

Iré detrás de la montaña.
Ve allí también, oh luna.
Noche tras noche, nos haremos
compañía mutuamente.

Aquí tenemos el escenario de otro poema, después que Myoe hubo pasado el resto de la noche en la Sala de la Meditación, o que, tal vez, regresó ahí una vez más antes del alba: "Abriendo los ojos luego de mis meditaciones, vi la luna al alba, iluminando la ventana. Yo mismo, en un lugar oscuro, sentí como si mi propio corazón estuviera encendido con la luz que parecía ser de la luna:

Mi corazón resplandece, pura
expansión de la luz
y sin duda la luna
piensa que la luz es suya.

A causa de tales inocentes y espontáneas hileras de meras exclamaciones como la siguiente, Myoe ha sido llamado el poeta de la luna:

Oh brillante, brillante,
oh brillante, brillante,
brillante,
oh brillante, brillante,
Brillante, oh brillante,
brillante,
brillante, oh brillante luna.

En sus tres poemas sobre la luna de invierno, desde la alta noche hasta el alba, Myoe siguió completamente la tendencia de Saigyo, otro bonzo-poeta, que vivió de 1118 a 1190: "Aunque compongo poesía, no la considero como poesía compuesta." Las treinta y un sílabas de cada poema, honesto y directo como si estuviera dirigiéndose a la luna, no son meramente a "la luna como mi compañera." Viendo la luna, se convierte en la luna, la luna vista por él llega a ser él. Él se sume en la naturaleza, se hace uno con ella. La luz del "claro corazón" del bonzo, sentado en la Sala de la Meditación antes del alba, llega a ser para la luna del alba su propia luz.

Como vemos por la larga introducción al primero de los poemas de Myoe arriba citado, en el cual la luna de invierno se convierte en compañera, el corazón del bonzo, sumido en la meditación acerca de la religión *y la filosofía, allí en la Sala de la Montaña, se compromete en un delica*do juego recíproco y de intercambio con la luna; y es esto lo que el poeta canta. El motivo para recoger este poema cuando se me pide una pieza de caligrafía, tiene que ver con su notable delicadeza y ternura.

Querida luna de invierno que te escondes tras las nubes y reapareces nuevamente para alumbrar mis pasos cuando me dirijo a la Sala de la Meditación o regreso de ella, que me ofreces tu compañía para evitarme el miedo ante los aullidos del lobo; querida luna de invierno, ¿estás bien?, ¿no sientes frío?, helado está el viento, la nieve fría. Lo escojo como un poema de cálida, honda, delicada ternura; un poema que tiene en sí la profunda delicadeza del espíritu japonés. El doctor Yashiro Yukio, conocido internacionalmente como docto estudioso de Boticelli, hombre de gran saber acerca del arte del pasado y de nuestro días, de oriente y de occidente, ha dicho que una de las características especiales del arte japonés puede compendiarse en una sola frase poética: "La estación de las nieves, de la luna, de la flor del cerezo —entonces más que nunca pensamos en nuestros compañeros." Cuando vemos la belleza de la nieve, cuando vemos la belleza del plenilunio, cuando vemos la belleza de los cerezos en flor, cuando en suma nos ponemos en contacto inmediato y somos despertados por la belleza de las cuatro estaciones, es entonces cuando pensamos más en aquellos cercanos a nosotros, y deseamos que participen en este placer. La belleza, al conmovernos, despierta en nuestros corazones vigorosos sentimientos de compañerismo, ardientes deseos de compañía y amistad. La frase "nuestros compañeros" puede

entenderse como "los seres humanos." La nieve, la luna, la flor del cerezo, palabras que representan la belleza de cada estación, son consideradas en la tradición japonesa como vocablos que expresan la belleza de la misma. Y esto no solo en el ámbito de montañas, ríos, yerbas, árboles, o sea toda la miríada de manifestaciones de la naturaleza, sino también en el ámbito de los sentimientos compañeros de uno en la nieve, la luz lunar bajo las flores, es también básico para la ceremonia del té. Una ceremonia del té es unión de sentimientos, encuentro de buenos camaradas en una buena estación. Debo decir de paso que ver mi novela *Miríada de grullas* como una evocación de la belleza formal y espiritual de la ceremonia del té es una equivocación. Es una obra negativa, una expresión de duda, y una advertencia contra la vulgaridad en la que ha caído la ceremonia del té.

En primavera, flores de cerezo:
en verano el cuclillo.
La luna en otoño, y en invierno
la nieve clara, fría.

Podría uno ver en este poema de Dogen, acerca de la belleza de las cuatro estaciones, solo una convencional, ordinaria, mediocre hilera —del modo más torpe— de imágenes representativas de las cuatro estaciones. también podría uno verlo como un poema que no llega a serlo. Y aun muy similar es el poema escrito en su lecho de muerte por el bonzo Ryokan (1758-1831):

¿Qué dejarles como herencia?
Las flores primaverales.
El cuclillo en las colinas,
las hojas de otoño...

En este poema, como en el de Dogen, las figuras y las palabras más comunes están enhebradas no solo sin temor, sino más bien con absoluta confianza, logrando con ellas trasmitir la verdadera esencia del Japón. Además, este es el último poema de Ryokan.

Un largo, nublado día en primavera;
lo pasé enteramente jugando pelota
con los niños.

*

La brisa es fresca,
clara la luna.
Juntos bailemos la noche entera,
en nombre de la vejez que acaba.

*

No es que no quiera saber
nada de los demás.
Es que me gusta más,
jugar solo.

Ryokan, quien sacudió la moderna vulgaridad de su tiempo, quien salió inmerso en la elegancia de siglos anteriores, y cuya poesía y caligrafía son muy admiradas hoy en el Japón, vivió en el espíritu de esos poemas, un vagabundo por los senderos del campo, una choza de yerbas para guarecerse, harapos por vestidos, labriegos y niños a quienes hablarles. La profundidad de la literatura no estuvo, para él, en lo abstruso. Más bien persiguió la literatura y creyó en el espirítu benigno compendiado en la frase budista "un rostro sonriente y amables palabras." En su último poema nos dice que no tiene nada que darnos, ninguna herencia de valor, pero que, aun después de su muerte, la naturaleza permanecerá hermosa y que tal vez ésta podría ser el único legado que esta vida nos destine. Podemos palpar en el poema el sentimiento tradicional de los japoneses, así como la fe religiosa de Ryokan.

Me preguntaba cuándo vendría,
y esperaba, esperaba...
La tengo al fin ante mí,
¿Qué más desear?

Ryokan escribió asimismo poemas de amor como el que acabo de citar; es uno de sus poemas que más me agradan. Un anciano de sesenta y nueve años (me permito señalar que a la misma edad soy el recipiendario del Premio Nobel), Ryokan halló una monja de veintinueve años llamada Teishin, y quedó bendecido por el amor. El poema puede verse como una expresión de la felicidad de haber hallado al fin a la mu-

jer soñada. También podría interpretarse como una manifestación de la felicidad de haber recibido al fin la visita, tan aguardada, de su amante. El últmo verso es la sencillez misma.

Ryokan murió a los setenta y cuatro años. Nació en la provincia de Echigo, la actual prefectura de Niigata y el escenario de mi novela *País de nieve*, una región norteña en la parte que es conocida como la cara inversa del Japón, donde los vientos fríos llegan de Siberia a través del mar del Japón. Vivió su vida entera en esta región de nieve, y para "sus ojos en las postrimerías de su vida", ya viejo y débil y sabiendo que la muerte lo rondaba, y habiendo alcanzado la iluminación, el país de nieve, como vemos en su último poema, era aún más hermoso, me imagino. Tengo un ensayo con el título "Porque llega a mis ojos en las postrimerias de mi vida." El título procede del mensaje de suicidio del narrador Akutagawa Ryunosuke (1892-1927). Esta es la frase que más me llamó la atención en el mensaje. Akutagawa dijo que le parecía estar perdiendo gradualmente ese algo animal conocido como la fuerza de vivir, y continuaba:

> "Vivo en un mundo de mórbidos nervios, claro y frío como hielo... No sé cuándo me animaré a tomar la resolución de suicidarme. Para mí, la naturaleza es más hermosa de lo que nunca jamás fue. No dudo que se reirán de la contradicción, ya que amo la naturaleza aun cuando estoy pensando suicidarme. Pero la naturaleza es hermosa porque llega a mis ojos en las postrimerías de mi vida."

Akutagawa se suicidió en 1927, a los treinta y cinco años.

En mi ensayo "Porque llega a mis ojos en las postrimerías de mi vida" yo había dicho esto: "Por más que uno repudie este mundo, el suicidio no es una forma de iluminación. Por más virtuoso que pueda ser, el hombre que se priva de la vida está lejos de la plenitud espiritual." Ni admiro ni siento simpatía por el suicidio de Akutagawa así como el de Osamu Dazai (1909-1948) en la posguerra. Tuve otro amigo que murió joven; un pintor de vanguardia. El también pensó, durante muchos años, suicidarse, y sobre él escribí en este mismo ensayo: "Tengo entendido que él ha dicho una y otra vez que no existe arte superior a la muerte, que morir es vivir." Sin embargo, supongo que para él, nacido en un templo budista, y educado en una escuela budista, el concepto de la muerte

era muy diferente al de occidente. Creo que ha de ser cierta aquella frase que dice: "entre quienes piensan acerca de las cosas. ¿hay alguno que no piense en el suicidio?" Uno de mis más grandes asombros fue enterarme de que aun aquel buen bonzo Ikkyu (1394-1481) pensó suicidarse en dos ocasiones. Dije "aquel buen bonzo", porque Ikkyu es conocido hasta por los niños como una persona de lo más ingeniosa y divertida, y porque nos han llegado numerosas anécdotas sobre sus incontables inocentes e ingenuas excentricidades. Se ha dicho de él que los niños se le trepaban a las rodillas para acariciarle la barba, que los pájaros silvestres se alimentaban en su mano. Parecería de todo esto que fuera el más cariñoso y sencillo de los hombres, que fuera una suerte de bonzo tratable y gentil. Sin embargo, fue un sacerdote Zen muy severo y profundo. Se dice que fue hijo de un emperador, que entró a un templo a la edad de seis años, y que desde temprano mostró el genio de un poético prodigio. A la vez fue turbado por las más profundas dudas acerca de la religión y la vida. "Si hay un dios, dejad que me ayude. Si no existe, déjenme arrojarme al fondo del lago y servir de alimento a los peces". Partiendo de estas palabras intentó arrojarse al lago, pero lograron detenerlo. En otra ocasión, numerosos compañeros suyos fueron incriminados y puestos en prisión cuando en su templo, Daitokuji, un bonzo se suicidó. Ikkyu se creyó responsable de los sucesos. Sintiendo "un agobiante peso sobre los hombros," penetró en las montañas, y trató de dejarse morir de inanición. A sus poemas les dio el título *Colección de nubes locas* y él mismo usó la expresión "nubes locas" de seudónimo. En esta colección y en su sucesora hay poemas enteramente sin paralelo en la poesía china y en especial en la poesía Zen del Japón medieval, poemas eróticos y poemas sobre los secretos de alcoba que lo dejan a uno completamente asombrado.

Buscó —comiendo pescado, bebiendo licores y teniendo relaciones con mujeres— ir más allá de las reglas y proscripciones del Zen de su época, para liberarse de ellas; y de este modo, volviéndose en contra de las formas religiosas establecidas, buscó la restauración y afirmación de la esencia de la vida, de la existencia humana, en una época de guerra civil y colapso moral.

Su templo, el Daitokuji en Murasakino, en Kioto, se podría decir que es hoy en día un importante centro de la ceremonia del té, y obras de su caligrafía son muy admiradas en las paredes de los salones de té. Yo mismo poseo dos obras de la caligrafía de Ikkyu. Una de ellas es una

simple línea: "Es fácil entrar al mundo de Buda, es difícil entrar al mundo del demonio." Muy inducido por estas palabras, a menudo me valgo de ellas cuando me piden una obra de mi propia caligrafía. Pueden leerse en diversas maneras, tan difíciles como uno las quiera hacer, pero nunca deja de conmoverme la sabiduría Zen de Ikkyu, al agregar a la frase "es fácil entrar al mundo de Buda", la afirmación "es difícil entrar al mundo del demonio." El hecho de que la finalidad del artista sea la búsqueda de la verdad, el bien y la belleza, hace que también el artista esté inevitablemente al tanto de que "es difícil entrar al mundo del demonio." Es prácticamente su destino verse poseído clara u ocultamente de un sentimiento de temor, anhelo podríamos decir casi religioso, por el mundo del demonio. "El mundo del demonio" es indispensable para la existencia del "mundo de Buda." Y el acceso al mundo demoníaco es mucho más difícil. No es para el débil de corazón. Si encontráis un Buda, matadlo. Si encontráis al maestro, matadlo.

Esta es una divisa Zen bien conocida. Si el Budismo se divide generalmente en sectas que creen en la salvación por la fe y las que creen en la salvación por el propio esfuerzo, entonces por cierto tienen que haber violentos pronunciamientos como el que acabamos de citar por parte de la secta Zen ya que ella insiste en la salvación por nuestro propio esfuerzo. Por otro lado, el de la salvación por la fe, Shinran (1173-1262), el fundador de la secta Jodo Shinshu, dijo una vez: "El bueno renacerá en el paraíso, y tanto más será el caso con el malo." Este punto de vista tiene algo en común y a la vez algo diverso con lo que dijo Ikkyu sobre el "mundo de Buda" y el "mundo del demonio'" Shinran también dijo: "No tendré un solo discípulo."

"Si encontráis un Buda, matadlo. si encontráis al maestro, matadlo." "No tendré un solo discípulo." Estas dos declaraciones también sirven para señalar el riguroso destino del arte.

En el Zen no hay el culto de imágenes. En los templos Zen podemos encontrar imágenes de Budas, pero en la sala donde se persigue el régimen de meditación, no hay ni imágenes ni pinturas de Budas, ni hay sutras. El discípulo Zen está sentado por largas horas silencioso e inmóvil, con los ojos cerrados. A poco entra en estado de pasividad, libre de toda idea y de todo pensamiento. Se libera del "yo" y entra en el reino de la "nada". Esta no es la nada o el vacío occidental. Es más bien el rever-

so, un universo del espíritu en el que todas las cosas se comunican libremente con todas las cosas, trascendiendo fronteras, sin límites. Hay, por supuesto, maestros de Zen, y el discípulo es conducido hacia la iluminación mediante el intercambio de preguntas y respuestas con su maestro. También se estudian los libros clásicos del Zen. Sin embargo, el protagonista de la meditación tiene que ser, sin duda alguna, el discípulo, quien debe alcanzar la iluminación a través de sus propios esfuerzos. Y el énfasis está menos en la razón que en la intuición. La iluminación no llega de afuera mediante la enseñanza sino de uno mismo a través del despertar interior. La verdad está en "el descarte de palabras." El extremo sería: "callado como el trueno," expresión que se ve en el Vimalakirti Mirdesa Sutra. Según la tradición, Bodhidharma, un príncipe indio del sur quien vivió aproximadamente en el siglo sexto, fue el fundador del Zen en China, permaneció sentado durante nueve años en slencio frente a las paredes de una cueva, y finalmente alcanzó la iluminación. La práctica Zen de estarse en silenciosa meditacion deriva de Bodhidharma.

He aquí dos poemas religiosos de Ikkyu:

Si pregunto, me contestas.
Si no pregunto, no me contestas.
¿Qué hay entonces en tu corazón,
oh señor Bodhidharma?

¿Y qué es el corazón?
Es el sonido de la brisa del pino
allí en la pintura.

Aquí tenemos el espíritu de la pintura oriental. El corazón de la pintura a tinta china estaría en el margen, en el espacio que ha quedado en blanco, en aquello que no se ha dibujado. Con palabras del pintor chino Chin Nung: "Pintad bien la rama, y oiréis el sonido del viento."

El bonzo Dogen también ha dicho: "¿No existen estos casos? La iluminación con la voz del bambú. El resplandor del corazón con la flor del duraznero."

Ikenobo Sen'o, maestro del arreglo floral, dijo una vez (la observación se encuentra en sus "declaraciones secretas"): "Con una rama de flo-

res, un poco de agua, se evoca la vastedad de ríos y montañas. Al instante son portadores de múltiples delicias. Ciertamente, es como el encantamiento de un mago." El jardín japonés simboliza la vastedad de la naturaleza. El jardín occidental tiende a ser simétrico, el jardín japonés asimétrico, pues la asimetría tiene mayor poder para simbolizar multiplicidad y vastedad. Dicha asimetría, por supuesto, requiere un equilibrio, el cual se logra gracias a la delicada sensibilidad del japonés. Nada es más complicado, vario, atento al detalle que el arte de la jardinería paisajista japonesa. Tenemos la forma llamada "paisaje seco," compuesto enteramente de rocas y piedras, en el cual el arreglo de las rocas y piedras da expresión a las montañas y los ríos que no están presentes, y hasta sugiere las olas del gran océano quebrándose en los acantilados. Comprimido hasta lo último, el jardín japonés llega a ser el *bonsai*, jardín enano, o el *bonseki*, su versión seca.

La palabra oriental para paisaje, literalmente montaña-agua, con sus implicaciones conexas de pintura paisajista y jardinería paisajista, contiene el concepto de pobre y desolado, y hasta el de triste y marchito. Sin embargo, al igual que en las cualidades de *wabi*, *sabi*, o sea, sencillez y tranquilidad, antigüedad y tristeza tan estimados por la ceremonia del té, cuyas insignias son "el respeto y el sosiego,"yace oculta una gran riqueza de espíritu; y el salón de té, al ser tan pequeño y modesto, más bien contiene una amplitud infinita y una elegancia ilimitada.

La simple flor contiene más esplendor que un centenar de flores. El gran maestro de la ceremonia del té y del arreglo floral del siglo XVI, Rkyu (1521-1591) enseñó que era un error usar flores enteramente abiertas. Aún en la actual ceremonia del té, la práctica general es tener en la hornacina de la sala de té una sola flor propia del invierno, digamos una camelia, que lleve un nombre tal como Joya Blanca o Wabisuke, que puede traducirse literalmente como "Compañero en la soledad," una camelia notable entre las de su especie por su blancura y la pequeñez de sus flores; y sólo un capullo se coloca en la hornacina. El blanco es el más puro de los colores y, además contiene en sí todos los otros colores. Y siempre debe haber rocío en el capullo. El capullo humedecido con unas gotas de agua. El más espléndido de los arreglos para la ceremonia del té se da en mayo, cuando una peonía se coloca en un vaso celadón; pero en este, otra vez, hay solo un capullo, blanco, y siempre con rocío. No solo hay gotas de agua en la flor, el vaso también es frecuentemente humedecido antes de ponerse la flor.

Entre los vasos de flores, la pieza que alcanza el rango más alto y los precios más elevados, es el Iga Antiguo, de los siglos XV y XVI. Cuando un Iga Antiguo se humedece, sus colores y su brillo adquieren una belleza tal como si se despertaran nuevamente. Los Iga fueron horneados a muy altas temperaturas. La ceniza de la paja y el humo del combustible caían y flotaban en la superficie, la que al bajar la temperatura adquiría una suerte de vidriado. Como los colores no eran fabricados sino más bien el resultado del trabajo de la naturaleza en el horno, las muestras de color surgían en tales variedades como para ser llamadas caprichos y rarezas del horno. Las superficies ásperas, austeras, fuertes del Iga Antiguo toman una voluptuosa vivacidad de color al ser humedecidas, y contrastan armónicamente con el rocío de las flores. El gusto de la ceremonia del té también demanda que la taza sea humedecida antes de usarla, sacándole su propio suave resplandor. Ikenobo Sen'o señalaba en otra ocasión (también esto en sus "declaraciones secretas") que "las montañas y riberas deberían aparecer en sus propias formas." Trayendo, de tal manera, un nuevo espíritu a su escuela de arreglo floral, halló "flores" en recipientes rotos y ramas marchitas, y en ellas también la iluminación que procede de las flores. "Todos los antiguos, a través del arreglo de flores, llegaron a la iluminación." Aquí vemos el despertar, bajo la influencia del Zen, del espíritu de belleza del japonés, que seguramente también fue el espíritu que abrigaron los hombres que vivieron las devastadoras y largas guerras civiles de aquellas épocas.

Los Cuentos de Ise, compilados en el siglo X, es la más antigua colección japonesa de episodios líricos, algunos de los cuales pueden ser llamados cuentos. En uno de estos, nos enteramos de que el poeta Ariwara no Yukihira recibió a sus huéspedes con un arreglo floral: "Siendo un hombre de sensibilidad, había puesto en un gran jarro una maravillosa glicina. La prolongada rama de flores medía más de tres pies y medio de largo."

Un rama de glicina de tal dimensión es por cierto tan inusual como para hacer que se dude acerca de la credibilidad del escritor. Sin embargo, a veces me parece ver en esta gran rama un símbolo de la cultura Heian. La glicina, que florece en racimos colgantes, es una flor muy japonesa y posee una elegancia femenina. Ramos de glicina al mecerse con la brisa, sugieren suavidad, ternura, modestia. El desaparecer y reaparecer de la flor entre el verdor del verano, suscita ese profundo sentimiento por

la punzante belleza de las cosas, largo tiempo caracterizado por el japonés como *mono no aware*. Sin duda, aquella rama de más de tres pies y medio de largo, debe haber sido de una belleza insólita. En el período Heian de hace un milenio, la cultura Tang de China había sido, al fin, absorbida y japonizada. La aparición de la esplendorosa cultura Heian y la emergencia de una belleza peculiarmente japonesa, en dicha época, es un hecho insólito y milagroso como el florecimiento de aquella "maravillosa glicina." En poesía llegó, al inicio del siglo X, la primera de las antologías encargadas por el emperador, el *Kokinshu*, y en ficción los *Cuentos de Ise*, seguidos por las supremas obras maestras de la prosa clásica japonesa, *El Cuento de Genji* de la señora Murasaki y *El Libro de Cabecera* de Sei Shonagon, quienes vivieron desde fines del siglo X hasta comienzos del XI. Así se estableció una tradición que influenció y aun gobernó la literatura japonesa durante ocho siglos. *El Cuento de genji* en particular es el má alto pináculo de la literatura japonesa. Aun hasta nuestros días, no hay una pieza de ficción que le sea comparable. Que una obra de tal modernidad haya sido escrita en el siglo XI es un milagro, y como milagro la obra es ampliamente conocida en el extranjero. Aunque mi captación del japonés clásico fuera incierta, los clásicos Heian fueron mi principal lectura de mocedad, y es el *Genji*, creo, el que ha tenido más significado para mí. Siglos después de haber sido escrito, persiste la fascinación por el *Genji*, y las limitaciones y adaptaciones le rinden homenaje. El *Genji* fue una ancha y profunda fuente de sustento para la poesía, por cierto, y para las bellas artes y artesanías también, y aun para la jardinería paisajista.

Murasaki y Sei Shonagon, y famosos poetas tales como Izumi Shikibu, quien probablemente murió al comenzar el siglo XI, y Akazome Emon, quien probablemente murió a mediados del mismo siglo, fueron todas damas de honor de la corte imperial. La cultura japonesa fue cultura cortesana, y la cultura cortesana fue femenina. *El Cuento del Genji* y *El Libro de Cabecera* fueron escritos en los días sublimes del período Heian, o sea, justamente cuando la madurez empieza a convertirse en decadencia. La gloria había alcanzado su punto culminante, y ya empezaba a sentirse cierto aire de tristeza; era el momento más fructífero de la cultura cortesana del Japón.

La corte declinó, el poder se trasladó de la nobleza de la corte a la aristocracia militar, en cuyas manos permaneció a través de casi siete si-

glos desde la fundación del Shogunato Kamakura en 1192 hasta la Restauración Meiji en 1868. No se piense sin embargo que se desvaneció la institución imperial o la cultura cortesana. En la octava antología imperial, el *Shinkokinshu* de comienzos del siglo XIII, la destreza técnica del *Kokinshu* fue impulsada todavía más allá, y a veces cayó en una simple diversión verbal; pero se le añadieron elementos relacionados con la belleza fascinante, con lo misterioso, sugestivo, evocativo; elementos de una fantasía sensual que tiene algo de común con la moderna poesía simbolista. Saigyo, a quien ya hemos mencionado, fue un poeta representativo que enlaza las dos épocas, de Heian y Kamakura.

¿Soñe con él porque le eché de menos?
Si hubiera sabido que era un sueño,
no hubiera deseado despertar.

*

En mis sueños, visito su alcoba,
y estoy con él todo el tiempo.
Mas todo ese lapso no equivale
ni a un solo instante, en la vigilia.

Estos poemas son de Ono no Komachi, una de las más celebres poetisas del *Kokinshu*, quien canta de sueños con franco y sincero realismo. Pero cuando llegamos a los siguientes poemas de la Emperatriz Eifuku (1271-1342), del tardió período Kamakura al temprano período Muromachi, algo más tarde que el *Shinkokinshu*, tenemos un realismo más sutil. Llega a ser un símbolo de una melancolía delicadamente japonesa y me parece más moderno:

Resplandeciendo sobre el bosquecillo de bambúes
donde gorjean los gorriones,
la luz del sol toma el color del otoño.

*

Las hojas del jagui caen, el viento del otoño
es penetrante. Sobre el muro
el sol del atardecer desaparece.

Dogen —cuyos poemas acerca de la clara, fría nieve he citado— y Myoe, que escribió de la luna de invierno como su compañera, fueron practicamente del período del *Shinkokinshu*. Myoe intercambió poemas con Saigyo y ambos discutieron juntos sobre asuntos poéticos. El paisaje siguiente es de la biografía de Myoe por su discípulo Kikai:

"Saigyo a menudo venía y hablaba de poesía. Decía: 'Para mí, componer poesía es algo sumamente diverso de lo ordinario. Las flores del cerezo, el cuclillo, la luna, la nieve, al igual que todas las otras variadas formas de la naturaleza, son para mis ojos y oídos meras formas ilusorias. Asimismo las palabras que brotan de mis labios no son verdaderas. Aunque trate de las flores, no pienso en las flores; aunque cante a la luna, no está la luna en mi mente. Cuando escribo, sencillamente me dejo llevar por las cosas y por el ánimo. Es como el cielo vacío que se irisa cuando aparece el arco iris, o que al salir el sol resplandece. El cielo vacío, por su naturaleza, no es ni luminoso ni florido en colores. Sobre mi espíritu, igual a este cielo vacío, han aparecido y se han coloreado escenas diversas, sin dejar huella alguna. En tal poesía se manifiesta la verdadera figura de Buda'."

En estos renglones, se explica con mucho acierto la "vacuidad", la nada, del Japón y Oriente. Mis propias obras han sido descritas por algunos críticos como obras de la vacuidad, pero ésta no debe tomarse como el nihilismo occidental. Me parece que el fundamento espiritual es enteramente distinto. Dogen tituló su poema de las estaciones "Espíritu innato" y siempre que cantó la belleza de las estaciones estuvo profundamente inmerso en el Zen.

(Traducido del japonés por Akira Sugiyama en colaboración con Javier Sologuren.)

MISHIMA YUKIU

*LOS CUATRO RIOS**

Justamente ahora cuando después de seis años de trabajo estoy llegando al final de "El mar de la fertilidad", el Almacén Tobu me propone hacer una exposición. Además, mi vida como escritor cumple un cuarto de siglo, y he sentido que era hora de poner las cosas en orden. Por ello, acepté complacido la realización de este proyecto. El escritor está acabado cuando empieza a volver la mirada hacia el pasado de su labor literaria; mas no tiene por qué impedir que terceros lo hagan. Yo les propuse que dividiesen en cuatro corrientes los 45 años de mi vida llena de contradicciones, y que diseñasen la exposición de manera que desembocasen en el mar de la "fertilidad" los cuatro ríos: "libros", "teatro", "cuerpo" y "acción". Así el visitante podrá dar una vuelta por el local eligiendo únicamente el río que le guste, y evitando el que le desagrade. Por supuesto, quedaré muy agradecido a aquellos que recorrieron todos los cuatro ríos, aunque me resulta inconcebible pensar que sean muchos los que tengan tal interés.

EL RIO DE LOS LIBROS

Este río con la donosura de sus aguas ayuda la labranza de mis campos, sostiene mi vivir, pero a veces se desborda y me veo a punto de perecer ahogado. Con el trascurso del tiempo y el cambio de las estacio-

---

* En: Lienzo Nº 6. 1986. Universidad de Lima.

nes, este río exige una infinita perseverancia y una labor diaria. ¡Cuánto se parecen el escribir y la labranza! Frente a la tempestad y a la escarcha, el espíritu no puede abandonarse al descuido ni un solo momento; tiene que vigilar constantemente el campo de cultivo, y al cabo de una labranza interminable de la poesía y la imaginación, no se puede predecir qué tipo de fertilidad ha de cosecharse. Los libros escritos se separan de uno, y ya no sirven como sustento del corazón sino sólo como latigo hacia el futuro. ¡Cuántas noches ardientes. Cuántas horas de desesperación gastadas en estos libros! Si su recuerdo se mantuviera acumulado en mí, sin duda alguna enloquecería... Sin embargo, hoy también tengo que continuar escribiendo, una línea más, y luego otra más; es ya mi única manera de virir.

EL RIO DEL TEATRO

Antes el teatro era para mí como una fiesta nocturna a la que yo acudía jubiloso después de terminar mi trabajo. Allí encontraba un mundo lleno de resplandor. En bellos escenarios, vestidos de bellos trajes, los personajes de mi creación reían, se enojaban, se ponían tristes, bailaban. Y quien gobernaba todo aquello tras bambalinas era yo, el dramaturgo... Sin embargo, aquel placer poco a poco se fue convirtiendo en amargura. Toda aquella alquimia que servía para dar al público la ilusión del momento más glorioso de la vida, y mostrarle una encarnación terrena de la belleza, fue corroyendo paulatinamente mi corazón. Pero la soledad del dramaturgo no es más que su quejumbre cotidiana. Si bien por sus venas corre sangre artificial, el teatro, lleno de brillo y esplendor, nos brinda una experiencia tal vez más intensa y profunda que la vida misma, logrando influenciar y enriquecer a las personas. Así como la música y la arquitectura, el teatro posee una estructura abstracta y lógica, cuya belleza es un modelo del "arte ideal" que palpita siempre en el fondo de mi corazón.

EL RIO DEL CUERPO

Este fue un río nuevo a cuyas aguas accedí cuando ya me encontraba bien entrado en mi vida. No me satisfacía que el espíritu, siendo invisible, siguiera creando una belleza visible. ¿Qué tiene de malo que tome

el espíritu mismo una forma visible? Pero para llevar a cabo dicha empresa el requisito indispensable era el cuerpo. Cuando al fin logré conseguirlo, al igual que un niño que ha conseguido un juguete nuevo, se lo mostraba a todos, me enorgullecía de tenerlo, y me daban ganas de hacerlo actuar delante de todos. Mi cuerpo era para mí, por decirlo así, un flamante coche nuevo. Este río me invitaba a hacer diversos paseos en mi flamante coche nuevo; y ciertos paisajes, antes desconocidos, enriquecieron el caudal de mi experiencia. Sin embargo, al cuerpo, como a las máquinas, le llega la decadencia; es su destino. Un destino que yo no acepto. Ello significa no aceptar la naturaleza, y yo diría entonces que mi cuerpo avanza por el camino más peligroso.

EL RIO DE LA ACCION

El rio del cuerpo con suma naturalidad me abrió las puertas del río de la acción. No le ocurriría lo mismo a un cuerpo de mujer. El cuerpo del hombre, por su naturaleza y por sus funciones inherentes, lo arrastra a uno, quiéralo o no, hacia el río de la acción. Es el río más temible, que corre por la selva. Hay cocodrilos, también pirañas y desde la tribu enemiga llueven flechas envenenadas. Este río y el río de los libros chocan de frente. Por más que insista en la compatibilidad, del arte de la pluma y el de la espada, la verdadera compatibilidad, seguramente, sólo ha de lograrse en el momento de la muerte. Sin embargo, en este río de la acción hay lágrimas, hay sangre, hay sudor que desconoce el río de los libros.

Hay un encuentro de almas sin mediar en ello las palabras. Y esto mismo hace que este río se convierta en el más peligroso de los ríos; es lógico que a la gente no le guste acercarse a sus riberas. Este río no posee la dulzura del riego para la labranza. No trae riqueza ni paz. Tampoco trae descanso... Sólo que si uno es hombre, no puede, por mucho que lo quiera, vencer la tentación de este río.

(Traducido del japonés por Akira Sugiyama.)

GLOSARIO

Cho. Medida de superficie equivalente a 0.99ha.

Eboshi. Tocado de la época de Heian, originariamente confeccionado con seda negra.

Futon. Edredón y colchón japonés.

Geisha. Literalmente, "persona dedicada a las artes de adorno". Cortesana.

Go. Juego que se practica en una mesa baja cuya superficie, cuadrada, recuerda la de un damero.

Go. Medida de capacidad equivalente a 0.18 1.

Gongen. La encarnación de Buda que aparece en el Japón bajo la especie de un dios nativo para salvar a todo el mundo.

Haori. Prenda de vestir externa japonesa.

Heian. Epoca (de 794 a 1192) en que los emperadores reinaban directamente en Kioto.

Kagura. Música y danza shinto.

Kamaboko. Pasta de pescado al vapor en forma de medio cilindro.

Kana. Sistema de escritura silábico.

Kannon. Diosa de la misericordia.

Kimono. Traje tradicional japonés de mangas amplias, usado generalmente con un cinturón ancho.

Kyogen-za. En el escenario, lugar del Kyogen.

Mae-shit. (o mae-jite). El shite en la primera parte del drama Noh, que se pretende como hombre o mujer del lugar. Lugareño.

Metsuke-bashiro. En el escenario, el pilar de referencia.

Mis. Pasta de soya, base para la preparación de una especie de sopa muy gustada por los japoneses.

Momme. Equivalente a 80 gramos de plata.

Nenbutsu. La invocación budista consistente en la repetición del nombre sagrado de Amitabha en tanto salmodian una plegaria (Namu-Amidabutsu: creo sinceramente en Amitabha).

Nochi-jite. En el *shite*, ya revelado en su condición de fantasma, en la segunda parte del drama Noh.

Noshi. Tipo de vestimenta exterior usada sobre el kimono por hombres de rango de la época Heian.

Ryo. Pieza de oro, de forma oval. Unidad monetaria de la época de Saikaku.

Sake. Vino de arroz.

Sensei. Maestro, profesor.

Seppuku (o *Hara Kiri*). Pena capital infligida a samurais de alto rango. Suicidio ritual por destripamiento.

Shite-bashira. En el escenario, el lugar que ocupa el *shite*.

Shimada-mage. Peinado de joven soltera en la época feudal.

Shoji. Tabique corredizo cubierto por un papel blanco espeso que deja pasar la luz pero no la mirada.

Shoyu. Salsa parda conocida por nosotros con el nombre chino de "siyau".

Sushi. Bolita de arroz diversamente aliñada, sobre la que se pone pescado crudo, conchas y crustáceos.

Susuki. Yerba de los llanos japoneses.

Tendai. Secta búdica fundada por Saicho.

Tofu. Cuajada de soya que entra en la preparación de numerosos platos.

Yamato. Otro nombre significante de Japón.

Yokan. Dulce de consistencia gelatinosa.

Yugao. Flor blanca de la calabaza (*Lagenaria sicerarea*).

Waki-za. En el escenario, lugar el *waki*.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

(Obras de carácter general disponibles en español)

Keene, Donald. *La literatura japonesa*. Colección Breviarios. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1956 (1a. ed.)

Keene, Donald. *La Literatura japonesa entre Oriente y Occidente*. Centro de Estudios Orientales. El Colegio de México, México D.F., 1969 (1a. ed.)

Sakai, Kazuya. *Japón: hacia una nueva literatura*. Centro de Estudios Orientales. El Colegio de México. México D.F., 1968 (1a. ed.)

Pigeot, Jacqueline y Jean-Jacques Tschudin. *El Japón y sus épocas literarias*. Colección Breviarios. Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1986 (1a. ed.)

Cabezas, Antonio. *La literatura japonesa*. Libros Hiperión, Madrid, 1990 (1a. ed.)

EL RUMOR DEL ORIGEN,
segunda edición, se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 1993, en los
talleres gráficos de Editorial e Imprenta
DESA S.A. (Reg. Ind. 16521) Gral. Varela
1577 Lima 5, Perú.